

EL CEMENTERIO DE BARCOS

PAOLO
BACIGALUPI

Lectulandia

Cable de cobre. Planchas de hierro. Chatarra. A veces aceite o incluso un bidón de petróleo, un recurso de otra época. Estos son los tesoros que el joven Nailer rescata de los barcos varados en la playa.

En la costa de lo que una vez fue el golfo de México, la gente sobrevive desguazando antiguos petroleros y buques mercantes, y malvendiendo a las grandes empresas. Nailer y sus compañeros, la «cuadrilla ligera», afrontan el trabajo más arriesgado: meterse en las entrañas de los barcos. Es una profesión dura en un mundo duro, en el que nadie cuida de nadie y gana quien es más rápido. Solo hay una manera de escapar: con un golpe de suerte.

Y la suerte sonrío a Nailer el día que descubre un hermoso velero, uno de los clíperes con los que siempre ha soñado, encallado en las rocas. Con lo que saque del naufragio, podría abandonar la playa. Aunque dentro también hay una chica prisionera: si la mata, será rico; si la ayuda a regresar con los suyos... empezará la aventura.

Lectulandia

Paolo Bacigalupi

El cementerio de barcos

ePUB v1.0

Edusav 29.09.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Ship Breaker*
Paolo Bacigalupi, 2010
Traducción: Manuel de los Reyes García Campos

Editor original: Edusav (v1.0)
ePub base v2.1

Para Arjun

Nailer gateaba por un conducto de servicio, tirando de los hilos de cobre para desengancharlos. En el momento en que se soltaban, también se elevaban alrededor de él fibras viejas de amianto y excrementos de rata. Trabajosamente, se adentró aún más en el interior del pasadizo y siguió dando tirones a aquellos alambres sujetos con grapas de aluminio. Las grapas cayeron y tintinearón en el angosto conducto metálico como si fueran monedas ofrecidas al Dios de la Chatarra. Nailer tanteó el suelo con avidez, guiándose por el brillo apagado, y se las guardó en la bolsa de cuero que llevaba sujeta a la cintura. Pegó un tirón más a los hilos de cobre. Un metro del preciosísimo metal se le quedó en las manos mientras lo envolvía una nube de polvo.

La pintura led con la que se había embadurnado la frente alumbraba con una tenue fosforescencia verdosa el sistema de conductos que constituían todo su mundo. La mugre y el sudor salobre le irritaban los ojos y formaban regueros alrededor de los bordes de su máscara con filtro. Con una mano cubierta de cicatrices, se enjugó el sudor, con cuidado de no borrar la pintura luminosa que le escocía hasta casi volverlo loco. Como no le seducía la idea de tener que desandar por aquel laberinto de tubos a oscuras, se resignó a que le picara la frente y volvió a examinar su posición.

Las tuberías oxidadas que se extendían ante él se perdían de vista en las tinieblas. Algunas de ellas eran de hierro; otras, de acero. La cuadrilla pesada se ocuparía de ellas. A Nailer solo le interesaba aquello con lo que pudiera cargar: el hilo de cobre, el aluminio, el níquel, los trozos de acero que cabían en una bolsa y serían fáciles de transportar hasta la cuadrilla ligera que aguardaba su regreso en la entrada de los conductos.

Se dispuso a bajar por el conducto de servicio pero, al darse la vuelta, chocó la cabeza contra el techo. El golpe resonó con fuerza, como si estuviera sentado en el campanario de una iglesia cristiana. Una nube de polvo le cayó sobre el pelo. A pesar de llevar la máscara con filtro, partículas de suciedad se colaron por los bordes mal sellados y empezó a toser. Estornudó una vez, otra más, y empezaron a llorarle los ojos. Se quitó la máscara y se secó bien el rostro antes de volver a colocársela sobre la nariz y la boca, esperando que la goma se adhiriera mejor esta vez pero sin hacerse muchas ilusiones.

La máscara era una reliquia de su padre. Picaba y era imposible que se ajustara a sus facciones porque no era de su talla, pero era la única que tenía. En uno de los laterales podía leerse, en caracteres descoloridos: DESÉCHESE TRAS 40 HORAS DE USO. Pero Nailer no tenía otra; ni él ni nadie. Era una suerte que contara con ella, aunque las microfibras estuvieran empezando a desmenuzarse después de tantos lavados con agua de mar.

Sloth, una de sus compañeras de cuadrilla, se burlaba de él siempre que lo veía limpiando la máscara, y le preguntaba por qué se tomaba tantas molestias. Lo único para lo que servía era para que resultara más caluroso y más incómodo trabajar en aquellos conductos infernales. Era absurdo, decía. A veces Nailer se sentía tentado de darle la razón. Pero la madre de Pima les había dicho a su hija y a él que llevaran puestas las máscaras en todo momento, y lo cierto era que los filtros se veían repletos de una mugre negruzca cuando los sumergía en el océano. Toda esa suciedad se había quedado ahí en vez de depositarse en sus pulmones, decía la madre de Pima, de modo que Nailer seguía utilizando la máscara, aunque se sintiera como si le faltase el aliento cada vez que aspiraba el húmedo aire tropical a través de las fibras obturadas por el vaho.

—¿Tienes los alambres? —resonó una voz en las paredes del conducto.

Sloth. Llamándolo desde su puesto en el exterior.

—¡Ya casi he terminado!

Nailer se adentró un poco más en el conducto y arrancó otro puñado de grapas en un intento por recoger tanto hilo de cobre como le fuera posible. El pasadizo continuaba, pero ya tenía suficiente alambre. Lo cortó con el envés aserrado del cuchillo de faena.

—¡Listo! —exclamó.

El grito de confirmación de Sloth no se hizo esperar:

—¡Despejado!

El cable restalló en todas direcciones mientras se alejaba de él, deslizándose por los angostos confines, levantando nubes de polvo a su paso. Sloth estaba accionando un cabrestante en la desembocadura de la maraña de tubos, con la piel brillante de sudor y el pelo rubio pegado a la cara mientras sorbía los cables como si fueran fideos de arroz en uno de los tazones de sopa de Chen.

Nailer empleó el cuchillo para grabar el código de la cuadrilla ligera de Bapi en la pared, sobre el punto donde había cortado los hilos de cobre. El símbolo hacía juego con las espirales que llevaba tatuadas en las mejillas, las marcas de identificación laboral que le daban derecho a explorar los restos bajo la supervisión de Bapi. Cogió una pizca de pintura en polvo, se escupió en la palma de la mano y restregó la mezcla por encima de la marca. Ahora, aun de lejos, los arañazos emitían un fulgor iridiscente. Usó un dedo y el resto de la pintura para trazar debajo del símbolo una serie de letras y cifras que ya se sabía de memoria: CL57-1844. El código de autorización de Bapi. Aunque de momento no había nadie que les disputara ese tramo, marcar el territorio nunca estaba de más.

Nailer recogió el resto de las grapas de aluminio y emprendió el regreso a cuatro patas, sorteando puntos erosionados donde el metal apenas si se sostenía, atento a los ecos, los golpes y los pitidos que resonaban en el acero mientras se apresuraba, con

todos los sentidos puestos en el menor indicio de que los conductos amenazaran con desplomarse.

Su pequeño fotoemisor de fósforo revelaba las huellas serpentina que habían dejado en el polvo los cables de cobre que lo habían precedido. A gatas, pasó por encima de nidos de ratas llenos de cadáveres disecados. Incluso allí, en las entrañas de un viejo petrolero, había alimañas, aunque estas llevaban mucho tiempo muertas. Dejó atrás varios esqueletos más, también de pequeño tamaño, restos de gatos y aves. En el aire flotaban plumas y pelusas. Tan cerca del exterior, los conductos de acceso se convertían en un cementerio para todo tipo de criaturas desesperadas.

Un resplandor cegador apareció frente a él de improviso. Nailer entornó los párpados mientras gateaba hacia la luz, pensando distraído que el renacimiento del que hablaban los seguidores del Culto a la Vida debía de ser algo parecido a ese ascenso hacia un resplandor solar puro, y por fin salió del conducto para aterrizar en una abrasadora cubierta de acero.

Con la respiración entrecortada, se quitó la máscara.

El deslumbrante sol tropical y el salitre de la brisa marina le bañaron el rostro al instante. A su alrededor, los mazos golpeaban el hierro con estrépito mientras un enjambre de hombres y mujeres deambulaba de una punta a otra del antiguo petrolero para desguazarlo. Las cuadrillas pesadas arrancaban planchas de hierro con ayuda de sopletes de acetileno y las lanzaban a continuación por la borda donde se mecían en el aire como hojas de palma antes de estrellarse en la playa de arenas allí otras cuadrillas se llevaban la chatarra a rastras, lejos del límite de la pleamar. Las cuadrillas ligeras como la de Nailer se encargaban de recoger los accesorios pequeños del buque, en su mayoría piezas de cobre, latón, níquel, aluminio y acero inoxidable. Otros buscaban restos de petróleo y bolsas de aceite náutico, armados con cubos para cargar el preciado fluido. El barco era un hormiguero de actividad, dedicado por completo a convertir el esqueleto de la nave extinta en algo aprovechable para un mundo nuevo.

—Te lo has tomado con calma —lo recriminó Sloth.

Pegó un mazazo en los broches de seguridad del carrito para liberarlo del cabrestante. Su tez blanca resplandecía a la luz del sol y sus distintivos laborales, las espirales tatuadas, se veían prácticamente negras en contraste con las mejillas sonrojadas. El sudor le corría por el cuello. Llevaba el pelo rubio muy corto, casi tanto como Nailer, para que no se le enganchara en el sinfín de grietas y artilugios mecánicos giratorios que infestaban su lugar de trabajo.

—Hemos descendido hasta muy abajo —respondió Nailer—. Hay cables de servicio de sobra, pero se tarda mucho en llegar hasta ellos.

—Siempre encuentras alguna excusa.

—No te quejes tanto. Cumpliremos el cupo.

—Más nos vale —dijo Sloth—. Bapi va por ahí diciendo que hay otra cuadrilla ligera interesada en comprar derechos de recogida.

Nailer hizo una mueca.

—Menuda sorpresa.

—Pues sí. Esto no podía durar, era demasiado bonito. Échame una mano.

Nailer se situó al otro lado del carrete. Gruñendo a causa del esfuerzo, lo sacaron del eje. Juntos, lo tumbaron y lo dejaron caer en la cubierta oxidada, provocando un gran estruendo. Hombro con hombro, flexionando las piernas y apretando los dientes, empujaron con todo su peso.

El carrete empezó a rodar muy despacio. Los pies descalzos de Nailer ardían contra la cubierta metálica recalentada por el sol. La inclinación de la nave suponía un obstáculo, pero gracias a sus esfuerzos combinados, el carrete avanzaba lentamente, entre el crujido de las chapas de metal sueltas y de la pintura conservante plagada de burbujas.

Desde lo alto de la cubierta del petrolero se podía ver la playa de Bright Sands que se ensanchaba hasta el horizonte, una extensión de arena y charcos de agua salada salpicada de brea, tachonada de las carcasas olvidadas de otros petroleros y cargueros. Algunos estaban enteros, como si sus capitanes hubieran enloquecido durante la travesía y, sin más explicación, hubiesen decidido estrellar aquellos buques de un kilómetro de eslora contra la costa para dejarlos allí abandonados. Otros, desollados y despiezados, exhibían sus herrumbrosos esqueletos de hierro. Los cascos yacían reducidos a trozos de pescado descuartizado: un puente de mando por aquí, unos camarotes por allá, la proa de un petrolero apuntando recta hacia el cielo.

Era como si el Dios de la Chatarra hubiera descendido sobre aquellos navíos, cortando y troceando, reduciendo a pedazos las gigantescas embarcaciones de hierro, y después hubiese dejado los cadáveres esparcidos de cualquier manera a su espalda. Y allí donde se tendían a morir los grandes buques, las cuadrillas de recogida como la de Nailer acudían como enjambres de moscas. Para arrancar a bocados la carne y los huesos de hierro. Para arrastrar el pellejo del viejo mundo playa arriba, a las básculas de chatarra y los hornos de reciclaje que ardían día y noche en beneficio de Lawson & Carlson, la empresa que se llevaba todos los ingresos obtenidos con la sangre y el sudor de los desguazadores.

Nailer y Sloth hicieron un alto, jadeantes, y se apoyaron en el pesado carrete. Nailer se enjugó el sudor de los ojos. A lo lejos, sobre el horizonte, la negrura viscosa del océano daba paso a un azul espejeante en el que se reflejaban el cielo y el sol. Espuma blanca coronaba las olas. La febril actividad de los hornos instalados en la orilla empañaba el aire alrededor de Nailer, pero ahí fuera, lejos del humo, podían distinguirse unas velas. Los clíperes nuevos. Aquellos eran los sustitutos de los gigantescos despojos consumidores de aceite y carbón cuya destrucción los mantenía

ocupados el día entero a su cuadrilla y a él: equipados con velas blancas como gaviotas y cascos de fibra de carbono, eran tan rápidos que tan solo un tren de levitación magnética rivalizaba con ellos en velocidad.

Con la mirada, Nailer siguió la estela de un clíper que surcaba las aguas grácil y resuelto, inalcanzable por completo. Era posible que una parte del cobre de su carrete terminara alejándose a bordo de una embarcación como aquella, transportado primero en tren a Orleans, transferido después a la bodega de carga de un clíper, donde cruzaría el océano rumbo a las personas o a la nación que pudiera pagar los restos.

Bapi tenía el póster de un clíper de Libeskind, Brown & Mohanraj. Estaba pegado a su calendario de pared reutilizable y mostraba un clíper con un parapente desplegado a gran altura, una vela a modo de cometa de tracción que según Bapi podía alcanzar las corrientes en chorro de la atmósfera e impulsar un clíper por el océano en calma a más de cincuenta y cinco nudos, sobrevolando las olas con sus hidroalas sumergidas, desgarrando la espuma y el agua salada, surcando el océano rumbo a África y la India, a los europeos y los nipones.

Nailer se quedó observando con avidez las velas lejanas, preguntándose a qué lugares se dirigían, y si alguno de ellos sería mejor que el suyo.

—¡Nailer! ¡Sloth! ¿Dónde diablos os habíais metido?

Sobresaltado, Nailer despertó de su ensimismamiento. Pima estaba haciéndoles señas desde la cubierta inferior del petrolero, con cara de enfado.

—¡Que te estamos esperando, cuadrillero!

—Marimandona a la vista —murmuró Sloth.

Nailer hizo una mueca. Pima era la mayor de todos, lo que alimentaba su vena autoritaria. Ni siquiera la larga amistad que los unía era capaz de protegerlo cuando se retrasaban con el cupo.

Sloth y él volvieron a concentrarse en el carrete. Con otra tanda de gruñidos, lo empujaron por la deformada cubierta del buque hasta el emplazamiento de una grúa rudimentaria. Engancharon el carrete a unos garfios de hierro oxidados, agarraron el cable de la grúa y montaron en el carrete de un salto mientras este descendía, balanceándose y dando vueltas, hacia la cubierta inferior.

Pima y el resto de la cuadrilla ligera se agolparon a su alrededor en cuanto tocaron fondo. Desengancharon el carrete y lo llevaron rodando a la proa del petrolero, donde habían montado el equipo de desguace. Por todas partes había tirados trozos de aislante perteneciente a los cables eléctricos pelados, junto a los relucientes rollos de cobre que habían recogido, amontonado en pulcras hileras y marcado con el símbolo de propiedad de la cuadrilla ligera de Bapi, el mismo remolino que lucían todos en las mejillas.

Empezaron a desenroscar secciones del nuevo cargamento de Nailer como un solo hombre, repartiéndose los trozos. Trabajaban deprisa, familiarizados con la tarea

y con los compañeros: Pima, la jefa, cuya silueta comenzaba a mostrar sus primeras curvas de mujer, más alta que los demás, negra como el petróleo y dura como el hierro. Sloth, pálida y flacucha, toda huesos, con las rodillas protuberantes y el cabello rubio grasiento, la próxima candidata para encargarse de las labores de incursión en los conductos cuando Nailer fuese demasiado grande, con la piel blanca casi permanentemente quemada y pelada por el sol. Moon Girl, del color del arroz integral, hija de una hurgamandera fallecida durante el último brote de malaria, era el componente de la cuadrilla ligera que más empeño ponía porque había visto cuál era la alternativa; se adornaba las orejas, los labios y la nariz con alambres de acero rescatados, perforándose la piel con la esperanza de que nadie la buscara con las intenciones con las que habían buscado a su madre. Tic-Toc, el miope que lo observaba todo con los ojos entrecerrados, casi tan negro como Pima pero ni la mitad de listo, diestro con las manos siempre y cuando alguien le dijera qué hacer con ellas, e inmune al hastío. Pearly, el hindú que les contaba historias sobre Shiva, Kali y Krishna, privilegiado por tener un padre y una madre que trabajaban en la recuperación de petróleo; de pelo negro, con un moreno tropical y una mano a la que le faltaban tres dedos por culpa de un accidente con el cabrestante.

Y luego estaba Nailer. Algunos, como Pearly, tenían muy claro quiénes eran y de dónde venían. Pima sabía que su madre provenía de la última de las islas al otro lado del golfo. Pearly le contaba a todo el que quisiera escucharle que era ciento por ciento indio, marwari hindú de la cabeza a los pies. Incluso Sloth decía que su familia era irlandesa. El caso de Nailer era completamente distinto. No tenía ni idea de lo que era. Medio algo, un cuarto de algo más, con la piel morena y el cabello negro como su difunta madre, pero con los extraños ojos azules de su padre.

Pearly, tras echar un vistazo a aquellos ojos claros, había sentenciado que Nailer era un engendro demoníaco. Claro que Pearly no dejaba de inventarse cosas. Según él, Pima era la reencarnación de Kali, lo que explicaba el negro tan intenso de su piel y el humor de perros que la poseía cuando no alcanzaban el cupo. En cualquier caso, lo cierto era que Nailer había heredado los ojos y la constitución nervuda de su padre, y Richard López era un demonio con todas las de la ley. Nadie lo ponía en duda. Sobrio, daba miedo. Borracho, era un demonio.

Nailer desenrolló una sección de cable y, tras acuclillarse en la cubierta abrasadora, la sujetó con las tenazas y arrancó una capa de aislante, revelando así el reluciente corazón de cobre.

Repitió la acción una vez. Y otra.

Pima se agachó junto a él con otra sección de alambre.

—Te has tomado tu tiempo en sacar esta remesa.

Nailer encogió los hombros.

—Ya no queda nada en los alrededores. Tuve que adentrarme un montón para

encontrar esto.

—La misma excusa de siempre.

—Si quieres meterte en el agujero, adelante.

—Iré yo —se ofreció Sloth.

Nailer la fulminó con la mirada. Pearly resopló.

—Tú no tienes el sentido de la orientación de un medio hombre —dijo—. Te perderías igual que Jackson Boy y nos quedaríamos sin recuperar nada.

Sloth respondió con un gesto tajante.

—Cierra el pico, Pearly. Yo nunca me extravió.

—¿Ni siquiera a oscuras? ¿Aunque todos los conductos parezcan iguales? —Pearly escupió en dirección al costado del buque. En vez de caer por la borda, el salivazo se estrelló contra la barandilla—. Los tripulantes del *Deep Blue III* se pasaron días oyendo las llamadas de auxilio de Jackson Boy. Pero no consiguieron localizarlo. Al final, el condenado raquero se quedó seco y murió.

—Qué forma más espantosa de palmarla —observó Tic-Toc—. Sin agua. En la oscuridad. Solo.

—Vosotros dos, a ver si os calláis de una vez —saltó Moon Girl—. Terminaréis atrayendo a los difuntos con tanta cháchara.

Pearly se encogió de hombros.

—Lo que estamos diciendo es que Nailer siempre cumple el cupo, nada más.

—Y una mierda. —Sloth se pasó una mano por el pelo rubio empapado de sudor—. Yo podría recuperar veinte veces más chatarra que él.

—Pues adelante —se rió Nailer—. A ver si sales con vida.

—El carrete ya está lleno.

—Pues más suerte para la próxima.

Pima dio unos golpecitos en el hombro de Nailer.

—Lo de la chatarra iba en serio. Estábamos esperándote de brazos cruzados.

Nailer la miró a los ojos.

—Cumpló con el cupo. Si no te gusta mi forma de trabajar, hazlo tú.

Pima frunció los labios molesta. Ambos sabían que lo que sugería Nailer era imposible. Se había vuelto demasiado corpulenta, como atestiguaban las costras y los rasguños de la espalda, los codos y las rodillas. La cuadrilla ligera requería cuerpos menudos. La mayoría de los chavales eran expulsados de la cuadrilla en torno a los quince años de edad, aunque se mataran de hambre para crecer lo menos posible. Si Pima no fuera tan buena líder de cuadrilla, ya estaría en la playa, pasando hambre e implorando para conseguir el primer empleo que se cruzara en su camino. En cambio, disponía tal vez de otro año para alcanzar la talla que le permitiera competir con otros cientos de aspirantes por las vacantes que surgiesen en cualquier cuadrilla pesada. Se le agotaba el tiempo, no obstante, y todos eran conscientes de ello.

—No te darías tantos aires si tu padre no fuera un palillo —dijo Pima—. Estarías en la misma situación que yo.

—Bueno, en ese caso, ya tengo algo que agradecerle.

Si el tamaño de su padre era indicativo de algo, Nailer jamás sería un coloso. Ágil, quizá, pero no corpulento. El padre de Tic-Toc aseguraba que ninguno de ellos destacaría nunca por su tamaño, debido a las calorías ausentes en su dieta. Sin embargo, decía que los habitantes de Seascape Boston todavía eran altos. Les sobraba el dinero, y la comida. No conocían el hambre. Engordaban y crecían...

Nailer había sentido que tenía el ombligo en el espinazo tantas veces que se preguntaba lo que debía de ser disponer de todo aquel alimento. Se preguntaba lo que debía de sentirse al no tener que despertar nunca en plena noche con los dientes clavados en los labios, autosugestionándose con la idea de que estaba a punto de llevarse algo de carne a la boca. Pero era una fantasía estúpida. Seascape Boston se parecía demasiado al paraíso de los cristianos, o al modo en que el Dios de la Chatarra prometía una vida sin ahogos a quienes logaran encontrar la ofrenda adecuada que quemar junto con sus cuerpos cuando acudieran a sus básculas.

En cualquier caso, había que morir para llegar hasta allí.

El trabajo continuaba. Nailer siguió pelando cables, arrojando el aislante de sobra por la borda del buque. El sol caía a plomo sobre todos ellos. Sus pieles relucían. Gemas de sudor salobre les empapaban el cabello y se les metían en los ojos. Sus manos se tornaron resbaladizas con la actividad, y los tatuajes de cuadrilla resplandecían como nudos intrincados en sus mejillas sonrojadas. Durante algún tiempo conversaron y bromearon, pero al final todos enmudecieron mientras trabajaban al ritmo de la recogida, formando montones de cobre para quien tuviera el dinero necesario para comprarlo.

—¡Se acerca uno de los jefes!

El grito de advertencia llegó procedente de las aguas a sus pies. Todos encorvaron los hombros en un intento por aparentar estar ocupados, expectantes por ver quién aparecía en la barandilla. Si se trataba de algún superior ajeno, podrían relajarse...

Bapi.

Nailer torció el gesto cuando su jefe se encaramó por encima de la barandilla, resoplando. Tenía el pelo negro reluciente de sudor y el abultado vientre dificultaba sus movimientos, pero como había dinero de por medio, el muy cabrón se las ingeniaba como podía.

Bapi se apoyó en la barandilla mientras recuperaba el aliento. El sudor oscurecía la camiseta de tirantes que se ponía para trabajar. Manchas amarillas y pardas de curry, de bocadillo o de lo que fuera que hubiese almorzado salpicaban la tela. A Nailer se le hacía la boca agua tan solo con ver toda aquella comida esparcida por el pecho de Bapi, pero no podrían pararse a comer hasta el anochecer, y quedarse

mirando un festín que Bapi no compartiría jamás era absurdo.

Los vivaces ojos castaños de Bapi estudiaron al grupo, atentos al menor indicio de pereza o negligencia en la obtención del cupo de chatarra. Aunque ninguno había remoloneado antes, con Bapi observándolos se aplicaron a sus quehaceres aún con más brío, en un intento por demostrar que eran dignos de permanecer en el puesto que ocupaban. Bapi también había trabajado en una cuadrilla ligera en su día; conocía sus costumbres, así como las argucias de los holgazanes. Eso lo convertía en un jefe temible.

—¿Qué tenéis? —le preguntó a Pima.

Esta miró hacia arriba de reojo, con los párpados entornados frente al sol.

—Cobre. Un montón. Nailer ha encontrado unos conductos que la cuadrilla de Gorgeous pasó por alto.

La cegadora sonrisa de Bapi dejó al descubierto todos sus dientes, además del hueco dejado por los incisivos que había perdido en una pelea.

—¿Cuánto?

Pima torció la cabeza en dirección a Nailer, dándole permiso para responder en persona.

—Entre cien y ciento veinte kilos, por ahora —estimó Nailer—. Hay más ahí abajo.

—¿Sí? —Bapi asintió con la cabeza—. Bueno, ¿y a qué esperáis para ir a por ello? No os molestéis en pelarlo. Lo fundamental es que lo saquéis todo. —Dirigió la mirada hacia el horizonte—. Según Lawson & Carlson, se acerca una tormenta. De las gordas. Habrá que olvidarse de los restos durante un par de días. Quiero cable suficiente para manteneros ocupados en la arena.

Nailer reprimió la repulsa que le inspiraba la idea de regresar a la oscuridad, pero Bapi debió de detectar algo en su expresión.

—¿Algún problema, Nailer? ¿Crees que porque se desate una tormenta te puedes dedicar a pasarte el día sentado? —Bapi señaló los campamentos de trabajo que ribeteaban la linde de la playa con la selva—. ¿Crees que no puedo encontrar otro centenar de raqueros dispuestos a ocupar tu lugar? Allí abajo hay chavales que darían un ojo por poner el pie en los restos de un barco.

—No tiene ningún problema —intercedió Pima—. Tendrás todo el alambre que necesites. No hay ningún problema. —Lanzó una mirada furibunda a Nailer—. Esta cuadrilla está a su servicio, jefe. No hay ningún problema, ni uno.

Todos asintieron con vehemencia. Nailer se levantó y entregó el resto de los cables a Tic-Toc.

—Ni uno, jefe —repitió.

Bapi lo observó con el ceño fruncido.

—¿Seguro que quieres poner la mano en el fuego por él, Pima? Podría ensartar a

esta escoria con el cuchillo y dejarlo tirado en la arena.

—Es un buen rastreador —fue la respuesta—. Vamos por delante del cupo gracias a él.

—¿Sí? —Bapi se apaciguó ligeramente—. Bueno, niña, tú mandas. No quiero entrometerme. —Observó a Nailer—. Ándate con cuidado, chaval. Sé cómo pensáis los de tu calaña. Siempre imaginándoos que vais a ser el siguiente Lucky Strike. Soñando con encontrar algún depósito de petróleo olvidado que os permita pasar el resto de vuestros días sin dar un palo al agua. El cabrón de tu viejo era igual de vago, y mira cómo ha acabado.

Nailer sintió cómo se apoderaba de él la rabia.

—Yo no he mentado a tu padre.

—¿Qué? —se carcajeó Bapi—. ¿Quieres pegarte conmigo, chaval? ¿Te gustaría apuñalarme por la espalda, como haría tu viejo? —Acarició el cuchillo—. Pima responde por ti, pero no sé yo si tienes suficientes luces como para darte cuenta del favor que te está haciendo.

—Déjalo correr, Nailer —se apresuró a terciar Pima—. Tu padre no se lo merece.

Bapi se quedó observándolo con la sombra de una sonrisa en los labios. Su mano flotaba a escasos centímetros del cuchillo. Bapi tenía todas las cartas, y ambos lo sabían. Nailer agachó la cabeza y se obligó a contener la furia que lo embargaba.

—Le conseguiré su chatarra, jefe. No hay ningún problema.

Bapi miró a Nailer y asintió bruscamente.

—Al final resultará que no eres tan tonto como tu padre. —Se giró hacia los otros de la cuadrilla—. Escuchadme bien todos. No andamos sobrados de tiempo. Si conseguís extraer el resto de la chatarra antes de que estalle la tormenta, obtendréis una gratificación. Dentro de poco llegará otra cuadrilla ligera. Nada de dejarles trabajo fácil, ¿verdad que no?

Motivados por la ferocidad de su sonrisa, todos asintieron con la cabeza.

—Nada de dejarles trabajo fácil —repitieron a coro.

Nailer se había adentrado más que nunca en el petrolero. No había ninguna marca de cuadrilla que brillara en la oscuridad, ni rastro de otros exploradores de los conductos que perturbara el polvo y los excrementos de rata que cubrían el pasadizo.

Sobre su cabeza discurrían tres líneas distintas de alambre de cobre, un hallazgo afortunado que suponía que podría satisfacer incluso el cupo de Bapi, pero ni siquiera eso conseguía levantarle el ánimo. La mascarilla no dejaba de atascarse, y con las prisas por volver a internarse en el agujero se le había olvidado reponer el parche de pintura led. La oscuridad comenzaba a volverse impenetrable, y lamentaba más que nunca aquel descuido.

Arrancó otro puñado de cables colgantes. Parecía que el pasadizo fuese cada vez más estrecho, a pesar de que la cantidad de cobre que contenía no dejaba de aumentar. Avanzó un poco y todo el conducto crujió, como protestando por su peso. Los vapores del petróleo le abrasaban los pulmones. Pensó en abandonar y salir a gatas. Si daba la vuelta ahora, podría llegar a la cubierta en cuestión de veinte minutos y respirar aire puro.

Pero ¿y si no había reunido suficiente chatarra?

Bapi ya le tenía ojeriza, y la dichosa Sloth se moría de ganas de robarle el puesto. Sus palabras resonaban aún dentro de la cabeza de Nailer: «Yo podría recuperar veinte veces más chatarra que él».

Un aviso. Ahora tenía competidores.

El hecho de que Pima respondiera por él era irrelevante. Si Nailer no conseguía cumplir con el cupo, Bapi le arrancararía los tatuajes a cuchilladas y le daría una oportunidad a Sloth, y Pima no podría hacer nada al respecto. Nadie era digno de mantenerse en activo a menos que obtuviera beneficios.

Nailer avanzó a gatas, espoleado por las ambiciosas palabras de Sloth. El cobre no dejaba de acumularse en sus manos. La pintura led perdió fuerza hasta apagarse por completo. Se quedó solo. El rastro de cables conductores arrancados era lo único que podría guiarlo hasta el exterior. Por primera vez lo asaltó el temor de no ser capaz de encontrar la salida. El petrolero era inmenso, una verdadera bestia de carga surgida de la era de los combustibles fósiles, prácticamente una ciudad flotante. Y ahora él estaba en lo más hondo de sus entrañas.

Cuando falleció Jackson Boy, nadie logró encontrar el cadáver. Lo habían oído aporrear el metal, pidiendo ayuda a gritos, pero nadie supo encontrar la manera de acceder al doble casco en el que había quedado atrapado. Transcurrido un año, las cuadrillas pesadas practicaron un boquete en una sección de hierro y el cuerpo momificado del pequeño raquero salió proyectado como cuando se saca una pastilla

de su blíster. Golpeó la cubierta con un ruido crepitante. Seco como una hoja. Devorado por las ratas y disecado.

«No pienses en ello. Conseguirás atraer su fantasma a bordo del buque», pensó.

El conducto se estrechaba y le comprimía los hombros. Nailer empezó a imaginarse encajonado a presión como el tapón de corcho de una botella. Atrapado en la oscuridad, sin medios para liberarse. Avanzó con esfuerzo y arrancó otro puñado de cables.

Suficiente. Más que suficiente.

Con el cuchillo, Nailer talló el código de la cuadrilla ligera de Bapi en el conducto metálico, a ciegas, pero intentando al menos marcar el territorio para más adelante. Se encogió hasta hacerse un ovillo. Recogió las rodillas contra la barbilla y arañó las paredes del conducto con los codos y la espalda mientras se daba la vuelta. Se plegó aún más y expulsó el aliento, hostigado por imágenes de corchos y de botellas y de Jackson Boy atrapado en la oscuridad, agonizando a solas. Se encogió más todavía. Giró. La presión contra el metal inundaba de crujidos el conducto.

Jadeando de alivio, consiguió liberarse.

En cuestión de un año, sería demasiado corpulento para desempeñar aquel trabajo y Sloth ocuparía su lugar, sin la menor duda. Aunque fuera menudo para su edad, tarde o temprano todo el mundo crecía demasiado como para seguir en la cuadrilla ligera.

Nailer retrocedió por el conducto contorsionándose, enrollando los cables frente a él. El sonido más audible era el de su respiración entrecortada dentro de la máscara con filtro. Se detuvo y estiró un brazo en dirección a los cables sueltos para confirmar que seguían estando allí, extendiéndose aún hacia la luz.

«No sucumbas al pánico. Has arrancado estos cables con tus propias manos. Solo tienes que seguirlos...»

A su espalda sonó el eco de unos pasos furtivos.

Nailer se quedó paralizado, con la piel de gallina. Una rata, lo más probable. Aunque parecía grande. Sin poder evitarlo, otra imagen se entrometió en sus pensamientos. Jackson Boy. Nailer se imaginó al fantasma del difunto cuadrillero haciéndole compañía en los conductos, moviéndose a hurtadillas en la oscuridad. Persiguiéndolo. Acariciándole los tobillos con sus ásperos dedos esqueléticos.

Se esforzó por combatir el pánico. Se trataba de meras supersticiones. La paranoica era Moon Girl, no él. Pero ya se le había metido el miedo en el cuerpo. Empezó a empujar los cables recuperados a un lado, desesperado de repente por encontrar luz y aire fresco. Saldría arrastrándose, renovarían la pintura led y regresaría cuando pudiera ver las cosas con claridad. Al diablo con Sloth y Bapi. Necesitaba respirar.

Nailer comenzó a contorsionarse para rodear el amasijo de cobre. El conducto

emitió un crujido amenazador ante sus maniobras, protestando por el peso acumulado de su cuerpo y los cables. Había sido una estupidez reunir tanta cantidad. Debería haberlos cortado en secciones y dejado que Pima y Sloth los recogieran con el cabrestante. Pero tenía prisa, y ahora, aunque pareciera mentira, resultaba que había juntado demasiado material. Avanzó a rastras, empujando el alambre a un lado. Lo embargó una sensación de triunfo cuando se libró a puntapiés de la última maraña de cables que le envolvían las piernas.

El conducto emitió un gemido ensordecedor y se estremeció bajo su cuerpo.

Nailer se quedó paralizado.

A su alrededor, el conducto se inundó de pitidos y chirridos. Se hundió ligeramente, ladeándose. La estructura entera se hallaba al filo del derrumbamiento. Los precipitados movimientos de Nailer y el lastre añadido lo habían debilitado.

Nailer se aplastó contra el suelo para repartir su peso y se quedó inmóvil, con el corazón desbocado, intentando adivinar las intenciones del conducto. El metal enmudeció. Nailer aguardó, atento al menor sonido. Transcurridos unos instantes, avanzó muy despacio, cambiando el peso con delicadeza.

El metal profirió un alarido. El suelo del conducto desapareció debajo de él. Nailer buscó a tientas cualquier posible asidero mientras todo su mundo se desplomaba. Enroscó los dedos en torno a un rollo de cable desprendido que aguantó un momento, dejándolo suspendido sobre un pozo sin fondo, antes de terminar de soltarse. Cayó en picado.

«No quiero que me pase como a Jackson Boy no quiero que me pase como a Jackson Boy no quiero...»

Se estrelló contra algo líquido, cálido y viscoso. Dejando apenas una ondulación en la superficie, la negrura lo engulló.

«**N**ada desgraciado nada desgraciado nada desgraciado...
 »¡Nada!»

Nailer se hundía como una piedra en un líquido tibio y pestilente. Era como intentar nadar rodeado de aire espeso en vez de agua. Por mucho que se esforzara, la calidez cedía bajo sus pies, absorbiéndolo cada vez más.

«¿Por qué no puedo nadar?»

Era buen nadador. Nunca le había preocupado ahogarse en el océano, ni siquiera con la mar embravecida. Pero ahora se hundía sin remedio. Sus dedos se enredaron en algo sólido: el alambre de cobre. Lo asió a tientas, esperando que siguiera estando unido a los conductos situados sobre su cabeza.

Se le escurrió entre los dedos, resbaladizo y viscoso.

«¡Petróleo!»

Nailer combatió una oleada de pánico. Era imposible nadar en el petróleo. Te engullía como un pozo de arenas movedizas. Manoteó de nuevo en busca del cobre y se enrolló el cable en la mano para evitar que se le escurriera. Dejó de hundirse. A pulso, empezó a ascender en medio del líquido oleoso. Sus pulmones protestaban a causa de la falta de oxígeno. Una mano tras otra, continuó izándose. Reprimió el impulso de respirar, de tirar la toalla y llenarse los pulmones de petróleo. Sería tan fácil...

Emregió como una ballena saliendo a la superficie, con el petróleo bañándole y cayéndole por el rostro. Abrió la boca para respirar.

Nada. Tan solo una extraña presión en la cara.

«¡La máscara!»

Nailer se la quitó de golpe, jadeando. Tomó aire a bocanadas. Los vapores del petróleo le irritaban los pulmones, pero podía respirar. Utilizó el interior limpio de la máscara para frotarse los ojos y retirar el petróleo. Cuando los abrió, sintió un picor y un escozor intensos. Se le llenaron de lágrimas. Parpadeó rápidamente.

A su alrededor, todo era negrura. Oscuridad absoluta.

Se encontraba en algún tipo de depósito de combustible, tal vez una bolsa formada por filtraciones, o una cámara de almacenaje supletoria, o... No tenía ni idea de cuál era su ubicación dentro del buque. Si la suerte realmente quería jugarle una mala pasada, estaría en uno de los depósitos principales. Terminó de limpiarse los ojos y tiró la máscara, ya inservible. Los vapores lo mareaban. Se obligó a respirar acompasadamente sin soltar el alambre. El petróleo que lo recubría le irritaba la piel. A lo lejos, unos débiles martilleos... los trabajadores que seguían desmantelando la nave, todos ellos ajenos a su precaria situación.

El cable empezó a escurrírsele de las manos. Desesperado por sujetarse, Nailer

enganchó el brazo en los hilos de cobre. En lo alto, el conducto emitió un crujido alarmante. Un escalofrío lo recorrió de la cabeza a los pies. Aquel puñado de alambres que ascendían hasta el conducto era lo único que le impedía morir ahogado. Pero aquella seguridad era temporal. El conducto no tardaría en derrumbarse y él volvería a hundirse, el petróleo le inundaría los pulmones mientras pataleaba y se atragantaba...

«Tranquilízate, imbécil».

Nailer contempló la posibilidad de nadar otra vez, pero descartó la idea. No era más que un ardid de su mente, que fantaseaba con la ilusión de que el líquido que lo rodeaba fuera agua de verdad. Pero el petróleo era distinto. No sostendría su cuerpo por mucho que se esforzara. Se limitaría a engullirlo. El integrante de una cuadrilla pesada se había ahogado de esa manera delante de él. Había hecho aspavientos en el petróleo durante unos instantes mientras profería gritos aterrados y había desaparecido bajo la superficie mucho antes de que alguien pudiera lanzarle una cuerda.

«No sucumbas al pánico. Piensa».

Nailer estiró un brazo, sondeando la oscuridad con los dedos. Buscaba cualquier cosa: una pared, un resto de chatarra flotante, algo que le indicara dónde estaba. Lo único que encontró fue aire y petróleo viscoso. Sus movimientos provocaron que el conducto chirriara de nuevo sobre su cabeza. Algo cedió, y los cables se descolgaron ligeramente. Nailer contuvo el aliento, esperando hundirse de un momento a otro, pero los hilos de cobre resistieron.

—¡Pima! —exclamó.

Al instante, su grito desencadenó una serie de ecos que rebotaron en todas direcciones.

Sorprendido, Nailer se agarró con fuerza al alambre. A juzgar por el sonido, el sitio donde se encontraba no era tan grande como él creía. Había paredes cerca.

—¡Pima!

De nuevo el eco, inmediato.

Aquello no era un gigantesco depósito de petróleo. Era mucho, mucho más pequeño de lo que esperaba. Alentado por la sensación de cercanía de las paredes, Nailer volvió a tantear los alrededores. Pero esta vez, en lugar de usar la mano, sondeó la oscuridad con los dedos de los pies.

Tras dos intentos, sintió una áspera caricia metálica en la piel. Algún tipo de pared, y algo más... Nailer aspiró una bocanada de aire, aliviado. Una fina tubería recorría el muro a lo largo. Tan solo medía un centímetro de diámetro, pero aun así, sería mejor que un manojo de alambres de cobre colgando de un conducto decrepito.

Sin pensárselo dos veces, Nailer se impulsó hacia la pared.

Al moverse, el conducto situado sobre su cabeza rechinó y se vino abajo. Nailer

se hundió, pataleando y manoteando en busca de la fina tubería. Sus dedos viscosos tocaron la pared, resbalaron. Encontraron asidero. Se pegó a la pared, aferrándose con las yemas de los dedos, temblorosos a causa del esfuerzo. El petróleo no le permitía flotar. Empezaba a acusar el cansancio. No sería capaz de aguantar durante mucho tiempo.

Nailer se apresuró a deslizarse a lo largo de la pared, en busca de mejores asideros. Con suerte, quizá hubiera alguna escalerilla. Llegó a un codo de la tubería, que describía un brusco giro descendente y se perdía de vista bajo el petróleo.

Contuvo un hipido de frustración. Iba a morir.

«No sucumbas al pánico».

Como empezara a llorar, estaba jodido. Lo que necesitaba era pensar, no berrear como un bebé, pero notaba que su mente comenzaba a desvariar como la de un borracho. Los vapores eran abrumadores. Nailer podía ver cómo acabaría todo. Se quedaría colgando un poco más, sin dejar de inhalar aire enrarecido, adhiriéndose a la pared como un insecto, pero tarde o temprano lo vencerían el agotamiento o la intoxicación, y resbalaría.

¿Cómo era posible que muriera de una forma tan ridícula? Ni siquiera estaba en un tanque de combustible. Aquello no era más que un compartimiento en el que se había filtrado petróleo. Era patético, más que patético. Lucky Strike había encontrado un depósito de petróleo en un buque y había salido indemne. Nailer había hecho lo mismo y lo iba a pagar con la vida.

«Voy a ahogarme en cochino dinero».

La idea casi le hizo reír. Nadie sabía con exactitud cuánto petróleo había descubierto y sacado de contrabando Lucky Strike. El tipo lo había hecho despacio, tomándose su tiempo, extrayéndolo cubo a cubo hasta reunir lo suficiente para comprar su libertad y quemar sus tatuajes de trabajo. Pero le había quedado bastante para instalarse como negociante sindicalista y vender asignaciones a las mismas cuadrillas pesadas de las que había conseguido escapar. Una simple pizca de petróleo había hecho todo aquello por Lucky Strike, y Nailer estaba metido hasta el cuello en la puñetera sustancia.

—¿Nailer?

La pregunta sonó muy, muy lejana.

—¡Sloth! —exclamó Nailer, con la voz truncada por el alivio—. ¡Estoy aquí! ¡Aquí abajo! ¡Me he caído! —Empezó a dar patadas emocionado y el aceite ondeó a su alrededor.

Una débil luz verdosa traspasó las tinieblas sobre su cabeza. Las demacradas facciones de Sloth aparecieron en el boquete del conducto, coronadas por la mancha luminiscente que llevaba en la frente.

—Ostras. La has cagado pero bien. ¿Nailer?

—Sí. La he cagado a lo grande. —Nailer sonrió exhausto.

—Pima me pidió que viniera a buscarte.

—Dile que necesito una cuerda.

Una pausa interminable.

—Bapi no va a acceder.

—¿Por qué?

Otro silencio prolongado.

—Quiere cobre. Me ha mandado en busca de cobre. Antes de que se desate la tormenta.

—Pues tírame una cuerda y ya está.

—Hay que cumplir el cupo. —El resplandor de su rostro se desvaneció—. Pima ha enviado cosas, por si te encontraba. Por si necesitabas ayuda.

Nailer hizo una mueca.

—¿Ves una escalerilla por alguna parte?

Otra pausa mientras ambos escudriñaban en la penumbra bajo la luz verdosa de la pintura fosforescente de Sloth. Nada. Ni escalerillas, ni puertas. Tan solo un compartimiento herrumbroso inundado de crudo negro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sloth—. ¿Te has roto algo?

Nailer sacudió la cabeza antes de recordar que probablemente Sloth no podía verlo bien.

—Estoy nadando en petróleo. Dile a Bapi que estoy hundido hasta el cuello en petróleo. Miles de litros. Merecerá la pena sacarme de aquí. Hay petróleo de sobra para él.

Otra pausa.

—¿Sí? ¿Tanto?

Nailer sintió un escalofrío al comprender que Sloth estaba sopesando las posibilidades.

—Ni se te ocurra intentar repetir la jugada de Lucky Strike —le advirtió.

—A él le salió bien —fue la respuesta de Sloth.

—Somos una cuadrilla —dijo Nailer, intentando que su voz no delatara el miedo que lo atenazaba—. Dile a Pima que hay petróleo. Dile que hay un depósito secreto. Como no lo hagas, te perseguiré como Jackson Boy, volveré del más allá y te destriparé mientras duermes.

Silencio: Sloth, pensando.

Nailer sintió una inesperada punzada de odio hacia aquella chiquilla escuchimizada y muerta de hambre que estaba tan campante allí arriba, con todo el poder del mundo para auxiliarlo o acabar con su vida. Al menos podría intentar convencer a Bapi de que la supervivencia de Nailer sería ventajosa para él, y sin embargo allí estaba, de brazos cruzados.

Nailer elevó la voz hacia el boquete abierto sobre su cabeza.

—¿Sloth?

—Cierra el pico —repuso la muchacha—. Estoy pensando.

—Somos una cuadrilla —le recordó Nailer—. Hicimos un juramento de sangre.

Pero conocía de sobra los cálculos que estaba realizando, las distintas vías de acción que barajaba su mente rápida mientras contemplaba aquel enorme pozo de riqueza, aquel alijo secreto que podría saquear más tarde a placer, si las Parcas y el Óxido Santo le sonreían. Quería insultarla sin piedad, agarrarla y arrastrarla al fondo con él; enseñarle qué se sentía al morir tragando petróleo.

Pero poner voz a sus sentimientos sería contraproducente. No le convenía que se cabreara. La necesitaba. Era preciso que la convenciera para que le ayudase a sobrevivir.

—Será nuestro secreto —le ofreció—. Podemos repetir la jugada de Lucky Strike juntos.

Tras una nueva pausa, Sloth repuso:

—Según tus propias palabras, estás nadando en petróleo. Todos se darán cuenta de que has encontrado una bolsa en cuanto te vean.

Nailer hizo una mueca. La puñetera era demasiado lista. Ese era el problema de las chicas como Sloth, que a veces se pasaban de avispadas.

—Somos una cuadrilla —insistió, aunque sospechaba que todo era en vano. La conocía demasiado bien. Los conocía a todos demasiado bien. Todos habían pasado hambre. Todos habían hablado de lo que harían si alguna vez se topaban con un Lucky Strike, un Golpe de Suerte; y a Sloth, allí presente, se lo habían servido en bandeja. Las ocasiones por el estilo no se presentaban todos los días. Sloth debía jugarse el todo por el todo. Era su oportunidad de oro.

«Por favor —rezó—. Por favor, que sea buena como Pima. Como Pima y su madre. Que no sea como papá. Parcas, por favor, no permitáis que sea como papá».

Sloth interrumpió sus susurros implorantes.

—Según Pima, se supone que debo dejarte bien pertrechado. Si te encuentro.

—Y me has encontrado.

—Ya. Eso está claro. —Sus movimientos produjeron un suave frufnú—. Ahí tienes agua y comida.

Una sombra se recortó contra el fulgor verde del fósforo que Sloth llevaba en la frente. Golpeó el agua con un fuerte chapoteo. Nailer distinguió a duras penas unos objetos pálidos que flotaban en la superficie, amenazando con hundirse de un momento a otro. Estiró un brazo hacia ellos a la vez que intentaba mantener el contacto con la pared con la otra mano. Consiguió agarrar una botella de agua antes de que se perdiera de vista. Todo lo demás ya había desaparecido. La oscuridad del compartimiento volvió a envolverlo cuando Sloth se esfumó.

—¡Gracias por nada! —le gritó, pero la muchacha ya se había marchado.

No sabía si Sloth pensaba informar a Pima realmente o si se limitaría a regresar corriendo, cargada de rollos de cobre, decidida a sustituirlo e idear la manera de reclamar todo aquel oro negro para ella sola. No le diría nada a Bapi, eso era lo único de lo que estaba seguro. Bapi se limitaría a calificar el petróleo de restos recogidos por la cuadrilla ligera, y no lo compartiría con nadie.

Aquello significaba que aún tenían por delante varias horas más de trabajo con el cobre antes de que se desatara la tormenta; y eso, a su vez, significaba que él tenía por delante varias horas más de espera, aunque Pima estuviera al corriente de su paradero y supiera que necesitaba ayuda.

Nailer se valió de una mano pringosa y de los dientes para abrir la botella de plástico y beber sin soltarse de la pared. Aprovechó el primer trago para enjuagarse la boca antes de escupirlo, en un intento por eliminar los restos de petróleo que tenía en la boca; cuando bebió al fin, lo hizo con ansia y casi sin respirar, engullendo el preciado líquido. Lo embargó una oleada de alivio. Solo cuando empezó a tragar agua comprendió hasta qué punto estaba sediento. Apuró la botella con avidez y luego la dejó flotando en la oscuridad. Si fallecía, ese sería el último vestigio de su existencia.

Unos ruiditos sutiles llegaron a sus oídos procedentes de arriba, como si alguien estuviera raspando o desgarrando algo.

—¿Sloth?

Los sonidos cesaron.

—Venga ya, Sloth —insistió cuando se reanudaron—. Échame una mano.

Ni siquiera sabía por qué se molestaba. La muchacha había tomado una decisión. Por lo que a ella respectaba, él ya era un cadáver. Escuchó con atención mientras Sloth se atareaba en arrancar el resto del cobre. Empezaban a flaquearle los dedos. El petróleo reptaba por su barbilla. Parcas, qué cansado estaba. Se preguntó si Jackson Boy también habría sufrido la traición de su cuadrilla; si era ese el motivo de que el raquero hubiera permanecido en paradero desconocido un año entero. A lo mejor alguien lo había dejado morir a propósito.

«No vas a morir».

Para qué engañarse a sí mismo. Iba a ahogarse. Sin escaleras. Sin puertas...

De pronto, el corazón de Nailer empezó a latir con brío.

Si estaba en un compartimiento lleno de petróleo por accidente, tendría que haber alguna puerta. Aunque se encontraría sumergida. Habría de bucear y arriesgarse a no ser capaz de volver a salir a flote. Era arriesgado.

«Te ahogará de todas formas. Sloth no tiene la menor intención de rescatarte».

Esa era la verdad sin paliativos. Aunque se empeñara en seguir aguantando, tenía cada vez más mermadas sus fuerzas, y tarde o temprano le fallarían los dedos y resbalaría.

«Ya estás muerto».

Era un pensamiento curiosamente liberador. En realidad no tenía nada que perder.

Nailer se deslizó muy despacio a lo largo de la pared, sondeando el líquido oleoso con los dedos de los pies, tanteando en busca de algún saliente o cornisa que indicara la presencia de una puerta allí abajo. La primera vez no encontró nada, pero al segundo intento se hundió un poco más, hasta que el petróleo le acarició el mentón, y rozó algo con los dedos de los pies. Apuntó la nariz hacia el cielo, permitiendo que el crudo le lamiera las mejillas y se cerrara en torno a su boca y su nariz.

Una repisa. Un borde metálico.

Nailer trazó su anchura con el dedo gordo de un pie. Dedujo que podría tratarse del marco de una puerta. No medía mucho más de un metro de ancho. El saliente, por sí solo, era una bendición. Podría descansar un poco si dejaba que las puntas de los pies reposaran en él, aliviando así la presión que le estremecía los dedos de las manos. Aquel saliente era un palacio.

«Ahora puedes recuperar fuerzas —pensó—. Puedes esperar a Pima. Sloth le dirá que estás aquí abajo. Puedes esperar».

Renunció a todo optimismo. Tal vez Pima viniera a rescatarlo. Lo más probable, no obstante, era que Sloth no le mencionara en absoluto. Estaba abandonado a su suerte. Nailer hizo equilibrios en la cornisa, tambaleándose al filo de la indecisión.

«Vivir o morir —pensó—. Vivir o morir».

Se zambulló.

En cierto modo, el fondo del crudo viscoso no era mucho peor que la oscuridad de la superficie. Nailer dejó que sus manos se encargaran de ver por él. Tanteó hacia abajo a lo largo del borde de la puerta, hundiéndose cada vez más mientras se esforzaba por interpretar sus contornos.

Sus manos tocaron una manija. En forma de rueda.

El corazón de Nailer se hinchó de alivio. La rueda era como las que se empleaban en las puertas estancas que cortaban el paso del agua de mar en caso de producirse una brecha en el casco. Tiró de ella mientras intentaba recordar hacia qué lado había que girarla. No cedió. Reprimió un ataque de pánico. Tiró otra vez. Nada. No se movía. Y él estaba empezando a quedarse sin aire.

Nailer empleó la rueda para darse impulso hacia la superficie, rezando para no quedarse corto. Emergió haciendo aspavientos. Sus dedos buscaron con desesperación la delgada tubería y cuando ya amenazaba con hundirse de nuevo, se aferraron a ella milagrosamente. Se limpió la cara como si le fuera la vida en ello, sonándose la nariz al mismo tiempo, con los ojos bien cerrados. Al expulsar el aire por la boca, un chorro de petróleo escapó de entre sus labios. Aspiró una bocanada de aire cargada de vapores.

Aún sin abrir los ojos, tanteó otra vez con los dedos de los pies en busca del marco de la puerta. Por un segundo creyó que lo había perdido, hasta que rozó óxido; instantes después volvía a estar apoyado en él. Una sonrisa tirante se dibujó en sus labios. Aquella puerta cerrada con una manivela de volante le brindaba su única oportunidad. Siempre y cuando consiguiera girar el condenado dispositivo.

Más ecos furtivos procedentes de arriba. Sloth seguía atareada.

—¡Oye, Sloth! —la llamó—. He encontrado una salida. Voy a por ti, cuadrillera.

Los movimientos cesaron.

—¿Me oyes? —La pregunta retumbó alrededor—. ¡Voy a salir de aquí! Y pienso ir a por ti.

—¿Sí? —respondió Sloth—. ¿Quieres que vaya a buscar a Pima? —El sarcasmo le teñía la voz.

Nailer lamentó una vez más no poder agarrarla y arrastrarla al fondo del pozo de petróleo. En lugar de eso, se obligó a imponer un tono razonable a su réplica.

—Si vas a buscar a Pima ahora, olvidaré que te proponías dejar que me ahogara.

Hubo una pausa prolongada.

—Ya es demasiado tarde para eso, ¿verdad? —dijo al fin Sloth, y añadió—: Te conozco, Nailer. Te chivarás a Pima pase lo que pase, me echarán de la cuadrilla y pondrán a otro en mi lugar. —Silencio de nuevo, antes de concluir—: Ahora todo está en manos de las Parcas. Si es cierto que has encontrado una salida, nos veremos en el

exterior. Entonces podrás disfrutar de tu venganza.

Nailer frunció el ceño. Había valido la pena intentarlo. Pensó en la puerta que lo aguardaba bajo la superficie. Quizá estuviera cerrada con llave por el otro lado. Eso explicaría que la rueda se negase a girar. Tal vez...

«Si está cerrada con llave, morirás. El resultado seguirá siendo el mismo. Es absurdo preocuparse ahora por eso».

Inspiró hondo y volvió a sumergirse.

Esta vez, provisto de más aire y con una idea clara de lo que se proponía, encontró la rueda enseguida y la manipuló tomándose su tiempo. Afianzó los pies en el marco de la escotilla y tanteó alrededor en busca de la manija del cerrojo. Antes de tirar de ella debía accionar el volante para desbloquear el cierre hermético. Intentó girar la manivela de nuevo. Nada. Se apoyó en ella empujando de costado, ejerciendo presión con las piernas y esforzándose por encontrar asidero.

Nada.

Enganchó la rueda pasando el brazo hasta el codo. Estaba quedándose sin aire, pero no quería renunciar todavía. Tiró. Volvió a tirar, con más fuerza, y la manivela se le clavó en la articulación. Sus pulmones amenazaban con estallar de un momento a otro.

Nailer redobló sus esfuerzos. No veía más que palpitantes destellos dorados, azules y rojos. La rueda giró otra vez, aflojándose. Se obligó a permanecer sumergido a pesar de que lo acuciaba la falta de aire, girando la rueda cada vez más deprisa, hasta que sus pulmones comenzaron a sufrir una serie de espasmos. Volvió a impulsarse hacia la superficie en un ascenso desesperado.

Hiperventiló una última vez, con ansia, resoplando con fuerza en la oscuridad.

Se sumergió.

Girando, girando, girando sin cesar la rueda, con los pulmones a punto de estallar, todo o nada, empujando hasta el borde de la temeridad por la necesidad de escapar. Nailer tiró con fuerza de la manija del cerrojo. Se temió por un segundo que la puerta se abatiera hacia dentro y que la presión del petróleo que mantenía cerrada la hoja le impidiera moverla...

La puerta se abrió de golpe.

Un torrente de ébano arrastró a Nailer, que se estrelló contra una pared. Se encogió como una pelota mientras rodaba. El petróleo atronaba a su alrededor. Se golpeó la frente contra algo metálico y a punto estuvo de inspirar, pero se obligó a encogerse más aún, dejándose voltear y zarandear, rebotando y rodando por los pasillos del buque como una medusa que las olas hubieran arrojado a un arrecife.

El aire fresco lo golpeó como un mazazo.

Nailer sintió que se le revolvía el estómago. Caída libre. Contra su voluntad, abrió los ojos, irritados por el combustible y abrasados por el sol. El océano era un espejo

cegador pintado de blanco por la intensidad de su resplandor. Las olas azules volaban a su encuentro. Solo disponía de un segundo para girarse...

Chocó contra el agua. El salitre lo devoró. El mar oleaginoso se mecía y se ondulaba a su alrededor. Las olas se rizaban en bucles gigantescos. Nailer se impulsó como pudo hacia arriba, pataleando en busca de la superficie. El sol y la espuma le dieron la bienvenida cuando la alcanzó, sin aliento. Aspiró una bocanada de aire que le inundó de oxígeno cristalino los pulmones, hambrientos de una vida que ya había dado por perdida.

Sobre su cabeza, un boquete en el casco del petrolero seguía vomitando crudo, señalando el lugar desde donde el buque lo había arrojado al vacío. La sustancia se derramaba en negros regueros por la dermis del navío, formando una maraña de bifurcaciones viscosas. Quince metros de caída libre, y había sobrevivido. Nailer empezó a reír.

—¡Estoy vivo! —exclamó. Sus gritos no tardaron en convertirse en alaridos, alimentados por la mezcla de euforia y terror liberado que lo embargaba, ebrio de sentir el sol, las olas y la mirada curiosa de las gentes que lo observaban desde la orilla.

Nadó en dirección a la playa sin dejar de reír, embriagado al saberse vivo. Las olas lo empujaban hacia la orilla. Se dio cuenta de que la suerte le había sonreído por partida doble. De no ser por la pleamar, se hubiera estampado contra la arena en vez de zambullirse en el agua.

Nailer dejó atrás las últimas olas gigantes y se puso en pie. Le temblaban las piernas después de nadar durante tanto tiempo, pero estaba en tierra firme, y con vida. Soltó una carcajada demencial frente a Bapi, Li, Rain y otros cientos de trabajadores y cuadrilleros, que lo miraban fijamente, patidifusos.

—¡Estoy vivo! —chilló para que todos lo oyeran—. ¡Estoy vivo!

Continuaron observándolo sin pestañear, en silencio.

Nailer se disponía a gritar algo más, pero detectó algo en los rostros que lo contemplaban que le hizo bajar la mirada.

La espuma marina le lamía los tobillos, mezclada con herrumbre y trozos de alambre. Cápsulas y aislante. Y con su sangre. Cayéndole por las piernas en regueros brillantes, roja y constante, tiñendo las aguas al compás de los latidos de su corazón.

—Tienes suerte —dijo la madre de Pima—. Deberías estar muerto.

Aunque Nailer estaba casi demasiado cansado para responder, logró esbozar una sonrisa para la ocasión.

—Pero no lo estoy. Estoy vivo.

La madre de Pima cogió una hoja de metal oxidado y la esgrimió frente a su rostro.

—Si esto hubiera penetrado un centímetro más dentro de ti, habrías terminado en la orilla arrastrado como un trozo de chatarra. —Sadna lo miró con expresión grave—. Tienes suerte. Las Parcas andaban cerca de ti hoy. Deberías haber acabado como Jackson Boy. —Le ofreció el pincho cubierto de herrumbre—. Quédatelo como talismán. Te buscaba. Iba directo al pulmón.

Nailer alargó una mano en dirección al pedazo de metal que había estado a punto de matarlo e hizo una mueca de dolor cuando le tiraron los puntos.

—¿Lo ves? —insistió la mujer—. Hoy estás bendecido. Las Parcas te quieren.

Nailer sacudió la cabeza.

—No creo en las Parcas.

Pero lo dijo con voz queda, lo suficientemente baja como para que Sadna no lo oyera. Si las Parcas existían, lo habían dejado con su padre, y eso significaba que no quería saber nada de ellas. Creer que todo era aleatorio en la vida resultaba más reconfortante que sospechar que el mundo entero estaba en tu contra. Las Parcas tenían un pase cuando uno era como Pima y gozaba de la suerte de contar con una madre cariñosa y un padre que había tenido la decencia de morir antes de poder empezar a repartir leña. Pero ¿el resto del tiempo? Cuidado.

La madre de Pima levantó la cabeza y lo estudió con sus penetrantes ojos castaños.

—Pues da las gracias a cualesquiera que sean los dioses que veneres. Me da igual que sea ese tal Ghanesa con cabeza de elefante o Jesucristo, el Óxido Santo o tu difunta madre, pero el caso es que alguien velaba por ti. No desprecies ese regalo.

Nailer asintió con la cabeza, obediente. La madre de Pima era lo mejor que le había pasado en la vida. No quería que se enfadara. No conocía ningún lugar más seguro que su choza de lonas de plástico, tablas viejas y hojas de palma. Sabía que allí podía contar siempre con su ración de camarones o arroz, e incluso aquellos días en los que no había nada que llevarse a la boca, en fin, seguía teniendo la certeza de que entre esas paredes (bajo los colgantes azules de Ojos de Parca y la estatua jaspeada del Óxido Santo) nadie intentaría apuñalarlo por la espalda, ni buscar pelea con él, ni robarle. Allí, la fortaleza de Sadna disipaba cualquier posible temor y tensión.

Nailer se movió con cuidado para poner a prueba los puntos y los vendajes que le había practicado.

—Parece que todo está en su sitio, Sadna. Gracias por remendarme.

—Espero que te sirva de algo. —La mujer no levantó la cabeza. Estaba lavando los cuchillos de acero inoxidable en un caldero lleno de agua que se había teñido de rojo mientras trabajaba—. Eres joven, no estás enganchado a nada. Y di lo que quieras sobre tu padre, pero posees la tenacidad de los López. Tienes una oportunidad.

—¿Crees que se infectará?

La madre de Pima encogió los hombros, provocando que sus músculos nudosos se abultaran bajo la camiseta de tirantes. La luz de las velas encendidas en el interior de la choza se reflejaba en su piel negra. Había dado la espalda a su cuadrilla y a su turno para asegurarse de que Nailer recibía la atención necesaria. Había perdido un cupo entero gracias a Pima, quien había tenido la sensatez de ir corriendo a buscarla en cuanto se enteró de que su cuadrillero desaparecido no estaba a bordo del buque sino en los bajíos.

—No lo sé con seguridad, Nailer —respondió—. Te hiciste un montón de cortes. La piel debería protegerte, pero el agua está muy sucia en esta zona, y te has bañado en petróleo. —Sacudió la cabeza—. No soy médico.

Nailer bromeó.

—No necesito ningún médico, sino hilo y aguja. Zúrceme como si fuera una vela y estaré como nuevo.

Sadna no sonrió.

—Procura mantener limpias esas heridas. Si notas fiebre o empiezas a supurar, ven a buscarme. Aplicaremos unas lombrices, a ver si eso sirve de algo.

Nailer arrugó la nariz, pero la mirada furibunda de Sadna le obligó a asentir. Se sentó con cuidado. Apoyó los pies en el suelo y siguió con la mirada a la madre de Pima, que cruzó la habitación para tirar el agua sanguinolenta a la oscuridad del exterior. Cuando regresó, Nailer enderezó los hombros y se dirigió a la entrada con suma cautela. Apartó la puerta de plástico para asomarse a la playa.

Incluso de noche, la actividad mantenía los restos iluminados; las cuadrillas se alumbraban con teas mientras continuaban con las incesantes labores de desguace. Los buques eran grandes siluetas negras que se recortaban contra el brillante titilar de las estrellas y la Vía Láctea en el firmamento. El resplandor de las antorchas oscilaba y se mecía, fluctuante. El estruendo de los martillazos retumbaba en las olas. El reconfortante sonido del trabajo y la actividad se propagaba por el aire teñido con el acre olor a carbón de los hornos y la fresca brisa salobre procedente de las aguas. Era una maravilla.

Aunque antes de su escarceo con la muerte no lo supiera, ahora que volvía a

encontrarse en la playa de Bright Sands no le cabía la menor duda: aquello era lo más maravilloso que había visto en su vida. Era incapaz de apartar la mirada, no podía dejar de sonreír a las personas que paseaban por la arena, a las fogatas donde se asaban tilapias pescadas en los bajíos, a la mezcla de músicas y al clamor de quienes bebían en los cobertizos. Todo era una maravilla.

Casi tanto como el espectáculo de Sloth rodando por la arena a patadas, con los ojos anegados en lágrimas de autocompasión, mientras a él le ponían los puntos. Bapi se había encargado personalmente de aplicar el cuchillo a los tatuajes de la cuadrilla ligera, en un gesto que la despojaba de la totalidad de sus derechos. Jamás volvería a ejercer como desguazadora. Ni como ninguna otra cosa, lo más probable. No después de haber roto sus juramentos de sangre. Había demostrado que nadie podía fiarse de ella.

A Nailer le sorprendió que Sloth no protestara. Si bien no tenía la menor intención de perdonarla, respetaba el hecho de que no hubiese suplicado ni intentado justificarse cuando Bapi desenfundó el cuchillo. Todo el mundo conocía las reglas. Lo hecho, hecho estaba. Se la había jugado y había perdido. Así era la vida. Había Lucky Strikes y había Sloths; había Jackson Boys y había cabrones con suerte como él. Dos caras de la misma moneda. Uno la lanzaba al aire con la esperanza de que le sonriera la fortuna, y cuando cesaba el tintineo sobre la mesa de juego, o bien continuaba viviendo o bien perecía.

—Son las Parcas —musitó la madre de Pima—. Te han acogido en su seno. Quién sabe lo que piensan hacer contigo.

Lo observaba fijamente con una expresión que cabría calificarse de apenada. Antes de que Nailer tuviera ocasión de preguntarle a qué se refería, Pima entró por la puerta con el resto de la cuadrilla.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¡Pero si es nuestro cuadrillero! —Inspeccionó los rasguños y los puntos que le cubrían el cuerpo—. Saldrás de esta con unas cicatrices que serán la envidia de muchos, Nailer.

—Cicatrices de la suerte —ratificó Moon Girl—. Mejores que un tatuaje con la cara del Óxido Santo. —Le ofreció una botella.

—¿Qué es esto? —preguntó Nailer.

Moon Girl encogió los hombros.

—Una ofrenda de la suerte. Ahora que Dios te abraza con tanta fuerza, quiero estar más cerca de Él.

Nailer sonrió y probó un sorbo; le sorprendió la calidad del alcohol, que le quemó la boca.

—Es Black Ling —explicó Pima entre risas. Se inclinó hacia él—. Tic-Toc lo ha robado. Ese raquero está loco, se lo llevó tan campante de la tienda de fideos de Chen. No tiene dos dedos de frente, pero le sobra agilidad en las manos. —Tiró de él

en dirección a la orilla—. Hemos encendido una fogata. Vamos a emborracharnos.

—¿Y qué pasa con el trabajo de mañana?

—Bapi dice que la tormenta es inminente. —Pima rió de nuevo—. Pelaremos cables con resaca y listos.

Los miembros de la cuadrilla se reunieron alrededor de la hoguera y empezaron a intercambiar bebidas. Pima se ausentó durante unos instantes para regresar con un cazo de arroz con judías, y volvió a sorprender a Nailer con un muslo de pichón asado. Ante su mirada de incredulidad, explicó:

—Mucha gente quiere arrimarse a Dios y a las Parcas. Todo el mundo te vio salir del buque. A nadie le sonrío la suerte de esa manera.

Nailer decidió no hacer más preguntas y comió con avidez, alegrándose de estar vivo y con la barriga llena.

Continuaron bebiendo mientras el pincho oxidado que había estado a punto de acabar con su vida pasaba de mano en mano. Contempló la posibilidad de transformarlo en un talismán, un adorno que podría colgarse al cuello. El alcohol lo calentaba por dentro y pintaba el mundo entero de color de rosa. Estaba vivo. Toda su piel vibraba de vitalidad. Incluso el dolor que sentía en la espalda y en el hombro, allí donde el pincho lo había traspasado, era agradable. Haber visto la muerte de cerca propiciaba que toda su vida refulgiera con fuerza. Giró el hombro y saboreó el dolor.

Pima, que lo observaba al otro lado de las llamas, preguntó:

—¿Crees que estarás en condiciones de unirte a la cuadrilla mañana?

Nailer se obligó a asentir con la cabeza.

—Pelar cables puede hacerlo cualquiera.

—¿A quién vamos a elegir para explorar los conductos? —quiso saber Moon Girl. Pima arrugó la nariz.

—Pensaba que sería Sloth la encargada. Habrá que tomarle juramento al que la sustituya. Intercambiar sangre con alguien nuevo.

—Para lo que sirve eso... —masculló Tic-Toc.

—Ya, bueno, algunas personas todavía cumplen su palabra.

Todos dirigieron la mirada playa abajo, al lugar donde habían dejado tirada a Sloth. No tardaría en padecer hambre y necesitaría que alguien la protegiera. Alguien con quien compartir los restos recuperados, que le cubriera las espaldas cuando ella no pudiera trabajar. No era fácil sobrevivir en la playa sin una cuadrilla.

Nailer, con la mirada fija en las fogatas, reflexionó sobre la naturaleza de la suerte. Una decisión precipitada había bastado para sentenciar el futuro de Sloth. Ahora le quedaban pocas opciones, y ninguna halagüeña. Todas ellas auguraban derramamientos de sangre, dolor y desesperación. Pegó otro trago a la botella, preguntándose si la compadecía a pesar de lo que había hecho.

—Podríamos reclutar a Teela —sugirió Pearly—. Es menuda.

—Tiene un pie torcido —dijo Moon Girl—. ¿Sería lo bastante veloz?

—Por una cuadrilla ligera, se dejaría la piel.

—Lo decidiré más adelante —terció Pima—. Puede que Nailer se recupere pronto y no haga falta buscar otro explorador para los conductos.

Nailer esbozó una sonrisa amarga.

—O puede que Bapi me expulse y venda mi puesto. Así nadie tendría por qué decidir nada.

—Que no se le ocurra pasar por encima de mí.

Nadie dijo nada. La velada era demasiado agradable como para estropearla con especulaciones pesimistas. Bapi haría lo que le diese la gana, pero no hacía falta que hurgaran en esa herida esa noche.

Como si presintiera las dudas que lo asaltaban, Pima insistió:

—Ya he hablado con Bapi. Nailer tiene un par de días libres. A cuenta del cupo del líder. Hasta Bapi quiere arrimarse a una suerte de este calibre.

—¿No está cabreado conmigo después de que las demás cuadrillas se llevaran todo ese crudo?

—Bueno, eso sí. Pero los alambres salieron contigo, de modo que ya tiene un motivo para alegrarse. Tendrás tiempo de recuperarte. Pongo al Óxido Santo por testigo.

Era demasiado bueno para ser verdad. Nailer pegó otro trago. Sin embargo, no pensaba esperar aguantando la respiración; había visto demasiadas veces cómo las promesas de los adultos se quedaban en meros deseos. Necesitaba estar con la cuadrilla al día siguiente, y tenía que demostrar que volvía a ser útil cuanto antes. Movi6 el hombro con cuidado, como si pretendiese que sanara a fuerza de voluntad. Dos o tres días de pelar cables serían una bendición. Lo único positivo de todo ese embrollo era que se avecinaba una tormenta.

Claro que, de no haber sido por ella, no habría tenido que meterse en aquel agujero dos veces el mismo día.

Siguió bebiendo mientras disfrutaba de las vistas de la playa. De noche ni siquiera se veían las manchas de petróleo en el agua, tan solo los acuosos reflejos plateados de la luna. A lo lejos, mar adentro, un puñado de bolitas rojas y verdes destellaban como fuegos fatuos: las luces de navegación de los clíperes que cruzaban el golfo.

Las embarcaciones de vela se deslizaban en silencio por el horizonte, impulsadas por un viento tan fuerte que sus luces se perdieron de vista tras la curvatura del horizonte en cuestión de minutos. Intentó imaginarse lo que debía de sentirse al estar de pie en la cubierta de cualquiera de ellas, dejando atrás la playa y la cuadrilla ligera. Navegando libre y veloz.

Pima le arrebató la botella de alcohol.

—¿Soñando despierto?

—Medio dormido. —Nailer inclinó la cabeza en dirección a las luces de colores—. ¿Alguna vez has viajado en uno de esos?

—¿A bordo de un clíper? —Pima sacudió la cabeza—. Qué va. En cierta ocasión vi cómo atracaba uno; tenían un montón de medio hombres de guardias. No querían que la escoria de la playa se acercara en sus barcas. —Hizo una mueca—. Los caraperros electrificaron el agua.

Tic-Toc se rió.

—Lo recuerdo. Intenté acercarme nadando y empecé a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo.

Pima frunció el ceño.

—Y al final tuvimos que sacarte a rastras como un pescado muerto. Casi consigues que nos frían a todos.

—Habría estado bien.

—Los caraperros te habrían devorado vivo —resopló Moon Girl—. Eso es lo que les gusta. Ni siquiera cocinan la carne. Esos monstruos siempre se la comen cruda. Si te hubiéramos dejado allí fuera, habrían terminado usando tus costillas como mondadientes.

—Cierra el pico. Hay un medio hombre que trabaja de matón para Lucky Strike... ¿cómo se llama? —Tic-Toc se quedó callado un momento, frustrado—. Da igual, yo lo he visto. El puñetero tiene unos dientes enormes, pero no come personas.

—¿Y tú qué sabes? Los que se coma no irán por ahí chivándose de él.

—Cabras —intervino de improviso Pima—. El medio hombre se alimenta de cabras. La primera vez que apareció en la playa le pagaban en cabras por su trabajo en la cuadrilla pesada. Mi madre me contó que era capaz de zamparse una entera en tres días. —Arrugó la nariz—. Moon Girl tiene razón. No conviene enemistarse con esos monstruos. Nunca se sabe cuándo su faceta animal podría intentar arrancarte el brazo de cuajo.

Nailer seguía contemplando las luces que se alejaban mar adentro.

—¿No te has preguntado nunca lo que se debe de sentir navegando en un clíper? ¿Surcando las aguas a bordo de uno de esos chismes?

—No sé. —Pima sacudió la cabeza—. Serán rápidos, me imagino.

—Condenadamente rápidos —matizó Moon Girl.

—Rápidos de narices —dijo Pearly.

Ahora todos contemplaban las aguas. Con avidez.

—¿Creéis que saben siquiera que estamos aquí? —preguntó Moon Girl.

Pima escupió en la arena.

—Para esas personas somos como las moscas que revolotean alrededor de la basura.

Las luces no dejaban de moverse. Nailer intentó imaginarse lo que debía de

sentirse de pie en cubierta, surcando las olas, cortándolas como un cuchillo. Había pasado noches en vela contemplando imágenes de clíperes a todo trapo, imágenes sustraídas de las revistas que Bapi guardaba en un cajón en su choza de supervisor, pero eso era lo más cerca que había estado nunca de ellos. Había pasado horas enteras admirando aquellos estilizados contornos de depredador, estudiando las velas y las hidroalas, las suaves superficies de diseño, tan distintas de los restos oxidados en los que trabajaba todos los días. Contemplando sin pestañear a las personas tan apuestas que sonreían y bebían en sus cubiertas.

Aquellas embarcaciones susurraban promesas de velocidad, aire salobre y horizontes abiertos. A veces, Nailer desearía ser capaz de zambullirse en aquellas páginas y emerger en la proa de un clíper. En su imaginación, zarpaba a bordo de uno de ellos y dejaba atrás la penosa vida cotidiana de desguazador. En otras ocasiones, rompía las fotos en pedazos y los arrojaba al viento; las detestaba porque le hacían anhelar cosas que no sabía que deseaba hasta que vio aquellas velas.

El viento roló. Un nubarrón negro de humo de fundición se cernió sobre la playa, envolviéndolos en calima y cenizas.

Todo el mundo empezó a atragantarse y a toser, intentando conseguir aire puro. El viento cambió de dirección otra vez, pero Nailer continuó tosiendo. La estancia en el depósito de petróleo le había dejado secuelas. Su pecho y sus pulmones seguían estando doloridos, y aún conservaba el sabor del crudo en el paladar.

Cuando Nailer dejó de toser y levantó la cabeza, los clíperes ya se habían perdido de vista. El humo de la fundición aún envolvía su fogata.

Nailer sonrió con amargura, acariciado por la brisa acre. Eso era lo que se conseguía pensando en clíperes: terminar con los pulmones llenos de humo por no haber prestado atención a lo que te rodeaba. Tomó otro trago de la botella y se la pasó a Pearly.

—Gracias por la ofrenda de la suerte —dijo—. El puñetero Black Ling tiene cuerpo, jamás lo hubiera imaginado.

Moon Girl sonrió.

—Los puñeteros cabrones con suerte beben puñeteros licores con cuerpo.

—Tiene suerte, ya lo creo —ratificó Pima—. Es el cabrón más afortunado que he visto en mi vida.

Echó un vistazo a las demás ofrendas que se habían ido acumulando a lo largo de la noche. Otro muslo de pichón que Nailer compartió con el grupo, una cajetilla de cigarrillos liados a mano, una botella de licor barato del alambique de Jim Thompson, un grueso pendiente de plata de gran tamaño. Una concha pulida por el mar. Un paquete de medio kilo de arroz.

—¿Más afortunado que Lucky Strike? —bromeó Nailer.

—Después de haber perdido todo ese petróleo, no —dijo Moon Girl—. Si fueras

Lucky Strike, habrías averiguado la manera de sacarlo sin que nadie se enterara, en vez de dejar que se desperdiciase. Ahora serías rico, el dueño de la playa.

Los demás gruñeron para mostrar su conformidad, pero Pima se había quedado callada; su piel negra era una sombra.

—Nadie tiene tanta suerte —dijo con amargura—. El que todo el mundo sueñe con ser el próximo Lucky Strike es lo que provocó que Sloth se torciera.

—Ya, bueno. —Nailer encogió los hombros—. Todavía siento que me sonrío la suerte, de momento.

Pima hizo una mueca.

—No tuviste tanta suerte —repuso—. Fuiste listo. También Lucky Strike lo era. La mitad de las cuadrillas de por aquí encuentran depósitos de petróleo, o de cobre, o de lo que sea, y nadie sabe qué hacer con ellos. Los jefes los reclaman para sí, y ellos son expulsados de los restos. Mierda. —Bebió de la botella y se enjugó los labios con el antebrazo antes de pasársela a Moon Girl, que probó un sorbo y tosió—. Lo que uno necesita aquí no es suerte —sentenció Pima—, sino luces.

—Luces o suerte, me da lo mismo, el caso es que no estoy muerto.

—Brindo por eso. Aun así, a todos nos emociona creernos Lucky Strike y perdemos la cabeza. Dilapidamos todo nuestro dinero jugando a los dados, intentando arrimarnos a la Fortuna, hacernos de oro de la noche a la mañana. Rezamos para que el Óxido Santo nos ayude a encontrar algo que podamos considerar nuestro en exclusiva. Diablos, hasta mi madre pone arroz en la balanza del Dios de la Chatarra como ofrenda, y al final terminamos como Sloth.

Pima inclinó la cabeza en dirección a la playa, donde los miembros de las cuadrillas pesadas habían encendido sus hogueras. Las hurgamanderas que los acompañaban se reían y bromeaban con ellos, ceñían las cinturas de los hombres con sus brazos esbeltos, animándolos a emborracharse y gastar el dinero.

—Sloth está ahí abajo en estos momentos. La he visto. Lo único que ha conseguido soñando con repetir la jugada de Lucky Strike es que le crucen los tatuajes de cuadrilla con cortes de la vergüenza, y un montón de malas compañías.

Nailer estudió las hogueras de los hombres.

—¿Crees que vendrá a por mí?

—Yo lo haría —respondió Pima—. Ahora no le queda nada que perder. —Asintió con la cabeza en dirección a las ofrendas de suerte de Nailer—. Más te vale encontrar un buen escondite para todo eso. Seguro que intenta robarlo. Es posible que encuentre un protector dispuesto a cobijarla bajo su ala, pero nadie más querrá tener tratos con ella. Las chozas de comida se negarán a contratarla porque los desguazadores no querrán comprarle nada a alguien con los tatuajes de cuadrilla rajados. Los clanes de las fundiciones jamás permitirían que se les acercase una perjura. Una embustera de ese calibre no tiene la menor oportunidad.

—Podría vender un riñón —dijo Moon Girl—. O donar un par de litros de sangre a los Cosechadores. Siempre están dispuestos a comprar.

—Claro. Y no nos olvidemos de esos ojos tan bonitos que tiene —terció Pearly—. Los Cosechadores se pelearían por ellos.

Pima encogió los hombros.

—Los proveedores médicos pueden cortarla y trocearla como una chuleta de cerdo, pero tarde o temprano todo el mundo se queda sin piezas. Y entonces, ¿qué?

—El Culto a la Vida —sugirió Nailer—. Le darían dinero por sus óvulos.

—Lo que nos faltaba. —Moon Girl arrugó la nariz—. Un montón de medio hombres con la cara de Sloth.

—El ADN de perro supondría un paso adelante para ella —ironizó Pearly—. Al menos los chuchos son leales.

Sus palabras provocaron un coro de risitas siniestras. Empezaron a bromear con los animales que podrían mejorar la configuración genética de Sloth: los gallos por lo menos se levantaban temprano, los camarones estaban muy ricos, las serpientes eran ideales para explorar los conductos, y no tenían manos, así que no podían apuñalarte por la espalda. Cualquier criatura que se les ocurría era mejor que el bicho que los había traicionado. El oficio de desguazador era demasiado peligroso como para dedicarse a él rodeado de gente en la que no se podía confiar.

—Sloth está a punto de meterse en un callejón sin salida —observó Pima—, pero nosotros nos enfrentamos al mismo problema. Este año tal vez no, pero no tardará. —Se encogió de hombros—. Mi madre está dándome de comer más de lo normal, intentando prepararme para que pueda aspirar a entrar en una cuadrilla pesada. —Titubeó y volvió a mirar playa abajo, a las hogueras y a los hombres arracimados en torno a ellas—. Dudo que lo consiga. Demasiado corpulenta para las cuadrillas ligeras, demasiado menuda para las pesadas... ¿Cuál es la alternativa? ¿Cuántos clanes aceptan jóvenes extraños?

—Chorradas —dijo Pearly—. Nadie va a obligarte a renunciar al trabajo de la cuadrilla ligera. Eres la mejor recuperadora que hay a bordo del buque. Podrías quitarle el trabajo a Bapi cuando quisieras, acabar con los perezosos y doblar el cupo. —Chasqueó los dedos—. Así de fácil. Podrías quitarle el puesto a Bapi, te lo garantizo.

Pima esbozó una sonrisa.

—Hay cola para ocupar ese puesto, y nosotros no somos los primeros de la fila. Habría que realizar una inversión enorme, y ninguno de nosotros tiene tanto dinero.

—Qué estupidez —se lamentó Pearly—. Serías mejor líder de cuadrilla que él.

—Ya. —Pima hizo una mueca—. Ahí es donde entra en juego la suerte, supongo. —Adoptó una expresión más seria y paseó la mirada a su alrededor—. Haríais bien en recordar eso, os lo estoy diciendo a todos. La inteligencia o la suerte, por sí solas,

valen menos que un metro de cobre. Hace falta combinar las dos, o terminaréis igual que Sloth, junto a esas hogueras de ahí abajo, rezando para que alguien os encuentre alguna utilidad.

Bebió a morro de la botella, la devolvió y se puso en pie.

—Tengo que acostarme un rato. —Mientras encaminaba sus pasos playa abajo, se dirigió a Nailer por encima del hombro—: Nos vemos mañana, suertudo. Y no llegues tarde. Ten por seguro que Bapi te rajará los tatuajes como no aparezcas y sudas la gota gorda con todos los demás.

Nailer y el resto de la cuadrilla la vieron partir. El último tronco de la fogata crepitó y levantó una lluvia de chispas. Moon Girl se apresuró a atizar las llamas e introdujo el leño en el manto de brasas.

—No tiene la menor posibilidad de ingresar en una cuadrilla pesada —dijo—. Ni ella ni ninguno de nosotros.

—¿Qué te propones, fastidiarnos la noche? —protestó Pearly.

Las facciones perforadas de Moon Girl brillaban a la luz de la hoguera.

—Me limito a exponer lo que todos sabemos. Pima vale más que diez Bapis juntos, pero eso da igual. Dentro de un año se enfrentará al mismo problema que Sloth. El que no tiene suerte no tiene nada. —Sostuvo en alto un amuleto de las Parcas de cristal azul que llevaba colgado del cuello—. Besamos el ojo y rezamos para que las cosas salgan bien, pero al final estamos todos igual de jodidos que Sloth.

—No. —Tic-Toc negó con la cabeza—. La diferencia estriba en que Sloth se lo merecía, y Pima no.

—Lo que uno se merezca o deje de merecerse no tiene nada que ver —insistió Moon Girl—. Si la gente obtuviera lo que se merece, la madre de Nailer seguiría con vida, la de Pima sería la dueña de Lawson & Carlson, y yo comería seis veces al día. —Escupió al fuego—. Tú no te mereces nada. Puede que Sloth rompiera su juramento, pero era lo bastante lista como para saber que a nadie le regalan nada; si quieres algo, has de ir a por ello.

—No me lo trago. —Pearly sacudió la cabeza—. ¿Qué es uno sin sus promesas? Nada. Menos que nada.

—Tú no viste todo aquel petróleo, Pearly —intervino Nailer—. Era el mayor Lucky Strike que me he tropezado nunca. Todos podemos fingir que no somos como Sloth, pero no has tenido tanto petróleo al alcance de la mano en tu vida. Cualquiera rompería su juramento por algo así.

—Yo no —sentenció Pearly, vehemente.

—Ya. Ni ninguno de nosotros —dijo Nailer—. Pero tú no estabas allí.

Aquello puso fin a la discusión, porque por mucho que quisieran engañarse a sí mismos, Tic-Toc tenía razón. Pima jamás flaqueaba. Nunca se venía abajo y siempre estaba dispuesta a cubrirte las espaldas. Aunque te insistiera para que cumplieres con

el cupo, siempre procuraba que no corriera ningún peligro. De repente, Nailer deseó ser capaz de transferirle toda su suerte. Si alguien se merecía algo mejor, era ella.

Deprimidos por el rumbo que había tomado la conversación, todos empezaron a recoger las sobras de la cena; cubrieron la madera de la playa con arena y se dispusieron a regresar a las familias, a los tutores o a las chozas que estuvieran esperándolos.

Cuando los azotó una ráfaga de viento, Nailer giró el rostro hacia la brisa balsámica. La tormenta estaba cerca, sin duda. Poseía experiencia de sobra en la costa como para presentirlo. Se avecinaba cada vez más deprisa. Una galerna de las buenas. Habría que aparcar el trabajo durante un par de días, al menos. Tal vez así tendría tiempo de descansar y recuperarse.

Aspiró el aire fresco y salobre que lo acariciaba. La suya no era la única fogata que se estaba apagando; el bullicio se extendía por la playa conforme sus ocupantes comenzaban a asegurar sus escasas pertenencias, alertados por la inminencia del temporal.

En el horizonte, otro clíper surcaba las aguas del golfo bajo el firmamento nocturno, azules sus luces de navegación. Nailer inspiró hondo mientras observaba cómo avanzaba raudo en busca de un puerto donde cobijarse. Por una vez, se alegró de estar en la orilla.

Giró sobre los talones y empezó a arrastrar los pies en dirección a su choza. Si de veras le sonreía la suerte, su padre estaría emborrachándose por ahí y nadie repararía en su llegada.

El hogar de Nailer estaba en la linde de la selva, rodeado de enredaderas de kudzu y cipreses; consistía en un montón de hojas de palma, cañas de bambú y planchas de latón donde su padre había dejado marcados los nudillos para que nadie las robara durante el día, en ausencia de ambos.

Dejó las ofrendas de la suerte frente a la puerta. Recordaba vagamente cierta época en la que aquella puerta no le parecía peligrosa. Antes de que su madre cayera enferma. Antes de que su padre sucumbiera al alcohol y las drogas. Ahora, abrir esa puerta equivalía a encomendarse al azar.

Si no fuese porque Nailer iba vestido con ropa prestada, ni siquiera se hubiera arriesgado a volver; así las cosas, su otra muda estaba dentro, y con suerte, su padre aún estaría fuera, bebiendo. La puerta se abrió con un chirrido, y Nailer se adentró de puntillas en las tinieblas. Abrió el bote de pintura luminiscente y se dibujó una mancha en la frente. La fosforescencia conjuró sombras tenues...

Una cerilla se encendió con un fognazo. Nailer se dio la vuelta.

Su padre estaba apoyado en la pared detrás de la puerta, observándolo, empuñando una botella de alcohol prácticamente vacía.

—Me alegro de verte, Nailer.

Richard López era un escuálido conglomerado de músculos nervudos y energía desbordante. Unos dragones tatuados se extendían por sus brazos y enroscaban las colas en su cuello, donde se confundían con las pautas descoloridas de los distintivos de la cuadrilla ligera a la que había pertenecido en su día. Una serie de cicatrices de victoria, más recientes y mucho más ominosas, resplandecían en su pecho; recuerdo de todos los contrincantes a los que había derrotado en el ring. Los cortes sumaban trece en total, rojos y crueles. Su docena de fraile particular, solía decir con una sonrisa. Y a continuación preguntaba a Nailer a qué estaba esperando para tenerlos tan bien puestos como su viejo.

Richard encendió el farol que colgaba del techo y lo dejó meciéndose. Nailer aguardó mientras intentaba adivinar cuál era el estado de ánimo de su padre, que cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó en ella a horcajadas. El fulgor oscilante de la lámpara los cubría de sombras a ambos, de líneas trémulas y siniestras. Richard López estaba colocado hasta las cejas, ciego de anfetaminas y licor. Sus ojos inyectados en sangre no se apartaban de Nailer, como si de una serpiente lista para atacar se tratase.

—¿Qué diablos te ha pasado?

Nailer intentó disimular el miedo que lo embargaba. Su padre no tenía nada en las manos: ni cuchillos, ni correas, ni varas de sauce. Aunque sus ojos azules brillaban como si fueran de cristal, su porte era sereno como el océano en calma.

—Tuve un accidente en el trabajo —respondió Nailer.

—¿Un accidente? ¿O más bien cometiste alguna estupidez?

—No...

—¿Te distrajiste acaso pensando en las chicas? —insistió su padre—. ¿O será que no estabas pensando en nada, sino soñando despierto otra vez? —Inclinó la cabeza bruscamente en dirección a la imagen raída de un clíper que Nailer había sujetado con chinchetas en la pared de la choza—. ¿Fantaseando con tus barquitos de vela?

Nailer no picó el anzuelo. Si protestaba, solo conseguiría empeorar las cosas.

—¿Cómo piensas costearte la estancia aquí —preguntó su padre— si te expulsan de la cuadrilla?

—No me han expulsado —replicó Nailer—. Me reincorporo mañana.

—¿Sí? —Los ojos inyectados en sangre de su padre se entrecerraron con suspicacia. Apuntó con la cabeza al cabestrillo que sostenía el hombro de Nailer—. ¿Con un brazo hecho polvo? Bapi no es ninguna hermanita de la caridad.

Nailer se obligó a defender su postura.

—Sigo siendo útil. Han echado a Sloth, así que nadie va a disputarme los conductos. Soy el más pequeño...

—El más canijo, querrás decir. Ya. Te la estabas buscando. —Su padre bebió a

morro de la botella y preguntó—: ¿Dónde está la máscara con filtro?

Nailer titubeó.

—¿Y bien?

—La he perdido.

Un silencio incómodo se extendió entre ambos.

—Conque la has perdido, ¿eh? —fue lo único que dijo su padre.

Nailer sabía que acababan de ponerse en marcha unos peligrosos engranajes alimentados por el cóctel de drogas, la rabia y cualquiera que fuese la locura que provocaba los habituales ataques de frenesí y brutalidad de su padre. Bajo aquellas facciones cubiertas de tatuajes se fraguaba una tormenta repleta de corrientes sumergidas, olas violentas y trombas marinas, el mortífero temporal que zarandeaba a Nailer a diario mientras se esforzaba por capear el tornadizo estado de ánimo de su padre. Richard López estaba pensando, y Nailer tenía que averiguar en qué, o no saldría de la choza sin recibir una paliza.

—Uno de los conductos se hundió y me caí dentro de una bolsa de petróleo —se justificó—. Estaba atrapado. De todas formas, no podía respirar con la máscara. Estaba llena de crudo. Ya no servía para nada.

—No me digas para qué servía —le espetó su padre—. Eso no te compete.

—No, señor. —Nailer se quedó a la espera, receloso.

Con la botella de alcohol, distraído, Richard López dio unos golpecitos en el respaldo de la silla.

—Seguro que ahora quieres otra máscara. Siempre estabas quejándote del polvo que se colaba por la antigua.

—No, señor —repitió Nailer.

—«No, señor» —lo imitó su padre—. Hay que fastidiarse, Nailer, qué listo te has vuelto. Siempre tienes la respuesta adecuada. —Su sonrisa desveló unos dientes amarillos, separados como los dedos de una mano extendida, pero la botella seguía tamborileando acompasadamente en el respaldo de la silla. Nailer se preguntó si su padre se proponía agredirlo con ella. Otro golpecito. Los ojos de depredador de Richard López estudiaban a Nailer—. Te has convertido en un cabroncete de lo más avisado —murmuró—. Estoy por pensar que te estás volviendo demasiado listillo, y eso te traerá problemas. A lo mejor empiezas a decir cosas que no piensas. «Sí, señor». «No, señor». «Señor».

A Nailer le costaba respirar. Ya no le cabía ninguna duda de que su padre planeaba ejercer algún tipo de violencia, agarrar a Nailer y enseñarle algo de respeto. Su mirada se deslizó hacia la puerta. Aunque estuviera colocado, su padre tenía muchas probabilidades de interceptarlo, y lo que ocurriese a continuación se saldaría con hemorragias y moratones; jamás conseguiría reincorporarse a la cuadrilla ligera antes de que Bapi lo mutilara.

Nailer se maldijo por no haber acudido directamente a refugiarse en la choza de Pima. Volvió a contemplar la puerta de soslayo. Si consiguiera...

Richard detectó el cambio que se había operado en los ojos de Nailer. Una gelidez glacial se apoderó de sus rasgos. Se levantó y apartó la silla de un empujón.

—Acércate, muchacho.

—Tengo una ofrenda de la suerte —dijo Nailer de repente—. Muy buena. Por haber escapado del petróleo.

Nailer mantuvo la voz firme, fingiendo que no sabía que su padre pensaba molerlo a palos. Haciéndose el inocente. Hablando con normalidad, como si ni el dolor, ni los gritos ni la persecución se cernieran sobre él.

—Está aquí mismo.

«Camina despacio. Que no piense que vas a salir corriendo».

—Está aquí mismo —repitió mientras abría la puerta y estiraba un brazo hacia el exterior. Cogió la ofrenda de la suerte de Moon Girl y se la ofreció a su padre. La botella refulgió como un talismán a la luz del farol—. Black Ling. Me lo ha regalado la cuadrilla. Me pidieron que lo compartiera contigo, por la gran suerte que tengo de estar contigo.

Nailer contuvo la respiración. Los ojos helados de su padre se posaron en la botella. Quizá bebiera de ella. O puede que la agarrara y la utilizara para golpearlo. Era imposible saberlo. Richard se había vuelto impredecible desde que renunciaba cada vez más al trabajo en las cuadrillas a favor del submundo de las playas, desde que las drogas que consumía reducían sus intereses a un mínimo abrasador de violencia y apetitos básicos.

—Déjame ver. —Su padre arrebató la botella de manos de Nailer y comprobó el nivel del licor—. No has dejado mucho para tu viejo —protestó, pero desenroscó el tapón y olfateó el contenido.

Nailer aguardó, rezando para que la suerte estuviera de su parte.

Su padre bebió. Una expresión de respeto se dibujó en su cara.

—Es del bueno —dijo.

La violencia condensada en la habitación se evaporó. Richard esbozó una sonrisa y levantó la botella en dirección a Nailer, como si estuviera brindando con él.

—Bueno de narices. —Lanzó la otra botella a un rincón—. Mil veces mejor que ese mejunje.

Nailer sonrió con cautela.

—Me alegra que te guste.

Su padre pegó otro trago y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—Acuéstate ya. Mañana tienes que trabajar con la cuadrilla. Bapi te mutilará sin miramientos como llegues tarde. —Agitó una mano en dirección a las mantas de Nailer—. Eres un chico con suerte. —Volvió a sonreír—. A lo mejor te llamamos así

a partir de ahora. Chico con suerte... o «Lucky Boy». —La amarillenta dentadura de caballo de Richard asomó otra vez entre sus labios, en un inesperado rictus benevolente—. ¿Te gusta el nombre de Lucky Boy?

Nailer asintió con la cabeza, titubeante.

—Sí. Me gusta. —Se obligó a sonreír abiertamente, dispuesto a decir lo que fuera con tal de evitar que el buen humor de su padre se disipara—. Me gusta mucho.

—Bien. —Su padre asintió satisfecho—. Pues a la cama, Lucky Boy. —Richard bebió nuevamente de la ofrenda de la suerte de Nailer y se acomodó para contemplar la tormenta que se cernía sobre ellos.

Nailer se tapó con una sábana mugrienta. En la otra punta de la habitación, su viejo musitó:

—Lo has hecho bien.

Una oleada de alivio bañó a Nailer al escuchar el cumplido, en el que reconocía una sombra del padre que recordaba de antaño, cuando él era pequeño y su madre aún vivía. Otros tiempos, otro padre. A la luz mortecina, Richard López podría haber pasado por el hombre que había ayudado a Nailer a tallar la imagen del Óxido Santo en la pared sobre el lecho en el que convalecía su madre. Pero había llovido mucho desde entonces.

Nailer se encogió hasta hacerse un ovillo, alegrándose de poder sentirse a salvo por esa noche. Mañana sería distinto, pero el día de hoy había terminado bien. Mañana habría que afrontarlo sobre la marcha.

La tormenta embistió la costa con la potencia implacable de uno de los tanques del viejo mundo. Los amenazadores bancos de nubes que se agolpaban sobre el horizonte avanzaron descargando una lluvia incesante. Los truenos retumbaban en el océano y los rayos iluminaban el vientre de los nubarrones, centeallando desde el mar hasta el firmamento y viceversa.

Se desató el diluvio.

Nailer se despertó con el rugido de la tormenta que sacudía las paredes de bambú. El viento y el agua entraban a raudales por la puerta abierta, iluminada por las explosiones eléctricas. Su padre era una mera sombra abatida a su lado, con la boca abierta, roncando. El viento racheado que entró en la choza acarició las mejillas de Nailer con dedos helados antes de lanzarse contra la pared y arrancar de cuajo la foto del clíper. La hoja de papel se revolvió violentamente en el aire durante unos instantes antes de salir disparada por la ventana hacia la oscuridad, donde se perdió de vista antes de que Nailer tuviera ocasión siquiera de intentar agarrarla. La lluvia le salpicaba la piel, penetrando helada por los desgarrones que el huracanado asalto comenzaba a practicar ya en el techo de hojas de palma.

Nailer pasó a gatas por encima de su padre y caminó dando tumbos hasta la puerta. En el exterior, la playa era un hervidero de actividad; los que no estaban poniendo los esquifes a buen recaudo, entre los árboles, se dedicaban a intentar reunir el ganado. La tormenta era más que una simple ventisca, puede que incluso una devastadora de ciudades, a juzgar por cómo se arremolinaban las nubes y cómo caían los rayos sin cesar sobre los restos encallados frente a la costa. Aunque la marea debería haber estado baja, las olas y la espuma rompían con fuerza contra la playa mientras la tormenta avanzaba inexorable tierra adentro.

Su padre aseguraba que las tormentas eran cada año peores, pero Nailer jamás había visto nada parecido al monstruo que se abatía sobre ellos. Regresó al interior de la choza.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Todo el mundo está corriendo hacia un terreno elevado! ¡Tenemos que quitarnos de en medio!

Su padre no respondió. Las cuadrillas nocturnas abandonaban los despojos de los barcos en desbandada. Hombres y mujeres por igual se descolgaban por escalerillas de cáñamo, impulsándose y saltando como pulgas que quisieran alejarse de un perro, zambulléndose en las aguas embravecidas. La electricidad silueteaba fugazmente los cascos negros contra un cielo radiante, antes de que la oscuridad volviera a invadirlo todo. La lluvia azotaba la playa.

Nailer se apresuró a recorrer la choza de un extremo a otro en busca de pertenencias que rescatar. Se puso precipitadamente la última muda limpia que le

quedaba, cogió la grasa fosforescente, encontró el pendiente de plata y el paquete de arroz de la suerte que le habían regalado. La casa chirriaba y se tambaleaba ante las embestidas racheadas del vendaval. El latón y el bambú no resistirían mucho más.

La tormenta era una devastadora de ciudades, sin duda; lo que algunos llamaban una «aguafiestas», u Oleada de Orleans. Cuando Nailer volvió a asomarse para contemplar la furia de la tempestad, vio que todo el mundo corría en busca de refugios más recios. Sombras que se abrían camino en la oscuridad a cuatro patas, encorvadas bajo el manto de viento y agua que las azotaba mientras se precipitaban hacia lugares más seguros; lugares como el tren de recuperación, cuyos vagones de hierro no saldrían volando por los aires.

Nailer arrastró todas sus pertenencias hasta la figura inerte de su padre. Quitó la sábana de la cama y empezó a colocar los objetos con una sola mano. Sentía abrasadoras punzadas de dolor en el hombro lastimado a causa de sus desesperados esfuerzos. Lo puso todo encima de la sábana y la anudó para formar un hatillo. La lluvia seguía cayendo a raudales por el tejado desintegrado. Aunque el agua bañaba la piel pálida de su padre, volviéndola reluciente, Richard no se había movido todavía.

Nailer agarró uno de sus brazos tatuados.

—¡Papá!

No obtuvo respuesta.

—¡Papá! —Nailer volvió a zarandearlo. Probó a clavar las uñas en la piel decorada con dragones de Richard—. ¡Despierta!

Su padre se agitó levemente, tan hundido en la resaca de anfetaminas que nada sería capaz de afectarle.

Nailer se quedó sentado en cuclillas, pensativo de repente.

Si recibían de pleno el impacto de la devastadora de ciudades, no quedaría nada en pie. Había oído que las tormentas de este tipo en ocasiones avanzaban hasta dos kilómetros tierra adentro, reduciendo las playas y los árboles a una marisma fangosa, fijando una nueva e irregular línea de marea alta para los cada vez más elevados niveles del mar. El fuerte oleaje también podría mover sin dificultad los cascos varados frente a la costa. Aunque la choza no saliera volando por los aires, sucumbiría arrollada por los gigantescos buques.

Nailer enderezó los hombros. Levantó el fardo, y soltó un gruñido al notar el peso. Cuando llegó al umbral, el viento lo embistió y lo abofeteó con una mezcla de lluvia, hojas y arena. Los rayos seguían abatiéndose sobre la playa. A la luz intermitente, un gallinero pasó frente a él rodando, desaparecidas ya todas sus aves, perdidas hasta la última de ellas en medio del clamor acerado. Nailer miró a su padre por encima del hombro, debatiéndose entre emociones contradictorias.

Richard López no se movía. Los procesos químicos de su cerebro estaban tan embotados que ni siquiera la tormenta era capaz de despertarlo. A veces, cuando la

resaca era de las buenas, su padre podía pasarse dos días seguidos durmiendo. Por lo general, Nailer agradecía la paz que le proporcionaban los letargos narcotizados de su padre. Sería tan fácil...

Nailer dejó el hatillo con sus pertenencias en el suelo. Mientras se maldecía por estúpido, se adentró corriendo en el vendaval. Aunque Richard fuera un borracho y un malnacido, compartían la misma sangre. También los ojos, y los recuerdos de su madre, y la comida, y el licor... Era su única familia.

Un torbellino de arena, tornillos de cobre y fragmentos de plástico se arremolinó a su alrededor; los restos del desguace le laceraban la piel mientras corría descalzo por la playa en dirección a la choza de Pima. Escamas de óxido, trozos de aislante, un rollo de alambre: desechos que volaban como cuchillos.

Una racha de viento derribó a Nailer de rodillas y lo tumbó de bruces; un cegador fogonazo de dolor estalló en su hombro. Una plancha metálica lo sobrevoló con un silbido, como una cometa; algún tejado, o los restos de un barco, era imposible saber con certeza de qué se trataba. Se incrustó en un cocotero y el árbol se desplomó, pero los ensordecedores aullidos de la tormenta impidieron que el estruendo de su caída llegara a oídos de Nailer.

Agazapado en la arena, entornó los párpados para mirar a través de la lluvia que caía a raudales. La choza de Pima había desaparecido, pero las siluetas de la muchacha y de su madre aún estaban allí, combatiendo la tormenta, tendiendo cuerdas, pugnando por aferrarse a una sombra borrosa.

Nailer siempre había pensado que la madre de Pima era alta porque trabajaba en una cuadrilla pesada, pero entonces, en medio del vendaval, parecía tan menuda como Sloth. La lluvia amainó por un momento. Sadna y Pima estaban amarrando un esquife, sujetándolo al tronco de un árbol doblado por el viento, obstaculizadas por la escoria volante que no dejaba de golpearlas. Al acercarse vio que Pima había sufrido un corte en la cara y le manaba sangre de la frente mientras ayudaba a su madre a reforzar los nudos.

—¡Nailer! —Por señas, la madre de Pima le indicó que se aproximara—. ¡Échale una mano a Pima por ese lado!

Sadna le lanzó un cabo. Nailer se lo enrolló en el brazo sano y tiró. Los dos se encargaron de un costado del esquife, hombro con hombro, mientras Pima se apresuraba a hacer los nudos. En cuanto acabó, la madre de Pima volvió a gesticular y gritó:

—¡Subid entre los árboles! ¡Hay un hueco entre las rocas un poco más arriba! ¡Debería servir de refugio!

Nailer sacudió la cabeza.

—¡Mi padre! —Agitó la mano en dirección a su hogar, una sombra que milagrosamente aún se sostenía en pie—. ¡No se despierta!

A través de la oscuridad y de la lluvia, la madre de Pima clavó la mirada en la choza. Frunció los labios.

—Diablos. De acuerdo. —Llamó a Pima por señas—. Llévalo arriba.

Lo último que vio Nailer fue la silueta de Sadna adentrándose en el vendaval mientras corría playa abajo, rodeada de rayos. A continuación, espoleada por los rugidos de la tormenta, Pima empezó a tirar de él hacia los árboles, zigzagueando entre las ramas que amenazaban con fustigarlos.

Ascendieron sin orden ni concierto, desesperados por escapar. Nailer miró atrás una vez más, a la playa, pero no vio nada. La madre de Pima había desaparecido. Igual que la choza de su padre. Todo. La playa había quedado completamente limpia. Mar adentro se elevaban columnas de llamas, manchas de petróleo que se habían encendido de alguna manera y refulgían a pesar del diluvio.

—¡Vamos! —Pima tironeó de él hacia delante—. ¡Todavía falta un buen trecho!

Se adentraron en la jungla, obstaculizados por el fango y tropezando con las gruesas raíces de los cipreses. El agua caía sobre sus cabezas de forma torrencial, convirtiendo los senderos de los leñadores en ríos de barro. Por fin llegaron al destino de Pima: una pequeña cueva de piedra caliza, apenas lo bastante grande para albergarlos a ambos. Se acucillaron en su interior. Una desoladora cortina de lluvia obstruía la entrada y formaba charcos a su alrededor, obligándolos a apretujarse, hundidos hasta los tobillos en agua helada. Aun así, los resguardaba del viento.

Nailer contempló la tormenta sin parpadear. Se trataba de una devastadora de ciudades, sin la menor duda.

—Pima —empezó a decir—, me...

—Chis. —La muchacha lo condujo al interior del agujero, apartándolo del agua—. No le pasará nada. Es una mujer fuerte. Más que ninguna tormenta.

Un árbol pasó volando ante ellos, como un palillo que un niño hubiera lanzado por los aires. Nailer se mordió el labio. Esperaba que Pima estuviera en lo cierto. Se había equivocado al pedir ayuda. La madre de Pima valía por cien como su padre.

Aguardaron, tiritando. Pima tiró de él hacia sí y se acurrucaron juntos, compartiendo el calor, mientras esperaban a que la violencia de la naturaleza remitiera.

La tormenta se prolongó durante dos noches, azotando la costa, llevándose todo aquello que no estuviera sujeto con cabos. Pima y Nailer la capearon encogidos, asistiendo a los rugidos y el diluvio, abrazados con fuerza mientras sus labios se volvían azules y la piel, de gallina, a causa del frío.

Al tercer día, por la mañana, el cielo se despejó de repente. Nailer y Pima se obligaron a mover las extremidades agarrotadas y bajaron tambaleándose a la playa; por el camino se unieron a una harapienta columna de supervivientes que dirigía sus pasos hacia la arena.

Al dejar atrás la última línea de árboles, Nailer se detuvo en seco, patidifuso.

La playa se encontraba desierta. Nada indicaba que alguna vez hubiera estado habitada. Las sombras de los petroleros se cernían aún sobre las olas azules, desperdigadas al azar como juguetes, pero no quedaba nada más. Ni rastro del hollín, ni de las manchas irisadas del agua; aquella mañana, todo resplandecía bajo la luminosidad cegadora del sol tropical.

—Qué azul es —murmuró Pima—. Creo que nunca había visto un agua tan azul.

Nailer se había quedado sin habla. Jamás había visto una playa tan limpia.

—Así que estáis vivos, ¿eh?

Moon Girl, sonriéndoles. Cubierta de barro tras salir de la madriguera en la que se hubiese metido, pero con vida al fin y al cabo. A su espalda, Pearly y sus padres acababan de llegar a la playa; la consternación se reflejaba en sus rostros mientras intentaban asimilar los cambios.

—Y de una pieza. —Pima paseó la mirada por la playa—. ¿Has visto a mi madre?

El sol arrancó destellos a los pírsines de Moon Girl cuando esta sacudió la cabeza.

—Podría andar por ahí. —Agitó una mano de forma imprecisa en dirección al parque de trenes—. Lucky Strike está repartiendo alimentos entre todos los que los necesiten. Todo el mundo gozará de crédito hasta que se reanude el desguace.

—¿Ha salvado la comida?

—Un par de vagones llenos.

Pima tiró de Nailer.

—Vamos.

En torno al vagón de recuperación se había congregado una multitud de personas que aguardaban a que Lucky Strike distribuyera sus suministros. Pima y Nailer echaron un rápido vistazo a los rostros, pero no había ni rastro de Sadna.

—¡No hay por qué preocuparse! —estaba diciendo Lucky Strike, entre risas—. ¡Tenemos suficiente para todos! Nadie pasará hambre mientras esperamos a que los tipos de Lawson & Carlson regresen de MissMet. Puede que los compradores de chatarra se escondan de los huracanes, pero Lucky Strike velará por todos vosotros.

Lucky Strike sonreía, con sus largas y gruesas trenzas negras anudadas en la nuca, pero Nailer sabía que también estaba informando a la gente de que no pensaba tolerar que se produjera ningún alboroto por culpa de la comida. Y si había alguien a quien la gente escuchara, ese era Lucky.

Lucky Strike llevaba acumulando verdadero poder desde que aquel primer golpe de suerte lo liberó de las labores de la cuadrilla pesada. Ahora era el proveedor oficial de productos de contrabando de la playa de Bright Sands, desde antibióticos hasta portaobjetos de cristal. Los acuerdos a los que había llegado con los líderes de las cuadrillas le permitían actuar a su antojo. Estaba metido en el mundo de las apuestas, la prostitución y otra docena de negocios, y le llovía el dinero, convirtiéndose en pepitas de oro que remataban, rutilantes, las puntas de sus trenzas, o en gruesos aros con los que se perforaba las orejas. Toda su figura rezumaba riqueza.

—¡Atrás! —exclamó Lucky Strike—. ¡No os apelotonéis! —Pese a su sonrisa y su expresión confiada, no había prescindido de la escolta de matones de alquiler que respaldaban su autoridad.

Nailer echó un vistazo por encima a los gorilas y reconoció a algunos de los asesinos con los que se codeaba su padre. Parecía que Lucky Strike había elegido lo mejor de lo peor para protegerse. Incluso el medio hombre estaba presente. La enorme y musculosa figura del monstruo destacaba sobre los demás matones, intimidando al famélico gentío con su babeante hocico canino cuajado de dientes.

Pima reparó en la dirección de la mirada de Nailer.

—Ese es el que usaba la cuadrilla pesada de mi madre para acarrear las planchas de hierro. Dicen que podía levantar cuatro veces más que una persona.

—¿Qué hace ahí arriba?

—Se habrá dado cuenta de que trabajar de guardaespaldas para Lucky Strike reporta más beneficios que deslomarse en una cuadrilla pesada.

El medio hombre enseñó los colmillos de nuevo y soltó un gruñido de advertencia. Las personas que habían empezado a acercarse a los vagones retrocedieron.

Lucky Strike se rió.

—Bueno, por lo menos escucháis a mi perro asesino, ¿eh? Eso es. Atrás todo el mundo, si no queréis que mi amigo Tool, aquí presente, os dé una lección de modales. Hablo en serio, damas y caballeros, dejadnos algo de espacio. Tool se comerá crudo a quien le caiga mal.

La multitud emitió un murmullo de contrariedad, pero se apaciguó ante la atenta mirada de Tool.

—¡Pima!

El grito hizo que Nailer y Pima se dieran la vuelta. Sadna corría hacia ellos, con el padre de Nailer pisándole los talones. Sadna abrazó a su hija y la levantó en

volandas al llegar a su altura.

El padre de Nailer se detuvo a un paso de distancia. Incluyó la cabeza.

—Supongo que me salvaste el culo, Lucky Boy.

Nailer asintió con desconfianza.

—Supongo que sí.

De improviso, su padre soltó una carcajada y lo agarró.

—¡Me cago en la leche, chaval! ¿No piensas darle un abrazo a tu viejo? —El gesto tensó los puntos de Nailer, que hizo una mueca de dolor inmovilizado en la tenaza de su padre, pero no intentó zafarse. Richard López continuó—: Desperté en medio de la puñetera tormenta, sin tener ni idea de qué diablos estaba pasando. Estuve a punto de matar a Sadna antes de que pudiera aclararme la situación.

Preocupado, Nailer echó una mirada de reojo a la madre de Pima, pero Sadna se limitó a encogerse de hombros.

—Terminamos entendiéndonos.

—Joder, ya lo creo. —Richard sonrió y se acarició la barbilla—. Golpea como un mazo.

Por un momento, Nailer se temió que su padre estuviera resentido, pero Richard no estaba colocado, para variar. Parecía relativamente racional. Tan limpio como la playa. Y ya estaba estirando el cuello para ver cómo se distribuía el alimento.

—¿Tienen a Tool ahí arriba? —Se rió y dio una palmada en el hombro a Nailer—. Si Lucky Strike está dispuesto a contratar a ese chucho, me apuesto las pelotas a que podrá ofrecerme trabajo también a mí. Esta noche comeremos hasta hartarnos. —Comenzó a abrirse paso a empujones entre la muchedumbre, en dirección a la escolta de Lucky Strike. En ningún momento volvió la vista atrás hacia Sadna, Nailer o Pima.

Nailer exhaló un suspiro de alivio. Nada de rencores.

En la playa y en los desguaces continuaban realizándose las labores de inventario. Se rumoreaba que no habían sufrido el impacto del corazón de la tormenta. Este había pasado al este de su posición, Paseo de Orleans arriba, atravesando las ruinas de la antigua ciudad antes de proseguir su arrolladora trayectoria hacia el norte y culminar en los restos cubiertos por el mar de Orleans II. Decían que había sembrado la destrucción hasta las mismas entrañas del lugar.

Lo que significaba que en Bright Sands habían tenido la suerte de no ser arrasados.

Aunque el impacto de la tormenta hubiera sido meramente tangencial, los daños que había provocado en la playa de Bright Sands no eran nada desdeñables. Se encontraban cadáveres por todas partes, ya fuera atrapados en las enredaderas de

kudzu de la selva, empotrados en las copas de los árboles, o flotando entre las olas. Lucky Strike organizó grupos de recuperadores para ocuparse de los muertos, a los que incineraban o enterraban según sus respectivos rituales, para evitar enfermedades. Comenzó a elaborarse una lista de nombres.

Bapi había desaparecido, descuartizado por la tormenta o ahogado; en cualquier caso sin dejar el menor rastro. Nadie sabía si Sloth estaba viva o muerta. Encontraron a Tic-Toc y a toda su familia, sin heridas visibles pero muertos de todas formas.

Todos los compradores de chatarra que trabajaban con Lawson & Carlson se habían refugiado tierra adentro para esperar a que pasase la tormenta. Sin empresas como GE interesadas en los restos para sus operaciones de manufacturación, ni transportistas como Patel Global Transit esperando a comprar sus productos para revenderlos en ultramar, los desguaces se habían quedado paralizados. Los contables, los tasadores y los guardias de las corporaciones que pesaban y adquirían las materias primas que salían de los despojos de los barcos se habían marchado, y sin nadie en la zona que quisiera comprar sus productos, los desguazadores se pasaban el día talando árboles y reconstruyendo sus chozas, rastreando la selva y pescando en el océano. De momento, y hasta que se restableciera el orden, los habían abandonado a su suerte.

Pima y Nailer habían salido en busca de alimento, decididos a recoger todos los cocos verdes que encontraran desperdigados por el suelo antes de regresar a los charcos formados por la acción de la marea. A lo lejos, divisaron el promontorio de una isla.

—En esa dirección hay cangrejos —dijo Pima.

—¿Sí? ¿Será prudente que nos alejemos tanto?

Pima encogió los hombros.

—Así no tendremos que preocuparnos por la competencia, ¿verdad? —Indicó con un gesto los buques enmudecidos—. Como si alguien fuera a echarnos de menos.

Se pusieron en marcha armados con un saco de cáñamo y un cubo, caminando con dificultad por la playa, a lo largo del banco de arena que comunicaba con la isla. El océano que los rodeaba era un espejo rutilante. Una espuma blanca como los dientes de un bebé coronaba las olas gigantes que rompían en la orilla. A la luz del sol, los cascos negros de los buques siniestrados parecían los lúgubres monumentos de un mundo reducido a pedazos.

Un clíper se deslizaba por el mar a lo lejos, sobre el horizonte, con su gran parapente desplegado al viento. Nailer interrumpió sus cavilaciones y se quedó contemplándolo mientras surcaba las aguas azules. Tan cerca, y sin embargo tan lejos.

—¿Piensas dejar de soñar despierto? —preguntó Pima.

—Perdona.

Nailer se agachó y hundió una mano en otro charco dejado por la marea; aunque

el gesto le produjo una punzada de dolor, hacía días que no se sentía tan bien. Ya se le habían borrado casi todos los moratones, aunque seguía llevando el brazo en cabestrillo y sentía una molesta tirantez en el hombro. Avanzaron cruzando el promontorio. En algunos puntos podían asomarse a las aguas cristalinas y ver el emplazamiento de antiguos hogares, cuyos cimientos perduraban aún en las profundidades.

—Mira eso —dijo Pima, apuntando con el dedo—. Seguro que ahí había una casa enorme.

—Si eran tan ricos —preguntó Nailer—, ¿por qué construirían donde sabían que terminarían ahogándose?

—Yo qué sé. Hasta los ricos pueden cometer estupideces, supongo. —Pima estiró el brazo hacia el interior del golfo—. Aunque nadie era más idiota que los que hicieron los Dientes.

Las aguas que cubrían los Dientes estaban en calma, agitadas tan solo por una leve brisa. Entre las olas asomaba un puñado de pilares negros y muros derruidos. Bajo la superficie acechaban altos edificios de ladrillo y acero, decrepitas estructuras sumergidas. Las personas que construyeron los Dientes habían calculado rematadamente mal la subida del nivel del mar. Sus edificios solo se veían cuando la marea estaba baja. El resto del tiempo, las ruinas de la ciudad permanecían ocultas por completo.

—¿No te has preguntando nunca si habrá chatarra que merezca la pena recuperar ahí abajo? —preguntó Nailer.

—Pues no, la verdad. La gente ha tenido tiempo de sobra para llevarse lo que estuviera más a mano.

—Ya, pero aun así, debe de quedar hierro y acero que podríamos aprovechar. Esos materiales no eran tan escasos cuando tiraron la toalla.

—Nadie va a comprar acero oxidado con todos esos buques esperando a que alguien los destripe.

—Bueno, eso es verdad. —Sin embargo, le mortificaba pensar en las riquezas que podrían estar esperándolo bajo las olas.

Rodearon las ruinas de los ricos y continuaron su recorrido por el banco de arena, con la cresta verde de la isla como objetivo. El último tramo del trayecto consistía en una amplia llanura de arena, dejada al descubierto por la bajamar, y pudieron apretar el paso.

Una vez en la isla, ascendieron entre los árboles, las enredaderas de kudzu y la maleza, a buen ritmo incluso a pesar del hombro magullado de Nailer. El inmenso océano azul se reveló ante ellos en todo su esplendor cuando coronaron la isla. Se encontraban tan lejos de la orilla que parecía que estuvieran en alta mar. Gracias a la brisa salobre, Nailer podía imaginarse que navegaba a bordo de una embarcación de

gran calado, surcando las aguas a gran velocidad hacia el horizonte. Contempló fijamente la curvatura de la tierra, en el extremo más lejano del mundo.

—Sería bonito que fuera verdad —murmuró Pima.

—Y tanto.

Aquello era lo más cerca que estaría jamás del profundo océano. Procuraba no recrearse pensando en ello, porque la angustia que le producía era insoportable. Algunas personas nacían con estrella y navegaban a bordo de clíperes.

Y otras, como Pima y él, eran ratas destinadas a no salir de la playa.

Nailer se obligó a apartar la vista del horizonte y paseó la mirada por el golfo. Las sombras de los Dientes oscilaban bajo el agua. A veces, los barcos encallaban en ellos si no estaban familiarizados con esa parte de la costa. Había visto cómo un pesquero topaba con las antiguas columnas y se hundía tras adentrarse y quedar atrapado en la maraña de torres. Unos cuantos desguazadores habían buceado en busca de restos. En función del nivel de la marea, aquellos Dientes podían morder de verdad.

—En marcha —dijo Pima—. Antes de que nos pille la pleamar.

Nailer siguió su ejemplo y empezó a bajar por la ladera, permitiendo que Pima le ayudara a cruzar las zonas más abruptas.

—¿Tu padre sigue sin emborracharse? —preguntó Pima de repente.

Nailer rememoró aquella mañana y el excelente humor de su padre. Richard parecía tonificado y risueño, dispuesto a afrontar la jornada, pero también muy inquieto, como cuando echaba de menos su dosis de toboganes de cristal o un buen puñado de rasgarrojos.

—Me imagino que pasará una temporada sobrio. Lucky Strike no le permitirá partir cabezas a menos que demuestre que está limpio. Lo más probable es que no empiece a beber hasta esta noche.

—No entiendo por qué le salvaste el culo —dijo Pima—. Lo único que hace es pegarte.

Nailer encogió los hombros. La maleza de la isla era asombrosamente densa, y debía apartarla a los lados para que no le fustigase la cara mientras se abría paso entre ella.

—Antes no lo hacía. Era distinto. Antes de que empezara con las drogas y de que mi madre muriera.

—Antes tampoco era ninguna maravilla. Lo que pasa es que ahora es peor.

Nailer hizo una mueca.

—Ya, en fin... —Volvió a encogerse de hombros, enmudecido por las emociones dispares que batallaban en su interior—. Seguramente no hubiera salido del compartimiento lleno de petróleo de no ser por él, que fue quien me enseñó a nadar. ¿No te parece que estoy en deuda con él por eso?

—Depende de cuántas veces al día te rompa la crisma. —Pima arrugó la nariz—.

Tú sigue dándole oportunidades y terminará matándote.

Nailer no respondió. Si se detenía a pensarlo, tampoco él entendía por qué había salvado la vida a su padre. Richard López no le hacía la vida nada fácil, eso era cierto. El motivo, probablemente, era que la gente decía que la familia era importante. Pearly lo decía. La madre de Pima lo decía. Todo el mundo lo decía. Y Richard López, además de muchas otras cosas, era la única familia que le quedaba.

A pesar de todo, era inevitable que deseara haber acabado junto a Sadna y Pima en vez de con Richard. Se preguntó cómo sería vivir en su hogar todo el tiempo, y no solo cuando su padre estuviera colocado. Saber que no tendría que irse al cabo de un par de días para regresar a la choza de su padre. Vivir con alguien en quien podías confiar para que te cubriera las espaldas.

La maleza disminuyó y salieron a la punta de la isla, con sus rocas aserradas y los charcos que había dejado la marea. Los promontorios de granito que rompían las aguas formaban una especie de rompeolas natural que protegía la isla de los peores estragos causados por las nuevas tormentas. Pima empezó a recoger corvinas y pargos de pequeño tamaño aturcidos por el temporal, con los que procedió a llenar el cubo.

—Hay un montón de peces. Más de lo que pensaba.

Nailer no respondió. Estaba observando las rocas que se erigían al fondo. Entre ellas se apreciaba un destello cristalino, blanco e intermitente.

—Oye, Pima —le tiró del hombro—, fíjate en eso.

Pima enderezó la espalda.

—¿Qué diablos?

—Es un clíper, ¿verdad? —Nailer tragó saliva y dio un paso adelante. Se detuvo. ¿Se trataba de un espejismo? Esperaba que se evaporara de un momento a otro. Las tablas blancas, la seda y la lona ondeantes permanecieron donde estaban—. Lo es. Tiene que serlo. Es un clíper.

Pima se rió discretamente a su espalda.

—No. Te equivocas, Nailer. Eso no es un clíper, ni mucho menos. —Lo adelantó de pronto, corriendo en dirección a la embarcación—. ¡Es un montón de restos!

Sus carcajadas llegaban flotando hasta él en alas del viento, provocándolo. Nailer salió del estupor que lo inmovilizaba y emprendió la persecución. Un grito de júbilo escapó de sus labios mientras corría por la arena.

Ante él, el casco blanco como una gaviota de la nave naufragada resplandecía tentador bajo el sol.

El barco yacía de costado, varado y roto, con el casco destrozado. Aun en ruinas, era precioso, completamente distinto de las herrumbrosas moles de hierro y acero que desmantelaban a diario.

El clíper era enorme, una nave empleada para el transporte rápido de mercancías y personas por la Ruta del Polo, en la cima del mundo hasta Rusia y Nipón. O a través del inhóspito Atlántico hasta África y Europa. A pesar de que tenía las hidroalas retráctiles plegadas, el maltrecho casco de fibra de carbono permitía que Nailer se asomara a sus entrañas: los gigantescos engranajes que desplegaban las alas, los complejos sistemas hidráulicos y electrónicos de precisión.

La cubierta del barco, escorada en su dirección, contenía un cañón de Buckell y los molinetes ultrarrápidos de las velas parapentes. En cierta ocasión, un Bapi que se encontraba de buen humor le había contado a Nailer que el enorme cañón podía lanzar una vela cientos de metros por los aires para capturar vientos que a continuación elevarían el clíper sobre las hidroalas y lo impulsarían a través de las olas a velocidades superiores a los cincuenta nudos.

Tras detenerse en seco, Nailer y Pima se quedaron contemplando fijamente la montaña de restos.

—Por las Parcas, es una preciosidad —exhaló la muchacha.

Incluso inerte parecía un halcón majestuoso, resquebrajado y astillado, pero dotado de una belleza inherente gracias a la elegancia salvaje de sus líneas. Poseía el estilizado diseño aerodinámico de un depredador; hasta el último de sus ángulos estaba diseñado para reducir la fricción al mínimo. Nailer paseó la mirada por las destrozadas cubiertas superiores del clíper, por los pontones, los estabilizadores y los maltrechos vestigios de las velas fijas, todo ello de color blanco, casi cegadoramente níveo bajo el sol. No se apreciaba por ninguna parte el menor rastro de óxido u hollín; ni una sola gota de combustible derramado, pese a la fractura del casco.

Los viejos petroleros y cargueros que languidecían en la playa de desguace no eran nada en comparación, meros dinosaurios devorados por la herrumbre. Inútiles sin el preciado crudo que los había propulsado en su día. Habían quedado reducidos a grandes bestias pesadas que debían conformarse con verter mugre y toxinas en el agua que los rodeaba. Pestilentes y nocivos cuando los crearon, en la Edad de la Aceleración, conservaban su carácter destructivo incluso después de haberse extinguido.

El clíper era completamente distinto, una máquina construida por los ángeles. Aunque el nombre escrito en la proa resultaba ininteligible para ambos, Pima reconoció una de las palabras que había debajo.

—Es de Boston —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nailer.

—Una de mis cuadrillas ligeras trabajó en un buque de la marina mercante de Boston, y llevaba la misma palabra escrita en el casco. La vi en todas las puertas del puñetero despojo mientras lo desmantelábamos.

—No lo recuerdo.

—Fue antes de que te unieras a la cuadrilla. —Pima hizo una pausa—. La primera letra es una B, y esa de ahí es una S... la que parece una serpiente... así que se trata de la misma palabra.

—Me pregunto qué habrá pasado.

—Seguro que fue la tormenta.

—Pero deberían estar prevenidos. Estos barcos cuentan con transmisores vía satélite. Ojos enormes que espían entre las nubes. Tendrían que haber sido capaces de eludir el temporal.

Ahora fue Pima la que miró a Nailer con extrañeza.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Te acuerdas del Viejo Miles?

—¿No había fallecido?

—Sí. Pilló no sé qué infección en los pulmones. Sin embargo, antes de que lo expulsaran trabajaba en la cocina a bordo de un clíper. Sabía todo tipo de cosas sobre su funcionamiento. Me explicó que los cascos están hechos de una fibra especial, para que se deslicen por el agua como si fuera aceite, y emplean ordenadores. Miden la velocidad del agua y el viento. Recuerdo perfectamente que me contó que hablan con los satélites meteorológicos, como hacen Lawson & Carlson cuando se avecina una tormenta.

—A lo mejor pensaron que podrían ser más rápidos que el vendaval —aventuró Pima.

Los dos se quedaron mirando los restos, sin pestañear.

—Ahí hay un montón de chatarra —observó Nailer.

—Pues sí. —Tras una pausa, Pima añadió—: ¿Recuerdas lo que dije hace un par de noches? ¿Acerca de la necesidad de tener suerte además de luces?

—Sí.

—¿Hasta cuándo crees que podemos mantener esto en secreto? —La muchacha inclinó la cabeza hacia la playa y los astilleros del desguace—. Sin que se entere nadie.

—Uno o dos días, tal vez —estimó Nailer—. Con muchísima fortuna. Tarde o temprano saldrá alguien, algún pesquero o uno de los comerciantes, y lo divisarán, si las ratas de playa no lo han encontrado antes.

Pima apretó los labios.

—Tenemos que reclamarlo para nosotros.

—Ni lo sueñes. —Nailer estudió la embarcación siniestrada—. No podremos defender una reclamación así, de ninguna manera. Habrán salido patrullas en su busca. Esbirros de las grandes empresas. Lawson & Carlson querrán sacar tajada, si se trata de un siniestro total...

—Claro que se trata de un siniestro —lo interrumpió Pima—. Fíjate bien. No volverá a moverse en la vida.

Nailer sacudió la cabeza, obstinado.

—Sigo sin ver nada claro que podamos quedarnos con todo.

—Mi madre —sugirió Pima—. Ella podría ayudarnos.

—Está empleada en una cuadrilla pesada. Si se ausenta para venir a trabajar aquí, la gente se dará cuenta. —Nailer miró de reojo en dirección a la playa—. También empezarán a preguntarse dónde estamos nosotros como no nos reincorporemos a la cuadrilla ligera mañana. —Se masajeó el hombro dolorido—. Necesitaremos gorilas. Y aunque encontremos la mano de obra necesaria, en cuanto sepan de la existencia del barco, querrán quedarse con él.

Pima se mordió el labio, contemplativa.

—Ni siquiera sé qué hay que hacer para reclamar unos restos.

—Créeme, nadie va a permitir que registremos algo así a nuestro nombre.

—¿Qué hay de Lucky Strike? Tiene contactos entre los jefes. A lo mejor él podría encargarse. Evitar que los de Lawson & Carlson se nos echen encima.

—También él intentaría arrebatárnoslo. Igual que todos los demás.

—En estos momentos está repartiendo alimentos —apuntó Pima—. Nadie más ha intentado hacer nada parecido. Quien pueda presentar dos amigos que den fe de su buena voluntad cuando el trabajo remonte de nuevo solo obtendrá ventajas.

—Para él somos simples raqueros. No necesita las migajas oxidadas que pudiéramos proporcionarle. La comida es una cosa... —Nailer observó fijamente los restos, con cara de frustración. Tanta riqueza al alcance de la mano, y no sabían cómo asegurarla—. Esto es ridículo. Nos estamos limitando a sopesar hilo de cobre en los conductos. No tenemos la menor idea de lo que hay a bordo. Subamos y veamos qué tenemos entre manos.

—Eso. —Pima sacudió la cabeza—. Tienes razón. A lo mejor hay algo ligero que valga la pena y sea fácil de ocultar. Lo demás podríamos decidirlo más adelante.

—Precisamente. Quizá obtengamos una recompensa por la nave, si damos parte.

—¿Una recompensa?

Nailer encogió los hombros.

—Lo escuché una vez en un serial radiofónico, en el puesto de fideos de Chen. Ayudar a la gente conlleva una gratificación.

—¿Y por qué no lo llamas «gratificación» y ya está?

Nailer hizo una mueca.

—Porque en la radio hablaban de recompensas. —Escupió—. Venga. Echemos un vistazo.

Dejaron atrás las últimas rocas que se interponían entre ellos y el barco. Con la marea baja, el agua que rodeaba el casco les llegaba a la altura de los tobillos. Había unos cuantos peces en los charcos, otros yacían atrapados en la arena, pudriéndose entre ristras de algas. El tamaño de la embarcación aumentaba conforme se aproximaban. Aunque distaba de igualar las dimensiones de los monolitos oxidados de la Edad de la Aceleración, seguía cerniéndose amenazador sobre ellos. Pima trepó por el costado fracturado del clíper y se deslizó en su interior, con movimientos ágiles y diestros tras tantos años de trabajo en las cuadrillas. Nailer la siguió más despacio, encaramándose a bordo con la mano sana.

Puesto que el barco yacía de costado, gatear por sus pasillos se parecía a recorrer los conductos, un detalle inesperadamente familiar en unas circunstancias que deberían haber sido extrañas por completo. Nailer echó un vistazo a los restos. Destellos de metal, jirones de ropa desperdigados por doquier, todo tipo de basura, el hedor del pescado podrido.

—Qué despilfarro —dijo. Acarició un camión que parecía de seda—. Fíjate en estas prendas.

Pima compuso un gesto de desdén.

—¿Quién necesita ropa como esa? —Escaló el boquete y subió a la pendiente de la cubierta superior, por la que deambuló hasta que encontró una escotilla. Instantes después, anunció—: ¡He visto la cocina! —Soltó un silbido—. ¡Mira todo esto!

Nailer llegó a su lado con esfuerzo. La cocina era un caos, no había nada en su sitio, pero muchos de los envases de comida seguían estando guardados en sus cajones: arroz y harina en recipientes herméticos. Pima empezó a abrir los armarios, provocando una lluvia de botellas rotas y nubes de especias. Arrugó la nariz y tosió.

Nailer estornudó.

—Frena, cuadrillera.

—Perdona.

La muchacha tosió de nuevo mientras abría una taquilla de la que cayó un montón de carne, estropeada debido al calor; filetes grandes y tiernos, más succulentos que todo lo que pudieran conseguir en las playas. Ambos se taparon la boca con la mano, respirando entrecortadamente, mientras el hedor los envolvía.

—Creo que debían de tener algún sistema eléctrico de refrigeración —dijo Nailer—. Es la única forma de conservar tanta carne.

—La leche. Cómo se lo montaban, ¿eh?

—Y tanto. No me extraña que al Viejo Miles le apenara tanto que le hubiesen dado la patada.

—¿Qué hizo?

—Me contó que lo pillaron borracho, pero sospecho que estaba vendiendo rasgarrojos.

Pima se asomó al interior de la taquilla, con la esperanza de encontrar algo que mereciera la pena salvar. Sacó la cabeza entre arcadas. El hedor de la carne podrida era demasiado fuerte. Reanudaron su paseo por la nave.

Descubrieron el primer cadáver en uno de los camarotes, un hombre sin camisa, con los ojos aún abiertos y las tripas infestadas de cangrejos. Pima giró en redondo, conteniendo las náuseas ante el olor de la muerte condensado en la pequeña estancia; cuando volvió a mirar, vio peces boqueando en un charco poco profundo junto a la cabeza del hombre. Tanto si el tipo se había ahogado como si era el feo corte que presentaba en la frente lo que había acabado con él, el caso es que estaba muerto.

—Bueno, no le importará que nos llevemos lo que podamos —musitó Pima.

—¿Vas a registrarlo? —preguntó Nailer.

—Tiene bolsillos.

Nailer meneó la cabeza.

—No pienso tocarlo.

—No seas raquero.

Pima respiró hondo y se acercó muy despacio al cadáver. En el sofocante compartimiento, la nube de moscas explotó con un zumbido ensordecedor. Pima tiró de los pantalones del hombre e introdujo los dedos en los bolsillos. Aunque estaba haciéndose la dura, Nailer se daba cuenta de que estaba nerviosa. Ambos habían escuchado historias sobre rescates recientes. Los cadáveres eran un gaje del oficio, pero seguía siendo sobrecogedor mirar a un difunto a los ojos y pensar que no hacía tanto tiempo que había caminado por aquellas mismas cubiertas, antes de que la tormenta se lo arrebatara todo para dárselo a un par de chiquillos en la costa.

Nailer examinó el resto del camarote. Era espacioso. Una fotografía resquebrajada en el suelo mostraba al hombre vestido con una chaqueta blanca con galones en las mangas. Cogió el retrato y lo observó con detenimiento.

—Me parece que este era su barco.

—¿Sí?

Nailer examinó las paredes. Vio un catalejo anticuado sujeto con abrazaderas. Hojas de papel con todo tipo de garabatos en ellas, lacres y sellos de aspecto oficial. Y una imagen del hombre con el galón en el hombro en pie delante de un clíper, sonriendo. Nailer no sabía si se trataba de la misma nave siniestrada o de otra distinta, pero saltaba a la vista que el tipo no cabía en sí de orgullo. Echó un vistazo de reojo al cadáver hinchado y despanzurrado y soltó el aire despacio, caviloso.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Pima dejó lo que estaba haciendo y levantó la cabeza.

—Se trata de suerte, Nailer, solo eso. La suerte y las Parcas. Es lo único que

tenemos. —Le lanzó un puñado de monedas recuperadas para subrayar sus palabras. Allí había dinero suficiente para darles de comer durante una semana entera. Monedas de cobre y un fajo húmedo de billetes rojos chinos—. Hoy nos sonrío la fortuna.

—Ya. —Nailer asintió con la cabeza—. Mañana puede que no.

La fortuna no había sonreído al capitán. Y ahora Nailer y Pima nadaban en la abundancia gracias a ello. Si uno se detenía a reflexionar al respecto, era extraño. El capitán era un amasijo de carne hinchada, con el semblante abotargado y amoratado, con la piel tostada y estropeada por el sol. Las moscas revoloteaban ociosas alrededor de sus rostro, por los labios y los ojos, por la sangre de la herida de la cabeza, por el boquete que tenía en el estómago. Un verdadero enjambre volvió a posarse encima de él en cuanto Pima se alejó.

Nailer volvió a estudiar el camarote, pensativo. Había bronce en las paredes, todo tipo de restos. Se trataba de una embarcación de lujo, sin la menor duda. La cabina del capitán era opulenta, y aunque la nave tenía el tamaño de un carguero, su aspecto no era el de un buque de faena. Todos los objetos parecían demasiado delicados, todo era sedas, pasillos enmoquetados, bronce, cobre y lamparitas de cristal. Pima y él continuaron registrando los camarotes. Encontraron muebles labrados, salas de estar, salones, un bar repleto de botellas de licor reducidas a añicos, salas de reuniones, cuadros mutilados y destrozados en las paredes, óleos esparcidos por el suelo, desgarrados.

Abajo, en la sala de máquinas, donde los sistemas mecánicos controlaban la nave, descubrieron más cadáveres.

—Medio hombres —susurró Pima.

Tres de ellos, ahogados e hinchados. Sus rostros bestiales ofrecían un aspecto curiosamente voraz, con sus largas lenguas colgando fuera de sus fauces erizadas de dientes afilados. Sus amarillentos ojos caninos miraban fijamente sin ver a Nailer y a Pima, refulgiendo bajo los rayos del sol tropical que penetraban en la sala devastada.

—Estos tipos debían de nadar en la puñetera abundancia si podían permitirse tantos medio hombres.

—Ese se parece a ti —comentó Nailer—. ¿Seguro que no te ha dado por vender ningún óvulo?

Pima soltó una risotada y le propinó un codazo en las costillas, pero ni siquiera ella sugirió que los registraran. Aquellos engendros del diseño genético resultaban demasiado espeluznantes como para contemplar siquiera la idea de acercarse a ellos.

Nailer y Pima se dividieron y continuaron explorando la nave. Pima encontró otro medio hombre muerto en las cubiertas superiores, amarrado al timón y ahogado. «Cuántas muertes», pensó Nailer. Aquellos tipos debían de haber sido unos completos estúpidos para dejarse atrapar por una devastadora de ciudades. Abrió otra

puerta de un empujón y se le escapó un débil silbido de sorpresa.

Una mesa de madera, tumbada de costado, encajonada contra la pared, de un negro tan intenso como la noche. Cristales rotos por todas partes, copas derribadas...

—¡Pima! ¡Ven a ver esto!

La muchacha acudió corriendo. La estancia estaba atestada de plata: candelabros de plata, cubiertos de plata, bandejas de plata, fuentes de plata... un Golpe de Suerte, un Lucky Strike colosal, todo para ellos.

—Eso es un montón de chatarra —jadeó Pima, sin aliento.

—Suficiente para saldar todas nuestras deudas de trabajo. Con todo ese dinero podrías montar tu propio negocio de recuperación. Incluso comprar los derechos de la cuadrilla ligera de Bapi.

—¡Démonos prisa! —lo exhortó Pima—. Limpiémoslo todo antes de que aparezca alguien más. ¡Somos ricos, Lucky Boy! —Lo agarró y le plantó un beso en la mejilla derecha, otro en la izquierda y uno más en los labios, riéndose de su expresión de sorpresa—. ¡Ohhh, Lucky Boy! ¡Somos ricos! ¡Nos haremos más famosos que Lucky Strike!

Contagiado de su entusiasmo, Nailer también se puso a reír. Empezaron a acumular los objetos de plata a su alrededor, apilándolos, formando una verdadera montaña. Revolvían entre la porcelana hecha añicos, las tazas rotas y las copas partidas de refinada cristalería, desenterrando un sinfín de tesoros.

Pima fue en busca de algo donde guardarlo todo. Regresó con una bolsa de cáñamo que apenas minutos antes hubieran considerado un resto digno de recuperar, susceptible de venderse a cambio de un par de rollos de cobre; solo por él el día ya habría merecido la pena. Ahora no era más que un mero recipiente para el verdadero tesoro: toda esa plata. Bandejas, tenedores y cuchillos, todos fueron a parar al saco. Tenedores tan pequeños que desaparecían en la mano de Nailer, cucharas tan grandes y hondas que podrían haber servido de cucharones en el puesto de comida de Chen, donde atendía a cien comensales a la vez.

Nailer enderezó la espalda.

—Voy a ver qué más hay. A lo mejor encontramos algo parecido.

Un gruñido fue toda la respuesta de Pima. Nailer volvió a encaramarse al pasillo principal y cruzó una sala de estar repleta de cuadros desperdigados y esculturas destrozadas. Aun con una cuadrilla ligera al completo se tardaría varios días en despojar al clíper de todo el latón, el cobre y los cables que contenía. Cuando Pima y él se llevaran la primera remesa de la recuperación, deberían trazar un plan. Tenía que haber alguna manera de obtener el resto.

Suerte y luces. Eso era lo que necesitaban, suerte y luces.

El problema consistía en que ese Lucky Strike era casi demasiado grande para afrontarlo con la cabeza fría.

Encontró la puerta de otro camarote y la abrió de una patada. Se trataba de una habitación extraña, repleta de muñecas y osos de peluche empapados de agua. Relucientes trenecitos de madera imitando trenes de levitación magnética. Había un cuadro hecho trizas colgado en una pared: un clíper, tal vez incluso ese mismo, una perspectiva de la cubierta vista desde arriba. Abajo, todos los rostros estaban vueltos hacia lo alto. El artista era muy bueno, la imagen parecía casi una fotografía. Mientras la observaba, Nailer experimentó un leve escalofrío, como si estuviera a punto de caer dentro de la pintura y aterrizar en la cubierta de esa embarcación. Encima de todas aquellas personas con sus lujosos atuendos y esos ojos fríos que lo miraban sin pestañear. Era una sensación vertiginosa. Dio la espalda al cuadro y volvió a examinar el camarote. Había otra puerta al fondo de la estancia. Cruzó gateando la pared que ahora era el suelo, empujó la hoja de madera y la sostuvo.

Un dormitorio: colchas esparcidas por todas partes, y una cama inmensa derrumbada. También había una chica preciosa, muerta y tirada de cualquier manera, observándolo fijamente con sus grandes ojos negros.

Nailer contuvo la respiración.

Aun exánime y cubierta de moratones, atrapada bajo los restos de la cama y el peso de todas las cosas que la habían aplastado, era preciosa. El cabello negro le envolvía el rostro como una red mojada. Los ojos oscuros, abiertos, no se movían. Tenía la blusa, cuya tela era un complejo entramado de color y hebras plateadas, rota y empapada de agua. Era joven. No como el capitán y los medio hombres. Debía de tener la edad de Pima. Una niña rica, con la nariz perforada por un pirsin de diamante.

Le habría dado envidia si no estuviese muerta.

Avisó a Pima:

—¡He encontrado otro fiambre!

—¿Otro medio hombre? —quiso saber ella.

Nailer no respondió. No podía apartar la vista de la chica muerta. Un sonido reptante a su espalda precedió a la aparición de Pima.

—Me cago en la leche. Qué lástima.

—Es guapa, ¿eh?

Pima se rió.

—No sabía que te pusieran los cadáveres.

Nailer hizo una mueca de repugnancia.

—Si quisiera estar con una chica, hay muchas con vida, gracias.

—Ya —dijo Pima, con una sonrisa—, pero esta no te abofeteará como hizo Moon Girl cuando intentaste darle un beso. Aunque esos labios tienen pinta de estar helados. Bésala y te arrastrará a las básculas del Dios de la Chatarra, seguro.

—Uf. —Nailer arrugó la nariz. Pima pasaba demasiado tiempo con las cuadrillas

pesadas, lo que imprimía un tono demasiado negro a su sentido del humor.

—Lleva oro encima —observó Pima.

Nailer se había quedado absorto contemplando los ojos negros de la muchacha, pero Pima tenía razón. Oro alrededor del esbelto cuello moreno, oro en los dedos. Si era auténtico, valdría una fortuna, más que todo lo que habían encontrado hasta entonces.

Al mismo tiempo, Pima y él gatearon por encima de los restos hasta el cuerpo aplastado. El cadáver de la muchacha estaba enterrado bajo una montaña de muebles. Ninguno de ellos había estado atornillado, como si los ostentosos ricachones creyeran que ninguna tormenta osaría recolocar su mobiliario. Como si fueran deidades y no solo predijeran el clima con sus instrumentos y sus satélites, sino que además pudieran dictar su conducta.

Nailer se estremeció al ver de cerca el cuerpo descoyuntado de la niña rica. Había lecciones que aprender allí, tan poderosas como las que impartía la madre de Pima cuando les explicaba lo que debían hacer para sobrevivir hasta la mayoría de edad. El orgullo y la muerte eran dos caras de la misma moneda, tanto si uno se llamaba Bapi y creía que dirigiría la cuadrilla ligera eternamente, como para esa chica destrozada con sus delicados juguetes, sus elegantes atuendos, su oro y sus joyas.

Se acuclillaron junto al cadáver.

—Por lo menos no hay cangrejos —musitó Pima. Agarró el collar de la muchacha y tiró. La cabeza se inclinó de golpe hacia atrás como si perteneciera a una muñeca y la cadena se rompió. El colgante de oro osciló frente a ellos como el péndulo rutilante de un hipnotizador en el puño de Pima. Un tirón brusco y de repente eran más ricos que nadie, salvo tal vez Lucky Strike. Ambos comenzaron a forcejear con los anillos de la chica muerta, forzándolos contra la piel helada, intentando quitárselos.

—Maldita sea —masculló Nailer mientras redoblaba sus esfuerzos—. Tiene los dedos completamente tiesos.

—¿Esos también se han atascado?

—Con lo gordos e hinchados por el agua que están, no hay manera de sacar los anillos.

Pima desenfundó el cuchillo de faena.

—Solucionado.

Nailer puso cara de repugnancia.

—¿Piensas cortarle los dedos así como así?

—No tiene más misterio que decapitar una gallina. Y por lo menos esta no va a ponerse a cacarear y aletear. —Pima apoyó el cuchillo en uno de los dedos de la muchacha—. ¿Me ayudas?

—¿Dónde quieres que corte?

—En la articulación —indicó Pima—. No se puede atravesar el hueso. De esta

manera, se desprenden solos.

Nailer encogió los hombros y sacó su cuchillo. Lo apoyó en la articulación, donde penetraría con facilidad. Hundió la hoja en la piel de la muchacha. El corte se llenó de sangre.

Los ojos negros pestañearon.

—¡Sangre y óxido! —Nailer retrocedió de un salto—. ¡No es un fiambre! ¡Está viva!

—¿Cómo?! —Pima se apartó de la muchacha sin perder tiempo.

—¡Ha movido los ojos! ¡Los he visto! —El corazón de Nailer le martilleaba en el pecho. Reprimió el impulso de salir corriendo del camarote. Aunque la joven yacía inmóvil, él aún tenía la piel de gallina—. Le he clavado el cuchillo y se ha movido.

—No he visto... —La frase de Pima se quedó flotando en el aire.

Los ojos oscuros de la muchacha ahogada convergieron en ella. Saltaron de Pima a Nailer, y otra vez a Pima.

—Parcas —susurró Nailer.

Unos dedos helados le acariciaron la columna vertebral, poniéndole el vello de punta. Era como si sus cuchillos hubieran devuelto al fantasma a su cuerpo. Los labios del cadáver empezaron a moverse. No escapó ninguna palabra de ellos. Tan solo un siseo apenas audible.

—Esto sí que es para cagarse de miedo —murmuró Pima.

La muchacha continuó susurrando, un caudal ininterrumpido de sonidos sibilantes, un salmo, una súplica, todo ello en voz tan baja que apenas si lograban distinguir las palabras. En contra de lo que le dictaba el sentido común, Nailer avanzó muy despacio, impulsado por sus ojos y por la desesperación. Los dedos ensortijados de oro de la muchacha temblaron, tantearon en busca de él.

Pima imitó su ejemplo. La muchacha estiró los brazos en dirección a ellos, pero ambos se mantuvieron lejos de su alcance. Más palabras susurradas: sonidos de plegarias, implorantes, una exhalación cargada de tormenta y pavor salobre. Sus ojos registraron el camarote, muy abiertos por el espanto, aterrados por algo que solo ella veía. Su mirada volvió a posarse en Nailer, desesperada, suplicante. No dejaba de susurrar. Nailer se acercó un poco más, se esforzó por descifrar lo que decía. Las manos de la joven aletearon sin fuerza contra sus brazos, se elevaron para tocarle la cara, un movimiento etéreo como el vuelo de una mariposa con el que pretendía atraerlo hacia ella. Nailer se agachó más aún, permitió que los dedos de la chica ahogada lo asieran.

Aquellos labios susurrantes le rozaron el oído.

Estaba rezando. Suaves plegarias dirigidas a Ghanesa y a Buda, a Kali-María Misericordiosa y al dios de los cristianos; estaba rezándoles a todos, implorando a las Parcas para que le permitieran alejarse de la sombra de la muerte. Las súplicas se derramaban de sus labios con un goteo desesperado. Estaba rota, no tardaría en perecer, pero eso no impedía que sus palabras se desgranaran en un susurro incesante...

—Tum karuna ke saagar Tum palankarta ave María llena eres de gracia Ajahn Chan Bodhisattva, líbrame de esta agonía...

Nailer se apartó. Los dedos de la muchacha resbalaron de su mejilla como pétalos de orquídea marchitos.

—Se muere —dijo Pima.

Los ojos de la muchacha se habían tornado vidriosos. Sus labios seguían moviéndose, pero ahora parecía que estuviera quedándose sin energía, perdiendo la voluntad de rezar. Sus palabras puntuaban con delicadeza el sonido más inmediato del océano y de la costa en el exterior: los chillidos de las gaviotas, el oleaje, los crujidos y los chirridos de la nave siniestrada.

De forma paulatina, las palabras cesaron. La inmovilidad se apoderó de su cuerpo.

Pima y Nailer cruzaron las miradas.

El oro rutilaba en los dedos de la muchacha.

Pima levantó el cuchillo.

—Por las Parcas, qué susto. Cojamos el oro y salgamos de aquí cagando leches.

—¿Vas a cortarle los dedos cuando todavía está respirando?

—Pronto dejará de hacerlo. —Pima señaló la cama, los baúles y los escombros apilados encima de ella—. Está más muerta que viva. Si le cortara el pescuezo, le haría un favor. —Avanzó a gatas y dio unos golpecitos en la mano de la muchacha. La chica ahogada no reaccionó—. De todas formas, se ha muerto ya. —Pima volvió a apoyar el cuchillo en el dedo de la muchacha.

Los ojos de la joven se abrieron de golpe.

—Por favor —susurró.

Pima apretó los labios e hizo oídos sordos a sus palabras. La mano libre de la muchacha rozó el rostro de Pima, que la apartó de un revés. Pima cargó el peso del cuerpo sobre el cuchillo y la sangre comenzó a manar. La muchacha no reaccionó. No se apartó, sino que se limitó a quedarse mirando, implorantes sus ojos negros mientras el cuchillo rasgaba la piel bronceada.

—Por favor —volvió a decir.

Un hormiguelo recorrió la piel de Nailer.

—No lo hagas, Pima.

Su compañera lo observó de soslayo.

—¿Te vas a poner sentimental ahora? ¿Crees que puedes salvarla? ¿Serás su caballero de radiante armadura, como en los cuentos de hadas de mamá? Eres una rata de playa y ella, una ricachona. Como salga de aquí, lo perderemos todo; este barco es suyo.

—Eso no lo sabemos.

—No seas imbécil. Esto no es más que una montaña de restos, siempre y cuando

ella no se plante encima de ella y diga que le pertenece. ¿Toda la plata que hemos encontrado? ¿Todo el oro que lleva en los dedos? Esta embarcación es suya y tú lo sabes. Lo sabes. Fíjate en esta habitación. —Pima agitó una mano para abarcar los objetos que los rodeaban—. No es ninguna criada, eso está claro. Es una cochina ricachona. Si la sacamos de aquí, nos quedaremos sin nada.

Miró a la muchacha.

—Lo siento, ricachona. Vales más muerta que viva. —Echó un vistazo de reojo a Nailer—. La remataré primero, si así te sientes mejor. —Trasladó el cuchillo a la tersa garganta morena de la joven.

Los ojos de la muchacha apelaron a Nailer, hambrientos de salvación, pero no volvió a despegar los labios. Se limitó a observarlo fijamente.

—No la rajés —dijo Nailer—. No podemos hacer un Lucky Strike de esta forma... Estaríamos repitiendo lo que me pasó con Sloth.

—No tiene absolutamente nada que ver. Sloth pertenecía a la cuadrilla. Compartía un juramento de sangre contigo. Demostró que no tiene escrúpulos. ¿Pero esta ricachona? —Pima dio unos golpecitos a la chica con el cuchillo—. No es de nuestra cuadrilla. No es más que una mandona con un montón de oro. —Arrugó la nariz—. Si nos la ventilamos, seremos ricos. Se acabaron los trabajos de cuadrilla, ¿vale?, para siempre.

El oro resplandecía en los dedos de la muchacha. Los sentimientos encontrados de Nailer batallaban en su interior. Allí había más dinero del que había visto en toda su vida. Más riqueza de la que la mayoría de las cuadrillas acumulaban tras años de desguazar buques, y sin embargo decoraba los dedos de esa muchacha con la misma indiferencia con que Moon Girl se perforaba la piel con acero.

—Estas oportunidades solo se presentan una vez en la vida, Nailer —insistió Pima—. O hacemos las cosas bien, o estaremos jodidos de por vida. —Estaba temblando y le brillaban los ojos, a punto de llorar—. A mí tampoco me gusta. —Miró a la muchacha—. No se trata de algo personal. Es ella o nosotros, nada más.

—Puede que nos dé una recompensa por rescatarla.

—Los dos sabemos que las cosas no funcionan así. —Pima lo observó con tristeza—. Eso es para los cuentos de hadas y las historias de la madre de Pearly sobre el rajá que se enamora de su criada. O nos enriquecemos, o moriremos en una cuadrilla pesada... con suerte. Tal vez terminemos desguazando petroleros hasta que las piernas se nos llenen de llagas y tu padre te parta la cabeza. ¿Qué más? ¿Los Cosechadores? ¿Los prostíbulos? Siempre podemos trapichear con rasgarrojos y toboganes de cristal en los desguaces hasta que Lawson & Carlson nos cacen. Ese es el destino que nos aguarda. ¿Y esta ricachona? Regresará tan campante a su vida de niña rica.

Pima hizo una pausa.

—A menos que escapemos. Con este dinero, podríamos escapar de por vida.

Nailer contempló fijamente a la muchacha. Hacía apenas un par de días, la habría rajado. Se habría disculpado ante esos ojos desesperados y la habría degollado. Lo habría hecho rápido para que no sufriera (no querría hacerle daño; era a su padre a quien le gustaba lastimar a los demás), pero aun así la habría rajado hasta quitarle la vida, y después habría cogido el oro de su cadáver empapado de agua y se habría marchado sin mirar atrás. Sentiría remordimientos, sin duda; dejaría incluso una ofrenda en la balanza del Dios de la Chatarra para ayudarla en cualquiera que fuese el más allá en el que creyese. Pero ella estaría muerta y él se consideraría afortunado.

Ahora, sin embargo, el siniestro hedor del compartimiento lleno de petróleo le venía al pensamiento: el recuerdo de estar sumergido hasta el cuello en una muerte tibia, mirando fijamente a Sloth en lo alto sobre su cabeza, iluminada por el diminuto resplandor de su pintura led; su salvación pendiente de que fuera capaz de convencerla, de pulsar la tecla adecuada y despertar esa parte de ella a la que le importaba algo más que su propio provecho, con la certeza de que esa tecla lo esperaba dentro de ella en alguna parte y él solo tenía que acariciarla para que ella fuese a buscar ayuda, lo rescatara, y las aguas volviesen a su cauce.

Con qué desesperación había deseado que Sloth mostrara el menor atisbo de interés.

Pero no había logrado dar con la tecla adecuada. O puede que esta ni siquiera existiera, después de todo. Algunas personas sencillamente no eran capaces de ver más allá de sí mismas. Personas como Sloth.

Personas como su padre.

Richard López no vacilaría. Degollaría a la niña rica, cogería los anillos y los sacudiría para quitarles la sangre sin dejar de reír. Hacía una semana, Nailer estaba seguro de que él podría haber hecho lo mismo. Esa ricachona no formaba parte de su cuadrilla. No le debía nada. Pero ahora, tras su estancia en el compartimiento lleno de petróleo, no podía dejar de pensar en cuánto había deseado que Sloth considerara que su vida era igual de importante que la de ella.

El oro que ceñía los dedos de la chica ahogada emitió un destello.

¿Qué demonios le ocurría? Nailer sintió deseos de aporrear la pared. ¿Por qué no podía tomar la decisión más inteligente y punto? ¿Por qué no podía echarle valor, rajar a la muchacha y coger el botín? Nailer prácticamente podía oír a su padre riéndose de él. Mofándose de su estupidez. Pero cuando se asomó a los ojos implorantes de la chica ahogada, pensó que no se diferenciaban en nada de los suyos.

—Lo siento, Pima —dijo—. No puedo hacerlo. Tenemos que ayudarla.

Pima encorvó los hombros.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Diablos. —Pima se restregó los ojos con el dorso de la mano—. Debería rajarla de todas formas. Me lo agradecerías más tarde.

—No lo hagas. Por favor. Ambos sabemos que no estaría bien.

—¿Bien? ¿Que no estaría bien? Fíjate en todo este oro.

—No le cortes el cuello.

Pima hizo una mueca, pero retiró el cuchillo.

—A lo mejor deja que nos quedemos con la plata.

—Eso. A lo mejor.

Ya empezaba a lamentar su decisión; veía cómo sus esperanzas de cambiar el futuro se hacían pedazos. Al día siguiente, Pima y él regresarían al desguace, y aquella muchacha sobreviviría y desaparecería de su vida, o alertaría de la existencia de los restos del clíper al resto de las cuadrillas de Bright Sands; pasara lo que pasase, se le había acabado la suerte. La fortuna le había sonreído, y él le había vuelto la espalda.

—Lo siento —repitió, aunque no sabía bien si lo sentía por Pima, o por él, o por la muchacha que lo observaba pestañeando con esos grandes ojos negros y que probablemente, si la suerte volvía a sonreírle, no llegaría a ver otro día—. Lo siento.

—Está subiendo la marea —dijo Pima—. Si quieres hacerte el héroe rescatador, más vale que te des prisa.

La muchacha estaba atrapada bajo todo tipo de basura, un montón de baúles y la gran cama de columnas. Tardaron casi una hora en retirarlo todo. La chica no volvió a abrir la boca mientras ellos trabajaban. Se le escapó un jadeo una vez, cuando levantaron uno de los baúles que la aprisionaban, y Nailer se temió que el desplazamiento de los restos la hubiera aplastado; cuando liberaron su cuerpo por fin, no obstante, aun empapada y temblorosa como estaba a la luz menguante, parecía ilesa. Tenía la piel cubierta de sangre y la ropa desgarrada y calada de agua, pero respiraba.

Pima inspeccionó su cuerpo.

—Me cago en la leche, Nailer, tiene casi tanta suerte como tú. —Y arrugó la nariz al caer en la cuenta de que, como Nailer llevaba el brazo en cabestrillo, acabaría por ser ella la rescatadora—. No te dará ningún besito de agradecimiento como no le echas narices —se mofó.

—Cierra el pico —masculló Nailer, aunque no podía apartar la mirada de la esbelta figura de la muchacha bajo la ropa empapada, de los contornos de su cuerpo, del muslo y la garganta que se insinuaban entre la tela desgarrada de su falda y de su blusa.

Pima soltó una carcajada. Sacó a la chica ahogada del camarote y la condujo por los pasillos inclinados de la nave hasta atravesar la brecha del casco. La muchacha

era un peso muerto, apenas capaz de caminar o ayudar de alguna manera. Parecía un cadáver, observó Pima mientras tiraba de ella entre gruñidos a causa del esfuerzo. Tuvieron que aunar fuerzas para bajarla por el costado hasta las ondulantes aguas de la marea; Nailer la sostuvo como pudo y la dejó caer en los brazos que le tendía Pima. Una vez en el agua, la intensa resaca provocó que trastabillaran y se tambalearan.

—Coge la puñetera plata —refunfuñó Pima—. Ve a buscar ese saco, por lo menos. Si alguien más encuentra el barco, nos convendría que estuviera escondido.

Nailer se encaramó de nuevo al costado de la embarcación y recorrió su interior, recogiendo cuanto cabía en la bolsa. Cuando volvió al filo del boquete irregular abierto en el casco, Pima estaba sola en el agua, con los muslos rodeados de espuma. Por un momento pensó que había ahogado a la muchacha, hasta que vislumbró un destello de ropa blanca en las rocas al pie de la isla.

Pima sonrió.

—Creías que me la había cargado, ¿a que sí?

—No.

Pima soltó una carcajada. Las olas chapoteaban a su alrededor, salpicándole las piernas morenas y empapándole los pantalones cortos. La embarcación crujía al compás de las olas.

—La marea sigue subiendo —dijo Pima—. En marcha.

Nailer dirigió la mirada al otro lado del golfo, donde los astilleros del desguace resplandecían bajo el sol del atardecer.

—Jamás lograremos llegar a tiempo a la arena cargando con ella.

—¿Quieres que vaya corriendo en busca de una barca?

—No. Estoy molido. Pasemos la noche aquí, en la isla, y cruzaremos por la mañana. A lo mejor mientras tanto se nos ocurre la manera de encargarnos del resto de las cosas.

Pima miró de reojo a la muchacha, que yacía en el suelo tiritando, hecha un ovillo.

—Bueno, vale. A ella le dará lo mismo. —Señaló la embarcación—. Pero si nos quedamos, saquemos todo lo que podamos de aquí. Hay comida, y un montón de cosas más. Acamparemos en la isla y la trasladaremos mañana.

Nailer sonrió y respondió con un saludo marcial.

—Buena idea.

Regresó a la despensa en busca de algo comestible. Encontró magdalenas empapadas de agua salobre. Mangos, plátanos y pomelos despachurrados, esparcidos por toda la cocina. Carne en salazón que aún estaba en buen estado y parecía encontrarse prácticamente intacta. Un jamón curado. Le costaba creer que hubiera tanta carne. Sin poder evitarlo, había empezado a salivar.

Lo arrastró todo hasta la brecha del casco. Descendió con cuidado, con su mercancía dentro de una bolsa de malla que había encontrado en la cocina. Las aguas eran cada vez más profundas, no cabía la menor duda. Lo zarandeaban de un lado a otro mientras vadeaba entre las olas, con los alimentos en alto. Tras sacar cuanto le fue posible del barco, reparó en los escalofríos que sufría la muchacha rescatada y regresó a la nave, en cuyo interior la oscuridad era ya casi absoluta. Encontró mantas de lana mullida, húmedas pero recias aún, y las sumó al resto del botín.

Se encaminó hacia la playa con el agua por la cintura, zarandeado por el oleaje, sosteniendo las mantas por encima de la cabeza. Agotado, dejó caer el cargamento de mantas en la orilla. Echó una mirada de soslayo al lugar donde la chica continuaba tiritando.

—Todavía no la has matado, ¿eh?

—Te dije que no lo haría. —Pima inclinó la cabeza en dirección a la muchacha aterida—. ¿Has traído algo para encender una fogata?

Nailer encogió los hombros.

—Pues no.

—¡Pero bueno, Nailer! —Pima compuso un gesto de exasperación—. ¿Cómo quieres que sobreviva si no entra en calor? —Se dirigió al barco naufragado, vadeando con dificultad entre las briosas olas oscuras.

—¡A ver si encuentras también agua potable! —exclamó Nailer a su espalda.

Recogió el cargamento de mantas y se encaminó con ellas al terreno elevado, en busca de algo siquiera remotamente parecido a un sitio llano en la ladera. Al cabo, encontró una zona que no estaba tan mal junto a las raíces de un ciprés. Se dispuso a despejar el espacio entre las rocas y las enredaderas de kudzu.

Cuando regresó a la orilla, Pima había vuelto con una brazada de leña obtenida de los muebles destrozados del clíper. También había encontrado un depósito de queroseno y un encendedor en medio del caos de la cocina. Tras unos cuantos viajes más para proveerse de comida y combustible, cargaron con la chica ahogada hasta el campamento. El hombro derecho y la parte superior de la espalda de Nailer protestaban a causa de tanta actividad, y se alegró de no haber tenido que trabajar con la cuadrilla ligera ese día. Bastante tenía con el esfuerzo que había realizado ya.

Pronto consiguieron que los restos del mobiliario ardieran con ganas, y se deleitaron masticando las lonchas de jamón que había cortado Nailer.

—Vaya festín, ¿eh? —comentó cuando Pima le tendió la mano en busca de más.

—Sí. Los ricachones viven a cuerpo de rey.

—A nosotros tampoco nos va nada mal —señaló Nailer. Con un ademán, abarcó los restos del pillaje que los rodeaban—. Esta noche cenaremos mejor que Lucky Strike.

No había terminado de hablar cuando se le ocurrió que sus palabras podrían

resultar proféticas. Las llamas que danzaban ante sus ojos iluminaban no solo a Pima y a la chica ahogada, sino también las bolsas de comida, el saco repleto de plata y cubiertos, las recias mantas de lana del norte, y el oro que resplandecía en los dedos de la chica ahogada, rutilando como estrellas al compás del crepitar de la fogata. Era más de lo que poseía nadie en todo el desguace, pero para la chica ahogada no eran más que los restos de un naufragio. Su riqueza era incalculable. Un barco cargado de alimentos y lujos; oro y joyas en torno al cuello, los dedos y las muñecas; y el rostro más bello que Nailer hubiera visto en su vida. Ni siquiera las chicas de las revistas de Bapi eran tan bonitas.

—Es rica de narices —musitó—. Fíjate en todo lo que tiene. Ni siquiera en las revistas salen tantas cosas. —A decir verdad, empezaba a darse cuenta de que las fotografías de las revistas sencillamente aspiraban a igualar ese nivel de opulencia, y sin embargo no tenían ni idea de cómo conseguirlo—. ¿Crees que vivirá en su propia casa?

Pima hizo una mueca.

—Por supuesto que sí. Todos los ricos tienen casas de su propiedad.

—¿Crees que será tan grande como su barco?

Pima titubeó mientras contemplaba la idea.

—Supongo que sí.

Nailer se mordió el labio y pensó en la tosquedad de los refugios de la playa: chozas levantadas con ramas, planchas sacadas de buques siniestrados y hojas de palma que salían volando como si fueran basura cada vez que estallaba una tormenta.

Guardaron silencio durante largo rato mientras el fuego les hacía entrar en calor y les secaba la ropa, con la mirada fija en el crepitante mobiliario del clíper.

—Mira eso —dijo Pima de improviso.

Los ojos de la muchacha, cerrados desde hacía mucho, estaban abiertos ahora, fijos en las llamas. Pima y Nailer estudiaron a la chica, y la chica los estudió a ellos.

—Estás despierta, ¿eh? —dijo Nailer.

La muchacha no respondió. No los perdía de vista, silenciosa como una chiquilla, sin mover los labios. No estaba rezando; ni una sola palabra escapaba de sus labios. Parpadeó, clavó la mirada en él, pero se obstinó en mantener su silencio.

Pima se arrodilló junto a ella.

—¿Quieres un poco de agua? ¿Tienes sed?

Los ojos de la muchacha se posaron en ella, pero permaneció callada.

—¿Crees que se habrá vuelto loca? —preguntó Nailer.

Pima sacudió la cabeza.

—Qué sé yo. —Cogió una tacita de plata y la llenó de agua. La sostuvo frente a la muchacha, atenta—. ¿Tienes sed? ¿Eh? ¿Quieres agua?

Con un débil movimiento, la joven se estiró hacia la taza. Bebió torpemente

cuando Pima le acercó el agua a los labios. Los ojos de la muchacha, ya más despiertos, los observaban a ambos. Pima intentó darle más agua, pero la chica apartó el rostro e intentó sentarse más erguida. Tras incorporarse por completo, replegó las piernas y las rodeó con los brazos. La luz de las llamas titilaba anaranjada y brillante sobre sus facciones. Pima le ofreció agua de nuevo, y esta vez la muchacha bebió con avidez, apuró la taza y lanzó una mirada anhelante a la jarra.

—Dale más —indicó Nailer, y la muchacha bebió de nuevo, esta vez sosteniendo la taza con una mano temblorosa. El líquido se derramó por su barbilla mientras engullía el agua con ansia.

—¡Oye! —Pima le arrebató la taza—. ¡Ten más cuidado! Es toda el agua que tenemos para pasar la noche.

Lanzó una mirada de fastidio a la muchacha, se volvió y rebuscó en el saco de fruta que había reunido Nailer. Extrajo una naranja, la desgajó y se la ofreció a la chica. Esta aceptó un trozo y, tras devorarlo, aceptó otro. Observaba con una fascinación casi salvaje cómo Pima dividía la naranja en gajos. Tras unos cuantos bocados, no obstante, se volvió a tumbar en el suelo, fundiéndose prácticamente con él, agotada.

Esbozó una débil sonrisa y murmuró:

—Gracias. —Acto seguido cerró los ojos y enmudeció de nuevo.

Pima frunció los labios. Se levantó y utilizó la manta para cubrir con esmero la figura inerte de la muchacha.

—Supongo que le has salvado la vida, Nailer.

—Eso parece. —No sabía si sentirse aliviado o apenado por la supervivencia de la muchacha, que ahora descansaba plácidamente con los ojos cerrados, acompañada la respiración, dormida en apariencia. Si hubiera muerto, o enloquecido, todo sería mucho más fácil.

—Espero que sepas lo que haces —masculló Pima.

En honor a la verdad, Nailer debía admitir que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Improvisaba sobre la marcha, imaginándose una versión renovada de su futuro; lo único que sabía con seguridad era que aquella extraña niña rica debía formar parte de él. Aquella niña con su diamante en la nariz, sus anillos de oro y todos sus dedos intactos, con sus brillantes ojos negros llenos de vida en vez de muertos.

Nailer se había sentado al otro lado de la fogata encendida con fragmentos de muebles, abrazándose las rodillas contra el pecho, mientras Pima le daba el resto de la naranja a la muchacha. Dos chicas, dos vidas distintas. Pima era morena, fuerte, y estaba cubierta de cicatrices, símbolos de la suerte y tatuajes que contenían información sobre las cuadrillas ligeras en las que había trabajado; llevaba el pelo muy corto, era musculosa y rebosaba vitalidad. La otra también tenía la piel bronceada, pero no por el sol; su cabello moreno era largo y sedoso, demasiado suaves y fluidos sus movimientos, pulidos y precisos; ni su rostro ni sus brazos presentaban la menor marca de abuso, ni cortes de alambres, ni quemaduras químicas.

Dos chicas, dos vidas distintas, dos caras de la fortuna.

Nailer tironeó de sus gruesos pendientes. Pima y él compartían un montón de marcas, desde los tatuajes que les permitían trabajar en las cuadrillas hasta las cicatrices meticulosamente repasadas con tinta que honraban los favores concedidos por el Óxido Santo y las Parcas. Pero aquella chica no tenía ninguna. Ni tatuajes decorativos, ni marcas de trabajo, ni tatuajes de cuadrilla ligera. Nada. Era un lienzo en blanco. Nailer era algo más bajo que ella, pero sabía que podría matarla si era preciso. Él jamás derrotaría a Pima en una pelea, pero la otra era una blandengue.

—¿Por qué no me matasteis?

Nailer se sobresaltó. La muchacha tenía los ojos abiertos y lo observaban desde detrás de la fogata, reflejando las llamas que consumían los fragmentos del mobiliario y los marcos de cuadros.

—¿Por qué no me matasteis cuando tuvisteis ocasión? —susurró.

Hablaba con propiedad, sus palabras resonaban exquisitas en su boca, sucintas y concisas. Como si se tratara de un capataz que hubiera bajado a la playa a observar la faena, dispuesto a pagar una bonificación por los restos mejor conservados. Palabras perfectamente formadas, sin fisuras, sin cantos. Aceptó los últimos gajos de naranja de Pima y se los comió, tomándose su tiempo para saborearlos. Muy despacio, volvió a sentarse con la espalda recta.

Miró alternativamente a Nailer y a Pima.

—Podrías haberme dejado morir. —Se limpió la comisura de los labios con la

palma de la mano y con la lengua retiró un resto de zumo de naranja—. No podía escapar. Mi oro os habría hecho ricos. ¿Por qué?

—Pregúntaselo a Lucky Boy —respondió Pima, con fastidio—. No fue idea mía. La muchacha lo miró.

—¿Lucky Boy es tu nombre?

Nailer no sabía si se trataba de una pregunta sincera o si estaba tomándole el pelo. Se revolvió, inquieto.

—¿Acaso no encontré las ruinas de tu barco?

Una sonrisa aleteó en los labios de la muchacha.

—Supongo que eso me convierte en una chica con suerte... o «Lucky Girl», ¿no? —Le brillaban los ojos.

Pima se carcajeó. Se acuclilló junto a ella.

—Claro que sí. Cómo no. Lucky Girl. Una chica con suerte. —Por un momento sus ojos se demoraron con avidez en las manos de Lucky Girl, en el oro que rutilaba contra su piel bronceada—. Con muchísima suerte.

—¿Por qué no cogisteis el oro y os fuisteis? —La muchacha levantó la mano lacerada por las afiladas hojas de sus cuchillos—. Podrías haber convertido mis dedos en amuletos de las Parcas, ¿verdad? Podrías haberos quedado también con el oro y los huesos.

Sus delicadas facciones se habían endurecido. Era lista, pensó Nailer. Blanda, pero no estúpida. Nailer no pudo por menos de pensar que había cometido un error permitiendo que viviera. Era difícil saber cuándo estabas actuando con inteligencia, y cuándo te estabas pasando de listo. Y esa chica... era como si estuviera apoderándose del espacio alrededor del fuego. Poseyéndolo. Haciendo las preguntas, en vez de respondiéndolas.

Lucky Strike afirmaba que entre la inteligencia y la estupidez mediaba una fina línea, y se partía de risa cada vez que lo decía. Mientras observaba cómo aquella muchacha lo provocaba y jugaba con él desde el otro lado de la fogata, Nailer experimentó la repentina sensación de que por fin lo entendía.

—Creo que uno de mis dedos habría sido un amuleto de primera para ti —continuó la chica, dirigiéndose a él—. Te hubiera vuelto extraordinariamente afortunado.

Pima volvió a reírse. Nailer frunció el ceño. Docenas de futuros se extendían ante él, pendientes de su suerte y de la voluntad de las Parcas... y de la variable que representaba esa muchacha. Podía ver cómo esos caminos se alejaban de él en todas direcciones. Estaba de pie en la encrucijada, contemplándolos uno a uno, pero solo alcanzaba a ver poca distancia, uno o dos pasos frente a él a lo sumo.

Y ahora, con la mirada fija en los ojos penetrantes de aquella ricachona perfectamente inmaculada, comprendió que había pasado por alto un factor. No sabía

nada acerca de ella, pero sí estaba familiarizado con el oro. El oro garantizaba seguridad, el adiós a los buques, los desguaces y las cuadrillas ligeras. Lucky Strike había tomado ese camino. Nailer hubiera demostrado más sensatez dejando que Pima rajara a la muchacha y zanjara la cuestión.

Pero ¿y si había otros caminos? ¿Y si alguien ofrecía una recompensa por aquella niña rica? ¿Y si demostraba ser útil de cualquier otra manera?

—¿Hay alguna cuadrilla que vaya a venir a buscarte? —preguntó Nailer.

—¿Cuadrilla?

—¿Alguien espera que regreses a casa?

Los ojos de la muchacha no se apartaron de los de Nailer en ningún momento.

—Desde luego —contestó—. Mi padre debe de estar siguiéndome la pista.

—¿Tiene dinero? —quiso saber Pima—. ¿Es un ricachón como tú?

Nailer le lanzó una mirada de exasperación. A Lucky Girl se le escapó con una sonrisa.

—Pagaré, si te refieres a eso. —Levantó los dedos—. Más de lo que puedan valer mis joyas. —Se sacó un anillo y se lo lanzó a Pima, que lo atrapó al vuelo a pesar de su sorpresa—. Más que eso. Más que todas las riquezas que hay a bordo del barco. —Los miró con expresión seria—. Viva, valgo más que el oro.

Nailer cruzó la mirada con Pima. Esa chica sabía lo que querían, los conocía de la cabeza a los pies. Era como si fuese una de las brujas de la playa, capaz de tirar las tabas y asomarse directamente a su alma para desenterrar todos sus apetitos y anhelos. A Nailer le reventaba que Pima y él fueran tan obvios. Hacía que se sintiera como un niño pequeño, estúpido y evidente, el mismo aspecto que ofrecían los raqueros que se reunían detrás del puesto de comida de Chen con la esperanza de que este tirara a la basura algún hueso para que ellos pudieran roerlo. Los conocía.

—¿Cómo sabemos que no nos estás engañando? —preguntó Pima—. A lo mejor no tienes nada más que ofrecer. A lo mejor es mera palabrería.

La muchacha se encogió de hombros con indiferencia. Acarició los anillos restantes.

—Poseo casas en las que cincuenta criados aguardan a que toque una campanilla para traerme todo lo que se me antoje. Tengo dos clíperes y un dirigible. Mis criados se visten con uniformes de plata y jade, y los obsequio con oro y diamantes. Vosotros recibiréis el mismo trato... si me ayudáis a reunirme con mi padre.

—Es posible —dijo Nailer—. Pero también es posible que no poseas más que unos pocos anillos de oro y que valgas más muerta.

La muchacha se inclinó hacia delante, y el fuego iluminó su semblante: sus rasgos eran glaciales.

—Como me hagáis daño, mi padre vendrá y os barrerá de la faz de la tierra, a vosotros y a vuestros seres queridos, y echará vuestras tripas a los perros. —Enderezó

la espalda de nuevo—. Está en vuestras manos: enriqueceos ayudándome, o morid en la pobreza.

—A la mierda —replicó Pima—. Ahoguémosla y terminemos con esto de una vez por todas.

Una sombra de incertidumbre empañó la expresión de la muchacha, tan fugaz que Nailer la habría pasado por alto si no hubiera estado observándola con atención, pero detectó el modo en que sus ojos se agrandaron ligeramente.

—Te aconsejo que te andes con cuidado —dijo—. Estás sola. Nadie sabe cuál es tu paradero ni qué te ha ocurrido. Podrías haberte ahogado en el océano, por lo que a todos respecta. Tal vez hayas desaparecido sin dejar ni rastro, y ahora ni siquiera el viento ni las olas recuerdan que alguna vez exististe. —Sonrió con malicia—. Tus criados están muy lejos, ricachona.

—No. —La muchacha se arrebujó en sus mantas, como si fueran una capa, y dejó que su mirada vagara por el océano iluminado por la luna y las olas lejanas—. El GPS y los sistemas de alarma de a bordo les indicarán dónde buscar. Solo es cuestión de tiempo. —Sonrió—. Mi «cuadrilla» no tardará en llegar.

—Pero ahora mismo, solo nos tienes a Pima y a mí —repuso Nailer—. Y está claro que no perteneces a nuestra cuadrilla. —Se inclinó hacia delante—. Es posible que tu gente pueda lastimarnos de veras... arrancarnos las entrañas, cortarnos los dedos... pero eso no nos asusta, Lucky Girl. —Alargó las sílabas del sobrenombre, con sorna. Hizo un ademán en dirección a los astilleros del desguace—. Aquí morimos todos los días. A todas horas. Tal vez muera mañana. Tal vez morí hace dos días. —Escupió—. Mi vida vale menos que un metro de cobre. —La miró—. Así que tu vida valdrá más que el oro que llevas en los dedos solo si nos sacas de aquí. De lo contrario, puedes darte por muerta.

En cuanto las palabras abandonaron sus labios, supo que aquello era verdad. Estaba en el infierno. Los astilleros del desguace eran el infierno. Y cualquiera que fuese el origen de esa muchacha, cualquiera que fuese su identidad, tenía por seguro que debía de ser mejor que todo lo que él conocía. Incluso Lucky Strike, quien a decir de todos vivía a cuerpo de rey, no era nadie en comparación con esa delgaducha malcriada. Cincuenta personas respondían ante ella. Lucky Strike podía reunir a Raymond, a Ojos Azules y a Sammy Hu, y eso bastaba para la mayoría de sus operaciones de intimidación, pero en el exterior no significaba nada. E incluso Lucky Strike sonreía zalamero cuando los peces gordos de Lawson & Carlson llegaban en su tren especial para inspeccionar el desguace, antes de regresar adondequiera que viviesen los ricachones. Esa muchacha pertenecía a otro planeta.

Y pensaba volver a él.

—Si quieres seguir con vida —dijo—, llévanos contigo cuando te vayas.

La muchacha asintió con la cabeza, despacio.

—Me parece justo.

—Miente —protestó Pima—. Está ganando tiempo, eso es todo. No es de nuestra cuadrilla. En cuanto aparezca su gente, se largará y nosotros regresaremos a los astilleros. —Dirigió la mirada a las moles invisibles de los buques siniestrados desperdigados frente a la costa—. Con suerte.

—¿Es eso cierto? —Nailer estudió con cuidado a la ricachona, intentando adivinar si era una embustera—. ¿Vas a traicionarnos? ¿Nos dejarás tirados con el resto de los desguazadores mientras regresas a tu vida de niña rica?

—No soy ninguna mentirosa —replicó la muchacha, sin rehuir su mirada. Se la sostuvo desafiante, dura como la obsidiana.

Nailer desenfundó el cuchillo.

—Vamos a comprobarlo.

Rodeó la fogata para situarse a su lado. La muchacha dio un respingo, pero Nailer le sujetó la muñeca, y aunque forcejeó, él era más fuerte. Sostuvo el cuchillo frente a sus ojos. Pima la agarró por los hombros, inmovilizándola.

—Solo será un poquito de sangre, Lucky Girl. Solo un poquito —dijo—. Tan solo para cerciorarnos, ¿vale? —La muchacha no tenía ninguna oportunidad de liberarse de la tenaza de Pima.

Nailer atrajo su mano hacia él. La muchacha no dejó de resistirse, tirando y retorciéndose, pero sus denuedos eran en vano, y Nailer no tardó en tener su mano extendida ante él. Apoyó la hoja en su palma y la miró, sonriendo.

—¿Sigues dispuesta a jurarlo? —preguntó, mirándola a los ojos—. ¿Te acompañaremos cuando te vayas?

La muchacha respiraba entrecortadamente, atemorizada y al borde del pánico; sus ojos saltaron de la hoja a él, y de nuevo al cuchillo.

—Lo juro —susurró—. Lo juro.

Nailer continuó escudriñando su rostro en busca de cualquier indicio que sugiriera que pensaba traicionarlos, que imitaría a Sloth y los apuñalaría por la espalda. Miró de soslayo a Pima, que mostró su conformidad con un cabeceo.

—Supongo que es lo que quiere.

—Supongo que sí.

Nailer le hizo un corte en la palma. Al manar la sangre, la mano de la muchacha sufrió un espasmo; sus dedos se cerraron trémulos sobre la herida. A Nailer le sorprendió que no gritara. Él se hizo también un corte en la mano y formó un puño con la de ella.

—Ahora somos cuadrilla, Lucky Girl —anunció—. Yo te guardo las espaldas, y tú me las guardas a mí. —Le sostuvo la mirada con firmeza.

Pima zarandeó a la muchacha.

—Dilo.

Lucky Girl tartamudeó, pero repitió el juramento:

—Yo te guardo las espaldas, y tú me las guardas a mí.

Nailer asintió con la cabeza, satisfecho.

—Bien.

Le abrió la mano ensangrentada y apoyó el pulgar en el tajo. La muchacha gimió ante aquella inesperada punzada de dolor, mientras Nailer apretaba el pulgar contra su frente. La chica se encogió cuando Nailer aplicó el tatuaje carmesí entre sus cejas, un tercer ojo que simbolizaba el destino que compartían. Con un estremecimiento, Lucky Girl apretó los párpados con fuerza y dejó que Nailer la marcara.

—Ahora tú a él —dijo Pima—. Sangre con sangre, Lucky Girl. Así es como se hace. Sangre con sangre.

Lucky Girl hizo lo que le indicaban: con una expresión glacial, mojó el pulgar en la palma de Nailer y lo marcó a su vez.

—Bien. —Pima se inclinó sobre ella—. Ahora yo.

Bajaron a las aguas oscurecidas y se lavaron la sangre de las manos antes de volver a adentrarse en la espesura. El mar los rodeaba por completo, aislándolos bajo el firmamento nocturno mientras ascendían lentamente en dirección a la baliza que era su fogata. Nailer sentía el hombro dolorido e inflamado a causa de tanta actividad, lo que entorpecía su marcha. Lucky Girl caminaba a trompicones delante de ellos, tropezando con la vegetación, desacostumbrada al ejercicio, respirando entrecortadamente, con la ropa desgarrada. Nailer observaba sus piernas esbeltas y sus suaves curvas bajo la falda.

Pima le propinó un coscorrón.

—¿Qué? ¿Te crees que vas a liarte con ella después de rajarle la mano con un cuchillo?

Nailer sonrió y encogió los hombros, azorado.

—Es guapa de narices.

—Seguro que además está limpia —convino Pima; bajó la voz para añadir—: ¿Qué te parece? ¿Pertenece a la cuadrilla de verdad?

Nailer interrumpió la marcha para girar el hombro con cuidado; sintió la tirantez de la herida en la espalda.

—Pertenece a la cuadrilla no le importó una escama de óxido a Sloth. Pertenece a la cuadrilla no significa nada a menos que todos estemos sudando juntos en el mismo barco. —Encogió los hombros e hizo otra mueca de dolor—. Así y todo, la apuesta vale la pena, ¿no?

—¿Decías en serio lo de irnos de aquí?

Nailer asintió con la cabeza.

—Sí. Es la decisión más inteligente, ¿no crees? La única decisión inteligente.

Aquí no tenemos nada. Necesitamos salir, o moriremos aquí como todos los demás. Hasta Lucky Strike recibió un buen varapalo con la tormenta. Ser el líder de una cuadrilla ligera tampoco le sirvió de nada a Bapi. Lo único que consiguió fue palmarla.

—Lucky Strike salió mucho mejor parado que nosotros.

—Ya. —Nailer escupió—. Lo mismo dice el cochino que queda en la pocilga cuando pasan a cuchillo a su hermano a la hora de cenar. —Encogió los hombros—. Pero sigue encerrado en la pocilga. Sigue siendo el próximo en morir.

Nailer despertó bañado por el sol, con el lujo de saber que aún disponía de otro par de horas antes de que la marea retrocediera lo suficiente como para permitirles regresar a la orilla. En esos momentos, si se tratara de una jornada normal, estaría con el resto de la cuadrilla ligera, inspeccionando algún conducto con una mancha de pintura luminiscente en la frente como una marca de la buena suerte, tragando polvo y heces de ratón, y sudando en la oscuridad.

El sol penetraba entre los helechos susurrantes y los cipreses inclinados de la isla, jaspeándolo todo de luces y sombras. Una voz interrumpió sus cavilaciones.

—No, no tires de toda la puñetera madera de golpe. Ve más despacio.

Era Pima. Lucky Girl dijo algo a su vez; aunque Nailer no consiguió distinguir las palabras, parecía que no tenía demasiado interés en seguir las instrucciones de Pima.

Gimió de dolor al sentarse. Era como si tuviera el hombro entero en llamas; un dolor descomunal había hundido las raíces en él, abrasador como el ácido. El día anterior se había esforzado demasiado, no cabía duda. Demasiado trabajo recuperando restos y rescatando a Lucky Girl, y ahora había vuelto a pifiarla. Movié el brazo con cuidado, intentando desentumecerlo. El dolor era insoportable.

—¿Estás despierto?

Nailer levantó la cabeza. Se trataba de Lucky Girl, asomada entre los helechos. A la luz del día, seguía siendo bonita. Su piel ligeramente tostada se veía limpia y tersa, recién lavada. Se había recogido la melena negra con un nudo en la nuca, para que no la entorpeciera, lo que dejaba al descubierto la delicada estructura de su rostro. Le dedicó una sonrisa.

—Pima quiere saber si estás levantado.

—Sí, estoy levantado.

—¡Arriba, bello durmiente! —llamó Pima a lo lejos—. El desayuno está listo.

—¿Sí? —Nailer se incorporó y se abrió paso entre los helechos hasta las chicas, acucilladas en torno a una fogata recién encendida.

Abajo, el barco seguía estando en el agua. La marea lo había desplazado un poco, pero estaba tan rodeado de rocas que no había podido alejarse. La suerte aún les sonreía, pensó Nailer; iban a necesitarla si querían que la gente de Lucky Girl la encontrara cuanto antes.

Miró a su alrededor para ver qué estaban comiendo. No vio nada preparado.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó, intrigado.

—Lo que tú prepares —respondió Pima, y Lucky Girl se echó a reír con ella.

—Jajá. —Nailer hizo una mueca—. En serio, ¿qué tenéis?

—A mí no me mires. —Pima se recostó en el terreno arenoso—. Yo he encendido la fogata.

Nailer le lanzó otra mirada de pocos amigos.

—No estamos en la cuadrilla ligera. Aquí no eres la jefa.

Pima se rió de nuevo.

—En ese caso, me temo que vas a pasar un hambre de mil demonios.

Nailer sacudió la cabeza. Empezó a registrar los sacos de comida que habían sacado del barco la noche anterior.

—Que no te extrañe si encuentras algún escupitajo en tu plato.

Pima se sentó más erguida.

—Como me escupas en la comida, te escupo yo a ti en la boca.

—¿Ah, sí? —Nailer giró sobre los talones—. ¿Te gustaría intentarlo?

Pima se limitó a carcajearse.

—Sabes que te patearía el culo, Lucky Boy. Tú prepara el desayuno y confórmate con que te hayamos dejado dormir.

—Te ayudo —intercedió Lucky Girl.

Nailer sacudió la cabeza.

—No te molestes. Pima no cocina porque echaría a perder la comida. Tanto músculo, y ni una pizca de cerebro. —Comenzó a sacar fruta de uno de los sacos mientras rebuscaba entre el resto de alimentos—. Fijaos en esto. —Les enseñó una bolsa de cereales.

—¿Qué es? —Pima estiró el cuello con interés.

—Semillas de trigo.

—¿Están ricas?

—Mucho. Son más tiernas que el arroz. —Nailer hizo una pausa, pensativo—. ¿Los ricachones tomáis azúcar? —preguntó a Lucky Girl.

—A bordo del barco hay —fue la respuesta.

—¿En serio? —Nailer dirigió la mirada hacia el agua. No le hacía gracia tener que bajar todo el camino y volver a subir—. ¿Puedes traer un poco de azúcar y agua potable?

Lucky Girl asintió con la cabeza, sorprendentemente voluntariosa.

—Desde luego.

Nailer siguió revolviendo los sacos de comida mientras Lucky Girl se perdía de vista ladera abajo.

—Es asombroso, tienen un montón de comida.

—Se darán banquetes a diario —dijo Pima.

—¿Te acuerdas de la paloma que me trajo Moon Girl a modo de ofrenda de la suerte?

—Estaba sabrosa.

Nailer inclinó la cabeza en dirección a Lucky Girl, que estaba encaramándose a bordo del clíper.

—Seguro que ella no opinaría lo mismo.

—¿Por eso quieres irte con ella?

Nailer encogió los hombros.

—En realidad nunca me había parado a pensarlo hasta anoche... —Dejó la frase flotando en el aire mientras buscaba la mejor manera de expresar sus pensamientos—. Viste su camarote, ¿verdad? Y todos esos despojos. Para ella no significan nada. Y fíjate en todos sus anillos. El diamante que lleva en la nariz nos haría ricos a ti o a mí, pero ella ni siquiera le presta atención.

—Vale, está podrida de dinero. Pero no pertenece a la cuadrilla. Me da igual lo que digas. Y tampoco me fío de ella. Le he preguntado acerca de su familia, quiénes son... —Pima meneó la cabeza—. Respondió con más evasivas que Pearly cuando le preguntas por qué se cree Krishna reencarnado. Oculta algo. Que no te engañe su carita de niña mona.

—Ya. Es lista.

—Más que lista. Taimada. ¿Viste, todo ese oro que lleva en los dedos? Pues hoy faltaban algunos anillos. No sé dónde puede haberlos escondido, pero no están. Se pasa el rato diciendo que formamos una cuadrilla, pero en realidad la mueven sus propios intereses.

—¿Y a nosotros no?

—No te hagas el listo conmigo, Nailer. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Nailer levantó la cabeza ante el tono que detectó en la voz de Pima.

—Entendido, jefa. La vigilarémos de cerca. Y ahora déjame cocinar. —Encontró un saco lleno de algún tipo de pequeños frutos secos de color rojo y probó uno. Sabía ácido y dulce a la vez. Estaba riquísimo. Le lanzó uno a Pima—. ¿Sabes qué es esto?

Pima se lo metió en la boca.

—No lo había probado nunca. —Extendió la mano—. Dame un puñado.

Nailer sonrió.

—De eso ni hablar. Voy a asarlos. Tendrás que esperar.

Dejó el saco al lado de las semillas de trigo y contempló fijamente toda aquella comida, almacenada en el barco con absoluta despreocupación.

—Lo cierto es que nunca me había parado a pensar en lo desastrosa que es nuestra situación aquí. Hasta ayer. Hasta que la encontramos a ella. —Hizo una pausa—. Pero cabe suponer que ella no es la única ricachona que hay en el mundo. Ahí fuera hay dinero a espuestas. Y aquí no. Incluso Lucky Strike resulta ridículo en comparación con todo lo que tiene esa chica.

—¿Te crees que vais a ir a vivir juntos o algo así? ¿Que seréis felices y comeréis perdices?

—No te burles de mí. Hasta la gente de su cuadrilla tiene más dinero que Lucky Strike.

—Si lo que dice es verdad.

—Sabes que lo es. Como también sabes que, si nos quedamos aquí, jamás tendremos nada.

Pima titubeó.

—¿Crees que mi madre podrá acompañarnos?

—¿Era eso lo que te preocupaba? —Nailer esbozó una sonrisa—. Le hemos salvado la vida a esa ricachona. Tiene una deuda de sangre con nosotros, y de las gordas. Por supuesto que podrá acompañarnos.

—¿Y qué pasa con Moon Girl? ¿Con Pearly? ¿Con el resto de la cuadrilla ligera? Nailer reflexionó.

—Lucky Strike no compartió nada —observó, al cabo—. Veló exclusivamente por su propio interés.

—Ya... —Pima no parecía convencida, pero Lucky Girl interrumpió sus palabras al reaparecer entre la fronda y las enredaderas.

—¡Lo tengo! —jadeó, sonriendo.

—Estupendo. —Nailer sonrió a Pima—. Sería una buena adquisición para la cuadrilla ligera cuando se reanude el trabajo, ¿verdad?

Pima no sonreía.

—También sería una buena adquisición para los prostíbulos. —Se dio la vuelta.

Lucky Girl frunció el ceño.

—¿Qué mosca le ha picado?

—No es nada —dijo Nailer—. El hambre le agría el carácter, eso es todo.

Se le escapó un gemido cuando cogió la jarra de agua que Lucky Girl había transportado hasta el campamento. Un dolor abrasador le atenazaba el hombro. Estuvo a punto de derramar el agua.

Pima levantó la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—La espalda —respondió Nailer, con los dientes apretados—. Me duele como si me hubiera picado una serpiente.

—Eso significa que la herida se ha infectado —señaló Pima. Se acercó a él corriendo.

—No. —Nailer sacudió la cabeza—. La limpiamos.

—Déjame ver. —Pima levantó el vendaje y contuvo el aliento. Lucky Girl echó un vistazo y no pudo reprimir un gemido.

—¿Qué diablos te has hecho?

Nailer giró el cuello todo lo que pudo, pero no conseguía ver nada.

—¿Es grave?

—Está muy infectada —contestó Lucky Girl—. Hay un montón de pus. —Se acercó con expresión profesional—. Deja que le eche un vistazo. En la escuela nos

enseñaron primeros auxilios.

—Ricachones —masculló Nailer.

Lucky Girl no respondió. Tanteó y presionó la herida con los dedos. La llamarada de dolor hizo estremecer a Nailer.

—Necesitas antibióticos. Esto huele fatal.

Pima sacudió la cabeza.

—Aquí no tenemos de eso.

—¿Y qué hacéis si enfermáis?

Nailer esbozó una débil sonrisa.

—Nos encomendamos a las Parcas.

—Estáis locos. —Lucky Girl volvió a fijar la mirada en la herida—. Tendría que haber algo en el *Wind Witch* —dijo—. El botiquín es enorme. Seguro que hay algún tipo de penicilina.

Nailer se la sacudió de encima.

—Comamos algo primero.

—¿Estás chiflado? —Lucky Girl apeló a Pima con la mirada—. Nadie se queda esperando en casos así. Debemos actuar de inmediato.

Nailer encogió los hombros.

—Ahora o más tarde, ¿qué diferencia hay?

—La diferencia es que empeorará cada vez más. —La expresión de la muchacha se endureció—. Y al final te matará. Tiene pinta de tratarse de una superbacteria. Es preciso que hagamos algo enseguida, o no sobrevivirás.

Sin previo aviso, Lucky Girl le clavó el pulgar en la espalda, en el centro de la herida. Nailer profirió un alarido y se apartó, tambaleándose. Con la respiración entrecortada, se apretó el hombro con una mano. El dolor era tan intenso que temió desmayarse.

Cuando se hubo sobrepuesto, chilló:

—¡¿Y eso a qué viene?!

—Pórtate como un cuadrillero, Nailer. —Lucky Girl hizo una mueca—. No podrás cobrar la recompensa por haberme rescatado si estás muerto. Mueve el culo hasta el barco y deja que te remedemos.

—«Pórtate como un cuadrillero» —se rió Pima; le dio un toquecito en el hombro a Lucky Girl—. La ricachona empieza a hablar como nosotros. —Sonrió de nuevo, antes de mirar a Nailer con gesto serio—. Tiene razón. Tu madre se hubiera alegrado de disponer de dinero para una puñetera dosis de penicilina. ¿Quieres terminar como ella?

Empapada de sudor y sollozando sin cesar. Con la piel ardiendo. El cuello hinchado a causa de la infección. Rojos y llenos de pus los ojos.

Nailer se estremeció.

—Está bien, si queréis jugar a los médicos, adelante. —Agarró una naranja antes de iniciar el descenso—. Pero no pienso acabar como ella. De ninguna manera.

Pese a sus palabras, llegar hasta el agua no era tarea sencilla, y el dolor resultaba preocupante. Se sentía como si tuviera en llamas el brazo, el hombro y la espalda. Lucky Girl y Pima lo condujeron abajo, despacio, ayudándole cuando lo necesitaba, pendientes de él como si fuera una ancianita de huesos quebradizos.

Mientras descendían por la ladera, las palabras de Lucky Girl afloraron a su recuerdo, mal que le pesara. Ninguna recompensa le serviría de nada si estaba muerto. Se obligó a combatir el temor que amenazaba con abrumarlo, pero solo consiguió reducirlo a un hormigueo obstinado en el fondo de sus pensamientos.

Había conocido a personas cuyas heridas evolucionaron desfavorablemente, infestadas de podredumbre y gangrena; había visto muñones cubiertos de gusanos tras amputaciones mal realizadas. Pese a su bravuconería, una sensación de pavor lo recorría por dentro. Su madre había rezado a Kali-María Misericordiosa y había muerto envuelta en una nube de moscas y dolores febriles. La parte supersticiosa de Nailer se preguntó si el Dios de la Chatarra estaría equilibrando la balanza de su Lucky Strike con una enfermedad que lo fulminaría antes de que tuviera ocasión de disfrutar de la recompensa. Sadna tenía razón. Debería haber hecho más ofrendas al Dios de la Chatarra y a las Parcas tras escapar del compartimiento lleno de petróleo. En vez de eso, había despreciado su suerte.

Llegaron al océano. La nave había rodado durante la noche, girando hasta ponerse prácticamente de pie; eso dificultó que subieran a bordo. Pima aupó finalmente a Nailer, gimiendo, flexionando los músculos mientras tiraba de él como si fuese un cochino muerto, dejándolo a continuación tendido en la cubierta de fibra de carbono mientras Lucky Girl y ella iban abajo.

Cuando al fin regresaron, ambas iban sacudiendo la cabeza.

—Está todo abierto —informó Lucky Girl—. Se lo habrá llevado el mar. —Paseó la mirada por los restos del barco—. No veo nada en el agua. —Meneó la cabeza de nuevo—. Se ha perdido todo.

Nailer encogió los hombros e intentó aparentar indiferencia.

—Cuando llegue tu gente, podrán darme todos los medicamentos que quieran. —Pero mientras lo decía, se preguntó de cuánto tiempo disponía. Había empezado a temblar, y aunque estaba sentado a pleno sol, se sentía aterido—. Con vuestros satélites no tardarán mucho, ¿verdad?

—No. Claro. —Lucky Girl no parecía tenerlas todas consigo.

Pima inclinó la cabeza en dirección a las joyas de la muchacha.

—Con ese oro podríamos comprar la medicina a Lucky Strike sin el menor problema.

Lucky Girl dejó de observar a Nailer y dirigió la mirada hacia ella.

—¿Ese tal Lucky Strike tiene medicamentos?

—Claro —respondió Pima—. Hace tratos con los jefes. Los ha convencido para que le traigan cosas en el tren.

—No. —Nailer negó con la cabeza—. No podemos permitir que nadie se entere de la existencia de estos restos. Los reclamarían para sí. —Sufrió un escalofrío—. Debemos actuar con discreción hasta que aparezca la gente de Lucky Girl. Entonces podremos hacer lo que nos plazca. Si dejamos que se enteren ahora, se abalanzarán sobre nuestros restos con todo el equipo.

—No son vuestros restos —dijo con ferocidad Lucky Girl—. Es el *Wind Witch*, y es mi barco.

Pima sacudió la cabeza.

—Ahora solo es un montón de restos. Y tú sigues con vida porque Nailer es mejor persona que la mayoría. Creo que ha pasado por algún tipo de experiencia religiosa. Tiene la mirada febril, de eso no cabe duda.

Nailer meneó la cabeza.

—No tengo la mirada febril.

Pima lo observó de reojo.

—¿A qué os referís con eso? —quiso saber Lucky Girl.

Pima se la quedó mirando fijamente.

—¿No sabes qué es la mirada febril?

La muchacha negó con la cabeza.

—No lo había oído nunca.

—¿Cuando los moribundos ven el futuro? ¿Un último vistazo antes de irse con las Parcas?

—No tengo la mirada febril. —Nailer se sentía extenuado. Se sentó de golpe en la cubierta inclinada, bañada por el sol—. Tal vez mejore si la lavamos.

—No digas estupideces —espetó Pima—. Solo mejorará con medicamentos.

Nailer apoyó la cabeza en los brazos.

—¿Cuánto tiempo? ¿Hasta que llegue tu gente?

Lucky Girl se encogió de hombros.

—El rastreador GPS les indicará el camino. No creo que tarden.

—¿Tan importante eres?

—Bastante —respondió la muchacha, azorada.

—¿Quién es tu gente? —insistió Nailer—. Te muestras muy reservada al respecto.

La muchacha titubeó.

—Pertenece a la misma cuadrilla —le recordó Pima.

—Me llamo Chaudhury. Nita Chaudhury.

Los dos desguazadores se encogieron de hombros.

—Nunca había oído ese nombre.

—Llevo el apellido de mi madre, hasta que herede. —Tras un instante de vacilación, añadió—: Mi padre se llama Patel. —Aguardó con expectación.

El silencio se prolongó, hasta que Pima preguntó:

—¿Patel? ¿Como en Patel Global Transit? —Pima y Nailer cruzaron las miradas, atónitos.

—¿Eres una de las jefas? —preguntó Nailer.

La expresión de Pima dio paso a la rabia. Se abalanzó sobre Nita y la zarandeo.

—¿Eres una puñetera compradora de sangre?

—¡No!

—Patel Global compra toda clase de material recuperado aquí abajo —dijo Pima—. Vemos su logo todo el rato. Ellos, General Electric, FluidDesign y Kuok LG. Todo el mundo se esfuerza por cumplir con el cupo para que los compradores de sangre no se vayan a Bangladesh o a Irlanda, en busca de otra fuente de suministros. Lawson & Carlson ni siquiera nos proporcionan máscaras con filtro porque dicen que hay que mantener los gastos al mínimo.

—Yo no sé nada. —Nita parecía avergonzada—. Es una prioridad empresarial... comprar los suministros a proveedores de materiales reciclados. —Titubeó—. El desguace de buques debe de ser una vía de adquisición de materia prima. —Apartó la mirada—. Lo cierto es que nunca he prestado atención a esa faceta de la empresa.

—Ricachona asquerosa. —Las facciones de Pima se habían vuelto crueles—. Tienes suerte de que no supiéramos quién eras cuando estabas tirada bajo los muebles de tu dormitorio.

—Déjala en paz, Pima. —Nailer se sentía cada vez peor, cansado y mareado—. Tenemos problemas más graves. —Señaló al horizonte—. Fíjate en eso.

Pima y Nita se giraron al unísono. Los tres fijaron la mirada al fondo de la llanura de arena, donde los últimos vestigios de la marea continuaban alejándose. Procedente de los astilleros del desguace, un grupo de personas se dirigía hacia ellos; ocho o diez, en apretada formación.

—¿Ha llegado tu cuadrilla? —preguntó Pima—. ¿Tus compradores de sangre?

Nita hizo oídos sordos a la pulla y estiró el cuello mientras escudriñaba por encima de las aguas.

—No los distingo. —Se adentró corriendo en el barco y regresó con un catalejo. Lo apuntó a las figuras que caminaban en la distancia—. Veo un montón de cicatrices y tatuajes. ¿Vuestra gente?

Pima cogió el instrumento y miró por él.

—¿Y bien? —insistió Nita—. ¿Se trata de alguna de vuestras cuadrillas de recuperación?

Pima sacudió la cabeza.

—Mucho peor. —Le pasó el catalejo a Nailer.

—¿Cómo que «mucho peor»? —preguntó Nita.

Nailer sostuvo el catalejo con la mano sana y contempló la playa lejana. Su vista se deslizó sobre la arena brillante y los charcos de agua salobre hasta detenerse en las figuras que se aproximaban a buen ritmo. Se concentró en los rostros, encontró al líder.

—Sangre y óxido —maldijo entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nita—. ¿Quién es?

Pima exhaló un suspiro.

—Su padre.

Richard López caminaba a toda prisa por la llanura de arena que el retroceso de la marea había dejado al descubierto. Lo acompañaba una cuadrilla asombrosamente numerosa, compuesta de sus compinches más feroces, los que se encargaban de realizar las labores de intimidación en el desguace cuando les convenía y se dedicaban a rascarse la barriga el resto del tiempo. Estaban cubiertos de rutilantes joyas recuperadas, collares de acero y rollos de cobre en los bíceps. Los tatuajes de cuadrilla se enroscaban en sus pieles como serpientes. Hombres y mujeres que habían trabajado en cuadrillas pesadas antes de abandonar los desguaces y sumergirse en la vida crepuscular de la playa, con sus prostíbulos, sus casas de apuestas y sus fumaderos de opio.

Mientras los observaba, Nailer se obligó a reprimir el creciente temor que le inspiraban los rasgos sonrientes de su padre enmarcados en el catalejo. Reconoció otro par de caras. Una mujer nervuda de facciones crueles a la que todos llamaban Ojos Azules y que asustaba a Nailer tal vez incluso más que su padre. Se sobresaltó al ver otra figura, treinta centímetros más alta que los demás y tremendamente musculosa. Tool, el medio hombre, a quien Nailer había visto por última vez junto a Lucky Strike. Reconoció también a Steel Liu, un rompecrismas de la banda de la Pitón Roja. Ninguno de ellos presagiaba nada bueno, se mirara por donde se mirase.

Los dragones se retorcían en los hombros de su padre, que encabezaba la comitiva dando enormes zancadas, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes torcidos y amarillos. A través del catalejo, era tan grande que parecía que ya hubiese llegado a su destino.

El estremecimiento que recorrió a Nailer no se debía únicamente a la progresiva infección de su espalda.

—Tenemos que escondernos.

—¿Crees que ya saben que estamos aquí? —preguntó Pima.

—Esperemos que no. —Nailer intentó ponerse de pie, pero le fallaron las fuerzas. Le indicó a Pima que le echara una mano.

—¿Qué pasa con su padre? —preguntó Nita.

Nailer hizo una mueca mientras Pima le ayudaba a levantarse. Era demasiado complicado describir todas las circunstancias que rodeaban a Richard López. Hablar de su padre era como intentar describir una devastadora de ciudades. Cuando pensabas que las conocías, se te echaban encima y resultaban ser mucho peores de lo que recordabas.

—Es malo —musitó.

Pima se colocó bajo su brazo, sosteniéndolo, y empezó a ayudarlo a bajar por la pendiente de la cubierta.

—Vi cómo mataba a un hombre en el ring —dijo—. Continuó golpeándolo hasta dejarlo sin vida, aunque todo el mundo había anunciado ya su victoria. Le dio tal paliza que acabó cubierto de sangre, con la cabeza partida como un melón.

Nailer sentía como si sus facciones estuvieran talladas en madera. Dirigió la mirada al otro lado del agua reluciente, donde su padre avanzaba cruzando las arenas. La cuadrilla se movía deprisa. A esas alturas de la jornada lo más probable era que todos estuvieran colocados hasta las cejas.

—Como descubran a Lucky Girl, puede darse por muerta —dijo Pima—. Tu padre se librará de cualquier obstáculo que se interponga entre los restos y él.

Nailer miró a Nita.

—Este sería buen momento para que apareciera tu gente.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Me parece que es demasiado pronto. —Ni siquiera se molestó en escudriñar el horizonte—. ¿Qué más podemos hacer?

Nailer y Pima se miraron.

—Larguémonos de aquí —sugirió Pima—. Dejemos que registren el barco. Hay restos de sobra. Con suerte, eso los distraerá y nosotros podremos regresar a la playa más tarde. Esta noche o así.

Nailer contempló fijamente las formas que se acercaban, diminutas como hormigas.

—Aunque volvamos, seguirá buscándome.

—Eso no lo sabemos. Seguro que está tan colocado que ni se acuerda de que tiene un hijo.

Nailer pensó en aquella vez que su padre, drogado y enfurecido, se había enfrentado a un hombre dos veces más fornido que él, tan veloz que parecía invisible, una botella rota y sangre en el suelo. Dejó escapar el aire entre los labios.

—Sí, salgamos de aquí.

—¿Seguro que podremos escondernos? —preguntó Nita.

—Más nos vale —respondió Nailer con los dientes apretados mientras le ayudaban a descolgarse con torpeza por el costado del barco—. Como nos pillen... —Meneó la cabeza.

—¿Pero no sois familia?

—Eso no significa nada si el tipo está pasado de tobogán —explicó Pima—. Hasta Nailer teme a su padre cuando está colocado.

—¿Tobogán? ¿Eso qué es, una droga?

Nailer y Pima intercambiaron una mirada.

—Tobogán de cristal. ¿No lo conoces?

La muchacha estaba perpleja.

—¿Rasgarrojo? —probó Pima.

—Roca sanguífera —dijo Nailer—. ¿Brisacero? ¿Cornusapo? ¿Desangradores de éxtasis?

Nita se sobresaltó.

—¿Desangradores?

Nailer y Pima encogieron los hombros.

La muchacha los observó, horrorizada.

—Eso es lo que usan las ratas de oleada. Los escuadrones de combate. Los medio hombres. Es para los animales. —Se mordió la lengua—. Quiero decir...

—Conque para los animales, ¿eh? —Nailer cruzó una sonrisa cansina con Pima—. No te falta razón. Un hatajo de bestias, eso es lo que somos, deslomándonos para los peces gordos como tú.

Nita tuvo la cortesía de parecer avergonzada. Nailer dejó atrás las olas, a trompicones, y contempló fijamente el frondoso follaje de la isla. Le sobrevino un ataque de vértigo. Extendió una mano en dirección a la niña rica.

—Ayúdame. Me parece que no voy a poder escalar.

El regreso al corazón de la maleza de la isla fue una pesadilla de esfuerzo y dolor. Cuando llegaron por fin al abrigo de su improvisado campamento, un Nailer sin resuello se ovilló en el suelo, mareado. Sesenta metros más abajo, el casco níveo del clíper resultaba visible entre el follaje. El eco de unos gritos de alegría llegó volando hasta ellos; los vítores del grupo de Richard, que acababa de descubrir los restos del naufragio. Reían y jaleaban. Nailer intentó incorporarse para ver qué sucedía en la playa, pero se sentía cada vez peor. Los escalofríos recorrían su cuerpo en oleadas constantes, a pesar de que el sol caía sobre él a raudales.

—Necesito mantas —susurró. Aunque las muchachas lo arrojaron, no soportaba los escalofríos que lo sacudían y la garra helada que lo atenazaba. Tiritaba de forma incontrolable. Se le metían gotas de sudor en los ojos. Le castañeteaban los dientes y la fiebre le recorría todo el cuerpo.

Abajo, su padre y sus compinches se encaramaban a los restos con la gracia salvaje de una manada de simios atigrados.

—Estamos jodidos —musitó Pima.

Los dientes de Nailer entrechocaban de tal manera que hablarle suponía un esfuerzo. Quería decirle a Pima que inspeccionara la otra punta de la isla para cerciorarse de que no los esperaba ninguna sorpresa desagradable; quería decirle a la ricachona de Nita Chaudhury que agachara la puñetera cabeza, que los adultos de allí abajo no eran unos genios pero sí desconfiados, y tarde o temprano echarían un vistazo a su alrededor. Cuando se aburrieran de celebrar a voz en grito el hallazgo de todas esas riquezas, tomarían medidas para asegurarse de no tener que compartirlas con nadie.

Lamentó no haberse largado antes de que subiese la marea. Obviar el hecho de

que antes o después aparecería alguien más había sido una estupidez. El barco era demasiado grande como para pasar inadvertido. Los recuperadores de poca monta debían darse prisa y llevarse cuanto pudieran antes de que los pesos pesados se abalanzaran sobre los despojos para reclamar la parte del león. Y ellos permanecían escondidos, atentos y acorralados, mientras los leones registraban el cadáver de la nave entre risas y descorchaban las botellas de licor que acababan de encontrar en la cocina. Profiriendo chillidos de placer, arrojaban bandejas de plata a la cubierta y destrozaban contra las rocas delicados objetos de porcelana, porcelana que la noche anterior Pima y él habían calculado que valía más que la plata junto a la que se encontraba. Así y todo, si no se podía fundir, valía menos que un metro de cobre en una playa de desguace, de modo que tal vez hicieran bien en destruirlo todo, tal vez deberían incendiar la puñetera embarcación, ennegrecer de humo el cielo...

Nailer se estremeció. Estaba volviéndose loco. Tenía que guardar reposo. Estaba agotado. Necesitaba tumbarse y descansar.

—Hay que llevarte a los astilleros —susurró Pima.

Nailer sacudió la cabeza.

—No. Atraparían a Lucky Girl.

—Me da igual. Que se esconda si no quiere que la encuentren. Necesitas medicamentos, y cuanto antes.

Aunque Nailer apenas si era capaz de deslizar una sola palabra entre el castañeteo de sus dientes, se las apañó para fulminar a Pima con la mirada, empeñado en conseguir que entrara en razón.

—Pertenece a nuestra cuadrilla, ¿vale? Lleva tu marca de sangre, y la mía.

Pima apartó la mirada. Nailer sabía lo que estaba pensando. Había cuadrillas forjadas a lo largo de años de desguazar restos de barcos juntos, de compartir los beneficios y el riesgo de que se produjera algún robo, de aplicar aloe a las marcas de los correazos tras una mala noche con Richard López, de competir por ingresar en una cuadrilla ligera y de sudar para no dejar de cumplir con ningún cupo...

Y había cuadrillas de menos de veinticuatro horas de antigüedad.

—Pima. —Se agarró a ella—. Si crees que tengo la mirada febril, más te vale creer también que es preciso mantener a salvo a nuestra Lucky Girl, aunque sea una compradora de sangre. La necesitamos.

Pima no respondió.

Nita se acuclilló junto a él y lo observó con expresión preocupada.

—Tiene que verlo un médico.

—No me digas qué es lo que tiene que hacer o dejar de hacer —le espetó Pima—. Lo sé perfectamente. —Entre las hojas de helecho, espió a las figuras que se movían a sus pies—. Es imposible que crucemos la llanura cargando con él sin que nos vean, y cuando lo hagan querrán averiguar qué hemos encontrado. —Meneó la cabeza—.

Estamos atrapados.

—Podría bajar yo —sugirió Nita—. Para distraerlos.

Nailer rechazó la idea con violentas sacudidas de cabeza. Pima estudió a la muchacha en silencio. Miró de nuevo a los intrusos e hizo una mueca.

—Si supieras realmente qué nos estás ofreciendo, te dejaría intentarlo. —Descartó la propuesta con un cabeceo—. Ni hablar. —Miró a Nailer de reojo—. Además, perteneces a la cuadrilla. —Por el modo en que lo dijo, parecía incluso que lo sentía.

—Vaya, vaya —los interrumpió una voz conocida—. ¿Qué tenemos aquí?

El rostro quemado por el sol del padre de Nailer asomó risueño, entre las enredaderas de kudzu.

—Ya decía yo que había visto moverse algo... —Abrió mucho los ojos, atónito—. ¿Nailer? —Su mirada saltó de un lado a otro como una piedra que rebota en el agua, veloz y febril, posándose en cada uno de ellos—. ¿Qué estáis tramando, chavales? ¿Queríais arrebatarnos los restos?

Reparó en Lucky Girl.

—¿Y quién es esta cosita tan linda? —La observó con los ojos abiertos como platos, fascinado, antes de recuperar la sonrisa—. Una niñita tan mona como tú solo puede haber salido del barco de un pez gordo. —Se volvió hacia Nailer—. No sabía que te codearas con los ricachones, muchacho. —Su desorbitada mirada azul se deslizó por el cuerpo de Nita, recreándose—. Qué guapa.

—Pertenece a nuestra cuadrilla —dijo Nailer, combatiendo los escalofríos que lo atenazaban.

—¿Sí? —Un cuchillo centelleó en la mano de Richard—. Pues abajo, vamos. Todos juntitos. Echemos un vistazo a lo que ha descubierto la cuadrilla ligera. —Se dio la vuelta y exclamó—: ¡Aquí arriba!

Instantes después, Ojos Azules, Tool el medio hombre y un par más los rodearon y los sacaron a empujones del campamento. Descendieron con torpeza por la ladera, dejando un rastro de maleza y helechos aplastados, mientras los amigos del padre de Nailer amenizaban la marcha con sus comentarios soeces. Pima y Nita fueron objeto de silbidos, palmaditas y pellizcos. Cuando Pima intentó defenderse, se desternillaron de risa.

Una vez en los bajíos, a bordo del clíper, los hombres y mujeres rodearon a los tres muchachos.

—¿Tienes algo para nosotros? —preguntó el gigantesco medio hombre.

Levantó a Nita en vilo como si fuera una pluma y acercó el rostro de la muchacha a sus achatadas facciones caninas. Sus ojos amarillos estudiaron el pirsin de la nariz.

—Es un diamante —anunció. Todos se rieron. Un dedo inmenso tocó la gema—. ¿Quieres dármelo? ¿O prefieres que te lo arranque de tu cara bonita?

Nita abrió los ojos de par en par. Levantó las manos y desabrochó el pirsin.

—Me cago en la leche —masculló Richard—. Fijaos en todo ese oro.

Mientras el medio hombre sostenía a Nita, le arrebató todos los anillos de los dedos con la ayuda de Ojos Azules. La muchacha empezó a gritar, pero se quedó muda cuando el padre de Nailer le apoyó el cuchillo en la garganta; Ojos Azules terminó de quitarle todo el oro, vetado ahora de sangre. Uno solo de esos anillos suponía más de un año de beneficios; el valor de todos ellos era incalculable. Los adultos se habían vuelto ricos, y la sensación era embriagadora.

Nailer se acuclilló en la cubierta, tiritando, observando impotente cómo le arrebataban las alhajas a Nita. Aunque el sol caía a plomo sobre él, estaba helado. Y ahora, además, lo poseía una sed incontrolable. Los últimos restos de la lluvia y la tormenta se habían evaporado, y aunque quedara algo de agua potable en las entrañas de la nave, no podía ponerse en pie para ir a por ella, y no pensaba perder el tiempo implorando a los compinches de su padre para que soltaran a Pima y a Nita y fueran a buscarla. Todos los adultos estaban encorvados a bordo de la embarcación, enfrascados en sus cálculos, urdiendo planes que les garantizaran la reclamación del barco.

—Habrà que cederle una parte a Lucky Strike —anunció su padre, al rato—. Perderemos la mitad, pero al menos así nos ahorraremos derramamientos de sangre. Además, él puede transportar los restos en tren.

Los integrantes de su cuadrilla asintieron. Ojos Azules miró de soslayo a los tres jóvenes.

—¿Y qué pasa con la ricachona?

—¿Con nuestra niña bonita? —El padre de Nailer miró a Nita—. ¿Nos vas a disputar los restos, encanto?

—No. —Nita sacudió la cabeza—. Podéis quedaros con todo.

Richard López se carcajeó.

—Eso lo dices ahora, pero a lo mejor luego cambias de opinión.

El cuchillo centelleó en su mano. Se acercó y se acuclilló junto a ella, con la enorme hoja rutilando sobre sus nudillos, lista para abrirla en canal como si de un pescado se tratara. Esparcir sus intestinos por la cubierta sería coser y cantar. Una medida para garantizar su sustento. Nada personal.

—No os detendré —susurró Nita, con los ojos desorbitados por el terror.

—Claro que no. —El padre de Nailer sacudió la cabeza—. En eso te doy la razón. Porque tus entrañas van a terminar alimentando a los tiburones, tanto si te gusta como si no. En tu mansión de ricachona es posible que haya alguien a quien le importe lo que te suceda. —Encogió los hombros—. Aquí eres un cero a la izquierda.

Aun al borde del delirio, Nailer presentía que su padre estaba amasando la fuerza de voluntad necesaria para acometer un acto violento. Reconocía las mismas señales

que antecedian a las palizas que solía pegarle, veloz como una cobra cuando le propinaba un pescozón o tiraba de él con violencia para incrustarle el puño en el estómago.

El sol, en su cenit, arrancaba destellos al cuchillo para destripar el pescado. Sin miramientos, Richard atrajo a Nita hacia sí. Nailer intentó decir algo, interceder para salvarla, pero no consiguió que le salieran las palabras. Los escalofríos que lo estremecían de arriba abajo se sucedían a una velocidad de vértigo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Pima se abalanzó sobre Richard con el cuchillo en la mano.

Nailer intentó avisarla con un grito; su padre se le adelantó y repelió a Pima de un manotazo que la dejó despatarrada en la cubierta. El cuchillo resbaló por la superficie de fibra de carbono hasta caer por la borda. Aunque Pima superaba en corpulencia a la mayoría de los integrantes de su cuadrilla ligera, no era rival para la velocidad de Richard, potenciada por el tobogán de cristal. El breve forcejeo culminó con la muchacha inmovilizada en una presa asfixiante. La cuadrilla de Richard acudió en ayuda de su líder en estampida, vociferando. Tool, el primero en llegar a la altura de Pima, tiró de ella hasta levantarla en vilo de la cubierta. Tras apresarle los brazos a la espalda, la sujetó mientras pataleaba y se debatía sin la menor posibilidad de liberarse.

En el cuello de Richard, una sarta de cuentas de sangre relucía como una gargantilla de rubíes.

—Maldita niñata, me has cortado. —Deslizó los dedos por la herida con una sonrisa. Cuando retiró la mano, esta estaba teñida de rojo. Nailer se maravilló ante el hecho de que Pima hubiera conseguido acercarse tanto. Había sido rapidísima. Su padre inspeccionó los dedos manchados de sangre antes de sostenerlos frente a ella —. Ha estado cerca. —Se rió—. Deberías luchar en el ring, guapa.

Pima se rebeló contra las manos que la atenazaban. El padre de Nailer se acercó aún más a ella, como una serpiente.

—Te ha fallado la suerte por poco, mocosa. —Sus dedos ensangrentados se cerraron en torno a las facciones de la muchacha—. Ha estado cerca de narices. —Levantó el cuchillo a un palmo de los ojos de Pima—. Pero ahora es mi turno, ¿verdad?

—Rájala —susurró uno de los componentes de su cuadrilla.

—Ábrela en canal —lo apremió Ojos Azules—. Obtendremos una ofrenda a cambio de su sangre.

Oprimida entre los brazos de Tool, Pima no pudo contener un estremecimiento. No movió ni un solo músculo, sin embargo, cuando Richard le acarició la mejilla con el cuchillo. Nailer pensó que debía de haberse resignado ya a su destino. Sabía que la muerte se cernía sobre ella. Su pasividad denotaba que había aceptado la voluntad de

las Parcas.

—Papá —carraspeó Nailer—, es la hija de Sadna. Ella te salvó de la tormenta.

Richard titubeó, con el cuchillo apoyado en la cara de Pima. Su filo trazó el contorno del mentón de la muchacha.

—Ha intentado asesinarme.

Nailer no se dio por vencido.

—Eso significa que Sadna y tú estáis en paz. Una vida a cambio de otra. La balanza ha encontrado el equilibrio.

Richard López arrugó el entrecejo.

—Siempre has sido un sabiondo, ¿verdad? Venga a decirle a tu padre lo que tiene que hacer. Engreído insufrible. —Dejó que el cuchillo resbalara entre los pechos de Pima hasta su estómago. Dirigió la mirada hacia Nailer—. ¿También ahora me vas a decir lo que tengo que hacer? ¿Insinúas que no puedo desparramar sus intestinos por el suelo? ¿Que no puedo sacarle las tripas cuando me dé la gana?

Nailer se apresuró a negar todas las acusaciones sacudiendo la cabeza.

—Si quieres abrirla en canal —dijo—, estás en tu derecho. Ha d-derramado s-sangre. —Le castañeteaban los dientes y debía esforzarse para no perder el conocimiento. Pima y Nita lo observaban sin pestañear. Nailer continuó—: S-si quieres su s-sangre, es tuya. Estás en tu d-d-d-derecho. —Se sentía peor, cada vez más mareado. Respiró hondo. Le costaba incluso recordar qué era lo quería decir. Se obligó a pronunciar con cuidado cada una de las palabras—. La madre de Pima me ayudó a sacarte de la choza cuando se desató la tormenta. Nadie más habría hecho lo mismo. Nadie más lo habría conseguido. —Hundió los hombros en señal de impotencia—. Estamos en deuda con Sadna.

—Me cago en la leche, mocososo. —Richard ladeó la cabeza—. Sigues hablando como si intentaras darme órdenes.

—Quizá la chica merezca una lección —retumbó la voz de Tool—, en vez de la muerte. Aprender cosas nuevas siempre es un regalo para los jóvenes.

Sorprendido, Nailer elevó la mirada hacia el medio hombre y decidió aprovechar la inesperada oportunidad que le brindaba su intervención.

—Lo único que digo es que le debemos un cupo de sangre a su madre, y todo el mundo lo sabe. Que la gente piense que no pagamos nuestras deudas solo puede acarreamos mal karma.

—«Mal karma» —resopló el padre de Nailer—. ¿Te crees que eso va a quitarme el sueño?

—Saldar las deudas de sangre contraídas no es ningún signo de debilidad —sentenció Tool con su atronador vozarrón.

Los ojos de Richard López saltaron de Nailer al medio hombre.

—Vaya, lo que hay que oír. Resulta que todo el mundo quiere que esta niñata siga

con vida. —Sonrió con desdén y a continuación levantó el cuchillo y lo empujó contra el vientre de Pima.

La muchacha gritó, pero Richard se detuvo antes de que brotara la sangre. Sonrió de oreja a oreja mientras extraía la punta del arma de la piel apenas mellada.

—Parece que por esta vez te vas a librar, mocosa.

Tomó una mano de Pima entre las suyas y se asomó a sus ojos.

—Esto es para equilibrar la balanza —dijo—, por tu madre. Pero como se te ocurra volver a agredirme con un cuchillo, te saco las tripas y te estrangulo con ellas. ¿Entendido?

Pima asintió muy despacio, sin parpadear, sosteniéndole la mirada.

—Entendido.

—Bien. —Sin perder la sonrisa, Richard le estiró los dedos.

A Pima se le escapó un hipido al notar una presión repentina, seguida del chasquido de los huesos de su meñique. El sonido provocó que Nailer diera un respingo. El alarido de dolor de Pima se atascó en su garganta. Richard agarró el anular de la sollozante muchacha, que respiraba con dificultad. Richard sonrió y agachó la cabeza hasta colocar los ojos a la altura de los de Pima.

—Podemos dar la lección por aprendida, ¿a que sí?

La joven asintió como si le fuera la vida en ello, pero Richard no le soltó el dedo. El crujido de otro hueso antecedió a un nuevo alarido de Pima.

—¿Seguro que la has aprendido?

Pese a los violentos temblores que la sacudían de la cabeza a los pies, Pima se las compuso para asentir.

La sonrisa del padre de Nailer dejaba al descubierto sus dientes amarillentos.

—Me alegra saber que no la olvidarás fácilmente. —Inspeccionó los dedos mutilados y volvió a plantarse a escasos centímetros del rostro de Pima. Bajó la voz, cargada de amenaza—. He sido generoso contigo. Nadie rechistaría aunque te arrancara todos los dedos de la mano, con deuda de sangre de por medio o sin ella. —Sus ojos eran dos abismos helados—. Recuerda que podría haberme cobrado mucho más.

Dio un paso atrás e hizo una seña al medio hombre.

—Suéltala, Tool.

Pima cayó al suelo lloriqueando, con la mano herida acunada en la sana. Pese a lo mucho que deseaba consolarla, Nailer se obligó a no acudir corriendo a su lado. Lo que más le gustaría era poder tumbarse encima de la cubierta abrasadora, hacerse un ovillo y cerrar los ojos, pero no podía; aún no había terminado.

—¿V-v-vas a destripar a la ricachona? —No podía controlar los temblores.

Su padre miró de soslayo a la chica maniatada.

—¿También tienes algo que opinar al respecto?

—Está f-f-forrada —tartamudeó Nailer—. Debe de valer algo para que haya gente buscándola. —Le sobrevino una oleada de escalofríos—. T-t-tal vez muchísimo. Quizá más incluso que el b-b-barco.

Su padre se quedó pensativo, observando a la muchacha.

—¿Alguien estaría dispuesto a pagar un rescate por ti? —preguntó, al cabo.

Nita asintió con la cabeza.

—Seguro que mi padre me echa de menos. Recompensará bien a quien me devuelva a su lado sana y salva.

—¿Es cierto eso? ¿Cómo de bien?

—Este era mi clíper particular. ¿Tú qué crees?

—Lo que creo es que tienes carácter. —El padre de Nailer esbozó una sonrisa feroz, complacido—. Pero acabas de comprar tus tripas, niñata. —Le enseñó el cuchillo—. Sin embargo, como tu padre resulte ser un tacaño, te abriremos en canal mientras chillas como una cerda.

Se volvió hacia su cuadrilla.

—Bueno, niños y niñas, se acabó el espectáculo. Saquemos estos restos de aquí. No me apetece compartir más de lo necesario con Lucky Strike. Todo lo que pese poco y tenga algún valor, fuera del barco.

Dio media vuelta y dejó que su mirada vagara sobre las olas.

—Y daos prisa. Ni las mareas ni el Dios de la Chatarra esperan a nadie —concluyó con una carcajada.

Nailer se tendió de espaldas en la cubierta. El sol caía a plomo sobre él, abrasador, pero seguía estando helado de frío. Su padre se acuclilló a su lado y le dio un golpecito en el hombro. Contra su voluntad, Nailer soltó un grito. Richard sacudió la cabeza.

—No me fastidies, Lucky Boy, al final necesitarás medicamentos y todo. —Dirigió la mirada al otro lado del golfo, hacia los astilleros del desguace—. En cuanto hayamos aligerado un poco esta chatarra, iremos a ofrecerle un trato a Lucky Strike. Debe de tener algo de penicilina. Tal vez incluso un cóctel supresor.

—Lo n-n-necesitaré p-p-pronto —susurró Nailer.

—Lo sé, hijo —asintió Richard—. Lo sé. Pero cuando aparezcamos, tendremos que explicar cómo pensamos pagar el tratamiento, y todos se preguntarán de dónde ha sacado tanto oro y tanta plata tu viejo. —Uno de los anillos de Nita destelló en su mano—. Fíjate en esto. —Lo sostuvo a la luz—. Diamantes. O rubíes, lo más probable. Te has topado con una auténtica ricachona, no cabe duda. —Guardó la sortija en uno de sus bolsillos—. Pero no podremos vender nada hasta que hayamos designado vigilantes y guardaespaldas. De lo contrario, intentarán quitárnoslo todo.

Miró a Nailer con expresión seria.

—Ha sido un hallazgo afortunado, muchacho. Pero tenemos que obrar con

cautela, o nos quedaremos sin nada.

—Ya —respondió Nailer, aunque cada vez le costaba más seguir la conversación. Estaba agotado. Agotado y aterido. Lo sacudió una nueva oleada de escalofríos. A voz en grito, su padre ordenó a sus hombres que le trajeran más mantas.

—Volveré —prometió Richard—. En cuanto el botín esté a buen recaudo, te conseguiremos todos los medicamentos que necesites. —Acarició la mejilla de Nailer.

Un resplandor demencial anidaba en aquellos ojos azules; Nailer pensó que los suyos no debían de tener mejor aspecto.

—No te dejaré morir, hijo. Descuida. Cuidaremos de ti. Eres sangre de mi sangre y me encargaré de que no te suceda nada.

Tras pronunciar esa promesa se levantó y se fue. Nailer se abandonó a la fiebre.

—**C**onque ese es tu padre, ¿eh?

Cuando abrió los ojos, Nailer encontró a Nita arrodillada a su lado. Estaba tendido en tierra firme, arrullado por el murmullo lejano del océano, arropado con una manta áspera. Era de noche. Una pequeña fogata crepitaba junto a ellos. Intentó sentarse, pero sintió una punzada de dolor en el hombro y volvió a tumbarse. Notó que llevaba puestos unos vendajes nuevos, distintos de los que le aplicara Sadna hacía lo que parecía una eternidad.

—¿Dónde está Pima?

Nita encogió los hombros.

—Le han ordenado que vaya a conseguir comida.

—¿Quién?

La muchacha inclinó la cabeza hacia dos siluetas que, sentadas no muy lejos de ellos, se dedicaban a fumar cigarrillos y a pasarse una botella de alcohol de mano en mano. Sus pírsines de pandilleros brillaban en la oscuridad, y unos aros les perforaban de lado a lado las cejas y el puente de la nariz. Una de ellas pertenecía a Moby, un tipo pálido como un fantasma, nervudo y esquelético de tanto deslizarse por los toboganes de cristal; la otra, a aquella enorme mole de sombra y músculo que era Tool, el medio hombre. Ambos saludaron a Nailer con una sonrisa cuando se revolvió.

—Vaya, vaya, parece que el chico saldrá de esta. —Moby agitó la botella de licor en dirección a Nailer a modo de brindis—. Tu padre ya nos avisó de que eras un ratoncillo de lo más duro. Aunque no creía que fueras a conseguirlo, la verdad.

—¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

Nita lo estudió con fijeza.

—No tengo claro que estés consciente del todo.

—Lo estoy.

—Entonces tres días, de momento.

Nailer hizo memoria en busca de algún recuerdo de los tres últimos días. Encontró sueños y pesadillas, pero nada consistente, tan solo períodos de calor y de frío e imágenes trémulas de su padre asomado a sus ojos...

Nita miró a los dos hombres de soslayo.

—Habían hecho una porra por si no sobrevivías.

—¿Sí? —Nailer hizo una mueca de dolor cuando intentó sentarse—. ¿Y cómo iban las apuestas?

—Cincuenta chinos rojos.

Nailer la miró, sorprendido. Eso eran palabras mayores. Más de lo que se ganaba en un mes en cualquier cuadrilla pesada. El saqueo del barco debía de haber sido todo

un éxito.

—¿Quién apostaba por mí?

—El flaco. El medio hombre aseguraba que estabas muerto. —Le ayudó a sentarse. Nailer tenía la impresión de que se le había pasado la fiebre. Nita señaló un frasco de pastillas, medicamentos de ricachón a juzgar por las letras que tenían en los costados—. Hemos estado moliéndolas y disolviéndolas en agua. El otro tipo... —hizo una pausa, intentando recordar su nombre—, Lucky Strike, ordenó que trajeran a un médico.

—¿Sí?

—Se supone que debes seguir tomándolas, una cada seis horas, durante diez días más.

Nailer observó las pastillas sin entusiasmo. Tres días inconsciente.

—¿Aún no ha aparecido tu gente? —preguntó, aunque la respuesta saltaba a la vista.

Nita miró de reojo a los hombres, nerviosa de repente, y se encogió de hombros.

—No, todavía no. Aunque deben de estar al caer.

—Por la cuenta que nos trae.

Nita le dirigió una mirada furiosa. Cuando le dio la espalda, Nailer espió el grillete que conectaba su tobillo a uno de los grandes cipreses. La muchacha reparó en la dirección de su mirada.

—No quieren correr ningún riesgo.

Nailer asintió con la cabeza. Pima apareció instantes después, escoltada por un tercer adulto. Ojos Azules. La mujer lucía cicatrices en las piernas y en los brazos, trozos de acero incrustados en la cara, y collares de chatarra enroscados al cuello. La larga cremallera de tejido cicatricial que le recorría el costado indicaba el sacrificio piadoso que había realizado a los Cosechadores y el Culto a la Vida. Empujó a Pima hacia delante.

Moby las observó de reojo.

—Oye, ten cuidado con la chiquilla. Mi cena depende de ella.

Ojos Azules, cuya atención estaba volcada en Nailer, hizo como si no lo hubiera escuchado.

—¿Está vivo?

—¿A ti qué te parece? —respondió Moby—. Pues claro que está vivo. A menos que sea un zombi, un muerto viviente. Uuuuuu. —Moby fue el único que se rió de su broma.

Pima repartió unas latas entre los adultos, arroz, judías rojas y salchicha picada con especias. Nailer se quedó contemplando la distribución de la comida como si estuviera en trance. Era un verdadero festín. No recordaba cuándo fue la última vez que había visto tal cantidad de carne pasando de mano en mano con tanta

indiferencia. Mientras Moby y Tool recibían su ración, Nailer se descubrió salivando. Moby empezó a comer bajo la atenta mirada de Ojos Azules.

—¿Le habéis dicho a López que el chico está vivo? —preguntó la mujer.

Moby sacudió la cabeza entre bocados de arroz y judías, utilizando una mano a modo de cuchara.

—¿Para qué diablos os paga? —preguntó Ojos Azules.

—Pero si acaba de despertarse —protestó Moby—. Hace dos minutos que regresó al mundo de los vivos, a lo sumo. —Le propinó un codazo a Tool—. Respáldame. El ratoncillo acaba de despertar, ¿a que sí?

Tool se encogió de hombros; agarró otro puñado de arroz y trozos de carne.

—Moby no miente, por una vez. —Su voz retumbaba—. Como dice, el ratoncillo acaba de despertar. —Sonrió, desvelando sus afilados dientes caninos—. Ha despertado justo a tiempo para la cena. —Se metió la masa de comida en la boca.

Ojos Azules arrugó la nariz. Le arrebató el bote a Moby y se lo dio a Nailer.

—Pues ya os podéis buscar vuestro propio alimento. El crío del jefe come primero. Y decidle a López que se ha despertado.

Moby frunció el entrecejo, pero no protestó. Se levantó en silencio y se marchó sin decir nada. Tras acuclillarse junto a Nailer, Pima susurró:

—¿Cómo lo llevas?

Nailer se obligó a sonreír a pesar de la fatiga.

—Todavía no estoy muerto.

—Debe de ser un buen día, entonces.

—Pues sí. —Nailer atacó la comida.

Pima inclinó la cabeza en dirección a Nita.

—Tenemos que hablar. La gente de Lucky Girl sigue sin dar señales de vida. —Su voz se redujo a un murmullo apenas audible—. Tu padre empieza a ponerse nervioso.

Nailer miró de reojo a los guardias.

—¿Nervioso en qué sentido?

—No la pierde de vista, como si quisiera entregársela a Ojos Azules y al Culto a la Vida. No deja de hablar de cuánto cobre obtendría por esos ojos tan bonitos.

—¿Sabe ella lo que se propone?

—No es tonta. Hasta una ricachona como ella es capaz de darse cuenta de que algo anda mal.

Ojos Azules interrumpió su conversación acuclillándose junto a ellos.

—¿Os estáis divirtiendo?

Nailer sacudió la cabeza.

—Solo quería saber cómo estoy.

—Bien. —Ojos Azules esbozó una sonrisa fría y cruel—. Pues cierra el pico y

acábate la comida.

Tool enseñó los dientes desde el tocón en el que estaba sentado.

—Buen consejo —gruñó.

Pima asintió con la cabeza y se marchó sin protestar.

Eso fue lo más revelador de todo. Estaba asustada. De reojo, Nailer le miró la mano y vio que alguien le había entablillado los dedos rotos con unos trozos de madera hallada a la deriva. Se preguntó si sería su lesión lo que volvía tan cauta a Pima, o si habría sucedido algo más en los tres últimos días.

Nita terminó de comer, y sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—Me estoy volviendo una experta en el arte de comer con los dedos.

Nailer la miró de refilón.

—¿Con qué ibas a comer si no?

—No sé, ¿con cuchillo, tenedor y cuchara? —Nita estuvo tentada de sonreír, pero se limitó a sacudir la cabeza—. Da igual.

—¿Qué? —insistió Nailer—. ¿Te burlas de nosotros, Lucky Girl?

A Nailer le alegró ver que la expresión de Nita se tornaba cauta, casi atemorizada. Frunció el ceño.

—No te creas superior a nosotros porque no practiquemos tus costumbres de ricachona. Si te cortáramos los dedos, ni tu condenado cuchillo ni el tenedor ni la cuchara te servirían de nada, ¿a que no?

—Perdona.

—Claro, «perdona», pero ya lo has dicho.

—Cierra el pico, Nailer —dijo Pima—. Ya te ha pedido disculpas.

Tool miró fijamente a Nita con sus ojos amarillos sin vida.

—A lo mejor no lo siente tanto como debería. ¿Verdad, muchacho? —Se inclinó hacia delante—. ¿Quieres que le enseñe modales a tu ricachona?

De pronto, Nita parecía completamente aterrada. Nailer negó con la cabeza.

—No. Da igual. Ya lo ha entendido.

Tool asintió.

—Todos lo hacen, tarde o temprano.

La frialdad de las palabras del medio hombre y el desinterés que destilaba su voz estremecieron a Nailer. Era la primera vez que veía a la criatura de cerca. Circulaban muchos rumores acerca de él, no obstante: sobre dónde había recibido la inmensa red de cicatrices que le decoraban la cara y el torso; sobre cómo le gustaba recorrer los pantanos tras la pista de caimanes y pitones. La gente decía que no conocía el miedo, que había sido diseñado para no sentir dolor ni temor. Era el único ser del que Nailer había oído hablar a su padre con calculada admiración en vez de con su acostumbrada prepotencia ofensiva. Al ver el modo en que Tool observaba a la muchacha, Nailer creyó entender por qué el medio hombre infundía tanto respeto.

—Da igual —repitió—. No pasa nada.

Tool encogió los hombros y volvió a concentrarse en su cena. Todos se quedaron sentados en silencio. Tras el anillo luminoso de la fogata no había nada salvo sonidos de círculo e insectos, la negra espesura de las selvas y los pantanos, y el bochorno del interior. A juzgar por el sonido distante de las olas, Nailer dedujo que estaban a unos dos kilómetros de la orilla. Volvió a tenderse en el suelo y contempló las llamas titilantes. La comida había estado bien, pero el agotamiento empezaba a vencerlo de nuevo. Dejó que su mente vagara y se quedó adormilado preguntándose qué tramaba su padre, por qué Pima parecía tan preocupada, y qué se ocultaba tras los ojos de ricachona de Lucky Girl.

—Me cago en la leche, chaval, me dijeron que estabas despierto.

Nailer abrió los ojos. Su padre se encontraba en cuclillas junto a él, sonriendo. Lo primero que vio fueron sus dragones tatuados y sus ojos encendidos, llameantes a causa del consumo de tobogán de cristal.

—Sabía que lo conseguirías —dijo—. Eres igual de duro que tu viejo. Duro como un clavo, ¿verdad? Por eso te puse ese nombre; de *nail*, clavo. Eres igualito que tu viejo. —Richard López se rió y le pegó un puñetazo en el hombro; no pareció darse cuenta de que Nailer respingaba de dolor—. Tienes mucho mejor aspecto que hace unos días. —Su piel, perlada de sudor, se veía macilenta a la luz de las llamas; sonreía de oreja a oreja, con ferocidad—. No sabía si tendríamos que echarte a los gusanos.

Nailer se obligó a sonreír mientras evaluaba el estado de ánimo de su padre, volátil a causa de la droga.

—Todavía no, supongo.

—Claro que no, eres todo un superviviente. —Richard miró de reojo a Nita—. No como esa niña rica. Habría muerto hace mucho si no le hubiera salvado su culo de ricachona. —Sonrió en dirección a la muchacha—. Casi lamentaría que tu padre hiciera acto de presencia, monada.

Nailer se sentó y recogió las piernas.

—¿Su cuadrilla sigue sin dar señales de vida?

—Por ahora, nada.

Richard pegó un trago de whisky y le ofreció la botella a Nailer.

—El médico ha dicho que no debería beber —observó Pima, desde la otra punta del claro.

El padre de Nailer frunció el ceño.

—¿Intentas decirme qué debo hacer?

Pima titubeó.

—No es cosa mía. Es lo que dijo el médico de Nailer.

A Nailer le hubiera gustado decirle que cerrara el pico, pero ya era demasiado

tarde; el ánimo de su padre había cambiado: donde antes solo había cielos despejados, ahora se fraguaba una tormenta.

—¿Crees que eres la única que escuchó lo que dijo ese condenado matasanos? —inquirió Richard—. Soy yo el que lo trajo hasta aquí. Yo le pagué y yo le pedí que curara a mi chico. —Se acercó a Pima con la botella de whisky colgando con indolencia entre los dedos—. ¿Y ahora me vas a decir tú a mí qué fue lo que dijo? —Se cernió sobre ella—. ¿No quieres repetírmelo? ¿Por si acaso no te he oído bien?

Pima tuvo la sensatez de cerrar el pico y agachar la cabeza. El padre de Nailer la examinó de arriba abajo con la mirada.

—Eso es. Chica lista. Pensaba que querías que cerrara la puñetera boca. Los jóvenes de hoy en día no tienen dos dedos de frente.

Sonrió a sus secuaces. Ojos Azules y Moby le devolvieron el gesto. Tool se limitó a estudiar a Pima con sus ojos de perro.

—¿Quieres que le dé una lección? —retumbó la voz del medio hombre—. ¿Un recordatorio?

—¿Tú qué opinas, mocosa? —preguntó Richard—. ¿Necesitas que Tool te dé una lección? ¿Quieres que comprobemos si es mejor maestro que yo?

Pima sacudió la cabeza.

—No, señor.

—Hay que ver. —Richard sonrió—. Qué educada es cuando quiere, ¿verdad?

Nailer intentó desviar la conversación.

—¿Cómo es que la ricachona todavía está aquí? ¿Dónde se ha metido su gente?

Richard concentró su atención en Nailer.

—Ojalá lo supiéramos, ¿verdad? La chica «dice» que la están buscando. «Dice» que a alguien le importa un comino lo que le pase. Pero nadie se ha interesado por ella. No ha venido ningún barco. Nadie se ha apeado del tren con la intención de rastrear la costa. No ha aparecido ni un solo ricachón haciendo preguntas. —Se relamió mientras estudiaba a Nita—. Empiezo a pensar que a nadie le importa un bledo lo que le pase a nuestra niña rica. A lo mejor vale menos que uno de sus riñones al peso. Sería una tragedia que al final tuviéramos que descuartizar a nuestra niña rica para conseguir piezas de recambio, ¿verdad?

—¿No deberíamos intentar buscar a su gente? —preguntó Nailer—. ¿Averiguar la manera de decirles dónde está?

—Ojalá supiéramos dónde se encuentran. En alguna parte de Houston, según ella. La Asociación Uppadaya. Una especie de clan de comerciantes. Lucky Strike ya ha puesto a alguien tras su pista.

Nailer se sobresaltó.

—¿Uppadaya? —Se mordió la lengua al ver que Pima lo fulminaba con la mirada. Nailer la miró de reojo, perplejo. ¿Por qué había mentido Nita acerca de su

nombre? Si era cierto que pertenecía a Patel Global, debería haber sido muy fácil contactar con su gente, incluso allí mismo, en la playa—. ¿Cuál es tu plan? —preguntó, en un intento por cambiar de tema.

—No sabría decirte. He estado pensando que debe de valer un montón de dinero, a juzgar por su aspecto de ricachona, pero también creo que nos plantea un pequeño dilema. Puede que esos Uppadaya tengan mucha influencia, contactos en altas esferas, de los que atraen a los rompecrismas y causan problemas a los trabajadores honrados como nosotros. —El padre de Nailer adoptó una expresión pensativa—. A lo mejor, se me ocurre, es demasiado peligrosa y más nos convendría echársela a los cerdos. Ya tenemos su barco, y como existe el infierno que a estas alturas sabe demasiado sobre nosotros. —Bajó la voz para repetir—: Demasiado.

—Pero tiene que valer algo.

Richard encogió los hombros.

—Quizá valga su puñetero peso en oro, y quizá eso sea peor que si no valiera nada. —Levantó la cabeza—. Eres un chico listo, Nailer, pero deberías prestar atención a tu padre. Este pellejo ya tiene sus años, y te aseguro que los ricachones como ella siempre traen problemas a las personas como nosotros. No darían ni un metro de cobre por nosotros, pero entre ellos se quieren a rabiar. Tal vez paguen el rescate y después regresen armados para aplastarnos como si fuéramos un nido de serpientes, en vez de darnos las gracias.

—Jamás haríamos... —protestó Nita.

—Cierra el pico, ricachona. —La voz de Richard careció de inflexión, sonaba indiferente. Volvió sus ojos fríos hacia ella—. Tal vez valgas algo. Tal vez no. Pero tu parloteo me saca de quicio, de eso puedes estar condenadamente segura. —Desenvainó el cuchillo—. Como siga escuchándote mucho más creo que tendré que cortarte esos labios tan bonitos. Así sonreirás hasta cuando estés triste, ricachona. —La contempló fijamente—. ¿Crees que tu cuadrilla querría que regresaras sin labios?

Nita enmudeció. Richard asintió, complacido. Se sentó junto a Nailer y agachó la cabeza hasta situarla muy cerca de la del muchacho, casi rozándola. Olía a whisky y a sudor, y Nailer vio que tenía los ojos inyectados en sangre.

—La idea fue tuya, muchacho. —Richard miró de soslayo a la muchacha—. Pero cuanto más lo pienso, peor pinta tiene. Hemos sacado muchas cosas de provecho de la nave. Todo será distinto a partir de ahora. Estamos forrados, ya lo hemos organizado todo con Lucky Strike. Del clíper solo queda el esqueleto. Hay cuadrillas enteras desguazándolo. Dentro de un par de días, será como si ese barco jamás hubiera existido. —Sonrió—. No es como dismantelar uno de esos viejos cargueros. Hacer pedazos estos barquitos es un juego de niños. —Miró a Lucky Girl de reojo—. Esa chiquilla, sin embargo, no nos conviene. Puede que los peces gordos se fijen en nosotros por su culpa. Puede que nos convierta en objetivos. Puede que provoque que

la gente empiece a hacerse preguntas sobre la chatarra, de dónde viene, quién es su dueño, y quién se enriquece con ella.

—Nadie se chivaría a los ricachones.

—No te engañes —musitó Richard—. Venderían a su madre con tal de tener una oportunidad de imitar a Lucky Strike.

—Dale tiempo —susurró Nailer—. Dale un poco más de tiempo y seremos todavía más ricos.

Lo único en lo que podía pensar era cuán desesperadamente quería alejarse de su padre, de sus ojos desquiciados y de su sonrisa inestable y alucinada, señales inconfundibles de que estaba preso en las garras del tobogán.

La mirada de Richard volvió a posarse en la muchacha.

—Si no fuera tan bonita, la habría rajado ya. Llama demasiado la atención. —Sacudió la cabeza—. No me gusta.

—Podrías intentar que su gente pagara por ella sin saber quién es el vendedor. Todavía es un secreto, ¿no?

El padre de Nailer sonrió.

—Solo mi cuadrilla lo sabe. —Estudió a Ojos Azules, a Moby y a Tool—. Aunque puede que ya seamos demasiados. Los secretos se esfuman en cuanto se empieza a oler dinero. —Observó de reojo a la chica—. Vigíla durante un día más; a ver qué pasa. —Se levantó. Nailer intentó ponerse en pie a su vez, pero su padre se lo impidió—. Quédate aquí. Descansa. Sadna está preguntando dónde os habéis metido tú y Pima. Estoy haciéndome el tonto, ¿sabes? No quiero que nadie más sepa qué ocurre. Quiero asegurarme de que nadie causa problemas.

—¿Sadna nos está buscando? —Nailer intentó que su voz no delatara la punzada de esperanza que le producía la noticia.

—Ha oído el rumor de que podríamos haber encontrado a Pima. —Richard encogió los hombros—. Pero no tiene dinero. Y nadie soltará prenda sin un buen fajo de chinos rojos en la mano. —Se volvió e inclinó la cabeza en dirección a Tool, Ojos Azules y Moby—. Que no se muevan de aquí.

Los tres asintieron. Ojos Azules, con una sonrisa; Moby, bebiendo a morro de su botella; Tool, impasible. Richard se perdió de vista entre las enredaderas y el bullicio nocturno de la selva, un esqueleto pálido devorado por la oscuridad.

Cuando Richard se fue, Moby sonrió y pegó otro trago a la botella.

—Se te acaba el tiempo, niñata —dijo—. Como tu gente no aparezca pronto, a lo mejor me quedo contigo. Creo que serías una mascota estupenda.

—Cierra el pico —retumbó la voz de Tool.

Moby lo fulminó con la mirada, pero cerró la boca. Tool miró de soslayo a Ojos Azules.

—¿Harás tú la primera guardia?

Ojos Azules asintió con la cabeza. Tool empujó ligeramente a Moby para apartarlo, y ambos se acostaron en los arbustos cercanos. Poco después, un ronquido indicaba el lugar donde yacía Tool, y la voz de Moby, quejumbrosa aún, era apenas audible entre los helechos. Un enjambre de mosquitos los rodeaba. Nita no dejaba de despachurrarlos, atormentada. Nadie más les hacía el menor caso.

Ojos Azules se acercó a Pima y le ciñó un grillete en torno a la muñeca, luego se volvió hacia Nailer.

—¿Vas a darme problemas?

—¿Qué? —Nailer puso cara de incredulidad—. ¿Insinúas que mi padre te ha pedido que me esposes? Soy yo el que encontró este Lucky Strike.

Ojos Azules titubeó. Parecía tentada de encadenarlo también a él, pero al mismo tiempo se mostraba insegura, sin saber exactamente si era un cautivo o un aliado. Nailer le sostuvo la mirada sin pestañear, desafiante. Sabía lo que veía la mujer, un chiquillo esquelético que acababa de escapar del abrazo de la fiebre, respaldado por el chiflado de Richard López. No valía la pena.

Como cabía esperar, Ojos Azules desistió de su empeño. Se sentó en una roca y cogió un machete, que empezó a afilar. Pima y Lucky Girl observaban atentamente a Nailer, en silencio; sus rostros hablaban por sí solos. El fuego ardía apenas. A Nailer no le gustaban las insinuaciones de su padre. El tipo estaba al borde de la indecisión y cualquier cosa podría hacerle perder el equilibrio.

Nailer se tendió en el suelo junto a Pima.

—¿Cómo tienes los dedos?

La muchacha sonrió y le enseñó la mano.

—Bastante bien. Me alegro de que no decidiera darme cinco lecciones.

—¿Te duele mucho ahora?

—No tanto como el dinero que hemos perdido. —Había valentía en su voz, aunque Nailer sabía que debía de estar padeciendo un dolor espantoso. La tablilla parecía torcida. Pima siguió la dirección de su mirada—. A lo mejor conseguimos que se enderecen si los partimos otra vez antes.

—Ya. —Nailer miró a Lucky Girl—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te han roto algo?

—¡A ver si cerráis el pico! —exclamó Moby desde los arbustos—. Que estoy intentando dormir.

Nailer bajó la voz.

—¿Vendrá pronto tu gente?

Lucky Girl vaciló. Atemorizada, su mirada saltó de él a Pima, primero, y después a Ojos Azules, que se encontraba algo alejada.

—Sí. No pueden estar lejos.

Pima la miró.

—¿Sí? ¿Es eso cierto? ¿«Patel»? —preguntó con retintín—. ¿Vendrán de verdad

o no es más que una sarta de mentiras? Alguien de tu cuadrilla podría estar en la playa ahora mismo, algún comprador de sangre de tu clan, si es que realmente eres una Patel, pero no dices nada. ¿Por qué?

De nuevo la mirada huidiza. Lucky Girl se apartó el pelo negro de la cara y observó fijamente a Pima, desafiante.

—¿Y qué si no viene nadie? —susurró con ferocidad—. ¿Qué harás entonces?

Su voz había adoptado parte de la dureza de las inflexiones de Pima y de Nailer, que se hubiera reído si no hubiera visto a Nita tan asustada. La niña rica estaba mintiendo. A lo largo de su vida, Nailer había visto embusteros de sobra como para reconocer a uno cuando lo tenía delante. Todo el mundo mentía sin cesar. Las personas mentían sobre cuánto habían trabajado, sobre con cuánto cupo habían cumplido, sobre si estaban asustadas, sobre si tenían comida de sobra o se estaban muriendo de hambre. Lucky Girl también estaba mintiendo.

—No van a venir —declaró Nailer, como si se tratara de un hecho consumado—. Nadie está buscándote. Ni siquiera creo que seas una Patel.

Lucky Girl le miró aterrada, antes de concentrar de nuevo la vista en Ojos Azules, que continuaba afilando obsesivamente su machete. Pensativa, Pima se tiró de los pendientes y ladeó la cabeza.

—¿Es eso cierto, niña? ¿No vales nada?

A Nailer le sorprendió ver que Lucky Girl estaba al borde de las lágrimas. Sloth no había derramado ninguna, ni siquiera cuando la obligaron a recorrer la playa a patadas, con los tatuajes de cuadrilla cubiertos de cuchilladas, pero esa niñaata blandengue estaba a punto de echarse a llorar porque la habían descubierto contando mentiras.

—¿Dónde está tu gente? —preguntó.

Nita titubeó:

—Al norte. Sobre las Ciudades Sumergidas. Y sí que soy una Patel. Pero no sabrán dónde buscarme. —Hizo una pausa—. Se supone que no debería estar aquí. Nos deshicimos de las balizas GPS hace semanas, cuando intentábamos escapar.

—¿De quién?

La muchacha vaciló.

—De mi gente —dijo al fin.

Nailer y Pima intercambiaron miradas de perplejidad.

—Mi padre tiene enemigos dentro de la empresa —explicó Nita, en voz baja—. Huíamos de ellos cuando nos pilló la tormenta. Adondequiera que fuéramos, anticipaban nuestros movimientos. Si me capturan, me usarán como rehén.

—¿De modo que nadie va a venir a buscarte?

—Nadie a quien te gustaría conocer. —Nita sacudió la cabeza—. Cuando naufragamos, nos perseguían otros dos barcos, pero la tormenta les hizo retroceder.

—¿De modo que por eso os adentrasteis en una devastadora de ciudades? ¿Estabais huyendo?

—Era eso o rendirse. —Nita sacudió la cabeza—. No teníamos elección.

—Así que nadie va a venir a buscarte. —Nailer no podía dejar de repetirlo, intentando hacerse a la idea—. Llevas todo este tiempo tomándonos el pelo.

—No quería que me cortarais los dedos.

Pima siseó muy despacio al expulsar el aliento contenido.

—Deberías haberte entregado a quienquiera que te estuviese persiguiendo. El padre de Nailer es peor que cualquier cosa que puedan hacerte otros.

Lucky Girl sacudió la cabeza.

—No. Vuestra gente... tiene una excusa. Los que me perseguían... —Volvió a menear la cabeza—. Son peores.

—Entonces, ¿destrozaste un barco entero e intentaste ahogarte para que no pudieran cazarte? —preguntó Nailer—. ¿Mataste a toda tu tripulación para poder seguir en libertad?

Nita lo miró de reojo.

—Eran... —Sacudió la cabeza—. La gente de Pyce los hubiera asesinado de todas formas. Para no dejar testigos.

Pima sonrió.

—Me cago en la leche, al final resulta que los ricachones y las ratas de óxido son iguales. Todo el mundo se empeña en mancharse las manos de sangre.

—Sí. —Nita asintió con expresión seria—. Exactamente iguales.

Nailer consideró la situación. Sin alguien que pagara el rescate, Nita no valía nada. Sin amigos influyentes ni aliados en la playa, era un simple pedazo de carne. Nadie pestañearía siquiera si sucumbía bajo los cuchillos de los Cosechadores. Ojos Azules podría entregarla a su secta, y a nadie se le ocurriría levantar siquiera un dedo para intentar protegerla.

Pima miró a Nita de arriba abajo.

—La vida aquí es dura para una ricachona como tú. No sobrevivirás a menos que encuentres un protector, y dar refugio a alguien como tú reporta escasos beneficios.

—Puedo trabajar. Puedo...

—No harás nada a menos que nosotros te lo digamos —la interrumpió Pima sin miramientos—. De todas formas, a nadie le importa un bledo una ricachona como tú. No tienes cuadrilla. Ni familia. Tampoco tienes esbirros ni dinero para obligarles a respetarte. Tu situación es peor que la de Sloth. Al menos ella conocía las reglas. Sabía de qué va este juego.

—¿En serio que no tienes a nadie? —preguntó Nailer—. ¿Nadie que pueda ayudarte?

—Hay barcos... —Nita titubeó—. Nuestro clan dispone de una flota, y algunos

de los capitanes todavía son leales a mi padre. Vienen a Orleans atraídos por el tráfico del Mississippi. Si lograra llegar hasta allí, podría recompensaros...

—Deja de insistir con el tema de las recompensas, Lucky Girl. —Pima sacudió la cabeza—. Ha quedado claro que son palabras vacías.

—Eso. —Nailer miró de soslayo a Ojos Azules, que estaba afilando otro machete—. ¿Qué tal si nos dejamos de mentiras? —Inclinó la cabeza en dirección a la cicatriz de la palma de Nita—. Hemos compartido sangre y aun así sigues engañándonos.

Nita lo fulminó con la mirada.

—Me habrías degollado si hubieras creído que no valía nada.

Nailer sonrió de oreja a oreja.

—Supongo que nunca lo sabremos. El caso es que ahora estás con nosotros y no vales ni un metro de cobre. —Se quedó callado.

Pima lo observó.

—El camino hasta Orleans es condenadamente largo —repuso—. Caimanes, panteras y pitones. Mil maneras distintas de morir, a cual peor.

Nailer reflexionó.

—A pie no es la única forma de viajar.

—No podemos ir navegando. Tu viejo echaría en falta el esquife y te perseguiría sin pensárselo dos veces.

—¿Quién ha dicho nada de ningún esquife?

Pima se lo quedó mirando fijamente.

—Sangre y óxido. —Meneó la cabeza—. Ni hablar. ¿Te acuerdas de Reni? ¿Recuerdas el aspecto que tenía al final? No quedaba nada de él. Solo trozos de carne.

—Estaba borracho. Nosotros no.

Pima sacudió la cabeza.

—Es una locura. Tu hombro acaba de volver a su sitio, ¿y quieres destrozártelo otra vez?

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Nita.

Nailer no respondió directamente. Era posible. Difícil, pero posible.

—¿Sabes correr, Lucky Girl? —La miró de la cabeza a los pies—. Aunque tengas la piel de un bebé, ¿hay músculos debajo? ¿Eres rápida?

—Es demasiado blandengue —dijo Pima.

Nita miró a Nailer con ferocidad.

—Puedo correr. Quedé primera en los cien metros de Saint Andrew.

Nailer sonrió a Pima.

—Bueno, en ese caso, si Saint Andrew dice que puede correr, debe de ser rapidísima.

Pima sacudió la cabeza y entonó una breve plegaria a las Parcas.

—Los ricachones compiten contra otros ricachones en pistas ridículas. No corren por sus vidas. No saben cómo se hace.

—Ella dice que puede. —Nailer encogió los hombros—. Yo digo que dejemos que las Parcas decidan.

Pima miró de reojo a la muchacha.

—Más te vale ser tan rápida como dices, porque no te quedará otra opción.

Nita no pestañeó.

—Hace mucho que se agotaron mis opciones. Ahora todo depende de las Parcas.

—Ya, en fin, bienvenida al club, Lucky Girl. —Pima sonrió y sacudió la cabeza—. Bienvenida al puñetero club.

Corriendo o no, tenían que alejarse de sus captores. Debatieron entre susurros, trazaron un plan y se dispusieron a esperar. A Nailer le costaba horrores permanecer despierto. Aunque se había pasado tres días fuera de combate, mantener los ojos abiertos seguía suponiéndole un gran esfuerzo. La brisa que circulaba entre los árboles y el calor de la noche lo adormecían. Reposó la cabeza, diciéndose que montaría guardia. En vez de eso se durmió, despertó, y volvió a quedarse dormido.

Ojos Azules, alerta y despejada por completo, cedió el relevo a Tool, que se limitó a sentarse y a observarlos fijamente. Cada vez que Nailer espiaba a través de los párpados entornados, allí estaba el medio hombre, devolviéndole la mirada con sus caninos ojos amarillos, paciente como una estatua. Por fin, Tool cedió el puesto a Moby. El tipo, calvo y flacucho, se instaló cómodamente contra un tocón y empezó a beber. Estaba medio reclinado y no pasó mucho tiempo antes de que el alcohol lo devolviera a su sueño profundo; era evidente que confiaba en los grilletes y en las siluetas dormidas de los jóvenes.

Nailer estaba despierto, a la espera. Se alegraba de que no lo hubieran esposado. Aunque no perteneciera a aquella cuadrilla de adultos, era el hijo de su padre y gozaba de ciertas ventajas. La relación con su padre y el inválido febril que había sido hasta hacía poco le conferían cierta libertad de movimientos. Para sus guardianes no suponía ningún riesgo, tan solo era un cuadrillero flacucho convaleciente de una grave enfermedad. Todo eso jugaba a su favor.

El problema era que Ojos Azules tenía las llaves de las esposas de las chicas, y esa mujer le ponía los pelos de punta. Nadie que estuviese relacionado con el Culto a la Vida era de fiar. Los novicios siempre andaban tras la pista de nuevos reclutas. Y su sed de sacrificios era insaciable.

En cuanto Moby empezó a roncar, Nailer se deslizó discretamente hacia donde había visto que se había acostado Ojos Azules. Avanzó despacio, como lo haría cualquier niño que hubiese aprendido a robar desde su más tierna infancia, consciente de que su supervivencia dependía del sigilo y de pasar inadvertido.

Sus dedos sudorosos, resbaladizos a causa del miedo, se cerraron en torno al cuchillo que empleaba en los conductos. Registrar a Ojos Azules y buscar las llaves sin despertarla era una tarea imposible. El cuchillo parecía pequeño e inútil en su palma, un simple juguete. Era necesario, pero no tenía por qué gustarle. Tampoco es que se sintiera culpable. No era eso. Ojos Azules había hecho cosas peores en su día y volvería a hacerlas en el futuro. La había visto torturar a personas acusadas de no cumplir con el cupo, o de haberse retrasado en el pago de algún préstamo. La había visto cortar la mano de un hombre que supuestamente había robado a Lucky Strike, y quedárselo mirando con sus ojos azules impasibles hasta que se desangró. ¿Y quién

sabía cuántas ratas de playa habría drogado e instruido en los misterios de su secta? Era despiadada y letal, y a Nailer no le cabía duda de que si su padre se lo pedía, los mataría a él, a Pima y a Lucky Girl, sin perder el sueño por ello.

No se sentía culpable.

Sin embargo, conforme se aproximaba, el corazón martilleaba en su pecho y la sangre atronaba en sus oídos como tambores de playa. Era el tipo de asesinato que su padre realizaría con celeridad y eficiencia. Richard López comprendía a la perfección cuál era la diferencia entre matar o morir, los cálculos exactos según los cuales era mejor respirar que dejar de hacerlo, y no dudaría en aprovechar la ventaja que le presentaba un adversario dormido.

«Rápido y preciso. Un tajo en el cuello y listo», se dijo Nailer.

Años atrás, su padre le había obligado a degollar una cabra para enseñarle el funcionamiento del cuchillo, cómo la hoja perforaba la carne y cercenaba los tendones. Recordaba a su padre cerniéndose sobre él, envolviendo el puño de Nailer con el suyo. La cabra yacía de costado, con las patas atadas, subiendo y bajando sus flancos como un fuelle, silbando el aliento en las ventanas de su nariz mientras aspiraba su último aliento. Richard había guiado la mano de Nailer hasta apoyar el cuchillo en la yugular de la cabra.

—Aprieta con fuerza —había dicho.

Y Nailer obedeció.

Apartó los helechos. Ojos Azules estaba tumbada ante él, respirando acompasadamente. Dormida, sus facciones eran suaves, ajenas al torbellino de violencia que las acechaba habitualmente. Tenía los labios entreabiertos. Yacía boca abajo, con los brazos replegados y recogidos bajo el cuerpo frente al relativo frescor de la noche. Nailer elevó una plegaria a las Parcas. La mujer no tenía el cuello tan expuesto como él esperaba. Tendría que golpear rápido. Ojos Azules debía morir de inmediato.

Se acercó sigilosamente y se preparó. Empuñó bien el cuchillo y se inclinó hacia delante, conteniendo el aliento.

La mujer abrió los ojos.

Aterrado, Nailer le hundió el cuchillo en la garganta, pero Ojos Azules se movió demasiado deprisa. Se apartó rodando y se puso en pie de un salto. Esgrimió su machete. No dijo nada. No gritó, ni imploró, ni rugió de rabia. Su sombra se tornó borrosa. Nailer dio un salto atrás y el machete pasó silbando junto a su cara. Ojos Azules cargó de nuevo. Nailer levantó el cuchillo, pero en vez de agredirlo otra vez con el arma, Ojos Azules se limitó a pasarle una pierna por debajo. Nailer se desplomó. Ojos Azules aterrizó encima de él, vaciándole los pulmones de aire. Le arrebató el cuchillo de un manotazo que le dejó los dedos entumecidos y doloridos.

Nailer se quedó jadeando, atrapado bajo el peso de la mujer. Ojos Azules presionó

el machete contra su cuello.

—Estúpido desgraciado —masculló.

Nailer respiraba con dificultad. Temblaba de miedo. Ojos Azules sonrió y levantó el machete. Con delicadeza, acarició su ojo derecho con la hoja.

—Me crié rodeada de hombres que intentaban acercarse a mí sin hacer ruido todas las noches. —La hoja se movió y golpeó suavemente su ojo izquierdo—. Un raquero insignificante como tú no tiene la menor oportunidad.

Sonrió y volvió a posar el machete en su ojo derecho.

—Elije —dijo.

Nailer estaba tan asustado que no entendió a qué se refería.

—¿Cómo?

Ojos Azules tocó cada uno de sus párpados con la hoja del machete, en un gesto elocuente.

—Elije —repitió—. ¿El derecho o el izquierdo?

—Mi padre...

—López se cobraría los dos. —Ojos Azules sonrió—. Y yo también, como no elijas. —La hoja se deslizó de nuevo sobre sus párpados—. ¿El derecho o el izquierdo?

Nailer se preparó para el dolor.

—El izquierdo.

Ojos Azules sonrió.

—Que sea el derecho.

Enderezó el machete y apuntó al ojo de Nailer.

Un remolino de sombras impactó contra Ojos Azules. El machete pasó junto a la cabeza de Nailer, dejándole un rasguño en la mejilla, y el peso de Ojos Azules dejó de aprisionarlo. La mujer rodó, trabada en pugna con otra figura. Por todas partes surgieron gritos en la oscuridad. El acero entrechocó, acompañado por los gritos, los gemidos y los gruñidos de personas luchando. Había gente por todas partes.

Ojos Azules y su oponente rodaron, convertidos en una bola de extremidades enredadas, forcejeando con ferocidad. A la luz de la luna, Nailer distinguió a su salvadora: la madre de Pima, disputándole el machete a Ojos Azules. Sadna estrelló un puño en la cara de Ojos Azules. Crujido de huesos. Ojos Azules se resistió y se escabulló de Sadna. Rodó y se alzó con el machete. Las dos mujeres daban vueltas, la una alrededor de la otra.

—Déjalo, Ojos Azules —dijo Sadna—. Esta pelea no va contigo.

Ojos Azules negó con la cabeza.

—El muchacho me debe una, Sadna. Se creía que podía derramar mi sangre. No puedo pasarlo por alto.

Y de repente embistió, fintando alto con el machete antes de descargar un tajo

bajo. Sadna saltó hacia atrás por encima de un tronco cubierto de musgo y trastabilló buscando asidero. Ojos Azules cargó tras ella, buscando una abertura. La hoja giró. Gotas de sangre volaron de las manos de Sadna allí donde intentó repeler el ataque. Sadna gritó pero no se rindió, esquivó el corte ascendente de Ojos Azules.

Esta lanzó una nueva estocada, de prueba.

—Corre, Sadna —dijo—. Corre. —Sangraba por la nariz, aplastada por Sadna, pero no parecía que eso le importara. Cuando sonrió, sus dientes estaban teñidos de negro.

Nailer tanteó a su alrededor en busca del cuchillo. Por todas partes había cuerpos que gruñían y combatían, una maraña de formas que debían de pertenecer a la cuadrilla pesada de Sadna. Buscó a tientas el destello de su hoja entre la hierba.

Sadna se deslizó tras un árbol, usándolo a modo de escudo. Ojos Azules lo rodeó, persiguiéndola, antes de detenerse y sonreír.

—No pienso jugar al escondite —masculló—. ¿Quieres al muchacho con vida o no?

Dio media vuelta y se abalanzó sobre Nailer. El muchacho se alejó gateando, pero aquello bastó para que Sadna saliera de detrás del árbol. Ojos Azules interrumpió la finta, giró en redondo y embistió a Sadna con un destello de acero.

—¡No! —exclamó Nailer.

Fue como si el mundo se ralentizara. El machete de Ojos Azules hendió el aire en dirección a la garganta de Sadna. Nailer miró, horrorizado, esperando ver el cuello de la madre de Pima convertido en un surtidor de sangre. Pero Sadna no estaba allí. Se agachó y rodó por el suelo, chocando con las piernas de Ojos Azules y desequilibrándola.

Rodaron de nuevo, enredadas, un remolino de brazos y piernas en medio de los cuales la hoja del machete resplandecía ocasionalmente. Nailer tanteó a su alrededor en busca del cuchillo hasta que lo vio tirado entre las hojas. Lo empuñó mientras Ojos Azules se sentaba a horcajadas encima de Sadna, con el machete apoyado en la garganta de la madre de Pima. Los puños de Sadna asieron el machete a su vez, pugnando por impedir que el filo presionara hasta desgarrar la piel. Su aliento sonaba entrecortado bajo la hoja. Ojos Azules aumentó la presión.

Nailer se deslizó hacia Ojos Azules; el cuchillo amenazaba con escurrírsele de las manos. Sadna abrió los ojos de par en par cuando el muchacho apareció por detrás. Ojos Azules, advertida de la amenaza, empezó a girarse.

Nailer saltó sobre su espalda y le hundió el cuchillo en la garganta. La sangre caliente le bañó la mano. Ojos Azules gritó cuando la hoja desgarró los músculos nervudos de su cuello. «Exactamente igual que degollar una cabra», fue el pensamiento inane que se le ocurrió a Nailer.

Pero Ojos Azules no murió. En vez de eso se encabritó y pataleó, transportándolo

aferrado a su espalda. Nailer trató de liberar el cuchillo y apuñalarla otra vez, pero la hoja estaba atascada. Ojos Azules manoteó en busca de él, intentando estirar los brazos y apresarlos; se agachó bruscamente hacia delante y lo volteó por encima de la cabeza. Nailer se agarró con todas las fuerzas que le prestaba la desesperación, pero Ojos Azules se lo sacudió de encima propinándole un golpe con la empuñadura del machete. Una luz explotó en la cabeza de Nailer, que se estrelló contra el suelo.

Ojos Azules se cernió sobre él, intentando contener los borbotones de sangre con una mano, con el cuchillo incrustado aún en el cuello. Descargó un machetazo contra Nailer, un tajo desmañado que aun así hendió el aire con un silbido. Su mirada lo seguía, brillante como las llamas del infierno, decidida a llevarlo con ella a cualquiera que fuese la otra vida que prometía su secta. Las maldiciones se atropellaban en sus labios, empapados de sangre espesa. Volvió a abalanzarse sobre Nailer.

El muchacho esquivó el asalto e intentó no acorralarse él solo contra un árbol, ni tropezar. ¿Por qué no moría? ¿Por qué no se moría de una puñetera vez? Un escalofrío surgido de la superstición recorrió todo su cuerpo. Quizá se tratara en realidad de un espíritu, de un zombi al que no se podía matar. Quizá el Culto a la Vida había hecho algo con ella y la había vuelto inmortal.

Ojos Azules atacó otra vez, pero al avanzar para seguir la trayectoria del machete, tropezó y se desplomó de bruces. Aun así estiró los brazos hacia Nailer, que se quedó paralizado ante ella. Su mano le tocó los pies; sus dedos se engarfiaron en su tobillo. Su sangre se veía negra a la luz de la luna, un charco profundo que no dejaba de extenderse. De golpe, Nailer apartó el pie de aquellos dedos crispados. Ojos Azules lo miraba fijamente. Sus labios se movieron, prometiendo muerte, pero no salió ninguna palabra de ellos.

Sadna lo apartó de la mujer moribunda.

—Vamos. Deja que se vaya.

La sangre de Ojos Azules lo empapaba de pies a cabeza. Los ojos de la moribunda lo seguían, hambrientos. Sus dedos temblaban.

Nailer se estremeció.

—¿Por qué no se muere?

Sadna miró de reojo a la mujer temblorosa.

—Ya está muerta. —Recorrió el cuerpo del chico con las manos—. ¿Estás bien?

Nailer asintió débilmente con la cabeza. No podía dejar de mirar a Ojos Azules.

—¿Por qué no se muere? —susurró otra vez.

Sadna frunció los labios.

—A veces las personas tienen más deseos de vivir. O no golpeas como es debido y no se desangran lo bastante rápido. A veces sencillamente no acaban como a ti te gustaría. —Miró de reojo a la mujer—. Fíjate, ya se ha ido. Déjala.

—No se ha ido.

Sadna le giró el rostro para que mirara en sus ojos oscuros.

—Sí, se ha ido ya. Y tú no. Y me alegra que estuvieras ahí cuando te necesitaba. Obraste bien.

Nailer asintió con la cabeza. Estaba temblando a causa de la descarga de adrenalina. Pima y Lucky Girl fueron liberadas y acudieron corriendo a donde estaban acucillados Sadna y Nailer.

—Me cago en la leche —dijo Pima—. Eres igual de rápido que tu padre. Hasta con el brazo malo.

Nailer la miró de soslayo. Un estremecimiento de temor lo recorrió. Había matado antes. Gallinas. Aquella cabra. Pero esto era distinto. Vomitó. Pima y Lucky Girl retrocedieron, cruzando las miradas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Pima.

Sadna sacudió la cabeza.

—La muerte siempre tiene un precio. Te arrebató algo cada vez que la llamas. Tú te cobras su vida; ellos se cobran un trozo de tu alma. Siempre hay un intercambio.

—No me extraña que su padre sea un demonio.

Sadna lanzó una mirada dura a su hija y Pima cerró la boca. Había integrantes de la cuadrilla pesada de Sadna por todas partes, reponiéndose del ataque. Al parecer, Richard había apostado más centinelas de los que Nailer pensaba. Guardias de perímetro que no había visto nunca. Se sintió doblemente afortunado porque hubieran llegado Sadna y su cuadrilla. Pima, Lucky Girl y él jamás podrían haber escapado solos.

El rostro canino de Tool surgió entre las sombras de repente.

—¡Cuidado! —exclamó Nailer.

Sadna giró sobre los talones, pero se relajó al ver al medio hombre. Se volvió hacia Nailer de nuevo y le dio unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada. Es él quien nos avisó de dónde buscaros. Nos conocemos desde hace tiempo, ¿a que sí, Tool?

Tool se acercó y contempló el cadáver de Ojos Azules, inexpresivo. Durante mucho tiempo, no dijo nada. Al cabo, posó su mirada canina sobre Nailer.

—Buena muerte —dijo—. Tan rápido como tu padre.

—No me parezco en nada a mi padre.

—No tan hábil. —Tool encogió los hombros—. Pero el potencial está ahí. —Inclinó la cabeza hacia el charco negro que se había formado alrededor de Ojos Azules y sonrió, enseñando sus dientes como agujas—. La sangre no miente. Tienes potencial.

Nailer se estremeció ante la idea de ser un reflejo de su padre.

—No soy como él —insistió.

La sonrisa de Tool se evaporó.

—No te lamente demasiado por la muerte de Ojos Azules —atronó la voz del medio hombre—. Está en la naturaleza de los seres humanos hacerse pedazos mutuamente. Alégrate de descender de una estirpe de asesinos tan eficiente.

—Déjalo en paz —terció Pima.

—¿Dónde está Lucky Girl? —preguntó Nailer.

—¿La niña rica? —Sadna señaló con el dedo—. Ha bajado a la playa. Su gente ha venido, la buscaban. Hace una hora apareció un clíper entero cargado de ellos. —Volvió la mirada hacia Tool—. Richard intentaba reunirse con ellos, con la esperanza de llegar a un acuerdo lucrativo.

—¿Su gente ha venido? —Nailer miró de reojo a Pima, desconcertado—. Pero si nos contó que nadie sabía dónde estaba... —Dejó la frase en el aire, preguntándose si habría vuelto a engañarlo.

De pronto Nita surgió de la espesura.

—¡Son ellos!

—¿Los tuyos? —preguntó con escepticismo Nailer.

La muchacha negó con la cabeza, jadeando.

—Los que me perseguían. La gente de Pyce. Y tiene medio hombres.

Sadna la estudió.

—La gente de la playa... ¿son tus enemigos?

Nita apenas si conseguía respirar.

—Quieren capturarme para chantajear a mi padre.

—Bueno, saben dónde estás —dijo Sadna—. Richard prácticamente lo anunció a los cuatro vientos en cuanto desembarcaron.

La expresión de Lucky Girl se tiñó de pánico.

—No puedo dejar que me apresen. Debo ocultarme.

Sadna y Tool cruzaron las miradas.

—Si te adentras en la selva...

Tool sacudió la cabeza.

—López sabrá encontrar su rastro. ¿Cómo pensáis abastecerla de comida? ¿Quién dará la cara por ella si la atrapan? Lo mejor es que huya.

Nailer tomó la palabra:

—Planeábamos coger el tren de recuperación a Orleans. Dice que allí tiene una cuadrilla que la protegería.

Sadna frunció el ceño.

—No puedes entrar en la zona de carga. Nadie entra allí sin que Lucky Strike lo sepa. Y Richard y Lucky Strike son uña y carne ahora.

—Podemos coger el tren en las afueras, cuando se haya puesto en marcha.

—Peligroso.

—Menos que quedarse esperando a ver qué clase de trato hace mi padre con los

ricachones.

Tool parecía pensativo.

—Es factible. Si son rápidos.

—Ella asegura que lo es —dijo Nailer.

—Si no lo es, podría morir.

—No acabará peor de lo contrario.

—¿Qué hay de ti, Nailer? ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

Nailer empezó a responder, pero se interrumpió. ¿Lo era? ¿Realmente quería atarse a aquella chica? Sacudió la cabeza, exasperado. La cuestión era que ya se había ganado la enemistad de su padre. Todas sus esperanzas de solucionar sus diferencias de forma pacífica se habían evaporado, para bien o para mal. Richard López jamás dejaría sin responder un insulto del calibre del asesinato de un miembro de su cuadrilla.

—Aquí no estoy a salvo —dijo Nailer—. Ahora ya no. Vendrá a por mí con todo lo que tenga. No puede permitirse el lujo de quedar en ridículo de esta manera. Todo el mundo se reiría de él.

Sadna meneó la cabeza.

—No puedo hacer algo así. No puedo abandonar a mi cuadrilla. Nadie irá contigo.

—Entre Pima y yo...

Pima sacudió la cabeza.

—No. Yo no voy.

—¿No?

—No quiero abandonar a mi madre.

—Pero ya habíamos hablado de marcharnos juntos. De alejarnos de aquí. — Nailer intentó disimular la desesperación que amenazaba con truncarle la voz. Por alguna razón había asumido que pertenecían a la misma cuadrilla, que estaban juntos en aquello.

—Tú has hablado de ello. Yo no.

Nailer se la quedó mirando fijamente. Las piezas encajaron en su sitio. Pima tenía familia. Algo a lo que aferrarse. Algo sólido. Por supuesto que no correría ese riesgo. Debería haberlo previsto. Se obligó a asentir con la cabeza.

—Aun así, podemos coger el tren y llegar a Orleans en cuestión de dos días. No puede ser tan complicado.

Pima levantó los dedos entablillados.

—¿Tú crees? Reni tenía las dos manos cuando dio el salto, y aun así acabó hecho picadillo.

Sadna bajó la mirada hacia la playa.

—Podemos pactar una tregua con tu padre, Nailer. Puedo protegerte.

—Si crees eso es que no conoces a mi padre. —Nailer negó con la cabeza—. De todas formas, no es eso lo que quiero, sino irme. Lucky Girl dice que me sacará de aquí si la ayudo.

Sadna miró de reojo a la muchacha.

—¿Y la crees?

—Digo la verdad... —saltó acaloradamente Nita.

Sadna la acalló con un ademán.

—¿En serio? —Miró a Nailer—. ¿Estás seguro de que esta ricachona se merece el sacrificio?

—Nadie se merece algo así —protestó Tool.

—Mi padre puede pagar —dijo Nita—. Puede recompensar...

—¡Que cierres el pico! —exclamó Pima. Se giró hacia Nailer—. Que lo decida Nailer. Es él quien te sacará de aquí. Es él quien correrá todos los riesgos. —Agarró a Nailer y se lo llevó a un lado. Bajó la voz—. ¿Estás seguro de esto? —Miró de reojo a Nita, situada tras ellos—. Esa chica es muy lista. Cada vez que nos cuenta algo, resulta que solo era una verdad a medias.

—Confío en ella.

—Pues no lo hagas. Los ricachones no piensan como nosotros. No me extrañaría que tuviera intenciones ocultas. ¿Seguro que es lo que más te conviene?

—No hay ningún peligro. Aquí no tengo nada. Si me quedo, jamás me libraré de mi padre. —Nailer encogió los hombros, soltó la mano de Pima—. Mi padre jamás olvidará esto. Da igual lo que diga todo el mundo, jamás lo olvidará. —Miró a Nita y habló en voz alta para todo el grupo—: Nos iremos. La acompañaré.

Un frenesí de actividad abajo en la playa los sobresaltó a todos. Pima se encaramó a un peñasco y espió entre el follaje.

—Sube aquí, Lucky Girl —dijo.

Nita se encaramó junto a Pima, y Nailer se reunió con ellas. En las aguas oscuras había un barco anclado, iluminado como si fuera de día; los brillantes círculos fosforescentes que barrían el agua silueteaban los botes de remos que se dirigían a la orilla. Nita meneó la cabeza.

—Vienen a por mí.

—También ellos pagarán una recompensa —le dijo la madre de Pima a Nailer.

—Mamá. —Pima sacudió la cabeza.

—Pertenece a la misma cuadrilla —dijo obstinadamente Nailer—. No pienso venderla.

La madre de Pima estudió a Nailer.

—Huye y Richard López te perseguirá eternamente. No podrás regresar nunca. —Miró abajo—. Todavía puedes hacer las paces. Llega a un acuerdo, vende la chica a esas personas de ahí abajo, y Richard se olvidará de todo. Aunque no lo creas, el

dinero hará que lo olvide todo. Moby, Ojos Azules y los demás no son nada en comparación con la cantidad de dinero de la que estamos hablando.

Nita los observaba atemorizada. Si Nailer la vendía, serían ricos, eso seguro. Podría comprar el perdón de su padre.

«Luces y suerte. Tengo que tener luces y suerte».

Lo más inteligente sería entregar a Nita, comprar con dinero el perdón por el que jamás podría suplicar. Pero la idea de entregársela a sus enemigos sin más le revolvió el estómago. Lo más inteligente sería mirar para otro lado, dejar que la chica se fuera y de paso forrarse los bolsillos. Era la lucha de ella, no la de él. Miró a Pima. Esta se limitó a encogerse de hombros.

—Ya te dije lo que pensaba.

—Sangre y óxido —musitó Nailer—. No podemos dársela sin más. Sería como entregar a Pima a mi padre.

—Pero mucho más seguro para ti —sugirió Tool.

Nailer sacudió la cabeza con obstinación.

—No. La llevaré a Orleans. Sé cómo subir a los trenes en marcha.

—Esta vez no se trata de que una cuadrilla ligera no haya cumplido con su cupo —dijo Tool—. No tendrás una segunda oportunidad. Comete un error ahora y morirás.

—¿Alguna vez has subido a un tren en marcha? —preguntó Sadna.

—Reni me explicó cómo se hace.

—Antes de acabar bajo las ruedas de uno —dijo Sadna.

—Todos morimos tarde o temprano —gruñó Tool—. Se trata de elegir cómo.

—Me voy —dijo Nailer. Miró a Nita—. Nos vamos.

Por la forma en que lo dijo, esta vez sonó definitivo. Nadie intentó protestar. Sencillamente lo aceptaron y asintieron con la cabeza, y de repente Nailer tuvo la impresión de haber tomado la decisión equivocada. Comprendió que una parte de él quería que lo disuadieran de su empeño. Que encontraran la manera de convencerlo para que no huyera.

—Será mejor que te des prisa —retumbó Tool—. Richard llegará enseguida para vender a la chica.

—Buena suerte —dijo la madre de Pima. Buscó en un bolsillo y ofreció a Nailer un puñado de relucientes chinos rojos de tela—. Corred sin descanso. No miréis atrás.

Nailer aceptó el dinero y le sorprendió la cantidad; de repente se sintió solo.

—Gracias.

Pima fue corriendo al campamento, del que regresó con una pequeña mochila que había pertenecido a Ojos Azules. Se la entregó a Nailer.

—Tu botín.

Nailer cogió la mochila y notó que contenía botellas de agua. Miró a Nita.

—¿Lista?

Nita asintió con fuerza.

—Salgamos de aquí.

—Sí. —Nailer señaló hacia la espesura—. Las vías están en esa dirección.

Se disponían a salir del claro, pero Tool los llamó desde atrás:

—Esperad. —Nailer y Nita se dieron la vuelta. Tool los estudió con sus ojos amarillos de asesino—. Creo que yo también debería ir.

Nailer sintió un escalofrío.

—No nos pasará nada —dijo a la vez que la madre de Pima sonreía radiantemente y decía:

—Gracias.

Tool sonrió ligeramente ante la vacilación de Nailer.

—No te apresures tanto a rechazar la ayuda que te ofrezcan, muchacho.

A Nailer se le ocurrió una docena de respuestas distintas, pero todas ellas se basaban en la desconfianza que le inspiraban los motivos del medio hombre. La criatura le daba miedo. Aunque la madre de Pima confiara en él, Nailer no. Le preocupaba que alguien tan próximo a su padre y a Lucky Strike los acompañara.

—¿Por qué ahora? —preguntó Nita con suspicacia—. ¿Qué quieres?

Tool miró a Sadna de reojo, antes de inclinar la cabeza en dirección a la playa.

—Los patrones de los barcos también están rodeados de medio hombres. Harán preguntas sobre mi presencia. Eso sería inconveniente para todos.

—Podemos conseguirlo solos —dijo Nailer.

—Estoy seguro de ello —respondió Tool—. Pero tal vez os beneficiéis de mi sabiduría. —Enseñó sus dientes afilados.

—Alegraos de que esté dispuesto a ayudar —dijo Sadna. Se dirigió a Tool y le envolvió una enorme manaza con las suyas—. Ahora estoy en deuda contigo.

—No tiene importancia. —Tool sonrió; sus dientes afilados relucieron de nuevo—. Matar en un sitio o matar en otro, no existe ninguna diferencia.

El terreno se estremeció con la llegada del tren. Estaban agazapados entre los helechos. La máquina embistió en su dirección con un rugido y pasó de largo como una exhalación. Nailer tragó saliva con dificultad mientras se sucedían los vagones. El viento le abofeteaba y arrancaba las hojas de los árboles y de los helechos a su alrededor. El tren parecía tirar de él hacia donde las inmensas ruedas, tan altas como su pecho, rodaban borrosas. Lo invitaban a arrojarse bajo su peso pasajero, a quedar hecho picadillo, desangrándose mientras el tren proseguía su marcha rugiendo. Con creciente temor, Nailer comprendió que una cosa era especular ociosamente sobre subir a un tren en marcha, y otra ver cómo pasaban los vagones a gran velocidad.

Aquello bastaba para que uno reconsiderara sus opciones. Para contemplar de nuevo la posibilidad de robar un esquife, de circunnavegar la costa, o de atravesar la selva y tomar la ruta de los pantanos... pero carecían de los víveres necesarios para emprender esa ruta. Y si viajaban por mar, el clíper anclado en el golfo los perseguiría con facilidad. No había otra opción. Tenían que correr y tenían que hacerlo ya.

Los vagones del tren se sucedían borrosos como un latigazo. De lejos parecían mucho más lentos. Ahora, de cerca, eran espantosamente rápidos. ¿Estaba acelerando el tren? Cuando Reni saltaba a un vagón, siempre parecía que iban más lentos, parecía más fácil. Nailer sabía que en función de lo agresivo que fuera el maquinista, el tren podría ir tan rápido que el salto no sería factible. Así era como Reni había terminado al final: calculando mal la velocidad a la que podía montar de un salto. También estaba borracho y era un estúpido, pero se había dejado seducir por su lista de saltos con éxito.

Nailer, Nita y Tool salieron de entre las enredaderas y remontaron el terraplén de balasto hasta las vías. El viento los zarandeó al son del atronador desfile del tren. El estruendo de los vagones en rápida sucesión era peor que cualquier devastadora de ciudades. Nailer echó un vistazo a sus compañeros. Los ojos de Nita estaban enormemente abiertos de temor. Tool observaba impasible, quizá incluso con desdén. Aquello sería un juego de niños para el medio hombre. Nailer se descubrió deseando que Tool fuera lo bastante grande como para levantarlos en vilo y cargar sencillamente con ellos mientras él montaba en el tren de un salto.

«Deja de soñar despierto. Date prisa y salta ya».

Se les agotaba el tiempo. La cola del tren no debía de estar lejos. Tenía que tomar una decisión. Era como estar en el compartimiento lleno de petróleo otra vez, sabiendo que la única forma de sobrevivir era sumergirse, lo más hondo posible. Pero esa vez había sabido que no tenía más opciones. Ahora no dejaba de buscar otra

salida. «Vamos», se dijo. Pero sus pies permanecieron anclados al suelo.

Reni subía en marcha a los trenes continuamente. Alardeaba de ello. Mientras el corazón le martilleaba en el pecho, Nailer intentó recordar todo lo que le había contado Reni. Apoyó una mano en el hombro de Nita y le gritó al oído:

—Adelántate al vagón, deja que llegue a tu altura, agárrate a la escalera y no te sueltes pase lo que pase. —Señaló las ruedas—. Si te caes, morirás arrollada, así que no te sueltes, da igual lo mucho que duela. —Insistió—: ¡No te sueltes! —Hizo una pausa—. Y sube las piernas en cuanto puedas.

La muchacha asintió con la cabeza otra vez. Nailer respiró hondo, intentando armarse de valor.

De improviso, Nita salió corriendo.

Nailer se la quedó mirando, sorprendido, mientras la muchacha corría hacia el tren. Parecía patéticamente pequeña junto a las ruedas vertiginosas y las escaleras que ascendían por los costados. Una escalerilla pasó ante ella como un latigazo. Otra. Ni siquiera estaba mirando a las escalerillas de los vagones. Se limitaba a esprintar en paralelo al tren, con el cabello negro recogido en una coleta rebotando tras ella.

Pasaron de largo una, dos, tres escalerillas. A la cuarta, saltó. Sus manos atraparon las barras que servían de peldaños y salió disparada hacia delante. Sus piernas volaron por los aires, barridas de golpe de debajo de ella. Sus pies cayeron y remontaron el vuelo de nuevo cuando golpeó el suelo. Era como una muñeca de trapo arrastrada por un niño cruel. Iba a ser absorbida bajo las ruedas. Nailer aguardó, pensando que iba a ver cómo era descuartizada, pero entonces Nita encogió las piernas bajo el cuerpo y de repente subió a bordo, trepando por el costado del vagón. Enganchó un brazo en la escalerilla y miró atrás. Ya empezaba a perderse en la distancia, transportada por la velocidad del tren.

—Se acerca la cola de los vagones —observó Tool.

Nailer asintió con la cabeza. Tomó aliento de nuevo y empezó a correr.

Casi inmediatamente comprendió por qué Nita no había mirado atrás. El terreno era irregular junto a las vías, aunque de lejos pareciera llano. Los carriles desde donde Reni subía a los trenes siempre habían sido más lisos que aquellos. Nailer debía mantener la vista al frente si no quería caerse.

Junto a él, la velocidad y el estruendo del tren eran vertiginosos. Los vagones se sucedían borrosos. No dejaba de imaginarse tropezando y cayendo bajo las ruedas, descuartizado por el tren. Corría tan deprisa como se lo permitía el terreno irregular, y aun así las escalerillas pasaban de largo volando.

¿Cómo diablos lo había conseguido Nita? ¿Cómo...? Miró atrás de reojo, esperando ser capaz de ver los vagones que se acercaban. El movimiento y el ruido eran mareantes. Trastabilló y a punto estuvo de caer al paso del tren. Se enderezó y se obligó a mirar al frente. Apretó el paso. Empezó a contar mientras se sucedían las

escalerillas. «Uno, dos». Y luego una cuenta de tres hasta que pasaba el centro de uno de los vagones, y después otra vez uno, dos. Rezó al Ghanesa de Pearly y a las Parcas. «Uno, dos. —Pausa—. Uno, dos, tres. Uno, dos...»

La primera escalera pasó volando por su lado. Nailer estiró los brazos hacia la segunda. Le golpeó una mano y lo envió lejos, dando vueltas. Se le enredaron las piernas. Cayó rodando por la grava y las matas de hierba hasta detenerse. Los vagones se sucedieron como latigazos mientras yacía en la tierra, magullado y aturdido. Manaba sangre de sus rodillas rasguñadas y de sus manos entumecidas. Su hombro era un cegador destello de dolor.

Tool pasó de largo como una exhalación, cómodamente enganchado a una escalera. El medio hombre contempló a Nailer mientras se alejaba, observándolo con sus ojos amarillos, impasible ante el fracaso de Nailer.

Nailer se puso en pie con dificultad. Nita ya casi se había perdido de vista. Empezó a correr. La cola del vagón se acercaba. Tenía la pierna lastimada a causa de la caída y renqueaba al correr. Sentía el hombro como si se lo hubiera vuelto a desgarrar. Cojeando, no podía ganar tanta velocidad. Las escaleras se sucedían borrosas. Volvió a contarlas. Miró atrás de reojo. Allí estaba la cola del tren.

«Ahora o nunca».

Nailer imprimió mayor velocidad y saltó al paso de una escalera. En lugar de buscar un peldaño, se agarró a la barra lateral de la escalera con las dos manos. Sus hombros explotaron de dolor cuando sus brazos salieron disparados hacia delante y fue arrastrado por el tren. Sus pies rebotaron en las piedras (brillantes destellos de dolor) hasta que se encogió como una pelota, colgando en la parte inferior de la escalera.

El suelo pasaba borroso a sus pies. El viento le azotaba la ropa, lo asfixiaba con su calor y su fuerza. Tanteó en busca de un nuevo asidero, encontró un peldaño, y se encaramó dolorosamente, alejándose del torrente de rocas de debajo. Otro asidero, y de pronto estaba arriba, ascendiendo, con el viento zarandeándolo y los árboles de la selva convertidos en un borrón esmeralda mientras él avanzaba a gran velocidad. Le temblaban los brazos; todo su cuerpo vibraba de adrenalina. Le flaqueaban las piernas. Pero trepó, subiendo una mano tras otra hasta que estuvo en lo alto del vagón y pudo ver toda la longitud del tren.

Tenía los pies arañados y magullados, le sangraba sin parar la rodilla, tenía las manos en carne viva, pero estaba sano y salvo. Vagones más adelante, a lo lejos, Nita y Tool lo observaban. La muchacha agitó una mano. Nailer le devolvió el gesto, extenuado, y a continuación enganchó un brazo en la escalera y dejó que su cuerpo se estremeciera. Tarde o temprano tendría que cubrir la distancia que lo separaba de ellos, pero por ahora solo quería descansar, dar gracias porque, por primera vez en días, tras subir a un tren en marcha, se sentía absurdamente a salvo. Volvió la vista

atrás, hacia su punto de partida. Los raíles gemelos de las vías estaban siendo devorados por la densa selva. Cada minuto a bordo de aquel tren lo alejaba un poco más de su pasado.

No pudo por menos de sonreír. Le dolía todo el cuerpo, pero estaba vivo y su padre estaba lejos, y le deparara lo que le deparase el futuro, por fuerza tenía que ser mejor que lo que había dejado atrás. Por primera vez en su vida se sentía a salvo de su padre.

Pensar en la seguridad le recordó a Pima y a su madre, que permanecían aún allí, enfrentándose todavía a más días de trabajo en las cuadrillas, enfrentándose al castigo que se le ocurriera idear a su padre. Sintió una punzada de preocupación. El frenesí de la huida le había impedido reflexionar acerca de las consecuencias que deberían afrontar Pima y su madre; estaba tan desesperado por escapar que era incapaz de pensar en nada más, pero ahora, de repente, las dos ocupaban sus pensamientos, como espíritus demoníacos, pesando sobre su conciencia.

Mientras volvía la vista atrás, al lugar del que habían salido, usó la mano libre para tocarse la frente y rezar a las Parcas para que a Sadna y Pima no les pasara nada. Para que fueran capaces de apaciguar a Richard, para que este creyera la historia de que Tool lo había traicionado a cambio de una recompensa, y que no eran ellas las que le habían robado un Lucky Strike de las manos. Nailer rezó por la gente que había abandonado y luego volvió el rostro otra vez hacia delante y dejó que el viento impetuoso lo abofeteara. Abrió la boca, engullendo el calor, la velocidad y los olores de la selva.

Entre los árboles vislumbró un destello del océano, azul y radiante. El tren se dirigía a la costa. A lo lejos, divisó el clíper anclado, sus velas brillantes a la luz del sol, una gaviota blanca descansando sobre un espejo de agua. Sonrió ante aquel panorama, ante la idea de que todos aquellos ricachones estarían ahora dando palos de ciego, intentando encontrarlos en la selva, sin que ninguno de ellos sospechara que habían sido engañados y que su presa había sido más lista que ellos.

La visión del barco y el océano desapareció, oculta de nuevo por la maraña esmeralda de árboles y enredaderas borrosas. Nailer se dio la vuelta y escudriñó a lo largo del tren, mirando al frente, donde tarde o temprano se elevarían las torres de la sumergida Orleans.

Lo malo de las huidas ingeniosas era que exigían un plan adecuado.

En su precipitación por huir, habían partido con escasos suministros, y viajar en los huecos entre los vagones del tren significaba que era imposible buscar comida. En cuestión de horas, Nailer estaba famélico. Pensó con añoranza en la cena de la que había disfrutado la noche anterior.

Cualquiera diría que al estar sentados sin moverse apenas necesitarían probar bocado. Después de todo, no era como trabajar en la cuadrilla ligera. Pero su cuerpo ya estaba desgastado a causa de la falta de alimento durante su racha de fiebre y ahora sentía el ombligo pegado a la espalda. El problema no tenía solución, de modo que apretó los dientes mientras sentía cómo su estómago vacío protestaba y se prometió que rapiñaría un festín en cuanto llegaran a la ciudad sumergida.

El tren, además de las escalerillas de acceso a los tejados, disponía de unas diminutas plataformas de servicio entre los vagones, pero estas eran poco más que planchas de acero de medio metro de ancho, apropiadas para trabajar de pie, pero terribles para soportar tantas horas de viaje. Al principio, Tool se dedicó a recorrer el tren a lo largo en busca de puertas abiertas en los vagones, pero no pudo forzar ninguno de los compartimientos sellados, de modo que se acurrucaron en los espacios entre los vagones con el suelo pasando confuso a sus pies y el viento azotándolos desde todas direcciones. Era espantoso, y sin embargo preferible a los tejados abrasadores del tren, donde no había nada que los resguardara del resplandor del sol.

Dormir al filo de las ruedas era prácticamente imposible, de modo que se encajonaron como pudieron entre las escalerillas, colgados precariamente sobre el terreno borroso; dormían por turnos que se interrumpían abruptamente cuando el tren aceleraba de golpe o reducía la marcha secamente. Todos los frenazos y aceleraciones del tren se traducían en violentos trompicones estremecedores que amenazaban con tirarlos de sus atalayas. Después de que Nailer y Nita estuvieran a punto de ser arrojados al hueco del tren, viajaron con los brazos enredados en las escalerillas. Otra vez, cuando el tren aminoró la marcha bruscamente, Tool cayó encima de ellos y a punto estuvo de aplastarlos contra el metal con toda su mole. Nailer sintió un pitido en la cabeza durante horas.

Pero todas estas incomodidades no eran nada en comparación con la falta de agua. Las pocas botellas que llevaban en la mochila se agotaron enseguida, y al segundo día se encontraban todos sedientos y mareados a causa del calor y la humedad. No había nada que hacer salvo ver pasar el paisaje fugaz y esperar que el tren llegara pronto a su destino. A veces se extendían ante sus ojos lagos inmensos. Debatieron sobre la posibilidad de saltar del tren en marcha y zambullirse en aquellas aguas heladas y tentadoras, pero Tool sacudió la cabeza y dijo que jamás volverían a

subirse a un tren a esa velocidad, y a menos que quisieran pasar días caminando, debían hacer de tripas corazón.

A Nailer no le gustó la idea, aunque no quería volver a saltar a un tren en marcha jamás en la vida y sabía que la enorme criatura tenía razón. De modo que mientras mataban el tiempo y veían pasar el paisaje, conversaban.

—¿Quiénes son esos tipos que te persiguen? —preguntó Nailer a Nita—. ¿Por qué eres tan importante?

—Se trata de Nathaniel Pyce. Tío mío a través de un matrimonio por conveniencia. —Titubeó y luego añadió—: Él y su gente quieren utilizarme para chantajear a mi padre.

Nailer frunció el ceño, confuso. Nita se dio cuenta de que no lo entendía.

—Mi padre descubrió algunos de sus tejemanajes. Pyce estaba abusando de los recursos del negocio familiar. Ahora Pyce quiere utilizarme para impedir que mi padre cause problemas. Soy la mejor manera de presionarlo.

—¿Presionarlo?

—Pyce quiere que mi padre le permita hacer algo que desaprueba. Si Pyce me controla, mi padre tendrá que dar su brazo a torcer. Pyce se propone ganar miles de millones, y no hablo de dólares, sino de chinos rojos. Miles de millones. —Clavó en él sus ojos oscuros—. Más dinero del que producirán vuestros desguaces en toda su vida. Suficiente para construir un millar de clíperes.

—¿Y tu padre se opone a eso?

—Se trata del desarrollo y la refinación de arenas bituminosas. Una forma de crear combustible, un tosco sustituto del petróleo. Su valoración se ha puesto por las nubes, gracias a las restricciones impuestas a la producción de carbón. Pyce ha estado refinando arenas bituminosas en nuestras instalaciones septentrionales y usando en secreto clíperes de Patel para transportarlo por el polo hasta China.

—A mí me parece un Lucky Strike —dijo Nailer—. Como caer en un depósito de petróleo y tener ya un comprador apalabrado. ¿Tu padre no debería sencillamente aceptar su parte y dejar que Pyce siga adelante?

Nita se lo quedó mirando, consternada. Abrió la boca. La cerró, volvió a abrirla. La cerró, visiblemente desconcertada.

—Es combustible del mercado negro —dijo Tool con voz hueca—. Prohibido por convención, si no de hecho. Solo existe algo más lucrativo, y es la trata de medio hombres. Pero eso, naturalmente, es legal. Y esto no lo es en absoluto. ¿Verdad, Lucky Girl?

Nita asintió a regañadientes.

—Pyce evita los impuestos sobre el carbón gracias a las disputas territoriales del Ártico, y cuando la mercancía llega a China, es fácil venderla sin dejar rastros. Es arriesgado e ilegal, y mi padre lo ha descubierto. Se disponía a obligar a Pyce a

abandonar la familia, pero Pyce actuó en su contra primero.

—Miles de millones en billetes rojos chinos —dijo Nailer—. ¿Tanto vale?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Entonces tu padre está loco. Debería haber hecho él el negocio.

Nita lo miró con desagrado.

—¿Acaso no tenemos ya suficientes ciudades sumergidas? ¿Suficientes personas que mueren a causa de las sequías? Mi familia es una empresa limpia. Que exista un mercado no significa que haya que satisfacerlo.

Nailer se rió.

—¿Insinúas que los compradores de sangre tenéis la conciencia tranquila? Como si fabricar algún tipo de combustible fuera distinto de comprar nuestra sangre y óxido de las ruinas para que los recicléis.

—¡Lo es!

—Al final todo es dinero. Y vales mucho más de lo que pensaba. —Nailer la observó con expresión calculadora—. Menos mal que no me contaste todo esto antes de romper con mi padre. —Sacudió la cabeza—. Podría haber permitido que te vendiera, después de todo. Tu tío Pyce habría pagado una fortuna.

Nita soltó una risita nerviosa.

—¿Lo dices en serio?

Nailer no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos.

—Es un montón de dinero —dijo—. El único motivo por el que crees que tienes ética es porque no necesitas el dinero igual que la gente normal. —Se obligó a reprimir una punzada de desesperación por una elección que estaba tomada y no se podía deshacer.

«¿Quieres ser como Sloth? —se preguntó—. ¿Hacer cualquier cosa con tal de conseguir unos cuantos billetes?»

Sloth había sido una traidora y una estúpida, pero Nailer no podía evitar pensar que las Parcas le habían presentado el mayor Lucky Strike del mundo y él lo había desperdiciado.

—¿Cómo terminaste en la tormenta, si eres tan valiosa?

—Mi padre me mandó al sur, para mantenerme alejada si estallaba la violencia. Se suponía que nadie debía conocer mi paradero. —Sus ojos adoptaron una expresión distante—. No sabíamos que nos perseguían. No sospechábamos... —Se corrigió—. El capitán Arensman dijo que teníamos que huir. Él lo sabía. No sé cómo. Quizá fuera uno de ellos y cambió de opinión. A lo mejor creía en las Parcas. —Sacudió la cabeza—. No lo sé. Y ahora no lo sabré nunca. Pero no le creí, así que me demoré. Y nuestra gente murió porque no creí que existiera ningún peligro real. —Sus facciones se endurecieron—. Logramos salir del puerto a duras penas, y ya los teníamos detrás, persiguiéndonos día y noche.

»Cuando se desató la tormenta, no tuvimos elección. Era intentar capear el temporal o rendirnos. El capitán Arensman dejó la decisión en mis manos.

—¿No podíais llegar a un acuerdo? —preguntó Nailer.

—No con Pyce. Ese hombre no negocia cuando ya ha ganado. Así que le pedí a Arensman que se adentrara en la tormenta. No sé por qué accedió. El mar ya estaba revuelto. —Hizo un movimiento con las manos—. Las olas cubrían las cubiertas, era prácticamente imposible caminar, y no había vientos definidos, solo un aullido torrencial, a todo nuestro alrededor, haciéndonos pedazos. Estaba segura de que iba a morir, pero si nos entregábamos a Pyce hubiera sido lo mismo.

Encogió los hombros.

—De modo que nos adentramos en la tormenta y las olas nos embestían y nuestras velas se rompieron y perdimos los palos y el agua entraba por los ojos de buoy. —Respiró entrecortadamente, sin aliento—. Pero la gente de Pyce dio media vuelta.

—Lo arriesgaste todo —retumbó la voz de Tool.

—Soy una ficha de ajedrez. Un peón —dijo Nita—. Mi sacrificio es aceptable, pero no deben capturarme. Eso pondría fin a la partida. —Fijó la mirada en la espesura—. Tengo que huir o morir, porque si me capturan tendrán a mi padre, y le obligarán a hacer cosas horribles.

—Si tu padre desea sacrificarse por ti —dijo Tool—, quizá sepa algo que desconoces.

—No lo entenderías.

—Entiendo que sacrificaste una tripulación entera a una tormenta.

Nita lo miró fijamente, antes de apartar la mirada.

—Si hubiera tenido otra elección, la habría tomado.

—De modo que tienes gente leal.

—No como tú. —Nita lo dijo con sorprendente veneno.

Tool parpadeó una vez, lentamente, sus ojos amarillos brillaron.

—¿Te gustaría que fuera un buen hombre-perro? ¿Que me hubiera mantenido fiel al padre de Nailer, tal vez? —Pestañeó de nuevo—. ¿Te gustaría que fuera una bestia obediente como las que tenéis a bordo de vuestros clíperes? —Sonrió ligeramente, enseñando sus dientes afilados—. Richard López opinaba que tu sangre limpia, tus ojos claros y tu corazón valiente obtendrían un precio excelente de los Cosechadores. ¿Te gustaría que me hubiera mantenido leal a eso?

Nita fulminó a Tool con la mirada, pero tenía los nudillos pálidos de tanto apretar los puños.

—No intentes asustarme.

Los dientes de Tool relucieron brillantes y afilados.

—Si quisiera asustar a una criatura malcriada y sobreprotegida, no tendría que

esforzarme mucho.

—Dejadlo ya, los dos —los interrumpió Nailer. Tocó el hombro de Tool—. Nos alegramos de que vinieras con nosotros. Estamos en deuda contigo.

—No lo hice para que me debierais nada —dijo Tool—. Lo hice por Sadna. —Miró a Nita—. Esa mujer vale diez veces más que todas las riquezas de tu padre. Mil veces más que tú, piensen lo que piensen tus estúpidos enemigos.

—No me hables de valor —dijo Nita—. Mi padre dirige flotas enteras.

—Los ricos lo miden todo con el rasero de su fortuna. —Tool se inclinó hacia ella—. Una vez Sadna arriesgó su vida y la de toda su cuadrilla para ayudarme a escapar de un incendio de petróleo. No tenía motivos para regresar a por mí, ni los tenía para ayudarme a levantar una reja de hierro que yo jamás hubiera podido levantar solo. Otros le insistieron para que no lo hiciera. Era una temeridad. Y yo, después de todo, solo era un medio hombre. —Tool miró fijamente a Nita—. Tu padre dirige flotas enteras. Y a miles de medio hombres, estoy seguro. ¿Pero arriesgaría la vida para salvar a uno solo de ellos?

Nita frunció el ceño, pero no respondió. El silencio que mediaba entre ambos se eternizó. Al final, todos se dispusieron a dormir como pudieran entre los crujidos y los vaivenes del tren.

La gran ciudad sumergida de Nueva Orleans no apareció de una sola vez, sino por partes: las paredes combadas de chozas desgarradas por los banianos y los cipreses; trozos desportillados de cemento y ladrillo erosionados por las dolinas; amasijos de antiguos edificios abandonados, infestados de enredaderas de kudzu y ensombrecidos por el dosel de los árboles pantanosos.

El tren ganó altura: montadas sobre pilotes, las vías sobrevolaban los pantanos. Pasaron por encima de frondosas charcas repletas de algas y nenúfares, punteados por el destello blanco de las garcetas y el zumbido de las moscas y los mosquitos. Todo el sistema de vías elevadas estaba reforzado contra las tormentas devastadoras de ciudades que azotaban la costa con asombrosa regularidad, pero era la única prueba que habían visto hasta entonces de que alguien habitara con éxito en aquellos terrenos selváticos.

Circulaban a una velocidad vertiginosa por las musgosas estructuras desvencijadas de una ciudad muerta. Todo un mundo de optimismo inundado, desmantelado por la paciente acción de una naturaleza cambiante. Nailer se preguntó por las personas que habían vivido en esos edificios en ruinas. Se preguntó adónde habrían ido. Sus construcciones eran inmensas, más grandes que cualquier cosa que hubiera visto en los astilleros del desguace. Las mejores estaban hechas de cristal y cemento, pero habían sucumbido igual que las de peor calidad, las cuales daban la impresión de haberse disuelto sencillamente sobre sí mismas, dejando a su paso

tablas y planchas podridas que se mostraban deformes, mohosas y combadas.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó Nailer—. ¿Esto es Orleans?

Nita negó con la cabeza.

—Estas eran simples poblaciones fuera de la gran ciudad. Suburbios de apoyo. Están por todas partes. Este tipo de núcleos se extienden durante kilómetros. De cuando todo el mundo tenía coches.

—¿Todo el mundo? —Nailer analizó la teoría. Parecía poco probable. ¿Cómo podía haber tanta gente rica? Era tan absurdo como imaginar que todo el mundo poseía un clíper—. ¿Cómo es posible? No hay carreteras.

—Están ahí. —Nita señaló con el dedo—. Mira.

Y en efecto, si Nailer escudriñaba la selva, podía distinguir los bulevares que habían existido antes de que los árboles perforaran y usurparan sus medianas. Ahora, las carreteras parecían más bien senderos invadidos por los helechos y el musgo. Había que imaginarse que no existían todos aquellos árboles que habían brotado en el centro, pero allí estaban.

—¿De dónde sacaban el petróleo? —preguntó Nailer.

—De todas partes. —Nita se rió—. De la otra punta del mundo. Del fondo del mar. —Señaló las ruinas sumergidas y la franja de océano que se vislumbraba entre ellas—. Solían perforar también allí, en el golfo. Se cargaron las islas. Por eso las devastadoras de ciudades son tan destructivas. Las islas solían ejercer de barrera, pero las hicieron pedazos para sus perforaciones de gas.

—¿Sí? —la desafió Nailer—. ¿Y tú cómo lo sabes?

Nita se rió otra vez.

—Si fueras a la escuela, tú también lo sabrías. Las devastadoras de ciudades son famosas. Hay que ser tonto para no haber oído hablar de ellas. —Se mordió la lengua—. Quiero decir...

Nailer sintió deseos de abofetear su cara de engreída.

Tool se rió, un eco reverberante.

A veces Nita parecía decente. A veces era una simple ricachona. Engreída, rica y blandengue. En esos momentos Nailer pensaba que Nita bien podría haber aprendido un par de cosas en la playa de Bright Sands, que incluso Sloth con toda su avaricia y voluntad de traicionarlo había valido más que esa niña rica, tan atractiva incluso después de haber convivido entre ellos, como si fuera inmune a la mugre, al dolor y al esfuerzo que demacraban a los demás.

—Lo siento —murmuró Nita, pero Nailer rehusó sus disculpas con un encogimiento de hombros. Estaba claro qué opinaba de él.

Continuaron su viaje en silencio. Una aldea asomó entre la selva, un claro cincelado entre los árboles y las sombras, una pequeña comunidad pesquera aislada entre las ciénagas, salpicada de chozas improvisadas como las que construía la gente

de Nailer, con cerdos y verduras en los patios. Para él, se parecía a su hogar. Se preguntó qué vería Nita.

Por fin la selva se abrió, dando paso a una vasta extensión donde los árboles eran más bajos y la altura del tren les permitía disfrutar de la vista. Aun desde lejos, la ciudad era enorme. Una serie de agujas que perforaban el cielo.

—Orleans II —anunció Tool.

Nailer estiró el cuello para ver por encima de las copas de los árboles y contemplar la metrópoli mutilada.

—Ahí debe de haber restos de los buenos —dijo.

Nita sacudió la cabeza.

—Tendrías que derribar las torres. Necesitarías toda clase de explosivos. No vale la pena.

—Depende de cuánto cobre y hierro se pueda extraer —repuso Nailer—. Pon una cuadrilla ligera en uno de esos edificios, a ver qué pasa.

—Tendrías que trabajar en medio del lago.

—¿Y qué? Si los ricachones dejasteis muchas cosas atrás, merecería la pena. —Detestaba el modo en que se comportaba Nita, como si lo supiera todo. Contempló fijamente las torres—. Aunque seguro que lo de valor se lo habrán llevado ya. Demasiado bueno dejarlo ahí tirado.

—Aun así... —Tool inclinó la cabeza hacia los numerosos edificios diseminados y cubiertos de vegetación—, hay restos de sobra para alguien organizado.

Nita disintió de nuevo.

—Tendríais que enfrentaros a los vecinos por los derechos de explotación. Luchar por cada centímetro. De no ser por los tratados y por las milicias de comerciantes, incluso la zona de transbordo estaría en disputa. —Arrugó la nariz—. No se puede negociar con personas así. Son unos salvajes.

—¿Como Nailer? —se mofó Tool. De nuevo sus dientes amarillos destellaron al sonreír, mientras Nita se ruborizaba y apartaba la mirada, colocándose el pelo negro detrás de la oreja y fingiendo contemplar el horizonte en movimiento.

Con independencia de la opinión que las posibilidades de explotación le merecieran a Nita, lo cierto era que había un montón de material abandonado expuesto ante ellos, y si Nailer lo había entendido bien, aquello solo era Orleans II. También estaba la Nueva Orleans original, y después Mississippi Metropolitan (o MissMet, para abreviar), la cual se había planeado originalmente como Nueva Orleans III, antes de que incluso los más apasionados partidarios de la ciudad sumergida se rindieran ante la espectacular mala suerte de la que gozaban todos los lugares que incluían la denominación de «Orleans».

Algunos ingenieros habían afirmado que era posible erigir torres resistentes a los huracanes sobre la bahía de Pontchartrain, pero los comerciantes y los mercaderes estaban hartos de la desembocadura del río y de las tormentas, de modo que dejaron la ciudad sumergida a los muelles, las plataformas de carga de alta mar y los suburbios, mientras se llevaban su dinero, sus hogares y sus hijos a terrenos más cómodamente emplazados por encima del nivel del mar.

MissMet, aparte de haberse fundado río arriba y en un terreno más elevado, estaba mejor equipada contra los ciclones y los huracanes que cualquiera de sus predecesoras. Una ciudad diseñada desde los cimientos para evitar los errores de anteriores optimismos, un refugio para ricachones del que Nailer había oído decir que estaba pavimentado con oro y donde relucientes muros, guardias y alambradas mantenían a raya a la chusma.

En algún momento, en el pasado, Nueva Orleans había significado muchas cosas: había significado jazz, criollo y pasión por la vida; había significado Mardi Gras, fiestas y abandono; había significado exotismo, lujo, exuberancia y decadencia. Ahora solo significaba una cosa.

Pérdida.

Se sucedieron vertiginosas más ruinas selváticas muertas, una asombrosa cantidad de riqueza y materiales abandonados para pudrirse y sucumbir bajo la maraña esmeralda de los árboles y los pantanos.

—¿Por qué tiraron la toalla? —preguntó Nailer.

—A veces la gente aprende de sus errores —dijo Tool.

Con lo cual, Nailer dedujo que estaba insinuando que la mayoría de la gente no lo hacía. La debacle de las ciudades gemelas muertas era el ejemplo perfecto de cuán lenta había sido la gente de la Edad de la Aceleración en aceptar el cambio de sus circunstancias.

El tren describió una curva hacia las inmensas torres. El decrepito perfil de un estadio antiguo asomaba tras las agujas de Orleans II, señalando el comienzo de la antigua ciudad, la capital de los territorios sumergidos.

—Estúpidos —musitó Nailer. Tool se inclinó hacia él para oír su voz por encima del viento, y Nailer le gritó al oído—: ¡Eran unos puñeteros estúpidos!

Tool encogió los hombros.

—Nadie esperaba huracanes de categoría seis. Por aquel entonces no existían las devastadoras de ciudades. El clima cambió. El tiempo cambió. No supieron preverlo.

Nailer reflexionó sobre esa idea. Que nadie hubiese sido capaz de entender que serían el objetivo de huracanes mensuales que ascenderían arrolladores por el canal del Mississippi, buscando cualquier cosa que no tuviera la prudencia de aplastarse contra el suelo, flotar o esconderse bajo tierra.

El tren volaba sobre los pilones, curvándose hacia el centro del nexo comercial, surcando veloz las aguas salobres, relucientes debido a las filtraciones petrolíferas y a la chatarra y a los hediondos productos químicos. Como una exhalación, dejaron atrás plataformas flotantes y cargadores de transbordo. Unas grúas colocaban contenedores gigantescos a bordo de los clíperes. Embarcaciones fluviales de velas rechonchas, propias de la corriente poco profunda del Mississippi, estaban siendo cargadas de artículos de lujo de ultramar.

El tren dejó atrás desguaces y centros de reciclaje; espaldas de hombres y mujeres brillaban como espejos pulidos a causa del sudor mientras apilaban la chatarra en las carretillas de mano y la transportaban a las básculas para su venta. El tren empezó a frenar. Enfiló una nueva serie de raíles que descendían hasta un páramo de estaciones de clasificación y chabolas, antes de desviarse de nuevo. Al frenar, las ruedas chirriaron sobre el acero y los vagones se estremecieron. La sacudida de la desaceleración se transmitió a través de los vagones hasta la cola del tren.

Tool apoyó las manos en los hombros de sus jóvenes compañeros de viaje.

—Nos apeamos ahora mismo. Pronto estaremos en las estaciones de clasificación y la gente se preguntará por qué estamos aquí y si tenemos permiso.

Aunque el tren avanzaba despacio, todos terminaron cayendo y rodando cuando golpearon el suelo. Nailer se levantó, restregándose el polvo de los ojos, e inspeccionó la zona. En más de un sentido, no era muy distinta de los astilleros de desguace. Chatarra y basura, hollín y mugre pringosa, y chozas desvencijadas repletas de curiosos que los observaban con los ojos hundidos.

Nita paseó la mirada por su entorno. Nailer se dio cuenta de que no estaba impresionada, pero incluso él se alegraba de tener a Tool con ellos, alguien que los protegiera mientras zigzagueaban entre las chabolas apiñadas. Un puñado de hombres haraganeaba a la sombra; sus tatuajes y sus pírsines correspondían a afiliaciones desconocidas. Observaron a los tres intrusos que cruzaban su territorio. Nailer sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Acarició el mango de su cuchillo, preguntándose si habría derramamiento de sangre. Podía sentir cómo los evaluaban. Eran iguales que su padre. Ociosos, colgados de tobogán de cristal probablemente, peligrosos. Olía a té y azúcar. A café hirviendo. A ollas de alubias rojas y arroz sucio. Le rugía el estómago. El dulce hedor de los plátanos putrefactos. Frente a ellos, un niño orinaba contra una pared, observándolos con ojos solemnes mientras lo dejaban atrás en silencio.

Por fin salieron a la calle principal. Estaba repleta de escoria y chatarreros, hombres y mujeres que vendían herramientas, láminas de metal y rollos de alambre. Una bicicleta con remolque pasó traqueteando por su lado, cargada de restos metálicos. «Hojalata», pensó Nailer, y luego se preguntó si el hombre la habría comprado o si se propondría venderla, y adónde se dirigiría.

—¿Ahora en qué dirección? —preguntó Nailer.

Nita frunció el ceño.

—Tenemos que llegar a los muelles. Necesito ver si hay alguno de los barcos de mi padre allí.

—¿Y si hay uno? —quiso saber Tool.

—Tendré que averiguar los nombres de los capitanes. Hay algunos en los que sé que puedo confiar.

—¿Estás segura de eso?

Nita titubeó.

—Alguno habrá.

Tool apuntó con el dedo.

—Los clíperes deberían estar en esa dirección.

Nita indicó a Nailer y a Tool que la siguieran. Nailer miró a Tool de reojo, pero el gigantesco hombre no parecía preocupado por la repentina autoridad que se había arrogado la muchacha.

Recorrieron penosamente las calles. El olor a mar, podredumbre y humanidad concentrada era intenso, mucho más que en los astilleros del desguace. Y la ciudad era inmensa. Caminaron y caminaron, y aun así las calles y las chabolas y los búnkeres de chatarra no se acababan. Hombres y mujeres pasaban montados en rickshaws y bicicletas. Incluso un coche de combustión de petróleo cruzó las calles rotas, con su motor gimiendo y chirriando. Al cabo, la abrasadora barriada abierta dio paso a avenidas más frescas cubiertas de árboles y a casas grandes, con chozas alrededor de sus límites y gente entrando y saliendo. En ellas había letreros que Nita leyó en voz alta para Nailer sobre la marcha: MEYER TRADING. ORLEANS RIVER SUPPLY. YEE & TAYLOR, ESPECIAS. DEEP BLUE SHIPPING CORPORATION, LTD.

Y de repente la calle se hundió en el agua, en picado. Vieron botes y taxis fluviales amarrados, hombres sentados con sus esquifes de remos y sus diminutas velas improvisadas, esperando a transportar a quien necesitara llegar a la Orleans del otro lado.

—Un callejón sin salida —dijo Nailer.

—No. —Nita sacudió la cabeza—. Conozco este sitio. Estamos cerca. Tenemos que cruzar Orleans, llegar a las plataformas de alta mar. Necesitaremos un taxi acuático.

—Parecen caros.

—¿No te dio dinero la madre de Pima? —preguntó Nita—. Seguro que será más que suficiente.

Nailer titubeó antes de sacar el fajo de billetes rojos.

—Mejor ahorrarlo —dijo Tool—. Más tarde tendréis hambre.

Nailer contempló las aguas salobres.

—Pues yo ya tengo bastante sed.

Nita frunció el ceño en su dirección.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a llegar hasta los clíperes?

—Podríamos caminar —dijo Nailer. Algunas personas vadeaban en el agua, que solo parecía llegarles a la cintura. Se movían despacio entre el lógamo verde y aceitoso.

Nita miró fijamente el agua con repugnancia.

—No se puede andar por ahí. Es demasiado hondo.

—Gastad el dinero en agua —dijo Tool—. Los trabajadores tendrán alguna manera de llegar a las plataformas de carga. Los pobres nos conducirán.

Nita accedió a regañadientes. Compraron agua parduzca de un vendedor, un hombre de dientes amarillos y podridos y amplia sonrisa, quien juraba que su agua estaba libre de sal y bien hervida, y tras comprarla, jovialmente les indicó una serie de señas. Incluso se ofreció a llevarlos hasta las plataformas en su bote de remos, pero su tarifa era desorbitada y en vez del bote eligieron el camino más largo, zigzagueando por calles sumergidas y podridas, cruzando pasarelas flotantes. El hedor a pescado y petróleo llegaba hasta ellos en oleadas, provocando que los ojos de Nailer se humedecieran y recordándole los astilleros del desguace.

Al final llegaron a la orilla. Una serie de boyas se perdían de vista en las plácidas aguas.

Nita contempló el agua con repugnancia.

—Deberíamos haber cogido una barca.

Nailer sonrió.

—¿Asustada? —preguntó.

Nita lo fulminó con la mirada.

—No. —Volvió a fijarse en el agua—. Pero no está limpia. Los productos químicos son tóxicos. —Aspiró por la nariz—. Quién sabe qué hay ahí dentro.

—Ya, bueno, eso te matará mañana, no hoy. —Nailer se adentró en la mugre y el limo del agua. La cubría una fina película de bitumen irisado—. Es mejor que en los astilleros. Esto no es absolutamente nada en comparación. Y no me ha matado todavía. —Sonrió otra vez, deleitándose provocándola—. Venga. A ver si hay algún clíper esperándote.

Nita apretó los labios, pero lo siguió. Nailer sintió deseos de reírse de ella. Era lista, pero también curiosamente remilgada. La observó adentrarse en el agua, disfrutando del hecho de que la ricachona estuviera a punto de arrastrarse por el fango como una persona normal por una vez. En cuanto Lucky Girl hubo entrado, Tool fue tras ella; su enorme figura provocaba una ondulación en los nenúfares y en el légamo bituminoso. Todos empezaron a avanzar, caminando despacio. El agua, cada vez más profunda, llegó a cubrirles el pecho.

Frente a ellos, alguien había amarrado unas boyas de plástico que señalaban un camino para quien careciera de bote. Algunas de ellas eran de color naranja; las otras, blancas. Cuando Nailer pasó al lado de una, descubrió la desdibujada imagen de una manzana estampada junto a unas letras. Otra tenía grabado un antiguo automóvil en la superficie. El camino de contenedores desechados los condujo a donde las últimas porciones de cimientos de viviendas desaparecían y a donde habían ido a parar gran parte de los escombros, y aun así el camino continuaba.

Avanzaron cuidadosamente por las aguas, siguiendo un flujo de cuerpos esforzados que vadeaban, nadaban y chapoteaban hacia delante en dirección a los muelles lejanos. En un momento dado, Nita perdió pie y se hundió. Tool la agarró, la levantó y la colocó otra vez en el camino que todos los demás se esmeraban por seguir.

La muchacha se apartó los largos mechones empapados del rostro y fijó la mirada en los distantes barcos y sus muelles.

—¿Por qué no usan barcas y ya está?

—¿Estas personas? —Tool miró alrededor, a sus compañeros de viaje—. No les merece la pena.

—Aun así, alguien podría construir una pasarela. Ni siquiera costaría tanto.

—Gastar dinero en los pobres es como tirar dinero al fuego. Se limitarían a consumirlo y jamás te lo agradecerían —dijo Tool.

—Pero probablemente se ahorraría dinero si la gente dispusiera de un acceso fácil.

—No parece que el agua los detenga.

Y, efectivamente, había un constante flujo de personas ante ellos; unas pocas cargaban con bolsas de plástico recuperadas con las que envolvían alguna pertenencia que querían mantener seca, pero en su mayoría el caudal de gente parecía indiferente al hecho de tener que nadar en las aguas parduscas y entre las algas verdes. Nita siguió vadeando, sombríamente empeñada, pensó Nailer, en que no se le notara cuán asqueada estaba por las circunstancias.

Cada vez que Tool decía algo, sus palabras eran como un látigo que la espoleaba. Nailer no estaba seguro de por qué, pero le gustaba verla azorada. Una parte de él presentía que Nita lo consideraba algo así como un animal, una criatura útil como un perro, pero no una persona de verdad. Por otra parte, tampoco él estaba seguro de que ella fuera una persona. Los ricachones eran distintos. Venían de un lugar distinto, vivían vidas distintas, destrozaban cliques enteros tan solo para que pudiera sobrevivir una chica.

—En realidad, ¿qué haces tú aquí, Tool? —preguntó Nita de repente—. Se supone que no deberías ser capaz de abandonar sin más a tu patrón.

Tool la miró de reojo.

—Voy a donde me place.

—Pero eres un medio hombre.

—Medio hombre. —Tool la miró—. Y sin embargo dos veces más grande que tú, Lucky Girl.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Nailer.

Nita lo miró de soslayo.

—Se supone que debe tener un patrón. Prestan juramento. Mi familia los importa

de Nipón, tras su adiestramiento. Pero no sin un patrón.

Los ojos de Tool giraron para concentrarse en ella de pleno. Ojos amarillos de perro, depredadores, examinando a una criatura que podría destruir en un momento si se lo propusiera.

—No tengo patrón.

—Eso es imposible —dijo Nita.

—¿Por qué? —preguntó Nailer.

—Tenemos fama de ser extraordinariamente leales —explicó Tool—. A Lucky Girl le decepciona descubrir que no todos disfrutamos con la esclavitud.

—No puede ser —insistió Nita—. Estás adiestrado...

Los enormes hombros de Tool se tensaron.

—Cometieron un error conmigo. —Sonrió ligeramente y asintió para sí, disfrutando de un chiste privado—. Era demasiado listo para su gusto.

—¿Sí? —lo retó Nita.

Los ojos amarillos la evaluaron de nuevo.

—Lo bastante listo como para saber que puedo elegir a quién servir y a quién traicionar, lo que es más de lo que puede decirse del resto de mi... gente.

A Nailer nunca se le había ocurrido preguntarse qué hacía Tool entre los desguazadores. Sencillamente estaba allí, como los refugiados que llegaban en barca. El clan de los Spinoza, los McCalley, los Lal... todos habían acudido para trabajar, y Tool igual. Estaban allí por el trabajo.

Pero era cierto lo que decía Lucky Girl. Los medio hombres se empleaban como guardaespaldas, para matar, para la guerra. Esas eran las historias que había oído. Los había visto con los banqueros de Lawson & Carlson. Los había visto arracimados alrededor de los compradores de sangre cuando venían a inspeccionar los astilleros. Pero siempre con otros. Ricachones. Gente que podía permitirse el lujo de comprar criaturas resultantes de un cóctel genético entre humanos, tigres y perros. Y eran caros. La demanda de los óvulos humanos que desencadenaban su desarrollo no decrecía nunca, y obtenían un precio muy elevado. El Culto a la Vida a menudo se patrocinaba con los óvulos de sus devotas, y los Cosechadores siempre estaban dispuestos a comprar.

—Entonces, ¿dónde está tu amo? —preguntó Nita—. Se supone que debes morir con él. Eso es lo que siempre dicen los nuestros. Que morirán con nosotros, que morirán por nosotros.

—Algunos de los nuestros son extraordinariamente leales —observó Tool.

—Pero tus genes...

—Si los genes dictaran nuestro destino, Nailer debería haberte vendido a tus enemigos y se habría gastado el botín en rasgarrojos y whisky Black Ling.

—No me refería a eso.

—¿No? Pero tú descienes de Patel, así que todos sois inteligentes y civilizados, ¿verdad? Y Nailer, naturalmente, desciene de un asesino perfecto, y ya sabemos lo que significa eso para él.

—No. No me refería a eso en absoluto.

—Entonces no des por sentado lo que podemos o no podemos hacer los de mi especie. —Los ojos de Tool la taladraron—. Somos más rápidos, más fuertes, y pienses lo que pienses, más inteligentes que nuestros patrones. ¿A la ricachona le preocupa cruzarse con una criatura como yo, suelta por ahí?

Nita dio un respingo.

—Tratamos bien a los de tu especie. Mi familia...

—No te molestes. Mi especie os servirá, pase lo que pase.

Tool apartó la mirada y siguió vadeando. Nita guardó silencio. Nailer siguió empujando entre el agua, pensando en el extraño conflicto que se libraba entre ambos.

—¿Tool? —preguntó—. ¿Te adiestraron de verdad? ¿Te obligaron a obedecer a un patrón?

—Hace mucho tiempo, lo intentaron.

—¿Quién?

Tool encogió los hombros.

—Ya están muertos. No tiene importancia. —Inclinó la cabeza hacia los muelles que se acercaban—. ¿Reconoces alguno de esos clíperes?

Nita contempló las embarcaciones amarradas a los muelles flotantes a lo lejos.

—A esta distancia no.

Se acercaron un poco más, chapoteando en medio del agua. El frescor del baño suponía un alivio después del calor tropical, pero Nailer empezaba a cansarse de vadear. Era un proceso lento.

La profundidad aumentó antes de que llegaran por fin a los muelles flotantes, donde pudieron izarse fuera del agua. Lucky Girl exprimió el agua salobre de su ropa con repugnancia, pero Nailer disfrutaba de la brisa en su piel mojada. A lo lejos, los clíperes navegaban. Desde aquella atalaya, el mundo entero se extendía ante él. Clíperes y cargueros en sus fondeaderos. Los cascos azules de Inglaterra, la bandera roja de China del Norte. Había memorizado muchas banderas de los antiguos restos en los que trabajaban los desguazadores, de los cascos pintados con insignias de nacionalidad y mercantes. La multitud de embarcaciones reunidas allí constituía un verdadero catálogo internacional.

Una pequeña lancha patrullera, quemando biodiésel y expulsando gases, zigzagueaba entre los enormes veleros, transportando pilotos hasta las naves que aguardaban para ser conducidas a puerto. A su alrededor los muelles eran un hervidero. Los ricachones desembarcaban y eran montados en transbordadores para

seguir su camino río arriba o a los tendidos ferroviarios del interior. Una pareja de medio hombres vigilaba el yate de algún ricachón, mirando fijamente a Tool y desafiándolo abiertamente con la mirada, y saludando con un gruñido gutural a su paso. A su alrededor un enjambre de culis (negros, sonrosados, morenos, rubios, pelirrojos, de pelo negro, altos y bajos, todos ellos con tatuajes de faena e insignias de uniforme) colocaba mercancías en embarcaciones de poco calado para el transbordo. Más balsas salían de las ruinas sumergidas de la ciudad, navegando con un lento bamboleo hacia los grandes barcos.

—Podríamos haber pedido que nos trajeran con la carga —musitó Nailer, señalando con la cabeza a los contenedores de tren que se dirigían hacia los clíperes.

Algunas de las barcas eran antiguos veleros desvencijados, pero otras eran mayores y más recias. Diseñadas para quemar carbón y también para aprovechar el viento. Enormes velas rígidas como aletas sobresalían a sus costados, aprovechando la brisa para ayudar a mover las pesadas embarcaciones y sus cargamentos de virutas de níquel, cobre, hierro y acero.

La actividad era embriagadora, más bulliciosa incluso que la de los enjambres de desguazadores de la playa de Bright Sands. Nita estiró el cuello por encima de la muchedumbre y apuntó con un dedo.

—Esos barcos de ahí —dijo.

Al frente, una hilera de clíperes aguardaban anclados. Una goleta, un catamarán para el transporte de mercancías y un yate, todos ellos cruzados ante un puente en un muelle aparte. Eran hermosos, los objetos más veloces en alta mar, equipados con cañones de cohetes y pequeños sistemas de misiles contra los piratas; armados, letales y rápidos, no recordaban en nada a los restos oxidados que Nailer estaba acostumbrado a ver y desmantelar. Comparar los clíperes con esos restos del viejo mundo era como entornar los párpados ante la luz del sol tras salir de una bodega herrumbrosa.

Al acercarse, Nita echó un vistazo a los barcos.

—No son de los míos —dijo, y hundió los hombros, visiblemente decepcionada.

Nailer sintió una punzada de desilusión a su vez, pero la reprimió. Siendo realistas, era poco probable que encontraran una nave amiga de inmediato. Aun así, el puerto fluvial estaba repleto de tráfico. No dejaban de llegar embarcaciones. Ante sus ojos, uno de los clíperes estaba desplegando las velas, largas franjas de lona ondulante que silbaban al ponerse en su sitio gracias a veloces sistemas de poleas. Se abrieron de golpe con la brisa cuando la nave zarpó y se alejó del muelle.

—Volveremos mañana —dijo Nailer.

Lucky Girl asintió con la cabeza, pero siguió escudriñando los barcos como si esperara que alguno de ellos se convirtiera mágicamente en otra cosa. Al final asintió y regresaron por los bajíos y los puentes de los muelles, desandando el camino hacia

Orleans mientras anocheecía.

Esa noche, compraron pinchos de ratas en un puesto flotante y vieron pasar el tráfico fluvial. Ante ellos desfilaban pequeñas embarcaciones impulsadas por pértigas, transportando comida, trabajadores y marineros de permiso. De algún lugar en la distancia provenía el quejumbroso sonido de instrumentos de viento, un lamento fúnebre que despertaba ecos en el mar. Unos pocos niños jugaban en el agua negra. Nailer supuso que los niños significaban que su ubicación actual era tan segura como cabría desear. Los borrachos más recalcitrantes y los adictos al tobogán de cristal estarían en otra parte.

El ruido de los grillos y las cigarras inundaba el aire oscuro. Nubes de mosquitos revoloteaban a su alrededor, picándoles. Los insectos eran mucho peores que en las playas. Allí, la brisa marina barría la mayor parte, pero aquí, en el aire estancado de los pantanos, se agrupaban y los mortificaban, una agonía de insectos implacables. Nailer y Nita se desesperaban intentando aplastar todos aquellos chupasangres, mientras Tool los observaba con una sonrisa. Nailer se preguntó si la piel del medio hombre sería excepcionalmente gruesa, o si había algo en él que asustaba incluso a los mosquitos.

—¿Cuánto dinero te dio Sadna? —preguntó Tool.

—Un par de rojos y un lomo amarillo.

—¿Eso es todo? —preguntó Nita, y al instante se mordió la lengua.

—Eso son dos semanas de trabajo en cualquier cuadrilla pesada —dijo Nailer—.

¿Qué, es lo que te gastas tú en una tarde de compras?

Nita sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

—Mañana tendréis que trabajar si queréis seguir comiendo —sugirió Tool.

—¿Dónde? —preguntó Nailer.

Tool lo miró fijamente con sus ojos amarillos.

—No eres estúpido. Piensa por ti mismo.

Nailer reflexionó.

—Los muelles. Si trabajamos en los muelles, podemos ganar dinero y estar atentos a la aparición de su gente.

Tool gruñó y se dio la vuelta. Nailer se lo tomó como un sí.

Conseguir un trabajo no era difícil. Conseguir un trabajo que se pagara tan bien como el desguace de barcos era tarea imposible. Únicamente Tool tenía fácil acceso al mercado laboral, vigilando bienes valiosos mientras efectuaban el transbordo antes de partir hacia el Mississippi y las estaciones de clasificación. Sin un sistema de clanes, contactos sindicales ni familia, a Nailer y a Nita les quedaban las tareas más indeseables: llevar mensajes de un lado a otro, transportar objetos de pequeño tamaño y mendigar. Un hombre oculto en un callejón se ofreció a comprar su sangre, pero tenía las manos y las agujas sucias, y sus ojos denotaban que quería cosechar algo más que sus venas. Huyeron de él, y respiraron aliviados cuando vieron que no los perseguía.

Transcurrió una semana, después dos. Se instalaron en una rutina marcada por la pobreza mientras veían cómo un barco tras otro arribaba y partía de nuevo, dejando sitio para que una nueva decepción llegara deslizándose sobre sus alas de lona blanca.

Nailer esperaba que la remilgada repugnancia que sentía Nita por los barrios de chabolas de Orleans se recrudesciera, pero la muchacha no tardó en adaptarse, y prestaba una feroz atención a todas las enseñanzas de Tool y Nailer. Trabajaba con ahínco, contribuía con su parte, y no se quejaba de qué comían ni de dónde dormían. Seguía siendo una ricachona y, como tal, tenía sus excentricidades, pero también hacía gala de una determinación por arrimar el hombro que Nailer se sentía obligado a respetar.

Una mañana, temprano, cuando Nailer y Nita estaban hundidos en sangre hasta los codos mientras destripaban anguilas negras para un puesto de comida ambulante, Nailer le confesó lo que había estado pensando.

—Eres decente, Lucky Girl.

Nita fileteó otra anguila y tiró los despojos al cubo que mediaba entre ellos.

—¿Sí? —Le escuchaba solo a medias mientras seguía limpiando.

—Sí. Trabajas bien. —Nailer agarró una anguila fresca de otro cubo y se la pasó—. Si estuviéramos todavía en los astilleros del desguace, respaldaría tu ingreso en una cuadrilla ligera.

Nita cogió la anguila y se detuvo, sorprendida. El animal se enroscó en su muñeca, debatiéndose.

Nailer continuó atropelladamente:

—O sea, que sigues siendo una ricachona, pero, ya sabes, si necesitaras trabajar, te apoyaría.

Nita sonrió entonces, una sonrisa tan radiante como el océano azul. Nailer sintió una opresión en el pecho. Maldición, estaba loco. Empezaba a gustarle esa chica. Se volvió y agarró otra anguila para él; la abrió de un solo tajo.

—En cualquier caso, solo quería decir que haces un buen trabajo. —No volvió a levantar la cabeza. Sintió que se sonrojaba.

—Gracias, Nailer —dijo Nita. Su voz era sedosa.

—Vale. No es nada. Acabemos con estas anguilas y vayamos a los muelles. No quiero perderme las primeras ofertas de trabajo.

Nita había dado a Nailer y a Tool un puñado de nombres para memorizar, escribiéndoselos en el barro a Nailer para que pudiera aprenderse el dibujo de las letras. Describió la bandera que ondeaba su empresa, para que pudieran estar atentos a los barcos y entre los tres estar seguros de divisar cualquier posible candidato.

Resultó que ninguna de sus instrucciones era necesaria.

Nailer estaba llevando un mensaje al bar Ladee de parte del primer oficial del *Gossamer*, un trimarán estilizado con alas cortavientos rígidas y un impresionante cañón de Buckell en la cubierta de proa, cuando todo se fue al garete.

El mensaje estaba dentro de un sobre sellado, lacrado y protegido además con un lector dactilar, y Nailer tenía un vale para cobrar a la entrega si el capitán accedía a echar un vistazo a su contenido. Mientras corría por la pasarela hasta las aguas más profundas estaba pensando ya en el fastidio de tener que realizar el trayecto de vuelta a Orleans con una mano por encima del agua. Si la carta terminaba empapándose, era posible que el capitán no le diera propina...

Richard López surgió de la nada, como un espectro.

Nailer se quedó paralizado. La pálida cabeza descubierta de su padre flotaba sobre la multitud de trabajadores, una visión malévolamente con sus dragones rojos tatuados recorriéndole los brazos y enroscándose en su cuello. Sus ojos azules miraban fijamente todo cuanto pasaba ante él, escudriñando los muelles. La mente de Nailer le gritó que corriera, pero la inesperada aparición de su padre lo llenó de terror y no pudo moverse.

Lo acompañaban dos medio hombres. Sus gigantescos cuerpos se abrían paso a empujones entre el gentío, sobresaliendo por encima de todos. Sus achatados rostros de perro miraban fijamente a la gente con desdén, sus hocicos se arrugaban en busca de un rastro, su piel oscura jaspeada y sus ojos amarillos lo observaban todo con avidez. Después de tantas semanas en compañía de Tool, Nailer había olvidado cuán aterrador podía ser un medio hombre, pero en ese momento, al ver aquellas enormes bestias que deambulaban entre la multitud, su miedo regresó.

«¡Muévete muévete muévete muévete MUÉVETE!»

Nailer se agachó para esconderse entre el gentío, y saltó hacia el borde de la pasarela. Se lanzó por el costado, olvidada la carta para el capitán que aguardaba en el bar Ladee. Se hundió en las olas y nadó bajo el muelle flotante. Disponía del

espacio justo para respirar si estiraba el cuello hacia atrás y metía la nariz en el pequeño resquicio entre el agua y el fondo de las tablas.

Sobre su cabeza, las tablas crujían y martilleaban bajo los pasos. El agua y la mugre besaban las mejillas y el mentón de Nailer mientras espiaba entre las rendijas. La gente avanzaba deprisa. Nailer guardó silencio, atento a si veía de nuevo a su padre.

¿Qué hacía allí ese hombre? ¿Cómo había sabido dónde encontrarlo?

El trío se materializó ante los ojos de Nailer. Todos ellos iban bien vestidos. Incluso el atuendo de su padre era nuevo, libre de manchas y rotos. No era ropa de playa en absoluto. Ricachones. Los medio hombres llevaban pistolas enfundadas en sobaqueras y látigos enrollados en sus cinturones. Se detuvieron encima de Nailer y pasearon la mirada por la multitud de culis que acarreaban mercancías de un lado para otro.

Unas olas aceitosas bañaron a Nailer. La estela de un bote que pasaba. Las olas lo elevaron y lo empujaron contra las planchas, bajo los zapatos de su padre. Se arañó la cara, contuvo el aliento cuando se hundió y cuando la ola lo hizo subir volvió a rebotar contra las tablas; intentó no hacer ningún ruido. Las astillas le laceraban los labios y el agua se le metía por la nariz. Nailer combatió el impulso de escupir y toser. Si se delataba, estaba muerto. Metió la cabeza debajo del agua y se sonó la nariz antes de regresar a la superficie, obligándose a guardar silencio. Inspiró con cuidado, una bocanada temblorosa.

Los tres cazadores estaban aún encima de él, inspeccionando la actividad de la zona de mercancías. Nailer se preguntó si habrían adivinado que iría a Orleans o si de alguna manera habrían torturado a Pima o a Sadna hasta arrancarles una respuesta. Se obligó a apartar esas dudas de su cabeza. No podía hacer nada al respecto. Primero necesitaba resolver sus propios problemas.

Los medio hombres observaban a los trabajadores de los muelles con una placidez desapasionada tan parecida a la de Tool que podrían haber sido hermanos. Los medio hombres espiaban a la gente y Nailer los espiaba a ellos, con las manos apoyadas en las tablas para resistir a olas que amenazaban con empujarlo contra la madera. Había estado esperando a que dijeran algo, pero si lo hicieron, el ruido de las tablas y el chapoteo de las aguas lo silenció. Rezó para que Lucky Girl tuviera la sensatez de permanecer alerta. Y Tool también. Solo el azar había querido que Nailer reconociera a su padre y se ocultase. Se estremeció al comprender cuán cerca de él había estado.

Richard y los medio hombres reanudaron la marcha sin dejar de observar a la gente. Sin duda estaban buscando a Lucky Girl. Nailer les siguió la pista, deslizándose en silencio bajo la pasarela. El trío caminaba deprisa, y Nailer estuvo a punto de perderlos dos veces entre la estampida de trabajadores y marineros de los

muelles flotantes. Nadaba tan rápido que casi se descubrió cuando su padre bajó del muelle y montó en un esquife. La cara de su padre de repente estaba al nivel del embarcadero. Nailer se hundió en el agua y se alejó pataleando en silencio, sin salir a la superficie hasta que estuvo a salvo entre las sombras.

Cuando emergió, su padre estaba diciendo:

—... a ver si alguna de las otras cuadrillas ha tenido más suerte, y después avisad a los del barco.

Los medio hombres asintieron con la cabeza, en silencio. Largaron la vela del esquife que se alejó del muelle. Nailer los vio partir, preguntándose si se libraría alguna vez de su padre. Daba igual cuán lejos huyera, cuánto se esforzase por ocultarse, el hombre siempre estaba allí. Nailer empezó a nadar hacia la pasarela, acercándose a las boyas. No sabía dónde estaba Tool, pero Lucky Girl supuestamente estaba limpiando cazuelas en un puesto de pescado al filo del agua. Si su padre la veía, todo habría acabado. Tool... Tool tendría que cuidar de sí mismo.

Cuando encontró a Nita, estaba emocionada. Sacó la mano del agua turbia con la que estaba fregando platos y señaló un barco en el puerto. Uno nuevo que acababa de llegar.

—¡Ese! El *Dauntless*. Es uno de los clíperes que estaba buscando.

Nailer miró de reojo a la nave, con un escalofrío.

—Me parece que no. Mi padre está aquí. Tiene matones con él. Medio hombres. Creo que está aliado con el ricachón de tu tío, Pyce. —Tiró de ella para alejarla del puesto de comida—. Tenemos que ser discretos. Desaparecer una temporada.

Escudriñó la multitud en busca de su padre. El hombre no estaba por ninguna parte, pero eso no significaba que no estuviera allí, ni que no tuviera a nadie más buscándolos. El tipo era astuto. Tenía la mala costumbre de presentarse cuando uno menos lo esperaba.

—¡No! —Nita le apartó la mano—. Debo subir a ese barco. —Señaló con el dedo—. Es mi billete de salida. Lo único que tenemos que hacer es subir a bordo.

—No sé si ese es el barco que buscas. Mi padre estaba hablando de un barco hace unos instantes. Es demasiada casualidad que tu barco y mi padre aparezcan al mismo tiempo. —Le tiró del brazo—. Tenemos que escondernos. Mi padre daba a entender que tenía más gente con él. Nos encontrarán si no nos ponemos a cubierto.

—¿Vas a dejar que el *Dauntless* zarpe como si nada? —preguntó con incredulidad la muchacha.

Nailer la miró fijamente.

—¿Me estás escuchando? Mi padre está aquí con medio hombres. Todos ellos vestidos como ricachones. Y estaba hablando de un barco. —Señaló con la cabeza—. Probablemente ese.

—El *Dauntless* no. La capitana es Sung Kim Kai. Es una de las mejores capitanas

que tiene mi padre. Absolutamente leal.

—Puede que ya no. No sabes qué ha pasado desde que huiste. A lo mejor hay alguien más al mando.

—No. No es posible.

—No seas estúpida —dijo Nailer—. Sabes que tengo razón. ¿Mi padre y el *Dauntless* apareciendo el mismo día? Es lo único que tiene sentido.

—No era el *Dauntless* el que me perseguía antes —dijo obstinadamente Nita—. Era el *Pole Star*. Confío en la capitana Sung.

Nailer titubeó.

—Echaremos un vistazo —dijo por fin—. Pero no vamos a salir sin más y dejar que nos pesquen como un par de cangrejos saltando a la cazuela. Es demasiada casualidad que mi padre y tu barco aparezcan a la vez. Probablemente sea una trampa. —Tiró de ella—. Ahora mismo tenemos que perdernos de vista. Nada de esto tendrá importancia si nos pillan discutiendo a plena luz del día. Saldré otra vez esta noche y comprobaré la situación.

—¿Y si el barco zarpa antes? —insistió Nita—. Entonces, ¿qué?

—¡Entonces nada! —se acaloró Nailer—. Vale más que no nos pillen que precipitar las cosas por una corazonada. A lo mejor tú tienes prisa por que te pillen, pero yo no. Sé lo que me hará mi padre como me pille y no pienso correr ese riesgo. Habrá más barcos, pero no tendrás una segunda oportunidad si la pifiamos ahora.

—Tener esperanza no es lo peor que nos puede pasar, Nailer.

—Ya. Que me pille mi padre encabeza mi lista particular. ¿Y la tuya?

Nita lo fulminó con la mirada, pero Nailer estaba convencido de que había entendido su postura. Había perdido la febril emoción que la embargaba al principio.

—Vale —dijo la muchacha—. Salgamos de aquí.

Llevó la palangana de loza resquebrajada al interior del puesto de pescado y regresó instantes después.

—No me pagarán la jornada si no me quedo hasta la hora de cenar.

—Eso da igual. —Nailer apenas si podía contener su miedo y su frustración—. Tenemos que perdernos de vista.

Cruzaron corriendo la pasarela, se metieron en las aguas salobres y vadearon hasta llegar a una de las antiguas mansiones que abundaban en la zona. La planta baja estaba inundada por completo y todo amenazaba con desplomarse de un momento a otro, pero eso no disuadía a los numerosos okupas que habían reclamado los pisos superiores. Tool convenció a la banda que gobernaba el lugar para que les permitieran alojarse en una de las habitaciones del nivel más elevado. La había escogido porque desde una de las ventanas más altas se disfrutaba de una vista inmejorable, tanto de las pasarelas como de los barcos fondeados a lo lejos. Los okupas eran decentes, y con Tool como guardaespaldas, nadie se metía con ellos. Lucky Girl se alegraba tanto

de no tener que dormir al raso que apenas se había quejado de las serpientes, las cucarachas y los nidos de paloma con los que debían convivir.

Subieron juntos por la escalera decrepita, saltando por encima de los escalones más estropeados y cubiertos de moho, y sortearon los socavones y boquetes que infestaban los distintos pasillos que conducían a su cuarto. La herrumbrosa cama de muelles sin colchón que yacía en el suelo a un lado de la habitación era su única posesión.

Nita se dirigió a la ventana para contemplar el barco. Su aspecto recordaba al de los chiquillos que solían plantarse frente al puesto de Chen, con la esperanza de que les cayera algún hueso. Hambrientos. Desesperados y hambrientos de algo que no sabían muy bien si les iba a caer.

—Nos acercaremos al barco si sigue estando ahí esta noche —dijo Nailer—, cuando haya menos miradas indiscretas en los alrededores. Podríamos hacer algunas averiguaciones por ahí. Trataremos de enviar un mensaje a esa capitana tan lista, suponiendo que exista en realidad, y después decidiremos qué hacer a continuación. Pero primero tantearemos el terreno, ¿de acuerdo? Antes de meter los pies en un charco hay que comprobar que no haya ninguna pitón enterrada en el fango, y no pienso subir a ese barco ni loco sin contar con una vía de escape por si se tuercen las cosas.

Nita asintió en silencio, a regañadientes. Ante sus ojos, el anochecer comenzaba a cernirse sobre las pasarelas. Los trabajadores desfilaban de regreso a sus cubiles, y los puestos ambulantes abrían para la hora de cenar. Se oía música procedente de los bares, *zydeco* y *high-tide blues*. Había mosquitos por todas partes.

Nailer se alegró de que lo ampararan las sombras mientras estudiaba la multitud. Lo incomodaba el presentimiento de que su padre aún acechaba ahí fuera, buscándolo; de que el viejo conocía su paradero exacto y solo aguardaba el momento oportuno para darle el golpe de gracia. Acalló sus temores con dificultad.

—Tool se retrasa —dijo Nita.

—Sí.

—¿Crees que tu padre se habrá tropezado con él?

Nailer meneó la cabeza, frustrado, mientras aguzaba la vista para escudriñar el gentío.

—No lo sé. Me voy a dar una vuelta.

—Te acompaño.

—No —contestó Nailer, vehemente—. Quédate aquí.

—Y un cuerno. Puedo pasar tan inadvertida como tú. —La muchacha se alborotó los largos cabellos hasta disimular sus facciones tras un velo de guedejas enmarañadas. Ni la vida en las marismas ni el agua de Orleans se habían compadecido de sus sedosos mechones—. Incluso más, probablemente.

Nailer hubo de reconocer que no le faltaba razón. La Nita que tenía delante apenas se parecía a la ricachona que Pima y él habían encontrado en aquel barco naufragado. Seguía siendo guapa, tal vez una de las chicas más hermosas que hubiera visto en su vida, pero sin duda había cambiado. Ya no desentonaba con su entorno.

—Vale, está bien. Como prefieras.

Furtivos, salieron del edificio y encaminaron sus pasos hacia el agua, acercándose sin prisa a la multitud. Eligieron un sitio discreto en el terreno pantanoso que bordeaba la pasarela principal y se agazaparon con la mirada puesta en el tráfico nocturno, atentos al menor indicio de Tool o del padre de Nailer y los medio hombres con los que este se había presentado por sorpresa.

Nailer se estremeció al pensar que Richard campaba a sus anchas por los alrededores con aquellas criaturas a su servicio. Tool no necesitaba que alguien como su padre le diera órdenes para resultar sobrecogedor. Maldijo para sus adentros; se sentía acorralado. No le gustaba ninguna de las opciones que se presentaban ante él: ni poner a prueba la lealtad de la capitana Sung a bordo del *Dauntless*, ni quedarse allí de brazos cruzados, prácticamente al descubierto, mientras se devanaba los sesos elucubrando sobre la ominosa ausencia de Tool.

Nita estaba observándolo.

—¿Te arrepientes alguna vez de no haberme quitado el oro de los dedos cuando tuviste ocasión?

Nailer titubeó, y negó con la cabeza.

—No. —Sonrió—. Últimamente no, al menos.

—¿Ni siquiera ahora? ¿Con tu padre buscándote?

Nailer volvió a negar con un gesto.

—No vale la pena darle más vueltas. A lo hecho, pecho. —Se apresuró a intentar explicarse al ver la expresión compungida de Nita—. Me he expresado mal. No estoy diciendo que seas un error con el que deba apechugar. O sea, también eres más cosas. —El dolor volvió a plasmarse en las facciones de la muchacha. Maldición, no hacía más que pifiarla, y para colmo de males ni siquiera estaba seguro de qué era lo que tanto le costaba expresar—. Me caes bien. Jamás te entregaría a mi padre, como tampoco sería capaz de traicionar a Pima. Pertenece a la misma cuadrilla, ¿no? —Le enseñó la palma de la mano en la que se había practicado el corte antes de realizar su juramento de sangre—. Te guardo las espaldas.

—Me guardas las espaldas. —Nita esbozó apenas una sonrisa—. Y también estarías dispuesto a respaldar mi ingreso en una cuadrilla ligera. Eres una fuente inagotable de cumplidos, ¿eh? —Sus ojos oscuros se clavaron en él, intensos y solemnes—. Gracias, Nailer. Por todo. Sé que si no me hubieras salvado... —Dejó la frase en el aire—. A Pima le traía sin cuidado. Para ella solo era una ricachona más. —Estiró un brazo y le acarició la mejilla—. Gracias.

Había algo en su mirada que Nailer no había visto antes. Algo que le producía un hormigueo voraz. Comprendió que en ese preciso momento, si se atreviera a...

Se inclinó hacia delante. Sus labios se tocaron. Durante el más efímero de los instantes, Nita se entregó a él y presionó los labios con fuerza contra los suyos. Acto seguido se retiró, azorada, y giró la cabeza. El corazón de Nailer latía desbocado en su pecho. En sus oídos, la sangre martilleaba al compás de la emoción que lo embargaba. Se esforzó por hallar la manera de romper el silencio, de decir algo ingenioso, algo que consiguiera que Nita lo mirara de nuevo y renovara la conexión que los había unido hacía tan solo un momento. Pero no encontraba las palabras.

Nita apuntó con un dedo.

—Por ahí llega Tool —dijo con voz ronca—. A lo mejor ha averiguado algo acerca de la nave.

Nailer se dio la vuelta y distinguió a Tool entre la multitud, caminando en dirección a ellos. La interrupción le produjo una incongruente oleada de alivio y frustración, hasta que algo más acaparó toda su atención: entre el gentío, dos medio hombres apretaban el paso y se disponían a interceptar a Tool.

—Son ellos —murmuró—. Esos son los que estaban con mi padre.

Nita contuvo el aliento.

—Han visto a Tool.

—Tenemos que avisarle. —Nailer intentó levantarse, pero Nita lo agarró y tiró de él hacia abajo.

—No puedes hacer nada por él —susurró con ferocidad.

Nailer intentó gritar para advertir a Tool, pero Nita le tapó la boca con una mano.

—¡No! —exclamó entre dientes—. ¡No digas nada! ¡Nos capturarán a todos!

Nailer se concentró en sus ojos, febriles y graves, y asintió muy despacio con la cabeza. En cuanto Nita retiró la mano, sin embargo, se incorporó de un salto y le lanzó una mirada asesina.

—No tienes sangre en las venas, ¿verdad? Escóndete tú si quieres. Tool pertenece a nuestra cuadrilla.

Antes de que la muchacha tuviera ocasión de retenerlo otra vez, Nailer salió disparado, cruzó de un salto las enredaderas que los parapetaban y aterrizó en la pasarela. El medio hombre vio de inmediato al chico, corriendo y agitando los brazos.

—¡Cuidado! —exclamó Nailer.

Tool se giró a tiempo de ver cómo sus perseguidores convergían sobre él. Cuando los tres medio hombres colisionaron, la noche se inundó con los ecos de sus gruñidos. Eran tan rápidos que sus movimientos desafiaban la imaginación. Ningún ser humano natural podría igualar jamás esa velocidad. Sendos machetes se materializaron en las manos de los dos agresores, que se abalanzaron sobre su presa con un rugido. Uno de los hombres perro salió disparado hacia atrás, repelido con contundencia por Tool,

pero el otro consiguió asestarle una cuchillada. La sangre salpicó el aire, el arco trazado por un líquido negro y viscoso resplandeció a la luz de los faroles. Nailer miró alrededor en busca de un arma, cualquier cosa que pudiera arrojar por los aires, una porra, lo que fuera...

Nita lo agarró por los hombros y tiró de él hacia atrás.

—¡Nailer! ¡No puedes ayudarlo! —exclamó—. ¡Tenemos que irnos antes de que nos vean!

Nailer, desesperado, intentó mirar hacia atrás mientras forcejeaba entre sus brazos.

—Pero...

La multitud huía en estampida del escenario del duelo entre los tres medio hombres, cuyos gruñidos resultaban ensordecedores. Aunque la masa de gente le impedía ver con claridad qué ocurría, Nailer oyó el crujido de unas vigas de madera. De pronto, la fachada decrepita de un edificio cedió y se desplomó entre nubes de polvo. La gente empezó a gritar mientras intentaba escapar de la avalancha de escombros. Nita tiró del brazo de Nailer.

—¡Vamos! ¡Si te inmiscuyes en su lucha no saldrás con vida! ¡Son demasiado fuertes y veloces! Nunca has visto una pelea entre medio hombres. ¡No puedes ayudarlo!

Nailer contempló fijamente el lugar donde Tool se había perdido de vista, devorado por la polvareda y los cascotes. Una nueva serie de gruñidos precedió a un alarido estridente, bestial.

Odiándose por cobarde, Nailer giró sobre los talones y corrió, agazapado, esquivando a la multitud.

Contemplaban las luces que oscilaban en las profundidades acurrucados al borde del agua, atentos a la posible presencia de más esbirros de Pyce en los alrededores. La gente pasaba junto a ellos sin prestarles la menor atención. A sus ojos solo eran una pareja de raqueros sentados en la orilla, dos más de los muchos que iban y venían constantemente, como escoria a merced de las mareas.

—Lo siento —dijo Nita—. Yo tampoco quería abandonarlo.

Nailer le dirigió una mirada cargada de reproche.

—Estaba dispuesto a ayudarnos.

—Hay batallas que están perdidas de antemano. —Nita desvió la mirada—. Las peleas de los medio hombres no se parecen a las de la gente normal. Sería más exacto compararlas con huracanes. Habrían terminado matándonos o haciéndonos prisioneros. En el mejor de los casos, solo habríamos conseguido entorpecer a Tool.

—Y ahora está muerto.

Nita guardó silencio y apretó con fuerza los labios, con la mirada perdida en la

oscuridad y las aguas donde se reflejaban las antorchas y las balizas luminiscentes. Los envolvía el tabaleo de los remos en sus toletes y el zumbido lejano de la lancha del práctico.

—Tenemos que intentar subir al *Dauntless* —dijo Nita, al rato—. No nos queda otro remedio.

Aunque Nailer se resistía a darle la razón, tampoco a él se le ocurría una alternativa mejor. Sin Tool para garantizarles protección en la ciudad, eran pececillos esperando a que los devoraran. Ni siquiera podrían seguir viviendo como okupas si él no estaba cerca para intimidar a quienes se propusieran usurpar su habitación. Sin embargo, la inesperada llegada del barco y de su padre con los medio hombres le inquietaba. La aparición de uno y otros estaba estrechamente relacionada, demasiado para su gusto. Richard había surgido de la nada casi al mismo tiempo que el barco, como un espectro que se hubiera materializado en las pasarelas, y únicamente el azar había querido que Nailer y él no se tropezaran.

El *Dauntless*, mientras tanto, continuaba plácidamente posado en las olas, tan tentador como un cebo succulento al extremo del sedal.

A lo largo y ancho de Orleans, los enemigos de Lucky Girl estarían buscándola con más empeño que nunca, reafirmados en sus sospechas sobre el paradero de la muchacha. El hallazgo de Tool atraería a más gente, oleadas de nuevos rastreadores. Eso inspiraría a su padre, sin la menor duda. Sobrevivir en las calles sumergidas de Orleans se convertiría en tarea imposible si no podían actuar a cara descubierta ni mostrarla sin llamar la atención.

—Subiremos a ese barco —sentenció Nita—, y la capitana Sung nos ayudará a reunirnos con mi padre.

Nailer encogió los hombros.

—Estás cavando tu propia tumba.

—Lo mismo digo.

Nailer contempló los muelles lejanos y el bullicio de la noche de Orleans. La ciudad estaba muerta pero no exenta de vida, como un cadáver reanimado; la gente necesitaba el comercio más que nunca, y la desembocadura del Mississippi aún extendía sus ramificaciones por el centro del continente, con sus grandes barcazas repletas de alimentos y de toda clase de productos manufacturados en los territorios septentrionales. Tierra adentro debía de haber un montón de sitios en los que refugiarse. Un montón. Nita y él no eran más que un par de trocitos de madera a la deriva. Flotando sin rumbo...

—Podríamos remontar la corriente —sugirió Nailer.

—No hasta que haya averiguado qué ocurre a bordo del *Dauntless*. —Nita apuntó con el dedo hacia la distante silueta del barco—. Ese es mi objetivo. Contigo o sin ti.

Nailer examinó el gentío y suspiró.

—De acuerdo. Pero iré yo solo. —Levantó una mano para acallar las protestas de la muchacha—. Si tu capitana está allí, hablaré con ella. Cuando la encuentre, te sacaremos de aquí.

—Pero no te conocen de nada.

—Eres tú a la que busca todo el mundo. Si me persiguen, es para llegar hasta ti. Al menos yo tengo alguna posibilidad de tantear el terreno sin llamar la atención. Pero a ti te reconocerían en un abrir y cerrar de ojos. Esta no es mi gente, sino la tuya.

—¿Y qué pasa con tu padre?

Nailer emitió un ruidito de exasperación.

—Si tanto te preocupa que pueda estar a bordo de ese barco, ¿qué sentido tiene intentar llegar hasta él? Ya que te empeñas en no hacerme caso cuando te digo que pongamos tierra por medio, me acercaré a echar un vistazo. Se me ha ocurrido una idea para conseguirlo sin que me descubran, y será mucho más fácil si actúo en solitario. —Torció el gesto—. Tú escóndete. Me reuniré contigo en la casa okupa y te pondré al corriente de lo que haya averiguado.

Sin esperar respuesta, cruzó la tarima y se adentró en las aguas negras. Con los muelles flotantes como objetivo, empezó a nadar muy despacio, lejos de las boyas que delimitaban la ruta principal. Al menos así pasaría inadvertido.

Ni el agua helada que chapaleaba a su alrededor ni la oscuridad casi absoluta lo disuadieron de continuar braceando en dirección a la bella embarcación. Había soñado mil veces con navegar a bordo de una preciosidad como esa, con pisar siquiera su cubierta, y por fin estaba a punto de colarse a bordo de una de ellas.

Si se paraba a pensar en ello, lo cierto era que nada le había parecido nunca más hermoso que aquellas naves con sus cascos de fibra de carbono, sus velas hinchadas por el viento y sus hidroalas, con las que cortaban el agua como cuchillas mientras surcaban los vastos océanos o cruzaban el polo. Se preguntó cuánto frío haría en el norte. Había visto fotos de barcos recubiertos de hielo bajo las estrellas del firmamento polar, camino de la otra punta del globo. Las distancias eran inmensas, y sin embargo navegaban sin amilanarse, rápidos y elegantes.

Llevaba quince minutos nadando y le dolían los brazos cuando llegó por fin a la altura del *Dauntless*. Se deslizó debajo del embarcadero, se dejó mecer por el agua salada y aguzó el oído. El murmullo de una conversación: hombres y mujeres que bromeaban e intercambiaban anécdotas cosechadas durante sus estancias de permiso en la costa. Alguien se lamentaba de lo abusivo de las tasas de avituallamiento y de los estafadores que infestaban la zona. Nailer lo escuchaba todo con atención, acunado por la corriente.

Había dos medio hombres apostados en la pasarela, montando guardia, y otra pareja en la proa y en la popa de la nave. Sufrió un escalofrío. Se rumoreaba que podían ver en la oscuridad, y lo cierto era que Tool siempre se había manejado con

soltura en la penumbra. De improviso, la posibilidad de que el amparo de las sombras no fuera suficiente lo dejó paralizado de terror. Iban a verlo. Lo dejarían a merced de su padre y moriría. Richard le sacaría las tripas.

Nailer se adentró más aún bajo las tablas del embarcadero, sacudidas por el golpeteo ocasional de unos pasos. La palabra «capitán» se utilizaba en algunas frases sueltas, aunque nunca acompañada de un nombre concreto; «el capitán» quería zarpar cuanto antes, «el capitán» tenía un horario que cumplir... eso era todo.

Nailer aguardó, esperando oír alguna mención de la dichosa capitana Sung. Las olas lo zarandeaban. Empezaba a quedarse helado por la falta de actividad. Incluso aquellas cálidas aguas tropicales comenzaban a absorber el calor de sus huesos. El embarcadero flotante y su ancla se movían y balanceaban. Sonaron pasos sobre su cabeza. El chirrido de un fueraborda, alguien quemando biodiésel para llegar a la nave. Rostros reluciendo en la oscuridad. Hombres y mujeres con cicatrices y expresiones adustas. Alguien acudió corriendo a recibir la embarcación.

—Capitán.

El hombre no respondió, se limitó a desmontar. Miró atrás.

—Necesitamos ponernos en marcha.

—Sí, señor.

Nailer esperó, con el corazón martilleando. No era la capitana Sung. El capitán era un hombre, no una mujer. Y no tenía nada de chino. Lucky Girl se había equivocado. Las cosas habían cambiado. Nailer contuvo la desilusión. Tendrían que encontrar otra alternativa.

El capitán estaba prácticamente encima de Nailer. Escupió al agua a no más de un palmo de distancia.

—La gente de Pyce está por todos los muelles —dijo.

—No he visto ningún barco.

El capitán escupió otra vez.

—Habrán anclado mar adentro y habrá venido en transbordador.

—¿Qué hacen aquí?

—Nada bueno, supongo.

Nailer cerró los ojos. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo», pensó. El capitán y su primer oficial estaban subiendo por la pasarela.

—Zarparemos con esta marea —ordenó el capitán—. Quiero estar lejos antes de tener que hablar con ellos.

—¿Qué pasa con el resto de la tripulación?

—Manda a buscarlos. Pero date prisa. Quiero irme antes de que amanezca.

El primer oficial saludó con porte marcial y se volvió hacia la lancha. Nailer respiró hondo. Era un riesgo, pero no tenía otra elección. Salió nadando de debajo del muelle y llamó:

—¡Capitán!

El capitán y el primer oficial se sobresaltaron. Desenfundaron las pistolas.

—¿Quién anda ahí?

—¡No disparen! —pidió Nailer—. Estoy aquí abajo.

—¿Qué diablos haces ahí metido en el agua?

Nailer se acercó nadando a la pasarela y sonrió.

—Esconderme.

—Sube aquí arriba. —El capitán aún no se fiaba—. A ver esa cara.

Nailer salió con dificultad de las aguas, rezando para no haber cometido un error.

Se acuclilló, jadeando en la cubierta.

—Rata portuaria —dijo con repugnancia el primer oficial.

—Ricachón. —Nailer le hizo una mueca, antes de volver su atención hacia el capitán—. Tengo un mensaje para usted.

El capitán no se acercó, ni bajó la pistola.

—Pues habla.

Nailer miró de reojo al primer oficial.

—Es solo para usted.

El capitán frunció el ceño.

—Si tienes algo que decir, dilo. —Llamó a su espalda—. ¡Knot! ¡Vine! Devolved esta rata al agua.

Los dos medio hombres se abalanzaron sobre Nailer, que se sorprendió de su velocidad. Los tuvo encima, agarrándole los brazos, antes de tener siquiera tiempo de considerar la posibilidad de huir.

—¡Esperad! —gritó Nailer. Forcejeó para librarse de las garras de hierro de los medio hombres—. Tengo un mensaje para usted. ¡De Nita Chaudhury!

Una exhalación repentina. El capitán y el primer oficial cruzaron la mirada.

—¿Cómo dices? —preguntó el primer oficial—. ¿Qué has dicho? —Avanzó raudo a donde tenían inmovilizado a Nailer—. ¿Qué tienes que decir?

Nailer titubeó. ¿Podía confiar en él? ¿En cualquiera de ellos? Había demasiadas cosas que desconocía. Debía apostar. O tenía suerte o se metería en una trampa.

—Nita Chaudhury. Está aquí.

El capitán se acercó, duras las facciones.

—No me mientas, muchacho. —Cogió la cara de Nailer con una mano—. ¿Quién te envía? ¿Quién está detrás de ti con mentiras como esta?

—¡Nadie!

—Bobadas. —Inclinó la cabeza hacia uno de los medio hombres—. Despelléjalo a latigazos, Knot. Consígueme respuestas. Quiero saber quién lo envía.

—¡Me envía Nita! —gritó Nailer—. ¡Es verdad, podrido hijo de perra! ¡Le dije que huyera, pero dijo que usted era de fiar!

El capitán se detuvo.

—La señorita Nita murió hace más de un mes. Ahogada y muerta. El clan llora su pérdida.

—No. —Nailer sacudió la cabeza—. Está aquí. Escondida. En Orleans. Intenta llegar a casa. Pero Pyce la persigue. Creía que podía confiar en usted.

El primer oficial hizo una mueca.

—Cristo todopoderoso. Mira lo que nos han traído las Parcas.

El capitán observó fijamente a Nailer.

—¿Es un señuelo? —preguntó—. ¿Se trata de eso? ¿Intentas engañarme como hicieron con Kim?

—No sé nada de ningún Kim.

El capitán lo agarró, tiró de él hasta tenerlo muy cerca.

—Te estrangularé con tus propias tripas antes de caer como ella. —Se volvió—. Azotadlo. Descubrid quién lo envía. Si la muchacha está ahí fuera, saldremos de caza.

El primer oficial asintió con la cabeza y se dio la vuelta. Al hacerlo, el capitán levantó la pistola y le disparó en la espalda. El disparo retumbó en la oscuridad, propagándose sordo por el agua. El primer oficial cayó hecho un guiñapo en las tablas. Salía humo del cañón de la pistola del capitán; poco a poco se dispersó.

Nailer miró fijamente el cadáver. El capitán se volvió hacia los medio hombres.

—Soltad al muchacho.

Nailer recuperó la voz.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Era mi escolta —contestó simplemente el capitán. Y dijo a los medio hombres—: Sumergidlo con lastres y venid con el muchacho. Zarpamos con la marea.

—¿Y el resto de la tripulación?

El capitán hizo una mueca.

—Buscad a Wu, a Trimble, a Cat y a la segunda oficial Reynolds. —Contempló las aguas—. Y hacedlo condenadamente en sigilo. Nadie más, ¿entendido? —Miró a Nailer—. Será mejor que no me estés mintiendo, muchacho. No me atrae la vida de pirata, así que espero que tengas condenadamente razón.

—No miento.

Knot y Vine, los medio hombres, lo condujeron a la lancha. Eran enormes y atemorizadores. La barca se alejó despacio del muelle, apuntando a las calles profundas de Orleans.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Nailer—. Nita está cerca de la orilla. No hace falta que nos internemos tanto en la ciudad sumergida.

—Primero nuestros hombres, después ella —dijo Knot.

Vine asintió con la cabeza.

—Necesitará protección. Es mejor no sacarla al descubierto antes de estar listos

para huir.

—¿Huir de qué?

Vine sonrió de oreja a oreja, enseñando sus dientes afilados.

—Del resto de nuestra leal tripulación.

Knot y Vine eran rápidos y eficientes, moviéndose de bar a prostíbulo y de prostíbulo a bar, buscando silenciosamente y recogiendo a sus camaradas. Hablaron poco con Nailer mientras registraban Orleans. El resto de la tripulación eran personas normales, nada de medio hombres. Wu: alto, rubio y con dedos de menos. Trimble: corpulento y musculado, con antebrazos como jamones y el tatuaje de una sirena en un bíceps. Cat, con sus ojos verdes y mirada firme. Reynolds, con una larga trenza negra cayéndole por la espalda, baja y robusta y con una pistola al cinto.

Reynolds fue la primera localizada y asumió el mando. En cada local, lo único que decía era «Nita», y los tripulantes borrachos se despejaban o soltaban a sus rameras y se iban con ella. Todos juntos eran ya simplemente un veloz nudo de músculos y acero desnudo que se abría paso entre el bullicio de marineros y comerciantes de la ciudad sumergida.

Era asombroso ver con qué eficiencia actuaban. Un equipo entero movilizado instantáneamente ante la invocación del nombre de Lucky Girl. Era asombroso ver el valor que aquellas personas conferían a Nita. Hasta hacía poco, Nailer la había considerado sobre todo una simple niña rica que compraba el músculo que necesitaba, pero allí había algo más; una tribu armada y con un propósito. Fidelidad total. Más intensa incluso que la lealtad de las cuadrillas en los astilleros del desguace.

Reynolds les asignó sitios de rastreo.

—¿Alguien ha visto a Kaliki y a Michene?

Todos negaron con la cabeza. La segunda oficial esbozó una sonrisa tensa.

—Bien. Estad atentos a todos los que hayáis visto en otro de los barcos de la empresa. Sabemos que los esbirros de Pyce andan sueltos y también están a la caza.

—Se volvió hacia Nailer—. ¿Dónde está?

Nailer señaló en dirección a la mansión sumergida que señoreaba sobre las aguas de Orleans.

—Ahí arriba. En una de esas habitaciones. Donde los árboles crecen atravesando el tejado.

Reynolds asintió para Vine y Knot.

—Id a buscarla. —Hizo una seña a Wu—. Trae el esquite.

—Será mejor que yo vaya también —dijo Nailer—. Vimos más medio hombres antes. De Pyce. Seguían su rastro. Pensará que estáis con Pyce.

Reynolds titubeó.

Cat encogió los hombros.

—El capitán Candless cree en él, ¿no?

—En marcha —dijo Reynolds.

Nailer corrió para dar alcance a Knot y a Vine.

—Está aquí arriba —dijo sin aliento. Se adelantó a ellos, dirigiendo.

Entraron en la casa en ruinas chapoteando, con el agua salpicándoles. La escalera podrida crujió mientras subían a la zona okupada. En la casa reinaba un extraño silencio. No había absolutamente nadie. Ninguno de los otros moradores de los barrios de chabolas, ninguno de los otros recuperadores y trabajadores portuarios. Debería haber estado repleta de culis durmiendo profundamente, todos ellos agotados e inconscientes tras la jornada de trabajo. En vez de eso, había silencio. Su habitación también estaba desierta salvo por la cama oxidada y sus muelles.

Nailer bajó la escalera que conducía a la planta principal inundada, sacudiendo la cabeza, seguido de los medio hombres.

—No lo entiendo. Se...

Una sombra se movió en las aguas, levantando ondas. Knot y Vine gruñeron.

—¿Lucky Girl? —llamó en voz baja Nailer—. ¿Nita?

La sombra se materializó en una figura corpulenta y musculosa, apoyada derrengada contra una pared podrida, sentada con el agua por la cintura, que respiraba a duras penas en la oscuridad. Un ojo amarillo intenso se abrió, reluciendo como una linterna en la oscuridad.

—Ahora está con tu padre —retumbó la sombra.

—¡Tool! —Nailer corrió a su encuentro.

La sangre embadurnaba el hocico del medio hombre, y más sangre negra corría pegajosa por su pecho: cortes de machete. Su mejilla estaba abierta y mostraba marcas de garras, tenía un ojo completamente cerrado, hinchado y amoratado, pero era indudablemente Tool.

—¿Y no luchaste por ella? —El capitán Candless miró fijamente a Tool, incrédulo—. ¿Ni siquiera cuando tu patrón quería su protección?

Todos estaban a bordo del *Dauntless*, un corro de marineros desmoralizados en pie alrededor de Nailer y Tool, mientras este explicaba lo ocurrido.

—El muchacho no es mi patrón —gruñó Tool. Enjugó con un paño la sangre que todavía rezumaba del corte encima de su ojo medio cerrado.

El capitán frunció el ceño y avanzó con paso largo hasta la barandilla del *Dauntless*. El amanecer empezaba a pintar el firmamento de un gris pálido, iluminando los embarcaderos flotantes y las lejanas estructuras envueltas en niebla de Orleans.

—¿Dijeron que se la llevaban a un barco? ¿Estás seguro?

—Sí. —Tool dirigió la mirada hacia Nailer—. Tu padre se llevó una desilusión al ver que no estabas con Lucky Girl. Quería que la nave esperara mientras seguían buscándote. Ese hombre tiene planes reservados para ti, Nailer.

—¿Y te quedaste de brazos cruzados escuchando mientras todo eso pasaba? —
inquirió la segunda oficial Reynolds.

Tool parpadeó una vez, despacio.

—Richard López tenía muchos medio hombres, armados. No me lanzo a batallas imposibles de ganar.

Knot y Vine apretaron los labios ante la respuesta de Tool y emitieron guturales gruñidos de desdén. Tool no reaccionó, se limitó a mirar a la pareja.

—La muchacha es vuestra patrona, no la mía. Si os gusta morir por vuestros amos, es asunto vuestro.

Nailer sintió un escalofrío al escuchar las palabras del medio hombre. Contenían un desafío, y aquellos otros medio hombres, Knot y Vine, lo percibieron. Sus gruñidos se intensificaron. Empezaron a avanzar.

El capitán los detuvo con un ademán.

—¡Knot! ¡Vine! Id abajo. Me encargaré yo de esto.

Los gruñidos cesaron en seco. Sus miradas seguían siendo duras, pero dieron media vuelta y bajaron por una de las pasarelas del clíper hasta desaparecer en la bodega. El capitán se volvió hacia Tool.

—¿Mencionaron el nombre de su barco?

Tool sacudió su enorme cabeza.

La segunda oficial Reynolds se pellizcó el labio, pensativa.

—Hay un par de naves que podrían estar aquí abajo. Tenemos el *Seven Sisters* en el transporte de pasajeros norte-sur. El *Ray* realiza servicios de chárter. El *Mother Ganga* transporta restos de hierro a Cancún. —Encogió los hombros—. No hay nadie más programado para pasar por aquí hasta la estación de la cosecha, cuando el cereal baja por el Mississippi.

—El *Ray*, entonces —dijo el capitán—. Será el *Ray*. El señor Marn se dio mucha prisa en dar su voto de confianza a Pyce cuando el padre de Nita fue expulsado por la fuerza. Debe de ser el *Ray*.

Nailer frunció el ceño. La lista de naves le preocupaba.

—¿Hay más barcos en su lista?

—Ninguno con medio hombres como tripulantes.

Nailer se mordió el labio, intentando recordar.

—Había un barco, otro, o de nombre distinto al menos, que persiguió a *Lucky Girl* hasta la tormenta. Era un barco grande. Construido para el norte... ¿El *North Run*, tal vez?

Reynolds y el capitán lo miraron, perplejos.

Nailer frunció el ceño, frustrado. No lograba recordar el nombre. ¿*North Run*? ¿*North Pole Run*?

—¿El *Northern Run*? —probó—. ¿El *North Pole*?

—¿El *Pole Star*? —sugirió el capitán, repentinamente interesado.

Nailer asintió con inseguridad.

—Es posible.

Reynolds y el capitán intercambiaron una mirada.

—Qué nombre más feo —masculló la segunda oficial.

El capitán miró intensamente a Nailer.

—¿Estás seguro? ¿El *Pole Star*?

Nailer sacudió la cabeza.

—Solo recuerdo que era un barco para cruzar el polo.

El capitán hizo una mueca.

—Espero que te equivoques.

—¿Cambia en algo las cosas?

—Nada que te concierna. —El capitán miró a Reynolds de reojo—. Aunque se trate del *Pole Star*, no deberían saber todavía que somos el enemigo. Ninguno de vosotros hizo nada que lo identificara en tierra firme.

—Excepto tú —observó secamente Reynolds.

—Nuestro difunto primer oficial no creo que se queje. —El capitán hizo una pausa, pensando de nuevo—. Podemos con ellos. Con un poco de maña, si aprovechamos su confianza, es posible. Un poco de maña, una pizca de ayuda por parte de las Parcas...

—... y una ofrenda de sangre —masculló alguien.

El capitán esbozó una sonrisa torcida.

—¿Hay alguien de confianza a bordo del *Ray* o del *Pole Star*?

Los demás negaron con la cabeza.

—Han barajado las tripulaciones —explicó Reynolds—. Me parece que Leo y Fritz podrían haber terminado en el *Ray*.

—¿Y son de fiar?

La sonrisa de Reynolds dejó al descubierto unos dientes ennegrecidos por el consumo de betel.

—Casi tanto como usted.

—¿Alguien más?

—¿Li Yan?

Cat sacudió la cabeza.

—No. Si está con ellos, habrá cambiado de bando.

Nailer asistía a la conversación sin enterarse de nada. El capitán lo miró de reojo.

—Ah, muchacho, te has metido en un conflicto desagradable, ya lo creo. El clan de mercaderes se enfrenta a una pequeña disputa por el liderazgo.

—Rook —terció Trimble de pronto—. Seguro que Rook sigue siendo leal.

—¿Se encuentra a bordo del *Pole Star*?

—Así es.

—Parece que ahí se acaba la lista, ¿verdad? —Nadie lo contradijo, y el capitán asintió con la cabeza—. Bueno, de acuerdo. Buscaremos a los esbirros del traidor de Pyce, abordaremos su barco, liberaremos a la señorita Nita y le arrebatamos nuestra empresa al usurpador. —Inclinó la cabeza en dirección a la tripulación—. En marcha. Reynolds, puesto que el pobre Henry ha pasado a mejor vida, te concedo un ascenso.

Reynolds sonrió de oreja a oreja.

—De todas formas, hacía tiempo que delegaba en mí sus funciones.

—No me habría librado de él si no lo supiera.

La tripulación se dispersó y puso manos a la obra, apresurándose a soltar amarras y levar anclas.

Tool se puso de pie con esfuerzo.

—No zarpéis todavía —dijo—. No voy a acompañaros.

Nailer se volvió, sorprendido.

—¿Te vas?

—No me apetece morir en la mar. —Los dientes afilados del medio hombre relucieron un instante, enmarcados por una sonrisa salvaje—. Si fueras sensato, harías lo mismo, Nailer. Aléjate de todo esto.

El capitán lo observó con curiosidad.

—¿Quién es tu patrón? —preguntó—. Si no es el muchacho, ni la señorita Nita... entonces, ¿quién?

Tool le sostuvo la mirada, sin parpadear.

—No tengo patrón.

El capitán no pudo reprimir una carcajada de incredulidad.

—Imposible.

—Cree lo que quieras. —El medio hombre dio media vuelta, tambaleándose, y encaminó sus pasos hacia el muelle.

Nailer corrió tras él.

—¡Espera! ¿Por qué no puedes venir con nosotros?

Tool se detuvo. Pasó la mirada por los rostros de los marineros, con ferocidad, y entonces su ojo sano se concentró en Nailer.

—Le prometí a Sadna que te protegería, pero no puedo hacer nada contra la insensatez. Si decides jugarte la vida en el mar, eso no es de mi incumbencia. Creo que has encontrado una nueva cuadrilla. Mi deuda con Sadna está saldada.

—¿Pero qué hay de Lucky Girl?

Tool miró a Nailer.

—Solo es una persona. Esta gente opina que su valor es incalculable, pero en realidad no es más que otro ser que terminará muriendo tarde o temprano. —Inclinó la cabeza hacia el bullicio del barco—. Acompáñame, o quédate y juégate el cuello

con ellos. Tú eliges. Pero harías bien en recordar que son unos fanáticos. Darán la vida por su señorita Nita. Si te unes a ellos, asegúrate de estar dispuesto a seguir su ejemplo.

Nailer titubeó. Con Tool, estaría a salvo. Podrían ir a donde quisieran.

El rostro de Nita invadió sus pensamientos, su expresión engréida cuando le tomaba el pelo por no comer con tenedor, cuchillo y cuchara. Contrastaba con eso la insistencia con la que lo apremió para que consiguiera medicamentos para el hombro cuando él aún no era más que un desguazador para ella. Y luego, por último, el brillo de su mirada cuando estaban escondidos junto a la pasarela. La mano de ella en su mejilla...

—Iré con ellos —sentenció con firmeza.

Tool lo estudió.

—Bueno. Muerdes igual que un mastín y no hay nada capaz de abrirte las fauces. Al final resulta que eres igual que tu padre. —Nailer intentó protestar, pero Tool lo acalló con un gesto—. No niegues algo que es evidente. Tampoco López ha permitido nunca que nada se interponga en su camino. —Sus dientes relucieron fugazmente—. Cerciórate de que este bocado no es demasiado grande, Nailer. Una vez vi a una jauría de sabuesos acorralar a un dragón de Komodo, antes de perecer en masa por no saber retirarse a tiempo. Tu padre no es un simple varano. Si te atrapa, te descuartizará. Y este barco mercante no es ningún acorazado, da igual lo que piense su intrépido capitán.

Nailer se disponía a rechistar, a lanzar alguna bravata, pero vio algo en los ojos de Tool que se lo impidió.

—Entendido. Tendré cuidado.

Tool asintió bruscamente y se dispuso a marcharse, pero se detuvo. Se puso en cuclillas e inclinó la enorme cabeza hacia Nailer. Observó al muchacho con el ojo sano; cuando habló de nuevo, su aliento estaba impregnado del hedor del combate y la sangre.

—Escúchame, chico. Los científicos me crearon a partir de los genes de perros, tigres, hombres y hienas, pero la gente siempre me toma por su chucho. —La mirada de Tool se posó en el capitán, y sus dientes afilados brillaron en una breve sonrisa—. Cuando empiece la batalla, no rechaces tu naturaleza asesina. Te pareces tanto a Richard López como yo a un perro obediente. La sangre no dicta nuestro destino, piensen lo que piensen los demás. —Tool se incorporó y se dio la vuelta—. Buena suerte, muchacho. Y buena caza.

El capitán se quedó observando al medio hombre que se alejaba renqueando por la pasarela.

—Qué criatura más extraña.

Nailer no dijo nada. Las anclas estaban saliendo del agua. La pasarela se replegó

y se introdujo en un compartimiento sellado en el costado del clíper. Tool ya se había perdido casi de vista al fondo del embarcadero. Nailer se sintió muy solo de repente. Lo asaltó el impulso de llamar al medio hombre, de salir corriendo detrás de él. Al mirar a su alrededor vio el ajetreo de los marineros, todos ellos enfrascados en tareas que escapaban a su comprensión, todos ellos pertenecientes a la misma cuadrilla, familiarizados unos con otros y con sus respectivos cometidos. Se sintió completamente fuera de lugar.

Unas velas blancas se desplegaron y ondearon movidas por la brisa. La botavara barrió la cubierta y los marineros se agacharon para que pasara por encima de sus cabezas. El barco sufrió un leve estremecimiento ante la presión de las velas, hinchadas de aire, y comenzó a moverse, impulsado por los vientos que arreciaban al amanecer.

El capitán llamó por señas a Nailer.

—Acompáñame abajo, muchacho. Quiero echarte un vistazo.

Nailer quería quedarse en cubierta y observar la actividad, ver si lograba divisar aún a Tool en los muelles, pero dejó que el capitán lo condujera por la estrecha escalerilla que descendía a los atestados confines del interior de la nave.

El capitán abrió la puerta de su camarote. Una pequeña litera ocupaba casi todo el espacio. Una ventana se asomaba a la popa del barco. A la luz, cada vez más intensa, la estela de la nave se rizaba blanca tras ellos, una V que se ensanchaba en las aguas todavía grises de la mañana. El capitán inclinó la cabeza en dirección a Nailer para indicarle que bajara el asiento de un banco abatible. Cuando él hubo hecho lo propio, las dimensiones de la cabina se redujeron al mínimo.

—El espacio es un lujo —dijo—. Nuestra prioridad es el transporte de mercancías. No hay sitio para comodidades.

Nailer asintió con la cabeza, aunque no entendía a qué se refería el capitán. El barco era una joya. Todo estaba limpio y ordenado. No parecía que nadie tuviera que compartir camarote con más de tres personas. Todas las hamacas colgaban en orden. No había nada fuera de lugar. Aunque no era igual que la embarcación de la que había salido Lucky Girl, le faltaba condenadamente poco.

—Dime, Nailer, ¿de dónde has salido? ¿Cuál es tu origen?

—La playa de Bright Sands.

—No me suena.

—Está costa arriba —explicó Nailer—. A unos ciento cincuenta kilómetros, más o menos.

—Pero si allí no hay nada... —El capitán frunció el entrecejo—. ¿Eres un desguazador? —Cuando Nailer asintió con la cabeza, el capitán hizo una mueca—. Tendría que habérmelo imaginado tras ver esas costillas marcadas y los tatuajes de trabajo. —Inspeccionó la piel señalada del muchacho—. Una actividad deplorable.

—Pero da dinero.

—¿Cuántos años tienes? ¿Catorce? ¿Quince? Estás tan demacrado que resulta imposible saberlo.

Nailer se encogió de hombros.

—Pima tenía dieciséis años, creo. Y era mayor que yo... —Encogió los hombros de nuevo.

—¿No lo sabes?

Nailer se encogió de hombros otra vez.

—En realidad no tiene importancia. O eres lo bastante pequeño para trabajar en la cuadrilla ligera, o lo bastante grande para incorporarte a la cuadrilla pesada, y en cualquier caso, si demuestras ser demasiado estúpido, holgazán o indigno de confianza, no trabajarás ni en una ni en otra, porque nadie querrá poner la mano en el fuego por ti. No. No sé cuántos años tengo. Pero conseguí ingresar en la cuadrilla ligera, y cumplía con el cupo a diario. En mi tierra, eso es lo que cuenta. No la puñetera edad.

—No seas susceptible. Siento curiosidad por ti, eso es todo. —El capitán parecía dispuesto a añadir algo más al respecto, pero en vez de eso cambió de tema y se interesó por Richard López—. ¿El medio hombre dijo que tu padre te perseguía?

—Eso es. —Nailer describió la playa y a su padre, el modo en que funcionaban las cosas en los cementerios de barcos. Describió lo que hacía Richard con quienes se oponían a él.

—¿Por qué no le seguiste la corriente? —preguntó el capitán—. Habría sido más fácil para ti. Y más lucrativo, eso sin duda. Pyce no tiene reparos en comprar la lealtad. Ahora serías rico y estarías a salvo si hubieras vendido a la señorita Nita.

Nailer encogió los hombros.

Las facciones del capitán se endurecieron.

—Exijo una respuesta —dijo—. Vas a enfrentarte a tu propia sangre. Es posible que te asalten las dudas, o que decidas firmar una tregua con tu padre.

Nailer soltó una carcajada.

—Mi padre no te da tiempo a que te asalten las dudas. Antes te raja. Habla mucho de que la familia debe permanecer unida, pero lo que quiere decir en realidad es que debo darle todo mi dinero para que él se lo gaste en tobogán de cristal y asegurarme de que sale indemne de sus ataques, para que pueda seguir pegándome cuando se le antoje. —Nailer hizo una mueca—. Para mí, Lucky Girl es más familia que él.

Supo que aquello era verdad en cuanto las palabras salieron de sus labios. A pesar del poco tiempo que hacía que se conocían, Nailer confiaba en Nita. Las personas de las que podía decir lo mismo se contaban con los dedos de una mano, y Pima y Sadna eran las que encabezaban la lista. Por asombroso que fuera, Lucky Girl estaba entre ellas. Era familia. Una abrumadora oleada de añoranza amenazó con devorarlo.

—Así que ahora quieres vengarte —dijo el capitán.

—No. Es solo... —Nailer meneó la cabeza—. No se trata de mi padre, sino de Lucky Girl. Es decente, ¿de acuerdo? Vale por cien de algunos de los integrantes de mi antigua cuadrilla. Por mil de la de mi padre. —Se le truncó la voz. Nailer respiró hondo en un intento por dominarse y miró directamente al capitán—. No dejaría ni un perro muerto en manos de mi padre, así que a Lucky Girl menos. Tengo que recuperarla.

El capitán estudió a Nailer, pensativo. Se hizo el silencio.

—Pobre desgraciado —murmuró, al cabo.

—¿Yo? —Nailer estaba desconcertado—. ¿Por qué?

Una sonrisa tirante se dibujó en los labios del capitán.

—¿Te das cuenta de que la señorita Nita pertenece a uno de los clanes de comerciantes más poderosos del norte?

—¿Y qué?

—Bah. No tiene importancia. —El capitán suspiró—. Estoy seguro de que a la señorita Nita le complacería saber que inspira tanta lealtad en un desguazador.

Azorado, Nailer sintió que se le encendían las mejillas. El capitán lograba que pareciera una sabandija muerta de hambre, pegada a los talones de Lucky Girl con la esperanza de que le cayera alguna migaja. Se esforzó por decir algo que cambiara la impresión que tenía el capitán de él. Conseguir que ese tipo lo tomara en serio. El capitán veía un desguazador, tatuado con marcas de trabajo y cubierto de cicatrices acumuladas durante los años de penoso servicio. Un mocoso al que se le marcaban todas las costillas. Eso era todo. Un trozo de basura arrastrado por la marea.

Nailer lo miró fijamente.

—Lucky Girl solía mirarme igual que usted. Y ahora ya no lo hace. Por eso voy a acompañarlo. Es el único motivo. ¿Entendido?

El capitán tuvo el decoro de adoptar una expresión compungida. Apartó la mirada y se apresuró a cambiar de tema.

—«Lucky Girl», Chica con Suerte, de nuevo ese mote. ¿Por qué?

—Le sonrían las Parcas. Sobrevivió a una devastadora de ciudades mientras todos los demás tripulantes de su barco sucumbían. Es imposible tener más suerte.

—Y tu gente valora la suerte —reflexionó el capitán.

—Mi gente. Sí, a los desguazadores les gusta creer en el azar. En las cubiertas no hay mucho más a lo que aferrarse.

—¿Y el talento? ¿El esfuerzo?

—Están bien —se rió Nailer—, pero no lo llevarán muy lejos a uno. Fíjese en usted. Ha conseguido un barco de lujo y vive como un ricachón.

—Lo que tengo me ha costado mucho trabajo.

—Aun así, nació para ricachón —insistió Nailer—. La madre de Pima es mil

veces más aplicada que usted y la vida jamás le regalará nada tan bonito como este barco. —Encogió los hombros—. Si eso no es nacer con la suerte de cara, ya me dirá.

El capitán hizo ademán de replicar, pero se mordió la lengua y asintió con la cabeza, pensativo.

—Supongo que incluso lo que para nosotros son reveses de la fortuna, a ti deben de parecerle tremendos golpes de suerte.

—A menos que lo maten a uno —repuso Nailer—. Pero básicamente, sí, así es.

—Ya, en fin, la muerte no entra en mis planes a corto plazo.

—Ni en los de nadie.

El capitán sonrió.

—Menudo oráculo me he echado. —Se puso de pie—. Algún día tendré que pedirte que me leas las tabas. Mientras tanto, puedo predecir al menos que estoy dispuesto a admitirte a bordo. —Miró a Nailer de arriba abajo—. Tendremos que darte un baño, algo de ropa y una comida decente. —Empujó a Nailer hasta la puerta y el angosto pasillo que se extendía tras ella—. Y después habrá que enseñarte cómo se usa una pistola.

—¿Sí? —Nailer intentó disimular su interés.

—Tu medio hombre, Tool, tenía razón en una cosa. Si queremos rescatar a la señorita Nita, habrá que luchar. La gente de Pyce no la soltará fácilmente.

—¿Cree que pueden derrotarlos?

—Desde luego. Pyce nos pilló desprevenidos una vez, pero no volveremos a cometer el error de subestimarlos. —Le dio una palmada en el hombro—. Con un poco de suerte, la señorita Nita volverá a estar con nosotros, sana y salva, en un abrir y cerrar de ojos.

La nave empezaba a adentrarse en aguas profundas; las olas se arremolinaban bajo su casco conforme se alejaba de la seguridad que ofrecía la bahía. Nailer se tambaleó en el pasillo, sin saber cómo colocar los pies para mantenerse erguido. El capitán reparó en sus dificultades.

—Pronto te acostumbrarás a la vida a bordo, no te preocupes. Cuando se desplieguen las hidroalas, será casi como si estuvieras en tierra firme.

Nailer no las tenía todas consigo. La cubierta se elevó sobre sus pies y lo lanzó contra uno de los mamparos. El capitán lo observó con una sonrisa y reanudó la marcha por el corredor, inmune a los vaivenes.

Nailer lo siguió dando tumbos.

—¿Capitán?

El hombre se volvió.

—Es posible que ese tipo, Pyce, sea peligroso, pero tampoco subestime a mi padre. Aunque se parezca a mí, un saco de huesos cubierto de cicatrices, puede ser letal si se lo propone. Le aplastará como a una cucaracha si no tiene cuidado.

El capitán asintió con la cabeza.

—Yo no me preocuparía demasiado. Si la gente de Pyce no ha conseguido matarme todavía, tu padre tampoco lo hará. —Dio media vuelta y condujo a Nailer a la cubierta superior.

El viento abofeteó al muchacho cuando salieron al amanecer. La luz del sol se había intensificado, convertida en una oleada dorada que se extendía sobre el océano. El *Dauntless* cortaba las olas rutilantes como un cuchillo, rumbo a aguas más profundas.

La cacería había comenzado.

La espuma blanca saltaba por encima de la proa del *Dauntless* y caía sobre Nailer en una ducha de relucientes gotitas heladas. El muchacho, con medio cuerpo inclinado sobre la barandilla, celebraba con gritos de júbilo cada nueva ola que embestía la embarcación antes de elevarse hacia el cielo de nuevo.

Lo que siempre había dado la impresión de un movimiento grácil y elegante en el horizonte se convertía en una aventura trepidante si se experimentaba desde la proa del *Dauntless*. Las olas volaban hacia él, inmensas paredes de agua que se hacían añicos ante las embestidas del casco de baja densidad. De una punta a otra de las cubiertas, los marineros vociferaban y se afanaban bajo el sol abrasador, orientando las velas, realizando simulacros de combate y despejando la superficie mientras se preparaban para la batalla que esperaban que se produjera.

El *Dauntless* patrullaba las aguas azules a escasas millas de la costa de Orleans, a la espera de avistar su presa en potencia. Todo el mundo ansiaba que Nita estuviera a bordo del *Ray*. El *Dauntless* era un rival temible para un objetivo tan blando, pero la otra nave, el *Pole Star*, les infundía respeto. Incluso el capitán había expresado su preocupación. Candless era demasiado buen líder para reconocer que tenía miedo, pero sus facciones se tornaban pétreas ante la mención de la goleta intercontinental, y Nailer comprendía entonces que enfrentarse a ella supondría un combate descompensado.

—Es veloz, y peligroso —dijo Reynolds cuando Nailer le preguntó por el barco—. Tiene el casco blindado, además de sistemas de misiles y torpedos capaces de hacernos saltar por los aires. Moriríamos sin tener siquiera tiempo de encomendarnos a Dios.

Explicó que el *Pole Star* era un buque mercante pero también un navío de guerra, acostumbrado a vérselas con los piratas siberianos e inuit mientras trazaba la glacial Ruta del Polo hasta Nipón. Los piratas eran enemigos acérrimos de las flotas mercantes y estaban más que dispuestos a matar o hundir un cargamento completo en represalia por la inundación de sus tierras ancestrales. Ya no quedaban osos polares, y las comunidades de focas escaseaban y estaban muy dispersas, pero con la apertura del pasaje septentrional había aparecido un nuevo animal seboso en las regiones polares: los comerciantes nortños que tomaban el atajo en dirección a Europa y Rusia, o a Nipón y el vasto Pacífico a través del derretido casquete polar. Con la desaparición del hielo, los siberianos y los inuit se habían convertido en gentes de mar. Perseguían a sus nuevas presas como habían hecho antes con las focas y los osos en el norte congelado, y las abatían con un apetito insaciable.

El *Pole Star* era un barco que disfrutaba con estos encuentros; que los provocaba, incluso.

Aun así, pese a las advertencias de Nailer, Reynolds estaba segura de que lo más probable era que terminaran midiéndose con el *Ray*.

—El *Pole Star* está en la otra punta del globo —dijo.

—Pero Lucky Girl...

—La señorita Nita podría haberse confundido. En medio de una tormenta, perseguida... cualquiera podría equivocarse.

—Lucky Girl no es idiota.

Reynolds lo fulminó con la mirada.

—Yo no la he llamado idiota. Lo que digo es que podría haberse confundido. El programa de navegación del *Pole Star* lo sitúa frente a las costas de Tokio, y eso suponiendo que los vientos hayan sido favorables. No más cerca.

La actividad en las cubiertas era incesante. Una asombrosa cantidad de procesos estaban automatizados a bordo de la nave. Podían izar y arriar las velas mediante cabrestantes electrónicos accionados por baterías solares. Las mismas velas ni siquiera eran de lona, sino lienzos solares diseñados para suministrar electricidad al sistema y sumarla a la energía ya disponible gracias a las células solares de las cubiertas. Pero aun con todos esos mecanismos electrónicos y automatizados, el capitán Candless obligaba a todo el mundo a practicar cómo sacar el mayor rendimiento a las velas cuando todo lo demás dejaba de funcionar y cómo accionar las bombas de mano en caso de que el barco hiciera agua y no hubiera corriente. Juraba que ni toda la tecnología del mundo salvaría a un marinero si este no sabía usar la cabeza ni conocía su nave.

La tripulación del *Dauntless* conocía su nave.

Los marineros trepaban por los mástiles para comprobar que no hubiera tensores oxidados ni gazas sueltas. Junto a Nailer, Cat y otro de los tripulantes estaban cargando el enorme cañón de Buckell instalado cerca de la proa, encajando el parapente en el cañón y ajustando el reluciente cabo de monofilamento (finísimo pero fuerte como el acero) enroscado en su molinete junto al cañón.

Si alguien lamentaba la pérdida de los tripulantes que se habían quedado en tierra cuando zarparon, nadie lo expresaba con palabras. El capitán había murmurado que algunos de los marineros que aún estaban a bordo probablemente habrían preferido otro patrón, pero eso carecía de importancia. Estaban rodeados de olas, y si alguien tenía alguna queja, se la guardaba para sus adentros. El grupo de seguidores leales a Candless mantenía a todo el mundo a raya, de modo que el *Dauntless* cortaba las olas del golfo, patrullando y esperando a su objetivo.

La primera noche, Nailer había dormido en una litera mullida y se despertó con la espalda dolorida a causa de ello; no estaba acostumbrado a los colchones que se hundían bajo su peso, sino a la arena, a las hojas de palma y a las tablas de madera, pero al segundo día se sentía tan mimado que se preguntó cómo lograría conciliar el

sueño cuando regresara a la playa.

Era un pensamiento intrigante: ¿«cuando» regresara?

¿Acaso pensaba volver?

Si lo hacía, su padre o la cuadrilla de su padre estarían esperándole, personas que le exigirían una compensación. Pero tampoco ninguno de los tripulantes del *Dauntless* daba muestras de querer invitarle a quedarse a bordo. Se encontraba perdido en el limbo.

Un remojón lo sacó de su ensimismamiento. El barco embistió la cresta de otra ola, empapándolo y haciéndole perder el equilibrio. Resbaló por la cubierta hasta que su cabo de salvamento lo frenó en seco. Estaba enganchado a la barandilla para no caerse por la borda, pero aun así las inmensas olas verdes y azules que invadían la proa y cubrían la cubierta inclinada eran tremendamente poderosas. Un nuevo muro de agua se desplomó sobre ellos. Nailer se sacudió el agua salada de los ojos.

Reynolds soltó una risotada mientras observaba cómo se levantaba.

—Tendrías que verlo cuando aceleramos en serio.

—Creía que ya lo hacíamos.

—No. —La mujer sacudió la cabeza—. Algún día, si desplegamos la vela alta, lo verás. Eso no es navegar, sino volar. —Su mirada adoptó una expresión distante—. Volar de verdad.

—¿Por qué no ahora?

Reynolds volvió a menear la cabeza.

—Los vientos tienen que ser propicios. No se puede disparar el cañón de Buckell a menos que se entienda cómo funcionan las corrientes altas. Primero hacemos volar cometas para tantear el terreno, para cerciorarnos, y después, si las aguas y las corrientes altas son favorables —señaló el cañón—, disparamos esa hermosura y el barco sale disparado del agua como impulsado por un resorte.

—Y voláis.

—Eso es.

Nailer titubeó, antes de decir:

—Me gustaría verlo.

Reynolds lo observó con expresión pensativa.

—Tal vez lo hagas. Si tenemos que huir, es posible que terminemos planeando sobre las olas.

Nailer vaciló.

—No. Me refiero a después de rescatar a Lucky Girl. Quiero ir con vosotros. A donde vayáis. Me gustaría acompañaros.

—Ten cuidado con lo que desees. Tendrías que deslomarte trabajando.

—¿Eso es todo? —Nailer hizo una mueca—. El trabajo no me da miedo.

—No veo que hagas otra cosa aparte de holgazanear en cubierta y jugar con las

olas.

Nailer la miró a los ojos.

—Haré lo que me pidáis, si me aceptáis. Solo tendréis que pedirlo. No me asusta ninguna tarea.

Reynolds sonrió.

—Supongo que habrá que mandarte a lo alto del palo, a ver qué pasa.

Nailer ni siquiera pestañeó.

—Subiré.

El capitán apareció detrás de la mujer.

—¿A qué viene tanta cháchara?

—Aquí, Nailer, que quiere trabajo —respondió la mujer con una sonrisa.

El capitán se quedó pensativo.

—Mucha gente quiere trabajar a bordo de un clíper. Hay clanes enteros dedicados a ello. Familias que adquieren el derecho a enrolarse como grumetes con la esperanza de terminar ascendiendo. Mi propia familia lleva trabajando en los clíperes desde hace tres generaciones. Hay mucha competencia.

—Puedo hacerlo —insistió Nailer.

—Mmm —fue lo único que dijo el capitán—. Me parece que deberíamos aplazar esta conversación hasta que hayamos encontrado a la señorita Nita.

Nailer no sabía si Candless intentaba enfriarle los ánimos o si sencillamente estaba diciéndole que no de forma educada. El muchacho quería insistir en el tema, pero no se le ocurría cómo hacerlo sin que el capitán se enfadara.

—¿Realmente cree que puede encontrar a Lucky Girl y rescatarla? —optó por preguntar.

—Bueno, tengo un par de ases en la manga —respondió Candless—. Si el capitán del *Ray* sigue siendo el señor Marn, les habremos salvado por la borda antes de que se den cuenta de lo que pasa. —La sonrisa que le curvaba los labios se desvaneció—. Pero si se trata de la señora Chávez, nos espera una pelea de las buenas. Aparte de que no tiene ni un pelo de tonta, su tripulación es dura de pelar. Las cubiertas acabarán bañadas de sangre.

—Seguro que no se trata del *Pole Star* —insistió Reynolds.

—¿Usan medio hombres los dos? —preguntó Nailer.

—Unos cuantos —respondió el capitán—. Pero casi la mitad de la tripulación del *Pole Star* está equipada con aumentos.

—¿Aumentos?

—Tus medio hombres. Los llamamos «aumentados» porque son personas modificadas.

—Como Tool.

—Una criatura extraña, ese Tool. Nunca había oído que las empresas de

recuperación emplearan ese tipo de pesos pesados.

—No estaba con Lawson & Carlson. Actuaba por cuenta propia.

El capitán sacudió la cabeza.

—Imposible. Los aumentos no son como nosotros. Tienen un solo amo. Cuando lo pierden, se mueren.

—¿Los matáis?

—Santo cielo, no. —El capitán se rió—. Se mueren de pena. Son muy leales. No pueden sobrevivir sin sus amos. Es algo relacionado con su cadena de genes caninos.

—Tool no tenía amo.

El capitán asintió con la cabeza, pero Nailer se daba cuenta de que no lo creía. Lo dejó correr. Sería contraproducente que Candless pensara que estaba chiflado.

No obstante, eso planteaba varias dudas acerca de Tool. Todo el que estaba familiarizado con los medio hombres y sus características genéticas aseguraba que Tool era una criatura imposible. Que los medio hombres independientes no existían. Sin embargo, Tool había dado la espalda a muchos patrones. Había trabajado al servicio de Lucky Strike y de Richard López, había trabajado para Sadna, había trabajado para protegerlos a él y a Lucky Girl, y al final se había ido sin más cuando le pareció oportuno. Nailer se preguntó qué estaría haciendo Tool en esos momentos.

Las cavilaciones de Nailer se vieron interrumpidas cuando el capitán Candless desenfundó una pistola.

—Casi se me olvida —dijo el capitán mientras le entregaba el arma al muchacho—. Te lo había prometido antes. Algo para cuando encontremos nuestro barco. Necesitarás practicar con ella. Cat se encargará de adiestrar a la tripulación, y tú entrenarás con ellos. Tácticas de abordaje y cosas por el estilo.

Nailer sopesó el objeto liviano, tan distinto de la clase de pistolas que había visto emplear a los otros.

—Pesa muy poco.

El capitán soltó una carcajada.

—Incluso puedes nadar con ella. No te arrastrará al fondo. La munición es penetrante. No se vale del peso para entrar en el cuerpo... bueno, no solo... sino que aprovecha la torsión del cañón. Tienes treinta disparos. —Le ofreció a Nailer un cuchillo de combate—. ¿Sabes cómo hay que rajar a alguien? —Indicó las partes blandas del cuerpo—. No te obsesiones con asestar un golpe mortal y no busques la cabeza. Eso te obligaría a estirar demasiado el cuerpo. Apunta bajo y ataca al vientre, a las rodillas y detrás de las piernas. Si tu rival ha caído...

—Córtale el cuello.

—¡Buen chico! Estás hecho un cabroncete sanguinario, ¿verdad?

Nailer encogió los hombros mientras se acordaba de la sangre de Ojos Azules, caliente en sus manos.

—Mi padre es bastante bueno con el cuchillo —dijo. Se obligó a expulsar el recuerdo de su cabeza—. ¿Cuándo cree usted que entablaremos combate?

—Patrullaremos esta zona. Deberíamos divisar todo lo que se mueva en un radio de quince millas. Contamos con telescopios para echarles un buen vistazo antes de decidir si queremos perseguirlos o acercarnos en son de paz. —Encogió los hombros—. No sabemos qué se proponen. Tal vez vayan a quedarse una temporada en el sur, agazapados, mientras esperan órdenes del consejo de empresa en el norte, aunque lo dudo. Pondrán rumbo al norte e intentarán establecer contacto con Pyce.

El capitán se volvió y encaminó sus pasos a la cubierta de mando. Mientras se alejaba, inclinó la cabeza hacia la pistola de Nailer.

—Practica con ella, muchacho. Asegúrate de ser capaz de acertar a tu blanco.

Nailer se armó de valor para ir tras el hombre y llamarlo:

—¡Capitán!

Cuando Candless se dio la vuelta, Nailer dijo:

—Ya que me confía usted una pistola, tal vez podría confiarme también algo que hacer. —Abarcó el ajetreo de la nave con un ademán—. Debe de haber algo para lo que pueda usar mis servicios.

Reynolds sacudió la cabeza.

—Eres como una garrapata encima de un perro. No dejas de intentar encontrar asidero.

—Solo quiero ayudar.

El capitán lo observó con expresión pensativa antes de asentir en dirección a Reynolds.

—Me parece bien. Desengánchalo y encárgale que haga algo de provecho.

Reynolds dirigió una mirada de admiración a Nailer.

—Bien hecho, muchacho. —A continuación, sonrió—. Creo que tengo el trabajo perfecto para ti.

Lo condujo a la bodega del clíper, donde se encontraban expuestos los sistemas hidráulicos de la nave. La cámara estaba en penumbra. Los paneles de control que se habían quitado de la cubierta se amontonaban en bidones. Bajo el suelo podían verse unos engranajes inmensos, con sus amenazadores dientes entrelazados, relucientes gracias a los aceites con los que los habían engrasado. Junto a las consolas de mando brillaban unos pequeños indicadores led. El aire hedía a lubricante y metal. Un vago mareo asaltó a Nailer. Aquello le recordaba su estancia en la cuadrilla ligera.

Una figura enorme salió gateando del interior del sistema de engranajes y se irguió cuan alta era. Sus bestiales ojos amarillos se clavaron en ambos. Knot.

—Nailer dice que quiere hacer algo útil —dijo Reynolds.

Knot lo examinó mientras su hocico canino aspiraba el aire en actitud interrogante.

—Bueno —resopló—. Es lo bastante pequeño. Tengo algo para él.

Cuando Reynolds se hubo marchado, el medio hombre entregó a Nailer un bote de lubricante y un spray con aplicador que Nailer se colgó a la espalda, luego Knot le encargó que engrasara los sistemas de engranajes que extendían las hidroalas. Las gigantescas ruedas, algunas de ellas de más de un metro de diámetro, estaban tendidas en el suelo.

—Asegúrate de desengrasarlas una por una antes de echarles aceite otra vez. Sé meticuloso. No queremos que los sistemas se oxiden. Pero tampoco te entretengas. El capitán sabe que estamos revisando el sistema y las órdenes de cancelación ya están programadas. —Knot señaló una hilera de palancas e indicadores led junto a los engranajes—. Técnicamente, nadie puede extender las hidroalas mientras las tengamos bloqueadas, pero... —se encogió de hombros— no sería la primera vez que se produce un accidente. He visto a marineros perder un brazo porque a alguien se le olvidó comprobar dos veces los cierres de seguridad, así que aunque creas que nadie va a desplegar las alas, no te duermas.

Nailer estudió los impresionantes sistemas de engranajes. Los dientes, que emitían un débil resplandor, parecían dispuestos a triturarlo en cuanto se despistara.

—De modo que es peligroso, ¿no?

—Las hidroalas se extienden muy rápido. No te daría tiempo a reaccionar ni a apartarte. Empiezan a girar y lo absorben todo, incluso a cierta distancia. Generan toneladas de presión. No quedaría nada de ti, salvo un montón de carne picada.

—Estupendo.

—Querías trabajo. —Knot lo miró con firmeza—. Esto es lo que hay.

Nailer captó el mensaje. Gateando, se introdujo en el compartimiento de servicio, zigzagueando entre los engranajes. Knot lo observó durante unos instantes.

—También deberías lubricar las juntas de las válvulas de frenado del sistema de alimentación del monofilamento —dijo.

Nailer estiró el cuello para echar un vistazo alrededor.

—¿Y esas cuáles son?

El medio hombre lo miró furioso.

—Las que tienen una etiqueta con ese nombre. —Abarcó con un ademán los distintivos grasientos y raídos que se adherían a los diferentes componentes del sistema.

Nailer contempló fijamente las palabras ininteligibles. Su mirada saltó de las etiquetas al medio hombre, y de nuevo a las etiquetas.

—Vale. Entendido.

Knot compuso una mueca de desdén.

—¿No sabes leer?

—Sé dibujar mi marca. Y los números. Cosas así.

Knot resopló, exasperado.

—Tu empresa de desguace tiene que rendir cuentas por muchas cosas. —Sacudió la cabeza—. Habrá que enseñarte, entonces.

—¿A qué viene tanta historia? —preguntó Nailer—. Tú dime qué hay que engrasar, y lo recordaré. Si era capaz de llevar la cuenta del cupo, podré encargarme de esto.

Knot hizo una mueca de fastidio.

—No me servirás de nada si no sabes leer. —Agitó una mano en dirección a una serie de palancas—. ¿Cómo vas a distinguir las que liberan los engranajes de las alas de las que te permitirían comprobar los lubricantes? ¿Cómo vas a saber cuáles accionan el sistema de alimentación y cuáles reactivan las alas? —Knot le dio un manotazo a una palanca y oprimió un botón en el interior del compartimiento de servicio. Se agachó y tiró de Nailer para sacarlo del amasijo de ruedas dentadas—. ¡Aparta!

Se encendió una luz roja y Knot accionó otra palanca. Los engranajes cobraron vida con un chirrido, un vertiginoso amasijo de ruedas. Un soplo de aire impregnado de lubricante los envolvió conforme los dientes encajaban uno detrás de otro y aceleraban al máximo. El compartimiento de servicio al completo se había transformado en un vórtice de engranajes rodantes que parecían empeñados en aspirar a Nailer. Si hubiera estado allí abajo, ahora no sería más que una fina película de gotitas de sangre. Se le puso la piel de gallina al comprender por fin la tarea que le había encomendado Reynolds.

—¿Cómo vas a saber lo que tienes que hacer? —gritó Knot para imponer su voz al aullido de los engranajes—. ¿Cómo vas a saber cómo pararlo?

Aporreó otro botón y frenó el sistema. Los borrosos engranajes deceleraron y se detuvieron sin sobresaltos; el silencio volvió a reinar en la sala.

—Necesito a alguien que no vaya a cometer un error y arrancarse un brazo él solo pulsando el botón que no debe —retumbó el medio hombre—. Informaré a Reynolds de tu deficiencia.

—¡Espera! —Nailer titubeó—. ¿No puedes enseñarme? Si no te chivas a Reynolds, aprenderé todo lo que quieras. No me expulses de vuestra cuadrilla sin darme una oportunidad de integrarme.

Los caninos ojos amarillos del medio hombre escrutaron a Nailer.

—¿Quieres que le oculte un secreto a mi patrona?

—No. —A Nailer se le truncó la voz al comprender que el terreno que mediaba entre Knot y él se había transformado en arenas movedizas—. Lo único que digo es que puedo aprender todo lo que me echas. Solo tienes que darme una oportunidad. Por favor.

Knot ladeó la cabeza y sonrió.

—Bueno, veremos si tus actos están a la altura de tus palabras.

—Entonces, ¿no le dirás nada?

Las carcajadas de Knot retumbaron apagadas.

—No, nada de eso. No hay secretos a bordo de este barco. Pero puede que la primer oficial Reynolds te conceda un período de gracia... siempre y cuando conserves la motivación.

—Así lo haré. Te lo aseguro.

Los dientes de Knot relucieron en la penumbra, brillantes y afilados.

—Siempre es un placer conocer a un joven con ganas de aprender.

La fortuna les sonrió al octavo día de navegación. El *Ray*, en alta mar, surcaba las aguas en dirección al estrecho de Florida y al Atlántico que se abría tras él. La noticia se propagó por el barco como una descarga eléctrica. Pronto todo el mundo confluía en la cubierta. El capitán Candless se permitió sonreír ante su golpe de suerte.

—El *Rayo* —dijo—. No se trataba del *Pole Star*, después de todo.

Era evidente que se sentía aliviado. Nailer se esforzó por ver la mota en el horizonte a bordo de la que viajaba *Lucky Girl*, pero era imposible. El capitán reparó en él, sonrió, y lo llevó al puente de mando, donde un telescopio y un sistema de captura de imágenes estaban sacando y ampliando fotos del horizonte. Las manchas borrosas por la lejanía se convirtieron en una embarcación, proa, popa y rostros difusos. Y todo a quince millas de distancia. Nailer contempló fijamente las fotografías, impresionado.

—Nos acercaremos a ellos y sacaremos más fotos —dijo el capitán—. Necesitamos saber quién está en cubierta. —Inclinó la cabeza hacia su tripulación—. Y mantener la nuestra despejada. —Hizo una pausa—. Te quedarás abajo hasta que estemos listos para el abordaje. Si la señorita Nita te delata o si tu padre te ve, estarán prevenidos. Eso no nos convendría. —Pensativo, el capitán dejó que su mirada vagase de nuevo por el horizonte—. No. Desde luego, no nos convendría.

—¿Podéis darles alcance? —preguntó Nailer. La distancia parecía insalvable.

Reynolds, que se encontraba al timón de la nave, esbozó una sonrisa.

—Nuestro clíper está diseñado para navegar a gran velocidad y su barco es una bañera de recreo.

—Entonces, ¿podemos?

—Ya lo creo. Los alcanzaremos y los abordaremos. Y nos cobraremos una presa suculenta. —El capitán y la mujer intercambiaron unas sonrisas cómplices.

—No me dará ninguna pena ver al señor Marn llevándose su merecido —dijo Candless. Llamó por señas a Nailer—. Ven. Tardaremos un rato en cubrir la distancia. Mientras estés abajo, podrías aprovechar el tiempo. Así que venga, a hincar los codos.

Nailer reprimió un suspiro.

Knot se había embarcado en el proyecto de enseñarle a leer, y el muchacho no había tardado mucho en cogerle manía al tedio que suponían los libros. Pero eso a Knot le traía sin cuidado. La gigantesca criatura se limitaba a presionar, examinar y obligar a Nailer a memorizar las letras para luego escribirlas.

En realidad, la tarea no era tan ardua como Nailer siempre se había temido, sobre todo con la iracunda mirada amarilla de un medio hombre espiando por encima de su

hombro, pero tampoco es que fuese demasiado interesante de por sí. A grandes rasgos, se reducía a una mera cuestión de tiempo y de tesón, y con el barco navegando en círculo para matar el tiempo y los engranajes de las hidroalas limpios y lubricados, Knot no le permitía hacer nada más que estudiar. Nailer había pasado las dos o tres últimas noches tendido en su litera con la cabeza desbordada de palabras y letras, soñando con los trucos para deletrear que le había enseñado Knot.

Al medio hombre le gustaban los trucos. Las letras eran fáciles, pero las palabras tenían su misterio. Muchas de ellas no se escribían como sonaban. Aun así, al fin y al cabo, era cuestión de memorizar un puñado de estrategias, igual que marcar los codos de un conducto o llevar la cuenta del cupo. Además, si se equivocaba en sus cálculos, los castigos de Knot no eran ni la mitad de estrictos que los del viejo Bapi.

Nailer se dejó conducir bajo la cubierta, buscó a Knot, y pronto se enfrascaron en la lectura de uno de los libros de este, algo acerca de un anciano que salía a pescar en su bote. Era difícil concentrarse, sin embargo, sabiendo que Lucky Girl y la batalla se cernían sobre el horizonte.

Al final, cerró el libro y observó al medio hombre.

—¿Siempre has tenido un amo? —preguntó.

Knot le sostuvo la mirada.

—Trabajo para el capitán Candless.

—Ya, pero si quisieras, ¿podrías trabajar para alguien más?

Knot encogió los hombros.

—No es eso lo que quiero.

—¿Podrías? —insistió Nailer.

La mirada de Knot se endureció. Las ventanas de su nariz se dilataron y los dientes despuntaron ligeramente tras sus labios fruncidos.

—No es lo que quiero —gruñó el medio hombre.

Nailer dio un respingo. De improviso, Knot parecía un mastín arrinconado, dispuesto a morder. Toda aquella musculatura, antes tan serena y calmada, se había tensado y erizado en un abrir y cerrar de ojos. Nailer deseaba insistir, pero el medio hombre se había vuelto demasiado aterrador. Cerró la boca.

El medio hombre se quedó mirando a Nailer unos instantes más.

—No es lo que quiero —repitió, y apartó la mirada.

De pronto, Nailer se sintió curiosamente avergonzado por provocar a la inmensa criatura.

—Estábamos leyendo —dijo, titubeante.

El medio hombre asintió despacio con la cabeza.

—Sí. Por favor, continúa.

Durante un rato, Nailer leyó, y Knot le corrigió. Al cabo, el medio hombre dijo:

—Creo que ya has hecho suficiente por ahora. Debo ocuparme de otros

preparativos.

—¿Estás listo para luchar?

Knot sonrió y sus dientes afilados resplandecieron.

—Llevo la lucha en la sangre. —Hizo una pausa—. Pero esta vez será también un placer.

—¿Por Lucky Girl? —Nailer se corrigió—: ¿Por la señorita Nita?

—Sí.

—¿Es tu ama? —preguntó, titubeante—. ¿A la que has jurado lealtad?

Knot lo observó sin parpadear.

—No exactamente. El capitán Candless está a su servicio. Yo estoy al servicio del capitán. Pero prestamos juramentos duales al clan.

—Sin embargo, ahora su clan se ha dividido. Pyce también tiene medio hombres a su servicio.

—Sí. Corren tiempos difíciles.

Nailer quería hacer más preguntas acerca de la naturaleza de la lealtad de Knot, pero temía irritar a la criatura. La última vez había tenido la impresión de encontrarse al filo de provocar el ataque de un tigre. Había susceptibilidades en juego que escapaban a su comprensión.

—¿Jamás trabajarías para Pyce?

Los dientes afilados relucieron de nuevo, seguidos de un gruñido ronco.

—Él no vale nada. Se ha vuelto contra nosotros.

—Pero el capitán Candless también trabajaba para él. Hasta hace un par de días...

Knot se puso en pie de repente.

—Mientras la señorita Nita siga con vida, no serviremos a Pyce. La dábamos por muerta. Ahora sabemos que no lo está. Eso es todo. La serviremos hasta que muera o hasta que su clan ceda todo el control a Pyce y a sus herederos. Su padre haría cualquier cosa por ella. Nosotros no podemos ser menos.

—¿Tanto le importa?

—Es su hija. Familia.

—Claro. «Familia». —Nailer reprimió una punzada de celos—. Lo único que he obtenido alguna vez de la familia es una colleja.

—No todas las familias son iguales.

Nailer no tenía mucho que decir a eso. Knot fue a encargarse de sus quehaceres y dejó al muchacho tendido en su litera, aguardando mientras el *Dauntless* daba alcance a su presa.

Familia. Una simple palabra, nada más. Ahora Nailer sabía cómo se deletreaba. Podía ver todas sus letras ensartadas en fila, una detrás de otra. Pero también era un símbolo. Y la gente pensaba que sabía qué significaba. Todo el mundo la usaba. Los desguazadores. Su padre, la tripulación del *Dauntless*. Tool. Era uno de esos temas

sobre los que todo el mundo se permitía opinar: que era lo que te quedaba cuando no tenías nada más, que la familia siempre estaba a tu lado, que la sangre era más espesa que el agua, etcétera.

Pero cuando Nailer se paraba a pensarlo, la mayoría de esas palabras e ideas parecían unas excusas excelentes para que las personas se portaran mal y creyeran que podían salir indemnes. La familia no era más fiable que el matrimonio, la amistad o el juramento de sangre de una cuadrilla, posiblemente menos. Su propio padre lo destriparía sin dudarlo si alguna vez lograba volver a echarle el guante; daba igual que corriera la misma sangre por sus venas. Nita tenía un tío que intentaba darle caza.

Pero Nailer estaba convencido de que Sadna lucharía por él con uñas y dientes, y tal vez incluso daría la vida por salvar la suya. Sadna se preocupaba por él. Igual que Pima.

Los lazos de sangre no significaban nada. Eran las personas lo que importaba. La familia te guardaba las espaldas, y tú hacías lo propio. Todo lo demás era humo y mentiras.

El *Ray* era un yate estilizado con una tripulación poco numerosa. El *Dauntless* lo perseguía mientras el capitán Candless mataba el rato hablando de trivialidades por radio y haciendo comentarios simpáticos sobre el estado del tiempo durante la estación de los huracanes.

Conforme se acortaba la distancia, la confianza del capitán aumentaba. La dotación del yate era escasa, y lo que veía no le inspiraba el menor miedo. El barco tardó mucho tiempo en adivinar las intenciones del *Dauntless* y emprender la huida despavorido.

Cuando el *Ray* por fin desplegó las velas y comenzó a acelerar en alas del viento, el capitán se carcajeó, entusiasmado.

—¡Ah! El señor Marn no es tan estúpido como sospechábamos —dijo—. Ahora podremos disfrutar de una persecución en condiciones.

A gritos, ordenó a sus hombres que se prepararan para ganar velocidad. Se desplegaron más velas y el *Dauntless* salió disparado tras su presa. El *Dauntless* era superior en tamaño y rapidez, y el capitán recibió con carcajadas los esfuerzos del *Ray* por escapar.

—Como un tigre persiguiendo a un gatito —se mofó.

Aun así, el otro capitán, el señor Marn, era listo. Viraba, les obligó a pasar de largo en una ocasión, y los hombres apostados en su cubierta dispararon las pistolas cuando las dos embarcaciones se cruzaron. Pero solo fue cuestión de tiempo que el *Dauntless* se pusiera al costado y se aferrara al *Ray* con los garfios.

—¡Rendíos si no queréis que os hunda y os abandone a vuestra suerte! —rugió Candless, y el barco rival renunció a seguir luchando.

Antes de quedar inmovilizados por completo, los hombres de Candless ya habían cruzado de un salto la separación entre ambas embarcaciones, con avidez, pistolas en ristre. Se desplegaron por la cubierta e irrumpieron en tropel en la bodega. Tras unos cuantos minutos de incertidumbre, el resto de la tripulación del *Ray* salió a la cubierta con las manos encima de la cabeza. Guardias medio hombres, los cocineros y el personal de servicio, y por último el capitán Marn. Todos clavaron sus miradas iracundas en el *Dauntless*.

—¿Dónde está la señorita Nita? —preguntó Candless, a voces.

Marn sonrió.

—¡Si no eres capaz de encontrarla, no la mereces, malnacido amotinado!

—¿Amotinado? —masculló Candless—. No soy yo el que se embolsó los billetes rojos de Pyce. —Se volvió hacia su primer oficial—. Reynolds, tome el mando de la nave.

Bajó los escalones seguido de Nailer. El salto de un barco al otro era un desafío

para los nervios, pero Nailer estaba decidido a no mostrar ningún miedo. Saltó y aterrizó de cualquier manera en la inestable cubierta, pero al menos estaba a bordo.

El capitán Candless paseó la mirada por la cubierta.

—A ver si encuentras a la señorita Nita, muchacho. Tiene que andar por alguna parte.

Nailer se adentró en las entrañas del buque y registró un camarote tras otro, pero no había ni rastro de Lucky Girl por ningún lado. Nada. No estaba en ninguna de las cabinas, asombrosamente espaciosas. No estaba en ninguna parte. Había más gente inspeccionando la nave, Knot, Vine y Cat, y todos ellos se mostraban cada vez más preocupados conforme se iban agotando los camarotes sin explorar.

—¿Habrás algún escondite secreto? —sugirió Nailer.

—¿No estaría armando un escándalo? —se preguntó Cat.

—No si está drogada o maniatada.

Cat hizo una mueca de asco. Reanudaron la búsqueda. Al cabo, regresaron a la cubierta.

—Nada —informó Cat—. No hemos encontrado ni rastro.

El capitán maldijo y se encaró con Marn.

—¿Dónde está? —Clavó un dedo en el pecho de Marn—. Si la liberas, no te arrojaré por la borda. Lo cual sería más de lo que te mereces. Has quebrantado todos los juramentos del clan, y deberíamos ahorcarte.

—Según lo entiendo yo, solo hay una persona que haya quebrantado los juramentos del clan, y ese eres tú, pirata hijo de perra.

El capitán Candless frunció el ceño y se dio la vuelta para gritar a su tripulación:

—¡Desmanteladlo! Haced pedazos esta condenada nave. ¡Que no quede pieza sobre pieza! Quiero que encontréis a la señorita Nita, y después quiero que enviéis este barco al fondo del mar. —Fulminó con la mirada a su rival—. Tuviste ocasión de hacer lo correcto. Tuviste oportunidades de sobra.

El capitán Marn sonrió de repente.

—Siempre habíamos sospechado que no eras leal. No podía ser de otro modo. No después de lo ocurrido con la señorita Sung. Siempre lo supimos. Pero fuiste más cauto que la mayoría. Aguardaste el momento adecuado. Fuiste discreto. Algunos pensaban que te merecías el beneficio de la duda.

Una sonrisa tirante se dibujó en los labios de Candless.

—Tanta generosidad me abruma. —Se tocó el sombrero—. Pensaré en tu bondad mientras veo cómo se hunde tu barco bajo tus pies.

—Tampoco hace falta que exageres con los agradecimientos —se carcajeó Marn—. Ahora que sabemos con qué cartas juegas, te perseguiremos hasta el último confín de la tierra.

—No cuando se reúna la junta. Tú desaparecerás y yo volveré a navegar.

El capitán Marn sonrió y sacudió la cabeza.

—Me sorprendes. Con lo listo que eras, hijo de perra.

Candless entornó los párpados.

—¿Y eso qué significa?

Marn encogió los hombros.

—Nada, que antes eras más perspicaz. Solías tener un sexto sentido. Estaba seguro de que te olerías la trampa y no caerías en ella, pero al final has recorrido todo el camino hasta aquí, tal y como esperaban.

—¿Quiénes lo esperaban? —Candless miró fijamente a Marn. Una sombra de temor atravesó el rostro del capitán del *Dauntless*, una idea preocupante; y entonces bramó—: ¡Reynolds!

—¿Capitán?

—¿Cómo está el horizonte?

—Despejado, señor.

—Mira otra vez.

Transcurridos unos instantes, Reynolds anunció:

—Veo una vela.

—¡Identifícala!

Otra pausa, y acto seguido la primer oficial se asomó por la borda para exclamar:

—¡Es el *Pole Star*, señor! ¡Sin lugar a dudas!

El capitán Marn y su tripulación sonrieron mientras la noticia se propagaba entre los hombres de Candless.

—Si te entregas ahora —dijo Marn—, trataremos a tus tripulantes como combatientes en vez de como subordinados. —Levantó la voz para que todos lo oyeran—. ¡Quedaréis en libertad si os rendís ahora mismo! O podéis morir como perros con vuestro capitán. ¡La decisión está en vuestras manos!

El capitán Candless palideció mientras contemplaba la cubierta repleta de marineros del *Dauntless* que lo rodeaban. La primera orden que intentó escapar de sus labios se redujo a un gemido truncado. Lo intentó de nuevo, y esta vez le salió su voz, potente y airada:

—¡Regresad al barco! ¡A las velas!

Su tripulación se apresuró a obedecer, pero no al completo. Cat y tres más se quedaron junto a la barandilla, observando. Cat se despidió agitando una mano con expresión compungida antes de permitir que los hombres del *Ray* lo desarmaran.

Candless aún no había terminado.

—¡Vine! ¡Knot! Destruid su sistema de navegación.

El cañón del *Dauntless* giró sobre su eje. Marn hizo ademán de protestar, pero Candless lo acalló apuntándole a la cara con su pistola.

—Te enviaría al fondo del mar, pero tu tripulación no merece perecer ahogada tan

solo porque tú seas un perro embustero.

El cañón disparó, y el puente de mando estalló en llamas. Vine y Knot se acercaron corriendo a las velas, armados con antorchas, y la seda y los cabos comenzaron a arder de repente. La conflagración ganó altura en un abrir y cerrar de ojos. Entre los tripulantes del *Ray* se propagaron murmullos de rabia. Las llamas brincaban buscando el cielo. El resto de los hombres de Candless regresaron de un salto a bordo de su embarcación, y el *Dauntless* se alejó ciñendo la nave incendiada.

—¡A todo trapo!

Nailer dirigió la mirada hacia el buque que se acercaba por el horizonte. Aun sin el telescopio del *Dauntless*, parecía enorme.

—El *Pole Star* está diseñado para el combate —dijo Candless—. Nuestra única esperanza es que quieran nuestro barco como trofeo, o nos harán volar por los aires donde nos encontremos y moriremos todos.

Nailer contempló los dos barcos.

—¿Por qué iban a perdonarnos la vida?

—Carecemos de su arsenal. Eso los volverá confiados. —Candless se giró para observar el *Ray*, cuya tripulación estaba bombeando agua de mar sobre las velas en llamas. Esbozó una sonrisa triste—. Así que ahora los gatitos perseguidos somos nosotros. —Dio media vuelta y empezó a impartir órdenes a voz en grito.

—¿Qué se propone? —quiso saber Nailer.

—Intentaremos llegar a la costa, a ver si logramos que cometan algún error. Juegan con ventaja, pero será una persecución larga. —Contempló el océano—. Tendremos que esperar a ver si podemos sacar algún conejo de la chistera.

—¿A qué se refiere?

Con una sonrisa que a Nailer le parecía forzada, Candless respondió:

—Lo averiguarás cuando llegue el momento.

Apretó el paso en dirección al puente de mando, y Nailer, sin ninguna tarea específica, lo siguió. El capitán y Reynolds desplegaron varios mapas y se asomaron a las profundidades del océano.

—Tenemos menos calado que el *Pole Star* —musitó Candless—. Debemos encontrar un escondite inaccesible para ellos.

—Podríamos intentar remontar el Mississippi —sugirió Reynolds.

—Pedirán refuerzos por radio, con toda seguridad. No quiero verme obligado a combatir en ese río.

Nailer inspeccionó atentamente los mapas, esforzándose por desentrañarlos. El capitán señaló un conjunto de líneas.

—Estas son nuestras profundidades. Todo lo que supere los once pies nos sirve. Por debajo de eso... —Encogió los hombros—. Encallaríamos. —Indicó un punto en una de las cartas de navegación, en el centro de las líneas de aguas azules del golfo

—. Estamos... por aquí. —Su dedo se dirigió a una orilla lejana—. Esta es tu antigua playa. —Volvió a concentrarse en su debate con Reynolds.

Nailer contempló fijamente el mapa, las letras que componían el nombre de la playa de Bright Sands, y se sorprendió cuando consiguió distinguir las palabras. Deslizó el dedo por las profundidades y los indicadores, leyendo los números. La isla donde Pima y él habían encontrado el barco naufragado de Nita era un punto de tierra, conectado aún a la costa principal.

—¿Son antiguos estos mapas? —preguntó.

—¿Por qué?

—Las profundidades son incorrectas. Esto debería ser una isla, al menos con la pleamar.

Reynolds y el capitán cruzaron las miradas, sonriendo.

—De hecho, tienes razón. Todas las cifras reales son más profundas que cuando se trazaron los mapas, pero las proporciones son idénticas, aun con los crecientes niveles del mar. Así que todo será más profundo de lo que ves en el mapa.

Mientras asimilaba la información, Nailer reparó en que la isla estaba conectada antes de que el mar creciera y la aislara; comparó sus recuerdos de la playa de Bright Sands con aquella anticuada versión en papel. Frunció el ceño.

—El mapa sigue estando mal. —Nailer señaló las aguas que bañaban la isla, donde se erigían los Dientes—. Toda esta zona está mal. No hay más de seis pies de margen, ni siquiera con la marea alta.

—¿No? —Candless estudió el mapa, y a continuación miró a Nailer, reflexivo—. ¿Cómo lo sabes?

—Los barcos se quedan encallados ahí cada dos por tres. —Nailer trazó la zona de los Dientes con un dedo—. Hay un montón de edificios ahí abajo. Los llamamos los Dientes, porque trituran todo lo que se adentre en sus fauces. —Señaló un punto—. Hay que dar un rodeo por aquí si no quiere hundirse.

—¿Es posible? —preguntó Reynolds, dubitativa—. ¿Alguien pasó por alto una ciudad entera?

—Tal vez. —Candless adoptó una expresión pensativa—. La gente estaba abandonando todo tipo de edificios cuando se crearon estos mapas. Las inundaciones y el hambre pasaban factura a todo el mundo. Si la ciudad quedó abandonada, podría haberse borrado de las primeras transparencias. A esas personas les daba igual. No sospechaban que un siglo después estaríamos navegando sobre su antigua ciudad.

—Pasaron por alto muchas cosas —dijo Nailer—. Ahí abajo hay una ciudad entera. Sobresalen toda clase de edificios y hierros. La profundidad no se parece en nada a lo que marca ahí.

—¿Cuánta profundidad hay?

—¿Con la marea alta? —Nailer se encogió de hombros—. ¿Cuatro pies, a lo

mejor seis? —Repitió el gesto—. Las estructuras más altas despuntan cuando el agua está baja. Sobresalen.

Reynolds seguía mostrándose escéptica:

—Se trata de una zona de tráfico marítimo poco importante —dijo Candless—. Sería fácil cometer un error. —Inclinó la cabeza hacia Nailer—. Ninguno de los suyos se quejaría. Y aunque lo hiciera, ¿quién iba a escucharlo? La mitad de esa costa se ha dado por perdida, se considera un páramo inundado. Allí solo hay malaria y convictos.

—Chávez tiene los mismos mapas —observó Reynolds.

—Correcto. —Candless sonrió de repente, con ferocidad—. Los proporciona la empresa.

—Habría que calcular bien el momento. —Reynolds se había quedado pensativa—. Navegar por ahí será complicado.

—Entre una navegación complicada y una batalla perdida de antemano, no hay elección.

Candless indicó a Nailer que se acercara.

—Dime, muchacho, ¿dónde se encuentra exactamente esa ciudad? ¿Y dónde están los salientes más afilados?

Cuando Nailer hubo terminado de explicar la distribución de los Dientes, Reynolds se opuso a la idea.

—Demasiado arriesgado. No sabemos si el muchacho tiene razón acerca de las profundidades. ¿Y lo de intentar adentrarnos con la marea, de noche? —Sacudió la cabeza.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó plácidamente Candless.

No, pero tampoco estaba dispuesta a admitirlo. Habían regresado al puente de mando, rodeados por los pitidos y zumbidos de los sistemas de radar después de que el capitán Candless hubiera ordenado que el *Dauntless* pusiera rumbo a la playa de Bright Sands. Había considerado que los vientos eran aceptables para el empleo de velas altas, y el estruendo del cañón de Buckell había sacudido la nave.

El misil del cañón, sujeto a su finísimo cabo, se había elevado por los aires trazando un arco antes de que el parapente se desplegara, rojo y dorado, reluciente contra el firmamento con los colores de Patel Global. El *Dauntless* se estremeció y se encabritó sobre sus hidroalas, elevándose sobre las olas. Las velas principales del barco ondearon y se hincharon, y de improviso Nailer sintió el viento en la cara. No lo había notado antes, pero ahora la corriente era inesperadamente violenta.

—El viento sopla más despacio aquí abajo que ahí arriba —explicó el capitán—. Antes, viajábamos con la brisa, por lo que esta pasaba inadvertida. Ahora volamos con esos vientos de ahí arriba.

Bajo el casco, el océano se deslizaba a una velocidad de vértigo. Cuando Nailer se asomó para mirar la rutilante refracción de las olas, le pareció como si toda la luz y el resplandor del agua se hubieran fundido, una vorágine de movimiento tan veloz que desafiaba la comprensión.

—Cincuenta y dos nudos —anunció con satisfacción el capitán.

Tras ellos, el *Pole Star* disparó la vela alta a su vez. El estallido sacudió las aguas.

—Con suerte —dijo Candless, mientras contemplaban el ascenso del misil—, se enredará y les sacaremos ventaja. Capturar el viento es condenadamente complicado. Una vez en marcha, es fácil, pero al principio es delicado.

La vela del *Pole Star*, sin embargo, se hinchó. Tras la ventana alargada del sistema de navegación del *Dauntless*, vieron cómo el barco se elevaba sobre sus hidroalas; cómo aquella mole bestial planeaba sobre el agua.

—¿Por qué no acribillan nuestras velas? —preguntó Nailer.

—No lo descartes. Cuando se sitúen a una milla de distancia, podrán incendiar el parapente con una andanada química.

—¿Pero eso no incendiaría toda la nave? ¿No nos hundiríamos?

El capitán cruzó la mirada con Reynolds.

—Chávez es codiciosa. Si se puede llevar el *Dauntless* como presa, no dudará en ejercer la piratería. Si nos inmoviliza, nos destruye y nos hunde, se quedará sin el dinero.

Las dos naves cortaban el océano como cuchillas. A veces daba la impresión de que el *Dauntless* había ganado un poco de terreno, pero cuando Nailer volvía a mirar, la embarcación blanca sobre el horizonte había aumentado de tamaño. La imagen del otro clíper persiguiéndolos como un tiburón le producía escalofríos.

El capitán señaló un punto en el mapa.

—Si Nailer tiene razón, podemos sortear los Dientes por aquí, y todavía parecerá que estamos intentando ocultarnos.

—Si tiene razón —recalcó Reynolds.

—La tengo —insistió Nailer—. Conozco esas aguas.

—¿Alguna vez has navegado por ellas?

Nailer titubeó. Quería decirles que sí. Que conocía las olas. Que sabía que tenía razón.

—No —admitió—. Pero conozco los Dientes. Los he visto con la marea baja. —Indicó los números del mapa—. Si las antiguas profundidades que marcan las cartas son correctas, con la pleamar se podrá cruzar directamente de una punta a otra. Justo por aquí. —Señaló el filo de la isla—. Entre la isla y los Dientes hay un hueco.

—Es una invitación al desastre —dijo Reynolds—. La marea no subirá hasta que anochezca, así que no podremos guiarnos por los accidentes de la costa, y el margen de error del GPS podría avisarnos de nuestro fallo cuando ya estemos empalados en alguna viga oxidada.

—Sé dónde está —dijo Nailer, malhumorado—. Conozco el paso.

—¿Sí? —preguntó la mujer—. ¿En oscuridad? ¿Con la luz de la luna por toda guía? ¿Con una sola oportunidad de acertar?

—Deja en paz al muchacho —dijo el capitán.

Nailer la fulminó con la mirada.

—¿Se te ocurre algo mejor? Podéis daros por muertos de todas formas, ¿no? ¿Qué vais a hacer? ¿Rendir os? ¿Permitir que os aborden y os carguen de cadenas? —Nailer frunció el ceño—. Los ricachones sois unos puñeteros blandengues. Os asusta jugaros la vida incluso cuando ya estáis enterrados.

El barco brincó bajo sus pies. Todos extendieron los brazos en busca de asidero. Candless y Reynolds se miraron. La mar llevaba toda la tarde picada, y ahora, al salir a la cubierta, vieron que las olas eran altas y violentas. Las hidroalas mantenían al *Dauntless* por encima del grueso de la marejada, pero conforme aumentaba el tamaño de las olas, la proa del barco se hundía cada vez más en la espuma. Candless estudió el parapente, recortado contra un fondo de densos nubarrones.

—No podremos mantener las alas desplegadas durante mucho más tiempo. No

con el océano así de embravecido.

El barco embistió contra otra ola, bamboleándose, y trazó un surco mientras el agua inundaba las cubiertas que se escoraron abruptamente cuando una de las alas perdió tracción sobre la espuma. Nailer se agarró a la barandilla para conservar el equilibrio. La nave se enderezó y saltó hacia delante de nuevo, arrastrada por el parapente que restallaba a gran altura sobre sus cabezas. Las nubes de tormenta eran cada vez más oscuras y se entremezclaban, como si fueran un cesto repleto de serpientes furiosas, con el vientre iluminado por los relámpagos.

—¿Se trata de una devastadora de ciudades?

El capitán negó con la cabeza.

—No. Pero sigue siendo un problema. Esto complica las cosas.

—Podemos darles esquinazo en la tormenta —sugirió Reynolds.

—Nos tendrán localizados en el radar, conocerán nuestra posición en todo momento —dijo Candless—. La única forma de escapar pasa por hacerlos encallar.

—La señorita Nita podría morir si está a bordo.

Candless frunció el ceño en dirección a su primer oficial.

—¿Crees que no lo sé? —Apartó la mirada—. Es un dilema. Organizaremos un grupo de abordaje e intentaremos sacarla de ahí en medio de la confusión.

—No hay ninguna garantía de que dé resultado.

—Gracias, Reynolds. Agradezco tu opinión. Pero que me aspen si permito que muramos todos por ser demasiado cobardes para aprovechar la única ventaja que tenemos.

El *Dauntless* atravesaba la tormenta como una exhalación. Cuando los vientos se tornaron demasiado imprevisibles, el capitán ordenó arriar la vela alta. El cable de monofilamento se retrajo a gran velocidad, aullando, mientras los molinetes del cañón tiraban del parapente ondeante hacia la cubierta. Un chirrido se impuso al clamor de la tormenta. El carrete se atascó. Knot, Vine y Trimble acudieron corriendo junto al cañón. El parapente restalló de costado, atrapado por un golpe de viento, y el *Dauntless* se escoró con el ímpetu del inesperado tirón.

Desde el puente de mando, en medio de la lluvia, Nailer veía la tripulación que bregaba con el carrete. A su lado, el capitán Candless sostenía el timón del barco. Sacudió la cabeza.

—Habrá que cortar el cabo —dijo.

Nailer le dirigió una mirada cargada de incertidumbre.

—¡Vamos, muchacho! ¡Deprisa! Córtalo.

Nailer bajó corriendo a la cubierta. Apenas si recordaba haberse enganchado a una argolla antes de salir al viento huracanado. Una ola bañó la proa, derribándolo. Resbaló hasta chocar con el palo mayor y el impacto lo dejó aturdido. Se puso en pie

como pudo y emprendió la tarea de cruzar la cubierta escorada.

—¡Cortad el cabo! —gritó para hacerse oír por encima de los rugidos de la tormenta.

Knot lo miró de reojo, y después al capitán. Una hoja salió de su funda y, de un tajo feroz, el cabo de monofilamento se partió en dos. El cable restalló al elevarse y perderse de vista, retorciéndose como una serpiente. Las tinieblas que anidaban en el vientre de los nubarrones engulleron el parapente.

Fascinado, Nailer se preguntó si el barco habría perdido una ventaja que podrían echar de menos más tarde. Knot le dedicó una sonrisita lacónica.

—Ya no se puede hacer nada, muchacho. —Y corrió a reunirse con el resto de sus compañeros, enfrascados en la difícil tarea de recoger las velas principales en medio de la tormenta.

Nailer miraba asombrado a la tripulación, que se dejaba la piel por hacer su trabajo. La lluvia los azotaba. El mar se elevaba e intentaba enterrarlos bajo enormes oleadas de agua, pero los hombres del *Dauntless* se limitaban a apretar los dientes e imponer su voluntad a la nave. Y esta respondía. Surcaba el mar embravecido, hundiéndose en olas abismales y remontando a continuación sus paredes antes de acometer el siguiente barranco de agua. A su alrededor, las olas se erguían monstruosas y amenazadoras. Aferrado a la barandilla, sujeto por los cabos de salvamento, Nailer se mantenía alejado de la febril actividad mientras los tripulantes del *Dauntless* se esforzaban por hacer avanzar el barco.

La noche se cernió sobre ellos y los envolvió en un manto negro veteado de relámpagos esporádicos. En algún lugar a su espalda, el *Pole Star* los perseguía, pero Nailer no podía verlo y no tenía ni idea de cuál era su paradero. Por tentador que fuese fingir que su esbelto perfil no estaba allí atrás, dándoles caza, no dejaba de ser una mera fantasía.

Comenzaron a virar hacia la costa a una orden del capitán Candless, aproximándose al punto en el que intentarían poner a prueba su argucia. Aun ciego en la oscuridad, el *Pole Star* los seguiría, con sus sistemas de radar volcados sobre su pista. Y en efecto, cuando Nailer por fin dio la espalda a los elementos para tomar una taza de café caliente, el radar principal del *Dauntless* mostró la condenada señal intermitente de la nave rival que todavía acortaba distancias.

Nailer contuvo el aliento.

—Están cerca.

El capitán asintió con expresión adusta.

—Demasiado cerca para mi gusto. Ve a popa y echa un vistazo.

El muchacho corrió hasta una escalerilla y salió a la superficie por la escotilla de popa del barco. La lluvia cayó sobre él como un mazazo. La espuma salobre se arremolinó en torno a sus tobillos cuando el *Dauntless* atravesó otra ola y se elevó de

forma vertiginosa.

Nailer fijó la mirada en el implacable velo de agua.

Un relámpago hendió la negrura, seguido de un trueno ensordecedor. El *Pole Star* apareció, más cerca de lo que Nailer hubiera creído posible, elevándose sobre una cresta de agua y cayendo violentamente de nuevo. Volvió a perderse de vista en la oscuridad.

Cuando Nailer regresó al puente de mando, el capitán dijo:

—Han dejado la vela alta arriba más tiempo que nosotros. Su barco es más estable.

—¿Qué se proponen?

El capitán clavó la mirada en la señal intermitente del radar.

—Nos amenazarán y nos abordarán.

—¿Con esta tormenta?

—Han combatido en aguas más revueltas. El Ártico es el campo de batalla más inhóspito del planeta. Cuatro gotas y un par de olas no van a amedrentarlos.

El capitán se agachó frente a Nailer.

—Entre nosotros, muchacho, ¿estás seguro de que esos Dientes existen?

Nailer se obligó a asentir con la cabeza.

—Es una apuesta —insistió el capitán—. De las que no me gustan. De las que destruyeron el último barco de la señorita Nita, ¿lo entiendes? —Inclinó la cabeza en dirección a la cubierta, hacia su tripulación—. Tal vez pienses que tu vida no vale nada, pero estás poniendo en juego las de todos los demás.

Nailer rehuyó su mirada.

—Con el cielo despejado... —Dejó la frase flotando en el aire. Miró de nuevo al capitán—. No lo sé. ¿A oscuras? ¿En medio de una tormenta? —Sacudió la cabeza—. He recorrido la bahía y he cruzado el paso, pero no sé si dará resultado. No en estas condiciones.

El capitán asintió con un gesto. Volvió a contemplar fijamente la oscuridad, donde acechaba su perseguidor.

—De acuerdo. No es la respuesta que esperaba. Pero has sido sincero. Habrá que confiar en las Parcas.

—¿Todavía piensa seguir adelante? —preguntó Nailer.

—A veces es mejor morir en el intento.

—¿Qué hay de todos los demás?

Candless adoptó una expresión solemne.

—Sabían a qué se arriesgaban cuando aceptaron embarcarse conmigo en Orleans. Siempre ha habido opciones más seguras que enrolarse con un viejo lealista como yo. —Señaló las pantallas de navegación y las lecturas de infrarrojos de la línea de costa, que relucían verdes ante ellos, emitiendo destellos como relámpagos—. Ahora tienes

que ser mis ojos, muchacho. Ayúdanos a llegar a buen puerto.

Nailer contempló los monitores. Las sombras de la costa se mostraban iluminadas por más destellos parpadeantes. Un cañón retumbó a sus espaldas. Un misil trazó una estela sobre sus cabezas.

—Temen que intentemos internarnos en la selva —observó Candless.

Nailer torció el cuello para mirarlo por encima del hombro.

—¿Se proponen hundirnos?

—¡El *Pole Star* no es tu problema! —El capitán agarró el hombro de Nailer y empujó para que mirara al frente—. ¡Tu problema está ahí fuera! ¡Enséñame adónde tenemos que ir!

Nailer se inclinó sobre las pantallas y escudriñó el negro perfil de la costa que se extendía ante ellos. La isla era una mancha brillante. Frunció el ceño. No. Eso estaba mal. Se trataba de otra colina. La oscuridad y la lluvia hacían que todo fuera distinto. El barco se elevaba y caía entre las olas.

—No lo encuentro —dijo. Intentó ver algo tras el cristal salpicado de agua, pero solo había negrura.

—¡Pues haz un esfuerzo! —Los dedos del capitán se clavaron en su hombro.

Nailer contempló fijamente la oscuridad. Era imposible. El terreno que mostraban los telescopios era un borrón de vegetación y costa por igual. Volvió a clavar la mirada en la lluvia, escudriñando entre las ventanas de proa. Un relámpago restalló como un latigazo. Y otro. Después, un trueno estremecedor. Se le cortó la respiración cuando la isla apareció de repente ante sus ojos. Se habían desviado demasiado.

—¡Ahí atrás! —Apuntó con el dedo—. ¡Nos hemos pasado de largo!

El capitán masculló una maldición y se abalanzó sobre el timón mientras impartía órdenes a gritos a la tripulación. Las velas restallaban y flameaban, impotentes. La nave cabeceó violentamente cuando una ola la embistió desde un ángulo inesperado. La sombra de uno de los marineros se separó del palo antes de detenerse en seco y columpiarse en precario equilibrio, sujeta por el arnés. La botavara barrió la cubierta. El *Dauntless* viró en redondo. De improviso, la inmensa mole del *Pole Star* se cernió sobre ellos, amenazadora. El *Dauntless* se bamboleaba a merced del oleaje, envuelto en el infructuoso restallar de sus velas. Nailer oyó a Reynolds, abajo en la cubierta.

—¡Daos prisa! ¡Daos prisa! —gritaba, mientras preparaba a la tripulación para tocar fondo—. ¡A las bombas!

El *Pole Star* estaba encima de ellos. Nailer vio medio hombres en las regatas, volteando garfios de abordaje, ansiosos por iniciar el asalto. Las velas del *Dauntless* batieron y se llenaron de aire de repente. La nave dio un brinco y aceleró. El *Pole Star* emprendió la persecución sin perder tiempo, intentando cortarles la retirada, pero el *Dauntless* pasó como una exhalación por su lado, en alas del oleaje.

—¡Eso es! —chilló Nailer—. ¡A la derecha!

La isla estaba a la vista. Ya tenían los Dientes debajo. Debían de ser los grandes. Iban a encallar.

—Aquí lo llamamos «estribor» —dijo secamente Candless mientras giraba el timón. El tipo parecía curiosamente sereno de repente.

El *Dauntless* avanzaba veloz, empujado por las olas hacia el promontorio rocoso de la isla; en un abrir y cerrar de ojos, pasaron los bajíos y dejaron atrás la isla y los Dientes.

La embarcación se adentró en la relativa quietud de la bahía.

—¡Las anclas para tormenta! —vociferó el capitán Candless mientras la tripulación recogía las velas del barco.

El *Dauntless* se escoró, sufrió una sacudida y se tambaleó de un lado a otro cuando las anclas de proa mordieron el lecho marino. Su repentina inmovilidad provocó que las olas rompieran con más fuerza contra su casco. La embarcación viró a merced del oleaje y elevó el morro hacia las crestas de espuma, hasta que las anclas de popa se hundieron y la estabilizaron.

Nailer bajó del puente de mando y salió a la cubierta azotada por la lluvia.

—¡Disparad a la de dos! —gritó Reynolds—. ¡Listos para el abordaje!

Los relámpagos iluminaron la mole del *Pole Star*, que acudía directamente a su encuentro. Nailer se agarró con fuerza a la barandilla mientras el monstruo rugiente acortaba la distancia que los separaba.

—Parcas —susurró, y se tocó la frente. Nunca se había tomado por una persona religiosa, pero en ese momento se descubrió rezando.

Reynolds se situó a su lado y observó el buque enemigo que se abalanzaba sobre ellos trazando profundos surcos en las aguas.

—Ahora veremos si tenías razón, muchacho.

Nailer sintió que se le formaba un nudo en la garganta. El *Pole Star* avanzaba a gran velocidad, como si sencillamente se propusiera arrollarlos con todo su peso. Mientras hendía las olas, un nuevo terror atenazó a Nailer de pronto: el violento oleaje que levantaba la tormenta provocaría que los Dientes acecharan a mucha mayor profundidad bajo el agua. Era posible que el *Pole Star* se deslizara sin peligro sobre ellos, después de todo. Se sintió desfallecer. No había tenido en cuenta la crecida del nivel del mar propiciada por la tormenta. Eso explicaba que el *Dauntless* hubiera salido indemne aun después de calcular mal su posición inicial.

El *Pole Star* estaba arriando las velas y aminorando la marcha, dejándose guiar por los últimos restos de la inercia para situarse a su costado y emprender el abordaje. Nailer observaba sus maniobras con creciente desesperación. Se había equivocado. Creía que era un puñetero genio y ahora iban a abordarlos, todo por no haber pensado en los detalles.

—¡Capitán! —exclamó—. No van a...

El *Pole Star* dejó de avanzar. Se quedó inerte entre las olas, paralizado, inmóvil en el abrazo del mar embravecido. Una ola rompió contra su costado. Y otra. En sus cubiertas, el frenesí de actividad era visible. Un hormiguero de personas enloquecidas. La nave se ladeó muy despacio, se detuvo. Un inmenso muro de agua se desplomó sobre ella. Otro. El buque se escoró por completo y volvió a enderezarse a medias, embestido por una columna surgida de las profundidades. La siguiente ola se estrelló contra el casco y la nave se inclinó del todo.

Reynolds soltó una carcajada y dio una palmada en el hombro a Nailer.

—¡Ahora sí que están ocupados! —gritó para imponer su voz al clamor de la tormenta—. ¡Acabemos con esto!

Corrió en dirección a las lanchas, con Nailer pisándole los talones. La pequeña embarcación colgaba sobre el mar embravecido, sujeta por un par de ganchos desprendibles. Knot, Vine, Candless y otra media docena de marineros se apiñaban a su alrededor. A lo largo del costado del barco colgaban dos lanchas más, repletas a su vez de tripulantes del *Dauntless*. El aullido de los motores de biodiésel se impuso a los bramidos del vendaval. Las hélices se tornaron borrosas con la aceleración. También el motor de la lancha de Nailer vibró y cobró vida con una detonación.

Los botes que tenían delante se soltaron de sus ganchos y se hundieron entre las olas como piedras, envueltos en el chirrido de sus motores. Salieron disparados hacia delante en cuanto golpearon el agua, como flechas apuntadas al *Pole Star* malherido.

—¡Despejado! —gritó Reynolds.

Los ganchos se abrieron de golpe. Su lancha cayó en picado. El estómago de Nailer se encogió. Caída libre. Golpearon el océano. Nailer se dobló por la mitad y se estrelló contra la amplia espalda de Vine. Un estallido de dolor. Se había mordido el labio. La lancha salió disparada hacia delante, y tuvieron que agarrarse para no perder el equilibrio mientras aceleraban.

—¡Comprobad las armas! —ordenó Candless.

A tientas, Nailer buscó la pistola enfundada en su cintura. El corazón le martilleaba en el pecho. A su lado, Trimble sonreía de oreja a oreja.

—No hay nada como un abordaje en medio de una tormenta, ¿verdad, muchacho?

Nailer asintió mientras combatía las náuseas. La diminuta embarcación volaba entre la espuma y las paredes de agua, guiada por la mano firme de Reynolds. En un abrir y cerrar de ojos, se situaron junto a la proa del escorado *Pole Star*. La tripulación del navío rival se había congregado ya en la cubierta. A Nailer le pareció ver a su capitana aferrada a la barandilla, intentando organizar a su gente para estabilizar el buque. Sintió una punzada de victoria. Debía de haberse sentido tan confiada hacía apenas unos instantes, y ahora estaba desesperada. Se rió bajo la lluvia, sintiendo chorrear el agua por sus mejillas. Aquello era obra suya.

La lancha golpeó el casco del *Pole Star*. Knot lanzó una escalerilla de cuerda

atada a un garfio a la borda y se apresuró a ascender por ella, seguido de cerca por Vine. Saltaron por encima de la barandilla, pistolas y machetes en ristre, mientras el resto de la tripulación del *Dauntless* imitaba su ejemplo.

Reynolds dio una palmada en la espalda de Nailer.

—¡En marcha, muchacho!

Nailer estabilizó la escalerilla y subió. Llegó a bordo a tiempo de ver a Candless forcejeando con la capitana rival, que se cayó por la borda cuando él hizo una finta, y terminó en el mar, braceando por su vida. Candless apuntó con su pistola al resto de la tripulación del *Pole Star*.

—¡Soltad las armas y rendíos! —gritó por encima de los rugidos de la tormenta; el arma transmitió su mensaje con más elocuencia que sus palabras.

Nailer bajó la mirada al violento oleaje y se preguntó qué habría sido de la capitana. Había desaparecido sin dejar ni rastro, devorada por los Dientes.

Se habían apoderado del *Pole Star*.

Nailer se volvía hacia Reynolds con una sonrisa en los labios, cuando una oleada de medio hombres surgió de la bodega, disparando a discreción. Candless cayó chorreando sangre. Reynolds empujó a Nailer a un lado mientras su arma restallaba ensordecedora. Nailer levantó la pistola a su vez y disparó entre la lluvia, convencido de que iba a fallar pero apretando el gatillo de todas maneras. Una ola gigantesca golpeó la nave. La cubierta del *Pole Star* se ladeó. Todos los combatientes resbalaron en dirección a las aguas.

Nailer estiró un brazo hacia la barandilla mientras salía disparado por la borda. Su pistola se hundió entre las olas. Se quedó colgando con medio cuerpo fuera del barco. El mar encrespado se arremolinaba en torno a sus piernas, empeñado en tirar de él y arrastrarlo bajo las olas. Nailer logró auparse fuera del vórtice y se abrazó a la barandilla. El impresionante clíper, tan inexpugnable en apariencia, se había vuelto imposiblemente pequeño. Se hundía.

Reynolds estaba gritando a alguien en la oscuridad, pero Nailer no podía ver a quién.

—¡Coge a la señorita Nita! —exclamó la primer oficial mientras las balas silbaban a su alrededor.

Junto a ellos, uno de los medio hombres del *Pole Star* surgió de las aguas. Parecían inmortales. Reynolds apuntó la pistola hacia la criatura y le pegó un tiro en el pecho. El medio hombre volvió a hundirse. Nailer no veía ni rastro de los medio hombres del *Dauntless* en los alrededores. Tal vez Knot, Vine y los demás hubieran sucumbido ya.

La pistola de Reynolds restalló otra vez. Fulminó a Nailer con la mirada.

—¡Vamos!

Nailer desenvainó el cuchillo de combate y pasó su munición, ya inútil, a

Reynolds. Buscó a tientas la escotilla más próxima, rezando para no estar a punto de tropezarse con otra banda de medio hombres, y se deslizó en el interior del *Pole Star*.

La furia de la tormenta se amortiguó. Nailer se enjugó la cara desesperadamente para despejarse la vista, parpadeando en medio del repentino silencio. Las luces de emergencia encendidas en el pasillo se alimentaban de las baterías de la nave. Mientras avanzaba por el corredor, Nailer no pudo por menos de calcular ociosamente el precio que obtendría semejante sistema de iluminación en el mercado de la chatarra. Dejó atrás accesorios de latón y puertas de acero, reparando en la cantidad de cables que podría arrancar con suma facilidad. El pasillo se ladeó al compás de las olas levantadas por la tormenta en el exterior. Nailer trastabilló.

«Concéntrate, idiota. Encuentra a Lucky Girl y sal de aquí».

Bajo el tenue fulgor rojo de los pasillos no se movía nada. En algún lugar, en lo alto, las pistolas seguían disparando, pero en el interior reinaba un silencio inusitado. Nailer se adentró más en el barco, atento a los crujidos y al murmullo del agua, a sus pasos furtivos y a sus jadeos entrecortados. Hizo una pausa mientras intentaba recuperar el aliento. Aguzó el oído en busca de señales de movimiento frente a él.

Nada.

Avanzó por el pasillo, con el cuchillo a mano listo para entrar en acción. No podía estar solo allí abajo. Lucky Girl debía de estar en alguna parte, y allí donde estuviera, habría más gente.

Una vez más, Nailer pensó en su talento para embarcarse en absurdas misiones suicidas. Traicionar a su padre había sido una estupidez colosal, pero deambular a hurtadillas por el interior de un barco que zozobraba era el colmo. Si tuviera dos dedos de frente se habría olvidado de todo cuando Lucky Girl desapareció en Orleans. Podría haber encontrado otro empleo. Podría haberse alejado de todo aquello sin ninguna complicación. Podría haber remontado el Mississippi. Cualquier cosa. Pero en vez de eso se había dejado seducir por la lealtad exhibida por la gente de la muchacha: Candless, Reynolds, Knot, Vine... y en honor a la verdad, sus propias fantasías infantiles acerca de la bella niña rica también habían desempeñado su papel.

«Así se hace, héroe».

Sacudió la cabeza. Allí estaba, de nuevo en la playa de Bright Sands, donde había empezado, con la suerte más en contra que nunca y a punto de que algún medio hombre le volara la tapa de los sesos porque creía que una ricachona...

Movimiento frente a él. Ruidos. Nailer se aplastó contra el mamparo del pasillo. Hasta él llegó el eco de unos gritos amortiguados. Escudriñó el fondo del pasillo. Una escalerilla comunicaba con la cubierta inferior. Se acercó un poco más y aproximó la cabeza al agujero, escuchando.

—¡Traedme otro sello! ¡No! ¡Ahí! ¡Ahí no! ¡Aquí! ¡Aquí! —Más gritos. Los marineros intentaban contener el daño; cortar el paso al mar embravecido cuyo único

empeño era invadir su nave.

Nailer se asomó al interior del agujero. Abajo, el pasillo estaba inundándose. Hombres y mujeres vadeaban chapoteando en el agua, hundidos hasta la cintura. Los costados del barco estaban surcados de grietas, y aun así la tripulación no se rendía. Nailer deseó tener una pistola. Podría abatirlos a todos... Descartó la idea. Sería una locura enfrentarse a una horda de personas para los que él no significaba nada.

Uno de los marineros se dio la vuelta. Abrió enormemente los ojos.

—¡Eh!

Nailer sacó la cabeza del agujero y empezó a correr.

—¡Nos abordan! —El grito se propagó por todos los rincones del barco—. ¡Nos abordan!

Pero Nailer ya se había perdido de vista por el pasillo. Las botas de sus perseguidores resonaban en la escalerilla cuando se coló en un camarote y cerró la puerta. Se trataba de una de las cabinas de la tripulación, con sus literas y sus enseres desperdigados sin orden ni concierto a causa de los vaivenes de la nave. El eco de los pasos se alejó.

Nailer respiró hondo y volvió a salir sin hacer ruido. La inclinación del barco entorpecía sus movimientos. Todos los pasillos estaban girados de tal manera que la puerta de la pared estaba convirtiéndose paulatinamente en una puerta en el suelo. De hecho, tuvo que levantarla hacia arriba a fin de deslizarse fuera del camarote; resbaló hasta el fondo del corredor antes de recuperar la verticalidad. El barco estaba intentando ponerse panza arriba. Mientras gateaba en dirección a la escalerilla, rezó para no estar a punto de tropezarse con más tripulantes del *Pole Star*.

El descenso se convirtió en una extraña aventura consistente en arrastrarse prácticamente de costado. La nave entera se había dado la vuelta casi por completo. El agua fluía torrencial a su alrededor. Corriendo, dejó atrás una brecha sellada en la bodega de carga y continuó adentrándose en el vientre del barco malherido, registrando desesperadamente cuantos camarotes y pañoles le salían al paso. No encontró a nadie. Todo el mundo debía de estar en cubierta, u ocupado pugnando por contener las vías de agua. Estaba solo. Al cabo, renunció al sigilo y empezó a gritar:

—¡Lucky Girl! ¿Dónde diablos te has metido? ¡Nita!

No obtuvo respuesta.

Debía de estar más arriba; era la única explicación. De alguna manera, la había pasado por alto.

O puede que la hubieran drogado.

O que hubiera huido.

O que jamás hubiera estado allí.

Hizo una mueca. Tal vez la hubiesen dejado atrás, en Orleans. O asesinado. Intentó encontrar una salida, vadeando con dificultad el agua que inundaba ya todos

los pisos. La pared se había convertido en el suelo, y tenía problemas para orientarse mientras el barco seguía escorándose. El *Pole Star* sufrió un estremecimiento. El mundo dio otra vuelta. El agua lo salpicó todo. Abrió una puerta de golpe y fue recibido por un aluvión de agua que lo derribó y lo envió rodando por el pasillo hasta que logró recuperar la verticalidad, jadeante. Huyó de las crecientes aguas.

—¡Lucky Girl!

Nada. Había agua por todas partes. Los pilotos de emergencia sufrían cortocircuitos, y sumían en la oscuridad algunas partes de la embarcación. El *Pole Star* se hundía. Tenía que salir de allí. A juzgar por los pasillos y los camarotes desiertos, incluso sus tripulantes habían huido. Se preguntó qué habría pasado con el combate. Quién habría ganado.

Gateando, atravesó corredores vueltos del revés por la inclinación de la nave. El fuerte olor a maquinaria engrasada le obturaba las ventanas de la nariz, pestilente. Recordó el compartimiento lleno de petróleo en el que había quedado atrapado.

Abrió otra puerta de un empujón y la cruzó a cuatro patas. Vaya si se había desorientado. En la penumbra rojiza del interior distinguió los mecanismos de las hidroalas del *Pole Star*, engranajes que chasqueaban y sistemas automatizados que chirriaban mientras operaban las velas, las hidroalas y los molinees del parapente. Los carteles de advertencia rezaban: ¡MECANISMOS DE ALTA VELOCIDAD EN ACTIVO! CUIDADO CON LAS MANOS Y LA ROPA HOLGADA. A Nailer le hizo gracia ser capaz de entender lo que ponía en ellos. Iba a perecer ahogado, pero qué diablos, sabía leer.

En una pared, los indicadores luminosos y los pilotos de seguridad parpadeaban para denunciar la existencia de fallos eléctricos y el riesgo de vuelco, probablemente debido a que el puente de mando se encontraba ahora bajo las olas. Los mecanismos eran casi exactamente los mismos que había tenido que lubricar bajo la supervisión de Knot a bordo del *Dauntless*. Más grandes, pero su organización era tremendamente parecida. Al caer de costado, los paneles de mantenimiento emplazados en el suelo se habían soltado y liberado, revelando los enormes engranajes y los sistemas hidráulicos entrelazados. Al parecer, todos los barcos que componían la flota de Patel Global eran prácticamente idénticos. No encontraría allí a Nita. Se volvió para reanudar la búsqueda. El buque gimió y se estremeció bajo sus pies. Nailer se preguntó si iba a terminar igual que Jackson Boy, después de todo. Muerto en unos restos de naufragio distintos, pero muerto al fin y al cabo.

—¡Nita! ¿Dónde demonios estás?

Se adentró en un nuevo pasillo. La nave seguía intentando ponerse panza arriba; lo único que impedía que volcara por completo eran sus recios mástiles, que estaban enganchados entre los Dientes. Si la embarcación se iba a pique, tendría que salir nadando. Se preguntó si sería capaz de arreglárselas con olas y los restos del naufragio.

—Vaya, vaya, que me aspen. —Una voz familiar interrumpió sus cavilaciones—.
Hola, Lucky Boy.

Con la piel de gallina, Nailer dio media vuelta.

En el pasillo inundado, amordazada y atada de pies y manos, Nita colgaba del hombro de Richard López. El agua resbalaba por la cara de su padre y en su mano destellaba un machete.

Nailer dio un paso atrás, horrorizado. Su padre sonrió. Aun en la penumbra que propiciaban los fotoemisores rojos, saltaba a la vista que estaba colgado de tobogán de cristal. Sus ojos, brillantes y muy abiertos, y el rictus salvaje de sus labios eran los de un adicto bajo el efecto de las drogas.

—Me cago en la leche —dijo Richard—. No esperaba encontrarte aquí. —Dejó a Nita en el suelo, de cualquier manera, y trazó un arco de exhibición con el machete—. No esperaba encontrarte jamás.

Nailer intentó encoger los hombros, demostrar que no tenía miedo.

—Ya. Yo tampoco.

Su padre soltó una carcajada cuyos ecos retumbaron en el reducido espacio. Los dragones destacaban en sus brazos desnudos, enroscándose alrededor de su nuez como picas. Se le notaban las costillas bajo su fibrosa musculatura de luchador.

—¿Te vas a quedar ahí plantado? —preguntó—. ¿O piensas echarme una mano?

Nailer titubeó, desconcertado.

—¿Echarte una mano? ¿Quieres que te ayude con la chica?

La sonrisa de su padre se ensanchó.

—Era broma. Debería haberte dejado morir cuando hallamos los restos. Tendría que haber sabido que eras un ingrato malnacido.

—Suéltala —dijo Nailer—. No la necesitas.

—No. —Su padre sacudió la cabeza—. No la necesito. Pero tampoco tengo la menor intención de irme con las manos vacías, y me da en la nariz que es la captura más valiosa que podría sacar de aquí.

—Te atraparán.

—¿Quiénes? —Su padre soltó una risotada—. A nadie le importa un comino. Sálvese quien pueda y todo eso. —Encogió los hombros—. Además, viva o muerta, les da lo mismo. Nadie pondrá el grito en el cielo si se la vendo a los Cosechadores como fuente de piezas de recambio. —Miró a la muchacha de soslayo—. Tal vez fuera una ricachona en su día, pero ahora no es más que otro despojo.

Nailer siguió la dirección de la mirada de su padre. Le sorprendió ver que Nita estaba consciente. Había empezado a forcejear con sus ligaduras, intentando liberarse.

Richard le propinó un puntapié, sin contemplaciones.

—Estate quieta —dijo.

Nita gruñó de dolor y soltó un gemido cuando recuperó el aliento. Richard se volvió hacia Nailer. Movi6 el machete arriba y abajo.

—¿Qué est1s pensando, muchacho? ¿Crees que puedes rajar a tu padre con esa navajita de bolsillo? ¿Pretendes vengarte por todas las palizas que te he pegado?

Esgrimi6 el machete de nuevo, dejando que la hoja oscilara ante Nailer.

—Pues venga, adelante. —Llam6 a Nailer por se1as—. Cuerpo a cuerpo, muchacho. Igual que en el ring. —Ense16 los dientes estropeados—. ¡Te voy a machacar!

Salt6. Nailer se arroj6 a un lado. El machete pas6 volando junto a su rostro. Richard se carcaje6.

—¡Bien hecho, muchacho! ¡Eres condenadamente r1pido! —Atac6 otra vez, dejando un abrasador rasgu1o en el vientre de Nailer—. ¡Casi tanto como yo!

Nailer retrocedi6, tambale1ndose. El corte no era profundo (los haba recibido peores en la cuadrilla ligera), pero le atemorizaba comprobar los reflejos de su padre. Era casi tan mort1fero como un medio hombre. Richard L6pez acort6 la distancia que los separaba, lanzando pu1aladas cortas con el machete. Nailer cedi6 terreno. Fint6 con el cuchillo en un intento por traspasar la guardia del machete, pero su padre se anticip6 y esta vez su filo impact6 en la mejilla de Nailer.

—Sigues siendo un poco lento, muchacho.

Nailer se esforz6 por combatir el miedo mientras retroceda. Us6 una mano para enjugar la sangre que le ba1aba la cara. El hombre era sobrecogedoramente veloz. Cargado de anfetaminas como estaba, parec1a sobrehumano. Nailer rememor6 la ocasi6n en que su padre haba derrotado a tres oponentes a la vez en el ring, para ganar una apuesta. Pese a encontrarse en inferioridad num6rica, sus contrincantes haban quedado aplastados e inconscientes, con 6l erguido sobre todos ellos, ense1ando los dientes salpicados de sangre en una sonrisa triunfal. Richard L6pez haba nacido para luchar.

Su padre atac6 de nuevo. Nailer retrocedi6 de un salto.

«Conc6trate», se dijo.

Su padre explot6 en un torbellino de movimiento. A duras penas, Nailer logr6 colocarse dentro del arco del machete. El cuerpo de su padre se estrell6 contra 6l. La mano de Nailer, resbaladiza a causa de la sangre, perdi6 el cuchillo. Sali6 volando por los aires. Su padre y 6l rodaron por el suelo. Richard intent6 inmovilizarlo, pero Nailer se escabull6 y gate6 pasillo abajo. Su padre solt6 una carcajada.

—¡No escapar1s tan f1cilmente!

Nailer busc6 a tientas su cuchillo, con desesperaci6n, pero no lograba ver nada en la penumbra. Su padre carg6 contra 6l. Nailer se dio la vuelta y emprendi6 la huida. A su espalda, su padre rea y lo persegu1a mientras Nailer corr1a hacia la sala de m1quinas. Bajo el fulgor de las luces de emergencia, Nailer mir6 alrededor, buscando

alguna herramienta que pudiera emplear como arma. Su padre irrumpió en la cámara detrás de él.

—Vaya, vaya, hay que ver lo escurridizo que eres.

Nailer retrocedió. La dichosa tripulación del *Pole Star* tenía su nave impoluta, no había ni una sola llave inglesa tirada por ahí, ni un solo destornillador. Nailer agarró un panel de mantenimiento suelto y lo lanzó, pero su padre lo esquivó con facilidad.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —preguntó.

Nailer cogió otro panel de mantenimiento suelto y levantó la cabeza para ver de dónde había caído. Junto a él se elevaba una pared entera de engranajes y sistemas hidráulicos, el suelo del barco convertido ahora en un muro. Si lograba escalarlo, podría escapar introduciéndose en cualquiera de los conductos de mantenimiento.

Corrió hacia la pared de engranajes expuestos y se elevó a pulso. Con la nave recostada, había tantos paneles abiertos que podía escalar apoyándose en ellos. Escudriñó los resquicios que mediaban entre unos y otros, sollozando casi de desesperación. Ninguna de las aberturas era lo bastante espaciosa como para permitirle escapar del alcance del machete de su padre. Siguió subiendo.

—¿Adónde te crees que vas, muchacho?

Nailer no respondió. Se asió a otro enorme engranaje y se aupó aún más arriba. Aporreó la cerradura de uno de los paneles de mantenimiento hasta arrancarla de su sitio. La lanzó abajo, hacia su padre, pero erró el tiro. A sus pies, Richard López lo observaba con expresión divertida.

—¿Crees que no puedo subir hasta ahí y bajarte a rastras? —Meneó la cabeza—. Pensaba que eras más listo, muchacho.

Nailer se encaramó un poco más arriba.

—¿Por qué no vienes y mueres como un hombre? —preguntó su padre—. Nos lo pondrías mucho más fácil a ambos.

Nailer sacudió la cabeza.

—Ven a por mí, si te atreves.

Aflojó otro panel. Si lograba convencer a su padre para que empezara a escalar la pared, tal vez consiguiera partirle la crisma con el condenado cacharro.

—De acuerdo, muchacho. Lo he probado por las buenas. —Su padre se agarró a uno de los engranajes y estiró el brazo en busca de asidero en el siguiente panel de mantenimiento. El machete entorpecía sus movimientos, pero aun así era sobrecogedoramente veloz.

Nailer soltó el panel. Por un momento, pensó que impactaría contra su padre de pleno, pero otra ola sacudió la nave entera y la plancha erró el blanco. Richard López miró a Nailer con una sonrisa, sin amilanarse.

—Al final va a resultar que el mote de Lucky Boy te queda grande. —A continuación, con la rapidez de una araña, subió tras Nailer.

Nailer gateó un poco más arriba, pero no había adónde ir. Aferrado a una enorme rueda dentada, fijó la mirada en su padre. Estaba atrapado. Richard López sonrió y blandió el machete. Nailer encogió las piernas para apartar los pies de su trayectoria. El machete sonó contra el acero.

Un piloto parpadeante llamó la atención a Nailer. Se lo quedó mirando fijamente, y sintió una punzada de esperanza. Se encontraba justo al lado de un tablero de mandos señalado con una etiqueta que le resultaba familiar: CONTROL DE ALAS. CUIDADO CON LAS MANOS Y LA ROPA HOLGADA.

Nailer descargó un manotazo desesperado contra la palanca de activación, al tiempo que oprimía el botón de encendido. Tal y como hiciera Knot hacía una eternidad. Contempló a su padre.

—Olvídate de mí, papá. Déjame en paz y suelta a Nita.

—Esta vez no, muchacho. —Los dedos de Richard López se cerraron en torno al tobillo de Nailer.

Nailer elevó una plegaria a las Parcas, agarró la palanca de activación y saltó. Su peso arrastró la palanca hacia abajo.

Mientras caía, los aullidos de la maquinaria inundaron la sala.

Nailer golpeó el suelo. Un fogonazo de dolor estalló en su tobillo. El clamor de los engranajes se interrumpió de repente. Nailer levantó la cabeza. Su padre colgaba sobre su cabeza, con medio cuerpo atrapado en el sistema de engranajes de las hidroalas. El hombre intentaba llegar al interior del mecanismo, que se había tragado un brazo y una pierna. Tenía los dientes manchados de sangre.

—Maldición —dijo. Parecía perplejo, más que nada. Intentó liberarse de nuevo.

Nailer sintió que se le ponía la piel de gallina. El hombre debería estar muerto, por el modo en que había sido engullido por los engranajes, pero seguía luchando por su vida. Impulsado por las anfetaminas y colgado de tobogán de cristal, su padre seguía sin comprender la magnitud de sus heridas. Por un momento espantoso, Nailer sucumbió al temor de que su padre sencillamente fuera inmortal. De que lograría liberarse y reanudaría la persecución.

Desde las alturas, Richard lo observaba sin pestañear.

—Ven aquí, muchacho.

Nailer sacudió la cabeza y retrocedió. La mano libre de su padre volvió a acercarse a los engranajes.

—¿Qué demonios has hecho? —Miró fijamente las ruedas dentadas, primero, y después la sangre que goteaba procedente del interior de los mecanismos. En la penumbra de los fotoemisores parecía casi negra—. Todavía no he dicho mi última palabra. —Richard López contempló a Nailer sin pestañear—. No he dicho mi última palabra, ni de lejos.

Pero ya empezaba a fallarle la voz. Nailer observó atentamente al hombre que lo había aterrorizado durante gran parte de su vida. De golpe y porrazo, Richard López era distinto, no el hombre amenazador y arrogante de antaño, sino algo más. Miserable. Vulnerable.

—Venga, Lucky Boy —graznó su padre—. Tenemos la misma sangre. Échame una mano. —Intentó tocar a Nailer. Intentó sonreír. Se pasó la lengua por los labios ensangrentados—. Por favor —dijo. Y a continuación, en voz más baja—: Lo siento.

El cuerpo de Nailer se estremeció de repugnancia. Echó un último vistazo a su padre antes de girar sobre los talones y acercarse renqueando a la figura maniatada de Lucky Girl.

Se tropezó con ella en la puerta, y a punto estuvo de que se le escapara un grito antes de reconocerla. La muchacha empuñaba su cuchillo de combate.

—Gracias por el cuchillo —dijo—. ¿Dónde está...? —Se le cortó la respiración.

Prácticamente a rastras, Nailer la sacó de la sala.

—Vamos. —Tiró de ella a lo largo del pasillo, medio esperando que su padre volviera a llamarlo, pero no los siguió ningún sonido.

—¿Adónde vamos? —jadeó la muchacha.

—Tenemos que salir de aquí.

Nailer la guió hasta una escalerilla que comunicaba con la cubierta superior. Sin previo aviso, el barco sufrió una sacudida y se dio la vuelta. El palo mayor se había partido por fin. Ahora estaban completamente boca abajo. Intentar llegar a la cubierta exterior significaba zambullirse en el mar. —Hemos volcado —musitó—. No podemos bajar. —Se asomó al hueco. Se encontraba ya medio inundado de agua. El piso inmediatamente inferior estaría sumergido por completo.

—¿Podemos salir nadando?

—A oscuras, no. No sin saber adónde nos dirigimos. —El agua empezaba a subir—. Nos hundimos —sentenció, atenazado por la desesperación.

Nita contempló fijamente el agua.

—Entonces habrá que subir, ¿no? —Lo zarandé—. ¿No? ¡Tenemos que subir! —Le tiró del brazo—. ¡Vamos! Debemos encontrar la manera de llegar al fondo del buque.

—¿Qué es lo que buscas? —quiso saber Nailer.

—El barco se hunde, ¿verdad? El agua tiene que entrar por algún sitio. Puede que haya una brecha en el casco.

Nailer asintió con la cabeza; ahora entendía lo que quería decir la muchacha. La detuvo y tiró de ella en otra dirección.

—Por aquí. Tenemos que llegar a las bodegas. ¡Están por aquí!

—¿Cómo sabes qué camino hay que seguir?

—Soy desguazador —se rió Nailer—. Cuando uno pasa tanto tiempo como yo desmontando barcos, se familiariza con ellos.

Corriendo, cruzaron un pasillo que desembocaba en otra escalerilla. Tras subir por ella, se apresuraron a recorrer el techo de otro pasillo, cuyo suelo discurría sobre sus cabezas.

—¡Ahí! —Sonrió al ver la escalerilla que conducía al lugar donde la tripulación se había empleado a fondo para sellar la bodega—. Prepárate —dijo mientras aplicaba el cuchillo de combate a los sellos.

—¿Para qué?

—Para un montón de agua.

Nita se agarró a un accesorio de latón con una mano y al cinturón de Nailer con la otra. Asintió con la cabeza.

—Preparada.

Nailer cortó la membrana aplicada por la tripulación en su infructuoso intento por salvar el barco. Al abrirse la sustancia gomosa, los embistió una atronadora catarata de agua que los estrelló contra la pared. Nailer se agarró a Nita mientras la tromba lo zarandaba. Instantes después, el torrente se redujo a un reguero. No había tanta agua

como se temía Nailer. Supuso que una gran parte de la misma ya se habría distribuido por el resto del barco en otros puntos. A gatas, cruzó la escotilla.

—Por aquí.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Nita mientras lo seguía—. Cuando me apresaron en Orleans pensé que estaba acabada.

—El capitán Candless... —Nailer se interrumpió, pensando en los disparos realizados en la oscuridad, en la lluvia de sangre que había envuelto al capitán mientras se desplomaba—. Tenía una corazonada sobre tu paradero.

—¿Y te embarcaste sin más?

Nailer sonrió.

—Hay que ser bobo, ¿verdad?

—Y tanto —repuso Nita con una carcajada.

Se abrieron paso por las zonas de carga destrozadas, sorteando las montañas de desechos que mediaban entre ellos y las puertas que estaban ahora del revés y encima de ellos. Cuando por fin llegaron a la bodega y se dejaron caer en su interior, un relámpago iluminó un boquete abierto en el casco sobre sus cabezas. Una brecha de bordes irregulares en la fibra de carbono. Más abajo, otro agujero que daba fe del éxito del plan de Nailer. Una ola rompió contra el casco, provocando que por los agujeros penetrara una cascada de agua que empapó las cajas de mercancía desperdigadas y el revoltijo de herramientas. Nailer entornó los párpados y escudriñó el casco desgarrado. Restalló otro relámpago. Como boquete no valía gran cosa. Era más bien una grieta. Y estaba muy arriba, condenadamente lejos.

Nita le tiró del brazo.

—Las cajas —dijo—. Amontonémoslas.

Agarró una caja y la arrastró hasta colocarla debajo del agujero. Nailer entendió lo que se proponía hacer y se apresuró a echarle una mano. Trabajaron febrilmente. Algunas cajas eran tan pesadas que resultaba imposible moverlas en solitario, y otras ni siquiera entre ambos consiguieron levantarlas. El tobillo de Nailer ardía de dolor mientras se esforzaba por trasladar y agrupar los desechos formando una especie de torre. El agua no dejaba de bañarlos. Nailer jadeaba a causa del dolor y el esfuerzo. Nita se encaramó a lo alto de la montaña de cajas y continuó apilando las que Nailer le pasaba desde abajo.

Otra ola irrumpió en la bodega, con tanta violencia que a punto estuvo de tirar a Nita de su atalaya.

—¡Nos hundimos! —gritó Nailer para imponerse al rugido de la tormenta.

Nita contempló el agujero que se abría sobre su cabeza.

—Creo que estamos lo bastante arriba.

—¡Pues salta!

—¿Y tú?

—Tienes que salir tú antes. Es posible que yo no lo consiga, con este tobillo. Cuando estés al otro lado, tiéndeme una mano.

Nita asintió con la cabeza y se agazapó, haciendo equilibrios en lo alto de la montaña de cajas. Saltó. Una ola cayó sobre ella como un mazazo, pero sus manos tropezaron con el filo y la sostuvieron, y a continuación gateó hasta salir de la bodega. Nailer se encaramó detrás de ella. Todas las cajas estaban descolocadas a causa del movimiento del barco. Su tobillo era una cegadora llamarada de dolor, casi paralizante. Jamás lograría efectuar el salto.

El rostro de Nita apareció enmarcado en la abertura sobre su cabeza. La muchacha estiró un brazo.

—¡Deprisa!

Nailer afianzó los pies y flexionó las piernas. «Ignora el dolor —se dijo—. Límitate a saltar». Respiró hondo y se impulsó hacia arriba. Su tobillo explotó. Sus dedos se engarfiaron en el borde aserrado del casco. Resbaló. Nita lo sujetó de la muñeca.

—¡Aguanta! —Una ola rompió y los cubrió por completo. Nailer se aferró al filo del casco, tosiendo y escupiendo agua. Otra ola los embistió desde arriba.

La mano de Nita comenzaba a aflojarse.

—¡No puedo tirar de ti! —exclamó.

«¡Arriba! —se ordenó Nailer—. Si te quedas colgando aquí, terminarás cayéndote y te desnucará. No has llegado tan lejos tan solo para perecer ahogado en la oscuridad».

Pero estaba tan cansado...

—¡Pórtate como un cuadrillero, Nailer! —gritó Lucky Girl—. ¿O tendré que arrastrar tu culo hasta aquí como si fueras un puñetero ricachón?

Conteniendo la risa, Nailer arañó el canto de la embarcación y, muy despacio, se aupó a través del boquete. Nita lo agarró por debajo del brazo y tiró de su camiseta, levantándolo un poco más. Nailer palpó el casco resbaladizo en busca de asidero. Los bañó otra ola, pero esta vez estaba preparado, y cuando pasó, salió a gatas dejando que Nita lo guiara. Por fin sacó las piernas de la bodega y se adhirió al casco, jadeando.

La lluvia caía implacable sobre ellos. Nita estaba tendida a su lado, con el pelo negro colgando como gruesas serpientes mojadas alrededor de su rostro. Los relámpagos restallaban con violencia, cegadores tras la oscuridad del interior de la nave. El diluvio los envolvía en auténticas cortinas de agua. A cien metros de distancia, el *Dauntless* permanecía anclado en medio de la tormenta, bamboleándose.

—Ese es nuestro objetivo —dijo Nailer.

—¿Cómo? ¿Y el taxi acuático?

Nailer no pudo contener una sonrisa.

—Los ricachones siempre queréis que os lo den todo hecho.

—Ya. —La expresión de la muchacha se tornó solemne mientras contemplaba el *Dauntless* sin pestañear—. Hundirse o nadar, ¿no?

—Básicamente.

Nita entrecerró los ojos frente a la lluvia.

—He recorrido distancias mayores a nado —declaró—. Lo conseguiremos.

Se quitó los zapatos a toda prisa y esperó a que los cubriera la siguiente ola antes de zambullirse con ella, dejando que su fuerza la impulsara hacia delante. Flotaba como un pez en el agua. Nailer elevó una plegaria a las Parcas, pensando en la desaparecida capitana del *Pole Star*, y siguió el ejemplo de Nita.

El mar lo engulló en una vorágine atronadora. Cada vez que agitaba las piernas, su tobillo explotaba de dolor. Braceó desesperadamente en busca de lo que esperaba que fuese la superficie. Las olas intentaban enterrarlo bajo su peso. Agitó los brazos, pugnando por encontrar algo de aire. Desgarró el manto de espuma y salió a la superficie, boqueando. Lo sepultó otra ola. Rodó sobre sí mismo. Pugnó de nuevo por liberarse de las voraces profundidades y salió a flote tosiendo y escupiendo. Se llenó los pulmones de aire. Pataleó y jadeó de dolor.

—¡Déjate llevar! —gritó Nita—. ¡La corriente te mantendrá a flote! —Estaba a su lado, cabalgando las olas. Se hundió cuando una se rizó sobre ella, pero regresó a la superficie nadando vigorosamente—. ¡No te resistas! —insistió mientras se colocaba junto a él, prestándole apoyo. Ayudándole a nadar.

A Nailer le sorprendió ver una sonrisa en sus labios. Avanzaban de forma errática, rodeados de olas, pero vio que estas mantenían una cadencia. Dejaron atrás los Dientes, salieron del vórtice y, de pronto, la corriente estaba de su lado, empujándolos hacia delante, llevándolos exactamente a donde querían.

El *Dauntless* se irguió sobre ellos.

Los salvavidas que cayeron por la borda salpicaron en medio de los remolinos de espuma. Nailer se preguntó brevemente quién controlaba la nave, antes de darse cuenta de que en realidad carecía de importancia. *Lucky Girl* y él nadaron hacia los salvavidas, estirando los brazos hacia su salvación.

—La muerte siempre tiene un precio.

Era la madre de Pima, sentada junto a él, ambos con la mirada perdida en el mar. Nailer le había contado lo ocurrido a bordo del *Pole Star*, y se sorprendió al descubrirse llorando; después sencillamente había parado. Ahora era como si no sintiera nada en absoluto, tan solo un extraño vacío bajo las costillas que se negaba a desaparecer.

—Era un problema —dijo la mujer—. No es algo que diga de muchas personas, pero Richard López dejó mucho dolor a su paso.

—Ya —convino Nailer.

Aun así, no le parecía justo. Su padre había sido un chiflado destructivo y, en honor a la verdad, directamente malvado. Pero ahora que estaba muerto, Nailer no podía por menos de recordar otras ocasiones también, ocasiones en las que el hombre no estaba colocado, cuando se había reído con sus chistes, cuando habían asado un cerdo en la playa, buenos momentos. Momentos seguros, con su padre sonriendo y contando historias acerca de personas a las que les había sonreído la suerte. Lucky Strikes, hasta el último de ellos.

—Tampoco era tan malo —murmuró.

—No. —Sadna meneó la cabeza—. Pero no era bueno. Al final, no. Hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

—Sí, ya lo sé. Habría acabado conmigo si yo no lo hubiera matado antes.

—Pero eso no te consuela, ¿verdad?

—No.

La mujer sonrió con tristeza.

—Eso está bien. Me alegro.

Nailer la miró, desconcertado.

—Richard nunca sentía nada cuando lastimaba a la gente. Sencillamente le importaba un comino. Está bien que tú sientas algo. Confía en mí. Aunque te duela, está bien.

—No lo sé. —Nailer dejó que su mirada vagase por el mar—. Tal vez te equivoques. Me... —Titubeó—. Me alegré cuando lo maté. Me alegré de veras. Recuerdo haber visto todas aquellas palancas y saber exactamente lo que tenía que hacer. Y lo hice. —Miró a Sadna—. En cuanto oí que las máquinas se ponían en movimiento, supe que había ganado. Me sentí como si acabara de realizar un Lucky Strike. Era la sensación más agradable del mundo. Mejor incluso que cuando escapé del depósito de petróleo. Mejor que encontrar los restos del naufragio de Lucky Girl. Yo estaba vivo y él no, y me sentí fuerte. Realmente fuerte.

—¿Y ahora?

—No lo sé... —Nailer se encogió de hombros—. Primero, Ojos Azules. Ahora él. —Miró a Sadna—. Tool dijo que yo era igual que mi padre cuando rajé a Ojos Azules...

—No lo eres...

—Puede que sí, ¿vale? No siento nada. Nada en absoluto. Me alegré cuando lo hice. Y ahora no siento absolutamente nada. Estoy vacío. Solo eso, vacío.

—Y eso te asusta.

—Acabas de decir que mi padre no sentía nada cuando lastimaba a los demás.

Sadna estiró un brazo, cogió la barbilla de Nailer y la sostuvo con firmeza para que no pudiera rehuir su mirada.

—Escucha, Nailer. No eres como tu padre. Si lo fueras, estarías abajo, en la playa, emborrachándote con tus amigos, buscando una chica que te hiciera compañía esta noche, complacido contigo mismo. No estarías aquí, preocupándote de por qué no te sientes peor.

—Ya. Supongo que no.

—Estoy segura. Si no quieres creerte a ti mismo, créeme a mí. Superar algo así lleva tiempo. No te sentirás mejor hoy. Ni mañana. Tal vez dentro de un año, sin embargo, sea distinto. Tal vez dentro de un año lo hayas olvidado casi por completo. Pero seguirá estando ahí. Tienes las manos manchadas de sangre. —Encogió los hombros—. Eso siempre tiene un precio. Jamás desaparece por completo. —Inclinó la cabeza hacia los árboles, donde Lucky Strike había empezado a erigir un altar en honor a las Parcas—. Ve a hacer una ofrenda a las Parcas. Da gracias por haber tenido suerte, por haber actuado rápido y con inteligencia. Y después ve a hacer algo bien en el mundo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —Nailer se rió—. ¿Que vaya a hacer algo bien?

—¿Preferirías que alguien te diera una paliza? ¿Que Lucky Strike se cobrara ojo por ojo, quizá?

—No lo sé. —Nailer se encogió de hombros—. Al final... —Vaciló; dejó escapar un suspiro entrecortado—. Al final, creo que era distinto. Como si hubiera vuelto a ser la persona que era al principio. Creo que podía verme... —Nailer dejó la frase inacabada—. No era tan malo. —Sacudió la cabeza. No dejaba de dar vueltas sobre lo mismo. Detestaba repetirlo, no sabía qué le molestaba tanto.

«¿Por qué no puedo alegrarme de que esté muerto?», pensó.

—Se arreglará. —Sadna le dio un apretón en el hombro—. Confía en mí.

—Ya. Gracias. —Nailer respiró hondo mientras contemplaba las aguas azules al fondo. Permanecieron en silencio durante un momento.

Pima apareció y se acuclilló junto a ellos.

—¿Estáis listos?

Sadna asintió.

—Tengo que hablar con unas cuantas personas. —Dio una palmadita en la espalda al muchacho—. No lo pierdas de vista, ¿de acuerdo? —Se levantó y bajó a la playa.

Pima se sentó al lado de Nailer. Sin decir nada, tan solo esperando. Paciente.

Contemplaron juntos la actividad de la bahía. El *Dauntless* ya casi había terminado de cargar suministros. Zarparían al norte, rumbo a la gente de Lucky Girl. Habían establecido contacto con su clan, y la noticia de la supervivencia de Nita y la traición de Pyce ya estaba provocando cambios de poder. Las personas leales a Nita y a su padre luchaban por recuperar el control de la empresa. Nita decía que los bloques electorales estaban fluctuando. Significara lo que significase eso. Parecía complacida, por lo que Nailer suponía que era algo positivo.

—El mundo exterior es condenadamente raro —observó Nailer.

—Sí —convino Pima—. ¿Estás preparado para salir a ver cómo es?

Nailer titubeó antes de asentir con la cabeza.

—Supongo que sí.

Se levantaron y encaminaron sus pasos hacia la playa. Los esquifes estaban transportando reservas de agua potable al *Dauntless* bajo la supervisión de Lucky Strike. El hombre se había dado prisa en llegar a un acuerdo con los vencedores de la batalla marítima, y ahora, una vez más, Lucky Strike daba la impresión de tener la suerte de cara. Nita decía que incluso había firmado un contrato que le otorgaba los derechos de recuperación del *Pole Star*, si lograba encontrar la manera de rescatarlo del fondo del mar.

El *Dauntless* resplandecía a la luz del sol. Nailer vio al capitán Candless de pie en la cubierta. Tenía gran parte del pecho y el cuello cubiertos de vendajes blancos. Reynolds aseguraba que el hecho de que fuera demasiado estúpido como para saber cuándo estaba muerto era el único motivo por el que seguía con vida. La voz del capitán resonaba sobre las olas mientras impartía órdenes a gritos y supervisaba las reparaciones y los preparativos definitivos.

La brisa arreció, impregnada del olor de las actividades de desguace. Playa abajo, los restos del viejo mundo yacían negros en la arena como cadáveres mutilados, rezumando aún petróleo y productos químicos, cubiertos aún de enjambres de trabajadores. Pero él no era uno de ellos. Ni Pima. Ni tampoco Sadna. Aunque no fuera capaz de salvarlos a todos, al menos podía salvar a su familia.

Pima siguió la dirección de su mirada.

—¿Crees que Lucky Girl hablaba en serio? ¿Acerca de presionar a Lawson & Carlson? ¿De obligarles a hacer algo con este sitio?

—¿Quién sabe? Si asume el control de la empresa, Patel Global será un comprador de los grandes. —Inclinó la cabeza en dirección al *Dauntless*, en cuya cubierta acababa de aparecer Nita. Su falda blanca se arremolinaba a su alrededor,

resplandeciente al sol tropical—. Alguien con tanto dinero debería ser capaz de hacer algo, ¿verdad?

—Es una ricachona de tres pares de narices, eso seguro.

—Pues sí.

Nita relucía cubierta de oro y plata, regalos de buena voluntad que Lucky Strike había encontrado como por arte de magia a fin de ganarse el favor del *Dauntless*. Nita se agachó, le dijo algo al capitán Candless y se volvió hacia la orilla. Su melena negra ondeó como un estandarte enmarañado al son de la brisa del océano.

Nailer agitó una mano, sonriendo. Nita le devolvió el saludo.

Pima lo miró de reojo.

—No me fastidies.

Nailer se encogió de hombros e intentó no sonrojarse. Pima soltó una carcajada.

—¿Una ricachona como ella?

—Tienes que reconocer que es bonita.

—Bonita y forrada de dinero.

—También se le da bien destripar anguilas.

Pima se rió y le propinó un codazo en las costillas.

—¿Qué te hace pensar que un grumete de medio pelo como tú tiene la menor oportunidad con una chica como esa?

—Ni idea. —Nailer miró a Pima de refilón y esbozó una sonrisa—. A lo mejor es que confío en la suerte.

—¿Ah, sí? —Pima lo agarró por los hombros—. ¿Eso crees?

Intentó tirarlo a la arena a empujones, pero Nailer se libró de ella y huyó corriendo por la playa, riendo. Pima empezó a perseguirlo.

En la bahía, el *Dauntless* continuaba las labores de carga, rodeado de olas y rayos de sol. Detrás de la embarcación, el mar azul se extendía hasta el horizonte, repleto de promesas.

Agradecimientos

Aunque sea mi nombre el que figura en la cubierta de *El cementerio de barcos*, estoy en deuda con numerosas personas por su ayuda e inspiración. La cuadrilla del taller de escritura de Blue Heaven: Greg van Eekhout, Sarah Prineas, Jenn Reese, Cat Valente, Sandra MacDonald, Deb Coates, Paul Melko y Daryl Gregory me ofrecieron valiosos consejos, sobre todo mis primeros lectores Sarah Castle (quien sabe más de la cuenta sobre ahogarse en petróleo) y Tobias Buckell, el cual me abasteció de información técnica. Vaya un agradecimiento extra y muy especial para Charles Coleman (C. C.) Finlay por fundar Blue Heaven e invitarme a formar parte de su comunidad de escritores. Dudo que *El cementerio de barcos* hubiera visto la luz sin ella. Mi más sentido agradecimiento también para mi esposa, Anjula, que continúa apoyándome en esta locura de escribir, incluso cuando me asaltan las dudas. Y, por último, debo dar las gracias a mi padre, Tod Bacigalupi. Él fue quien me introdujo en el maravilloso mundo de la ciencia ficción cuando era pequeño, y eso lo cambió todo.

Cualquier error, omisión o defecto que contenga el libro son exclusivamente míos.



PAOLO BACIGALUPI. Escritor americano conocido por sus cuentos y novelas dedicados al campo de la ciencia ficción. Bacigalupi ha publicado en revistas como *Asimov* y ha aparecido en varias recopilaciones de «lo mejor del año». Con sus relatos ha sido finalista en varias ocasiones de premios como el *Hugo* o el *Nébula*, además de ganar el *Theodore Sturgeon Memorial Award*.

Su primera novela, *The Windup girl*, inédita en español, resultó ganadora del *Premio Nébula 2009*.